

EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI

PAPELES DOMINICANOS
de MAXIMO GOMEZ



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

EDITORA MONTALVO
Ciudad Trujillo, República Dominicana

1 9 5 4



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI

PAPELES DOMINICANOS de MAXIMO GOMEZ



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

EDITORA MONTALVO

Ciudad Trujillo, República Dominicana

1 9 5 4



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Sueño con una ley que, con muy insignificantes restricciones declarase (y lo mismo con Puerto Rico cuando fuese libre) que el dominicano fuese cubano en Cuba y viceversa.

Campos de Cuba, 1896

*

En dondequiera que plante mi tienda, ahí estará el dominicano amigo de los cubanos.

1900

*

Cuanto hice en Cuba como humilde y devoto soldado de la libertad, lo hice a nombre del pueblo dominicano, cuyas miradas estaban fijadas en mí.

Santo Domingo, 1902

Máximo Gómez





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ADVERTENCIA

En la presente obra se recoge el epistolario del Libertador que publicamos en 1936, (CARTAS DE MAXIMO GOMEZ. Publicadas Emilio Rodríguez Demorizi. Imp. de J. R. Vda. García Sucs., C. T., R. D., 1936, 71 páginas), y se agregan otras cartas así como diversos escritos del Soldado en casi su totalidad alusivos a su Patria.

Se incluyen, asimismo, algunas páginas dedicadas al héroe por personas que le conocieron y unos APUNTES DIVERSOS con noticias desconocidas o escasamente divulgadas que también le conciernen.

Es claro que en este libro no se agota el tema de Máximo Gómez en relación con su tierra natal, que todavía es cantera abundosa para los investigadores, tanto en Santo Domingo como en Cuba. Reveladoras de esa abundancia de noticias dominicanas del Guerrero son las obras de Fray Cipriano de Utrera, LA FAMILIA DE MAXIMO GOMEZ, Santo Domingo, 1929; de Joaquín S. Incháustegui, RESEÑA HISTORICA DE BANI, Valencia 1930; y de Abigail Mejía de Fernández, VIDA DE MAXIMO GOMEZ EN SANTO DOMINGO, C. T., R. D., 1936, así como nuestros libros MACEO EN SANTO DOMINGO (1945), MARTI EN SANTO DOMINGO (1953), MARTI Y MAXIMO GOMEZ EN LA POESIA DOMINICANA (1953), LOS DOMINICANOS Y LA LIBERTAD DE CUBA y LILIS Y LA CAUSA DE CUBA, estos dos últimos en preparación.

La vida dominicana de Máximo Gómez, pues, todavía está en proceso de investigación. Mientras no se publique



su rico archivo personal, en poder de sus hijos, no podrá realizarse ningún estudio cabal de la vida militar y civil del gran dominicano, o gran cubano, que es lo mismo en este caso.

También se incluye en esta obra el LIMINAR de las CARTAS publicadas en 1936, antecedente y base de este libro, que es nuevo homenaje al Soldado y nuevo incentivo para el acrecentamiento de la entrañable fraternidad dominico-cubana.

E. R. D.

1953, Centenario de Martí.



LIMINAR

El héroe de las tremendas cargas al machete; el alma recia que sembraba la muerte y la desolación en busca de libertad; la mano áspera que sujetaba con igual firmeza las bridas del corcel y la empuñadura de la espada; eran, sin embargo, prontos a la ternura y la caricia.

En Máximo Gómez el amor era una honda y exquisita religión: maravillaba verla surgir de aquel espíritu que sólo parecía forjado para las tempestades de la guerra. Amaba con ardor y vehemencia, mas con aquella suavidad que en todos sus cariños era como un sentimiento paternal. La esposa lo llama "mi padre", y las hijas, decía Martí, "lo miran como a un novio". Los hijos están en la parte más blanda de su corazón. A las hermanas las quiere con pasión que es de hijo y de hermano al mismo tiempo. Sus amigos son también sus hermanos.

Para el soldado, el amor de los cubanos estaba por encima de la gloria. Al terminar la guerra, cuando ya le esperan los laureles del vencedor, exclama: "A mi edad, y soy muy viejo, no tengo que ambicionar lauros. Y por lo poco que he hecho en bien de este país, he visto realizada mi mayor gloria, mi más caro ensueño: el ser muy querido de los cubanos".

De esa capacidad de amar nacieron sus singulares aptitudes de dominador. Amar es vencer. Sin esta condición que fué innata virtud en Máximo Gómez, la obra de Martí habría sido pobre e imperfecta.

Martí era un rebelde que sólo blandía un arma, firme y poderosa: la palabra encendida de amor. Máximo Gómez



era un guerrero que no confiaba únicamente en la energía de su brazo, sino también en su ascendiente espiritual sobre las huestes que miraban en él a un padre, tan hosco y recto como sensible y amoroso.

Sorprende la afinidad psíquica que hay entre estos hombres, a pesar de la aparente distancia que los separa. Máximo Gómez fué el más fiel ejecutor de las ideas políticas de Martí. No lo fueron los discípulos del Maestro, ni quien, a su muerte, le substituyó en la dirección civil de la revolución. Estrada Palma, el maestro de Central Valley, tiene menos de Martí que el héroe de Palo Seco. Faltábale aquella vehemencia necesaria para asumir con toda su fuerza e intensidad un gran sentimiento o un grande ideal. Le faltaba lo que sobraba en Gómez y en Martí, en aquellos corazones llenos de patrias: capacidad de amar.

En estas CARTAS DE MAXIMO GOMEZ, casi todas inéditas, dirigidas a su hija Ignacia, a su esposa, a sus dos hermanas, a su primo Francisco Gregorio Billini y a íntimos amigos, hay bellas muestras de la emotividad del viejo soldado. En ellas, entre las cosas de la guerra y la trascendental exposición de sus principios y determinaciones, expresa sus amores.

Al hombre que se conoce por su espada, que también se conozca por su corazón.

E. R. D.

1936, Centenario de Máximo Gómez.



EPISTOLARIO

New York, 14 de octubre de 1884

A la Srta. Ignacia Gómez y Castillo,
Santo Domingo (1)

Mi querida hija:

Concédeme el placer de dirigirte estas líneas enviándote con ellas la significación de mi cariño. No lo dudes.

Un amigo mío que sale de aquí con destino a esa lleva el encargo de hacerte una visita a nombre mío, y te entregará una pequeña fineza que espero aceptarás con agrado.

(1) La venerable señora doña Ignacia Gómez y Castillo, viuda de Javier Paulino Dihins, ha tenido la generosidad de confiarnos la publicación de las interesantes cartas, inéditas, que le dirigió su glorioso progenitor. En estas cartas familiares revélanse la ternura paternal y los sentimientos caballerescos del noble Soldado, cuya sensibilidad era uno de los más altos dones de su espíritu. Se dan aquí los apellidos y otros datos de personas citadas en dichas cartas: Josefa (Josefa Castillo de Vidal, madre de Antonio, Jaime y Mariana Vidal y Castillo. Doña Josefa era tía de Ignacia Gómez y Castillo); Mariana (Mariana Vidal Castillo de Dujarric, esposa de Abelardo Dujarric; Generosa (Generosa Castillo); Titica (Altagracia Castillo, esposa de Telésforo Alfonseca. Tenía otra hermana, la que casó con Juan Bautista Alfonseca, madre de Niño y de J. B. Alfonseca); Lulú (Amable Damirón); Saturio (Saturio Vicioso, Fiscal en tiempos de Lilís, padre de Teresita, Elupina y Sansán Vicioso); las Gautier (las hijas de Ml. María Gautier); las Saviñón (las tías de Ramón Saviñón Lluberés, todas casadas con primos, de la familia Lluberés); Eleodoro (Carta del 16 de julio del 86. Error de copia. Debe referirse a Eudoro García, casado con Aminta Alfonseca, sobrina de Generosa Castillo); Teresita (la madre de la esposa de Eduardito Pou).



Tengo, te lo confieso (tú no me conoces pero siempre he dicho lo que siento) temor de molestarte si soy muy extenso y preferiré siempre cualquier sacrificio antes que desagradarte.

Mientras tú misma seas la que me levantes a tu altura creeré que el mejor medio de que me consideres es el de vivir humillado a ti pero lleno de amor y de respeto.

Tu reserva es un glorioso castigo que en vez de lastimarme me llena de santo orgullo porque me dice que tengo una hija digna descendiente de los Gómez y Castillo.

Concluyo besándote y abrazándote. Saluda cariñosamente a tus buenas tías y te quiere tu padre

M. Gómez

*

New Orleans, 17 noviembre, 84.

A la Srta. Ignacia Gómez y Castillo.

Mi amada hija:

En vano buscaría algunas frases para explicarte el placer que he sentido al leer tu deseada carta que recibo en este momento, y más que placer, Ignacia de mi alma, tranquilidad de espíritu. Tu carta ha sido mi perdón, si perdón puede haber para mí, con respecto a ti, ¿quieres oír más de boca de un padre perdido en el mundo para una hija siempre hallada y buena?

Yo mismo quiero castigarme a la manera de los pecadores mundanos que se aplican dolorosos suplicios y se desgarraban sus carnes para aplacar el enojo de la Divinidad, y es por eso que te hablo así.

Mas, ya que por consejo de tu bonísima mamá, (quizás nos oiga y nos mire desde el cielo) o por inspiración de tu puro y buen corazón, me has dado franca entrada en él con el amor de hija, créeme tú a la vez capaz de amarte como a la primera de mis hijas: porque es preciso que lo sepas para tu natural y justo orgullo como mujer bien na-



cida, que desde que recibiste el primer aliento de vida hasta muchos años después, mi corazón y mi mano sólo a tu madre pertenecieron...

Es así, que puedes y debes hacer uso con derecho y hasta con orgullo, si algo puede valer para tí, de mi nombre.

Esto lo saben todos tus hermanos, toda mi familia, y la tuya y la nuestra y el mundo.

Tu carta en fin ha hecho que este día sea un gran día para tu padre y para esta cara Clemencia y todos la han leído y se proponen a escribirte.

No me gusta retratarme, pero sólo por ti voy a hacerlo y mandártelo en la próxima ocasión. Espero que tú lo harás lo mismo.

Todos desde aquí te recuerdan, te besan y te abrazan con amor.

Decirles a tus tías, tus mamás, que me dispensen si no sus cariños, sus consideraciones.

Te ama tu Padre,

M. Gómez

Muy contento que el General Carrillo (2) cumpliera fielmente mi encargo. Mi dirección siempre hasta que te dé otra: 227 Sn Philip, New Orleans.

Yo salgo dentro de algunos días para New York, pero aunque tú oigas decir que estoy allí, dirige siempre tus cartas a la dirección indicada. No quiero que me trates de Ud. sino de tú, pues me parece que con el Ud. no me quieres.

*

New Orleans, 21 noviembre de 1884.

A la Srta. Ignacia Gómez y Castillo.

Mi queridísima hija mía:

Ayer, o digo hace cuatro o cinco días te escribí.

(2) El general cubano Francisco Carrillo.



Hoy lo hago otra vez, remitiéndote dos ejemplares de una novelita que creo te agrada leer; por ella, es pues, puramente histórica, conocerás algo, quizás mucho, de la historia del país a que me encuentro ligado (3).

Te mando dos libros, uno para que lo conserves como un recuerdo mío, y el otro para que lo dediques a alguna amiga, predilecta tuya o a quien quieras.

A tus tías que siento respetar y querer no debes de significárselo siempre así y tú estás segura del amor de tu padre

M. Gómez

*

Jamaica, Kingston, 6 de mayo de 1885.

A la Srta. Ignacia Gómez y Castillo.

Mi querida hija:

Que se ha roto el mango de tu pluma, o se ha secado la tinta del tintero, ni una letra para mí, aún me parece que me debes dos contestaciones.

Cumplo, hija mía, mi ofrecimiento enviándote mi retrato y espero que a tu vez llenes tu compromiso mandándome el tuyo. Ojalá lo hagas por el mismo conducto.

También te remito una novelita que creo puede serte agradable su lectura si es que no la has leído. Salvo la opinión de tus tías, pues cuando uno es joven, la educación y respeto a sus mayores, aconsejan que no hagamos nada sin consultar la opinión de ellos. Nuestros padres o quien los representa y los libros que leemos son los que nos enseñan y educan. Si te gusta te mandaré después su continuación que no la había en la librería que la compré.

(3) Refiérese a la novela cubana Cecilia Valdéz, de Cirilo Villaverde.



No sé qué haré si no me contestas pues ocurre la duda que leas con gusto mis cartas y en ese caso, prefiero antes que enfadarte, en vez de complacerte, guardar silencio.

No contestar una carta o hacerla con notable retraso, es seguro indicio de indiferencia casi siempre, cuando no desprecio.

Por eso no te molesto tampoco hablándote de Clemencia y tus demás hermanos, porque al no contestar a la primera, la cartica que te dirigió, muy indiferente ha debido serte.

El dador de esta es un hombre a quien quiero como a un hijo, y así espero que lo recibas como a un hermano, es digno de ser tu amigo puesto que lo es mío.

Su nombre es Mr. Wilson, habla poco y mal el español, pues es inglés pero él buscará un intérprete para ofrecerte sus respetos y poner en tus manos esta carta, los libros y el retrato de que lo hago portador.

Ofrece a nombre mío mis cariños y mis respetos a tus bonisimas tías y te abrazo y te beso muchas veces,

Tu padre,

M. Gómez

*

Kingston, 15 de agosto del 85.

A la Srta. Ignacia Gómez Castillo.

Mi querida hija:

Gracias por tu retrato, te lo agradezco.

Todo el mundo en esta casa quería verlo a la vez.

Después te escribiré pues en estos momentos estoy abrumado de papeles.

Te besa tu papá,

Gómez



Puerto Plata, 26 de octubre del 1885.

A la Srta. Ignacia Gómez Castillo.

Mi amada Ignacia, hija mía:

Desde aquí te mando un beso y un abrazo. (De prisa)
No tengo tiempo para más. Después seré más extenso.

Tu padre que te quiere,

M. Gómez

*

(Santo Domingo, 1885)

A la Srta. Ignacia Gómez y Castillo

Mi adorada hija Ignacita:

¡Por Dios, cómo me dices eso! ¡Cómo crees que desde que llegué no hubiera querido correr a besarte!

Yo llegué antenoche ya tarde y no quise decirte nada porque pensaba sorprenderte anoche pero desde las cuatro de la tarde he tenido la casa llena de visita hasta las diez de la noche no pude pues salir.

Dentro de dos horas y antes que lleguen visitas estaré a tu lado.

Mis cariños a tus tías.

Te abraza y te besa tu papá,

M. Gómez

*

Santo Domingo, Dicbre. 1 de 1885⁽⁴⁾

Gral. Gregorio Luperón,
Puerto Plata.

Estimado amigo:

Hice mi viaje sin novedad.

Gracias por su recomendación; le quedo agradecido.

(4) Fotocopia en el libro *Apoteosis del General Gregorio Luperón*. Santo Domingo, 1926.



Su hijo me recibió cariñosamente. El se fué para Azua.
Después le diré a Ud. todo.

Le quiere su amigo,

M. Gómez .:

*

(Santo Domingo, 1885)

A la Srta. Ignacia Gómez Castillo.

Mi adorada Ignacita:

Te mando esa carta que he recibido hoy de Baní para ti, a mí también escriben y me dicen muchas cosas para ti. Toda aquella gente me espera pues parece que no me han olvidado.

Te mando 50 pesos para que te compres lo que te haga falta para tu traje de retrato pues quiero que te pongas bien bonita. No tengas temor de gastar en tus caprichos de tocador que tengo que darte más tan pronto realice unas letras que traje.

No me verás hoy pero mañana sí, pues estaré muy ocupado hasta la noche.

Memorias a Josefa y Mariana.

Te quiere tu papá,

M. Gómez

*

(Santo Domingo, 1885)

A la Srta. Ignacia Gómez Castillo.

Mi querida Ignacia:

Tengo la atrevida seguridad de sin saber cómo te fué en el baile felicitarte por lo bien que habrás pasado la noche, pues para corazones como el tuyo no han debido ser creadas las decepciones ni los desengaños que son los peo-



res enemigos en un salón de baile. Has debido pues pasar una noche cual la mariposa que revolotea en el jardín alrededor de las flores y al son de la música del céfiro.

No sé si te vea hoy, pues estoy comprometido en muchas cosas, por eso te dirijo temprano estas líneas, pero en fin estaré allá a las seis aunque sea 1/2 hora.

Manda donde Julio⁽⁵⁾ por las tres pruebas y guárdamelas para cuando yo vaya. Hablé con él ayer tarde y me dijo que estarían hoy a las nueve.

Adiós hasta la noche, memorias. Tuyo,

Gómez

*

(Santo Domingo, 1885)

A la Srta. Ignacia Gómez y Castillo.

Mi Ignacia:

Te mando lo de las tarjetas.

Como tú no arregles hoy ese negocio creeré, a pesar mío, lo que oí decir ayer a Wilson en casa de las Romero "que tú y Marianita en vísperas de baile no hacen caso de nadie, y mucho menos de los pobrecitos desheredados como nosotros", así que voy a ver si Abelardo las acompaña a una fiesta, y así parezcan cual lindas mariposas al son de la música, lindas y bellas, cual lo son se diviertan.

Cuando yo te creo feliz, lo soy yo.

Mándame todos los retratos para hacer los repartos.

Te quiere tu papá,

Máximo Gómez

*

(Santo Domingo, 1885)

A la Srta. Ignacia Gómez y Castillo.

Mi adorada Ignacita:

Te mando con Wilson diez pesos para que tengas que

(5) Refiérese al fotógrafo don Julio Pou.



brindar siquiera dulces a las amigas que te acompañen a tu bautizo madrinesco.

Te mando esa carta con el nombre en blanco, pues no me acuerdo, me lo dijiste y se me ha olvidado del Dentista pero que Abelardo lo llene y le ponga el sobre y despáchela hoy mismo. Yo quiero tener el placer de yo mismo arreglar-te todas esas cosas.

Estaré a la noche a tu lado.

Te besa tu papá,

M. Gómez

Memorias a la simpática Marianita y a la buena y santa Josefa.

*

(Santo Domingo, 1885)

A la Srta. Ignacia Gómez y Castillo.

Mi querida Ignacia :

Te mando con Panchito 40 pesos para que pagues y te sobre. Es de prisa.

O tú no mandaste mi carta al Dentista o si así lo hicistes él no la entendió de otro modo no me explico como te haya molestado enviándote la c/. a tu nombre.

A las cuatro sin falta Marianita y tú deben haberse hecho la toilette para ir al paseo de agua de coco, quinta de Lulú. Que no quede Abelardo ⁽⁶⁾ ni Antonio ⁽⁷⁾ pues con Jaime ⁽⁸⁾ nadie cuenta. Ojalá quisieran ir Generosa y la mujer de anoche pero yo no me atrevo a invitarlas temeroso de un desaire.

La reunión será casa de las Hernández. Lulú ya está

(6) Abelardo Dujarric.

(7) Antonio Vidal.

(8) Jaime Vidal, íntimo amigo de Máximo Gómez y entusiasta servidor de la causa de Cuba, también amigo personal de Martí.



avisado que voy con las musas y que esta tarde se convertirá su casa en un parnaso.

Si yo no voy por ustedes irá Carrillo Wilson.

Te besa tu papá,

Gómez.

*

(Santo Domingo, 1885)

A la Srta. Ignacia Gómez y Castillo.

Mi querida Ignacita:

Son las diez y teniendo que salir no he querido hacerlo por esperar a Pancho.

No ha ido por allá? no has sabido de él? Contesta con el mismo muchacho.

Tuyo,

Gómez

*

(Santo Domingo, 1885)

A la Srta. Ignacia Gómez y Castillo.

Mi querida Ignacita:

Anoche hasta las diez estaba asediado de gentes y de cosas, no pude salir y por eso no fuí a verte. Cuando me fuí a acostar me sentía molido de espíritu y de cuerpo.

Si quieres pasear esta tarde podemos hacerlo aprovechando un buen caballo que tengo aquí que no he querido devolver a su dueño con ese fin.

Si no quieres hoy será mañana aunque yo quisiera que fuera hoy.

De cualquier tela de color alegre y de poco valor, como yo veo que hacen las americanas, te hilvanas una saya que ellas se ponen encima de su vestido de la cintura para abajo y eso es cosa que la haces en un momento en la máquina.



Si Marianita quiere acompañarte puede Abelardo conseguir el caballo de Luis Felipe (9), te mando 20 pesos.

Memorias a Josefa y todos los de esa casa, y te quiere tu papá,

M. Gómez

*

(Santo Domingo, diciembre 1885)

A la Srta. Ignacia Gómez y Castillo.

Mi querida Ignacia:

Hija mía: no cuentes conmigo quizás ni esta noche.

El vapor me ha traído un mundo de correspondencia que tengo que atender, si llega el francés es peor.

Después de concluído, solo perteneceré a ti.

Memorias amorosas a los de esa casa.

Tuyo,

Máximo

*

(Santo Domingo, enero 1886) (10)

Al Generalísimo Máximo Gómez.

Querido papasito:

Desde la hora que supe la fatal noticia de tu prisión debí escribirte, pero apenas puedo coordinar mis ideas. Mi espíritu se halla en una intranquilidad inexplicable. Quién me hubiera dicho que el día de ayer me preparaba otros tan

(9) Luis Felipe Dujarric.

(10) Inclúyese esta esquila de doña Ignacia a su padre, quien acababa de ser encarcelado en la Fortaleza Ozama. Sobrellevó altamente esa breve prisión. Los testimonios de simpatía que recibió entonces, especialmente del Padre Meriño, y la reprobación de tal infamia, desagraviaron al guerrero. De la cárcel salió para el exterior, pero muy pronto volvió a su tierra natal, y en ella estuvo hasta que Martí vino en busca de su espada.



aciagos. Mándame a decir lo que te haga falta. Tu hija te escribirá en otra ocasión.

Ignacia Gómez

*

(Santo Domingo, enero 1886)

A la Srta. Ignacia Gómez y Castillo.

Mi hija Ignacia:

Así es el mundo, al lado de una sonrisa un pesar —nada me extraña de lo que pueda sucederme a mí.

Lo que yo deseo es que tú no llores —tengo mucha fe en Dios y en mí mismo— yo ignoro si al venir a mi Patria le he hecho daño a alguno —mi corazón lo conoce el mundo.

Tu papá,

M. Gómez

*

(Santo Domingo, enero 1886)

A la Srta. Ignacia Gómez y Castillo.

Ignacia, mi amada hija:

He pasado una noche feliz, sueño profundo y tranquilo como el que no tiene atormentada la conciencia.

No mandes más licor, ayer te lo iba a advertir y se me olvidó y mándame huevos fritos, que es lo que más me gusta, te mando algunos pues aquí se han reunido los que no puedo consumir. He invitado a almorzar hoy conmigo, al amigo Giraudi ⁽¹¹⁾. Dile a Jaime y a Abelardo que cuidado si se dejan abatir de esas calenturas; que se acuerden de mí para decirles lo que se les ofrezca o necesiten.

Abraza a la simpática Marianita, a Josefa. Qué deseos tengo de verlas. Y te quiere tu papá,

M. Gómez

(11) Federico Giraudi, patriota cubano, amigo de Martí.



Acuérdate de decir a las muchachitas que el preso no se ha olvidado de su regalo de año nuevo.

*

(San Pedro de Macorís, 15 enero 1886)

A la Srta. Ignacia Gómez y Castillo.
Santo Domingo.

Adiós, Ignacita, no llores, volveré, te veré y pasaremos días más felices.

Desde aquí te beso,

Máximo

*

En la Bahía de Samaná, 16 de enero de 1886

A la Srta. Ignacia Gómez y Castillo.

Ignacita, hija querida:

Ayer de Macorís te dirigí dos líneas, de aquí lo hago también.

Pasé ayer un buen rato con Saturio, su mujer, sus hijas y otras señoras y señoritas. Aquello fué un día de juicio, qué alboroto, se reía y se lloraba. Por último, hasta arrebaté cuatro de las más dispuestas y como al frente había un fotógrafo, me fuí a él e hice sacar un grupo al ferrotipo. Como eso y todo lo más de comer, hablar y qué sé yo, se hizo una media hora que estuve en tierra no fué posible esperar para tirar otro retrato y no sé si será posible reproducirlo, aunque sea malo para que te manden uno, pues así lo dejé encargado a Saturio.

Una de sus hijas, averigué que es íntima amiga tuya, (quien no te quiere a ti), porque me lo dijo y al despedirme me extendió los brazos llorando. Le supliqué fuera a pasar unos días contigo.

Cuidado como te olvides de ofrecer a nombre mío y como despedida mis respetos y mis cariños a las Gautier, las



Saviñón y todas las personas que tú sabes le soy deudor de afectos y consideraciones.

A mi comadre Altagracita Castillo dizla que no quise abrazarla como pensé no hacerlo contigo, ni Josefa ni Marianita.

Entrega esas tarjetas a tu título, fuí descortés con esa señora por cuenta y causa del Gobierno que me puso en la cárcel y después me ha hecho salir como a un hombre maldito.

Dile a Jaime que le ponga otra cubierta con el nombre de la señora que yo no lo sé ni me acuerdo.

Abraza a Josefa y Marianita junto contigo, recuérdame a las criadas y te quiere tu desgraciado papá,

M. Gómez

La tarjeta para la señora con quien hice el bautismo.

*

Puerto Plata, 20 enero del 1886.

A la Srta. Ignacia Gómez y Castillo.

Mi adorada Ignacia:

De Macorís te escribí, lo hice también de Samaná y de aquí, allá te van estas líneas. No serán las últimas porque estaré aquí algunos días, porque he conseguido que me dejen respirar un poco como para que me cure, si es que con eso se cura el desencanto.

Tanto aquí como allá, he sido objeto de muchas atenciones, por verme aquí libre y parece que he regresado ileso de una expedición al Polo Norte.

Tengo que creer que tú estarás consolada de nuestra separación, pues que eres tan buena y yo no soy muy malo, no tenemos por qué desconfiar que Dios nos niegue el placer inmenso de abrazarnos en no lejanos días.

Abraza a Josefa y dile que ruegue a Dios por mi ventura que repartiré con todos. Lo mismo dirás a mi comadre



dre Altagracia, a Marianita que ojalá ningún contratiempo turbe la paz y la dicha de que goza, rodeada de tantos seres que la aman y la miman.

A Jaime, Abelardo y Antonio, que los quiero, y tú recibe el purísimo afecto de tu papá,

M. Gómez

*

Puerto Plata, 22 febrero 1886⁽¹²⁾

Señor C. Armando Rodríguez

Estimado amigo:

En poder mío su cariñosa carta del 9 del actual que he leído con muchísimo placer, así por las simpatías que en ella expresa hacia mi humilde personalidad como por el espíritu de independencia y libertad que al referirse al actual fatal estado político del país se revela en sus conceptos, y como esto cuadra tan bien a mis ideales y propósitos, me siento contento cuando me apercibo de que habemos muchos que pensamos de igual modo.

Yo he salido encantado de esa Capital, pues no ha bastado para entristecerme la brutal presión que inusitadamente contra mí se ejerció, con mengua para el Poder pésimamente ejercido; ha servido ella para prestarme ocasión bellísima de sentir el corazón de la juventud capitalleña palpar junto al mío, ávida de libertad, cultura y de independencia, triste y avergonzada a cada acto que en las

(12) Esta importante carta, hasta ahora inédita, ha sido copiada del original, en nuestro archivo particular. El ilustre Soldado alude a la prisión que sufrió entonces en su propia Patria, por maquinaciones del Presidente Woss y Gil y de Lilís. La invitación del General Gómez, al joven C. Armando Rodríguez (1865-1953), quien contaba entonces 20 años, a organizar una oposición contra el régimen imperante, no fué en vano. Pocos meses después Rodríguez figuró entre los combatientes de la Revolución del 86 contra Lilís. Desde entonces vivió en el destierro. Se hallaba en La Habana en 1899 y allí renovó sus relaciones con Máximo Gómez, según lo atestiguan diversas cartas del Guerrero que figuran en esta obra y cuyos originales nos fueron obsequiados por el ilustre dominicano recién desaparecido, a quien admiramos siempre por sus virtudes civiles. A sus paternas afectos de suegro debimos tan precioso obsequio.



esferas políticas se suceden, despojados de dignidad para el personal del Gobierno que lo ejecuta y para la Nación que se ve obligada a sufrirlos.

Yo sigo en mi tarea de pensar y obrar con todas mis fuerzas para ayudar a la redención de Cuba, y no desatiendo, ¿y cómo suceder eso?, la oferta que Ud. me hace de prestarnos ayuda, y sería para mí de justo orgullo fuese a mi lado un paisano como Ud. a compartir la gloria del triunfo o los azares de una suerte adversa pero también gloriosa pues gloria la hay en la muerte por la libertad. Para todo eso tendremos tiempo de entendernos.

Mientras tanto llegue el momento de acción vigorosa, no pierda Ud. el tiempo, elabore con calor y decisión en pro de nuestra causa y así no solamente hará Ud. muchísimo en favor de la independencia de las Antillas, sino de la regeneración, disimule la palabra, de Santo Domingo mismo. Por qué no se propone Ud., asociado de otros jóvenes de espíritus levantados, a ser los fundadores de un Club o Gran Centro revolucionario, para trabajar y favorecer la Independencia de las Antillas y echar abajo y pulverizar al absolutismo en Santo Domingo? Pues acaso cree Ud. que Cuba está peor gobernada con su Capitán General, sentado encima de las bayonetas que Santo Domingo con su Constitución debajo del tapete de la mesa de su Presidente? No sabemos, a la verdad, con cual de los dos nos quedaríamos. A esa clase de trabajos, al parecer lentos, pero de seguros resultados, está llamada TODA la juventud de esa Capital. Tenemos tres hombres de talento y de corazón y de respeto y de consideración que nos pueden ayudar mucho. Casi son necesarísimos. El Dr. Betances, Eugenio M. Hostos y Federico Giraudi. Esos tres hombres pueden ayudar a organizar una sociedad, tan compacta y formidable que se adueñe de todo porque yo creo que no basta que *muchos* pensemos de una misma manera si unidos y *organizados* no se trabaja. Siempre he notado en todas épocas y en todas partes un raro fenómeno —que no he podido explicarme nunca— que los malos se unen y se asocian más pronto que los buenos.



Aliéntese y aliente y no pierda esperanza ninguna; cuando se tiene joven el corazón y la cabeza, ¡qué caramba!, el mundo es poco para dar lugar a ambas cosas. Con que yo, con mis cabellos blancos, pretendo ser un Alejandro. Colón tenía 53 años cuando se lanzó en busca de un mundo desconocido, y lo encontró.

Salude, amigo mío, a los amigos de Ud. y esté seguro de mi sincero afecto.

Su amigo,

M. Gómez ∴

*

Turk Island, 10 de junio del 1886

A la Srta. Ignacia Gómez.

Mi querida hija:

Ayer tarde en el vapor *Ozama* llegó tu carta muy atrasada de mayo, desde San Cristóbal.

Don Eduardo remitente de tu carta me asegura (y esto me consuela) que en esa ciudad ya se anunciaba por los periódicos y con repiques de campanas tu próximo regreso; ojalá así haya sucedido si es de tu agrado, no dejando atrás un recuerdo tormentoso, y que leas estas líneas bajo el techo donde te dí mi beso de despedida.

Comprenderás que estoy contento porque tú lo estás conmigo y como algo de arrepentida por la crueldad con que me trataste. Ya ves que no dejo de escribirte siempre.

Tu carta que dices contestando a la mía de despedida, no llegó a mí. Se perdió y ya ves que así ha podido suceder con las mías. En nuestro país, todavía por desgracia, no hay ninguna garantía para ninguno de los actos libres de la vida humana. Más no tenemos derecho a quejarnos porque se está en la infancia de la vida, y en los otros países donde todo vemos que marcha con el sello de la civilización y el orden, es porque son viejos y ya han pasado por sus períodos de aprendizaje. Y ningún hombre, pueblo o



nación aprende y se educa por cabeza ajena. Cada uno, (esa es la ley) tiene que gemir y llorar sobre sus propios errores.

Escríbeme largo y tendido y dime muchas cosas, cuéntame hasta tus amores.

Me dicen que la sin par Eloísa anda en víspera de calar el melón; ojalá le salga dulce y no empalagoso, porque esto del matrimonio para ustedes las mujeres, es asunto de siete bemoles, dadas las condiciones de nosotros los hombres, tiranos por temperamento.

Abraza a todos, saluda a todos, y tú, Josefa, Marianita y tu Titica, reciban el corazón de este viejo.

Tuyo,

M. Gómez

Se me olvidaba: debo salir de aquí de un momento a otro. Espero el vapor inglés.

*

Kingston, 16 de julio de 1886.

A la Señorita Ignacia Gómez.

Mi querida hija:

Una vez lo hiciste tú pero sin razón justificada —y ahora me toca a mí no sé si con ella—, quejarme de tu silencio. Vino el vapor francés y no me trajo carta tuya, por Don Eduardo es que he sabido de ti, él me dice “pasamos toda una tarde juntos con Ignacita” por eso sé que ya estás al lado de tus tías —que ya eres capitaleña—, yo te escribí desde las Islas Turcas al salir para acá.

Pero no solo estoy sentido contigo sino con Josefa y Jaime, que si te lo digo ahora es porque ya ha pasado mucho tiempo, a ambos les escribí, sabes cuando? Desde mi retirada de Puerto Plata les dirigí mi adiós agradecido. Mas he hecho mal al decir que estoy sentido porque no me contestaran, pues el que debe como debo yo no tiene derecho a nada.



Ahora no les diga nada a ellos pues quien sabe si el primero de enero si yo no tengo luto del corazón ni Uds. tampoco nos podemos reunir otra vez y entonces tú harás la justicia.

Saluda a las amigas y amigos, a Josefa y a Marianita, y la comadre abrázala.

Dile a Abelardo y a Josefa y a Antonio que cuidado si van a andar a tiros por los Presidentes, que se conserven para que me ayuden a mí —que a uno haré Arzobispo y a los otros dos Ministros—, a Eleodoro como a su amigo predilecto lo mandaremos de Plenipotenciario a los Gabinetes europeos. ¡Qué sabroso pasará ese *peje* la vida por allá!

Adiós, te quiere

Tuyo,

Máximo

Ya se ayuntó Eloísa? Si ves a Amelia Soto dale un beso.

M. Gómez

*

Kingston, julio de 1886

A José D. Poyo y Estenoz,
Director de *El Yara*,
Cayo Hueso.

Mi querido amigo:

En unos cuantos días de tristísimo aislamiento a que fui condenado en Turks Islands, sólo con mis pensamientos, me ocupé en traer a la memoria algunos recuerdos y escribí estos apuntes que le dedico, idea que me sugirió la lectura en aquellas soledades de la obrita *Rasgos biográficos de dominicanos célebres*, por mi ilustrado paisano José Gabriel García.

Como además de ser usted cuidadoso guardador de papeles, que quien sabe si algún día pueden sernos útiles a todos, le gusta saber la historia, he creído complacerlo



remitiéndole esas notas históricas⁽¹³⁾ que de seguro, usted ignora en sus detalles, y como habemos aún muchos supervivientes de los tristes sucesos que yo relato, antes de creerme a mí, le sobra a usted tiempo y dispone de medios para averiguar la verdad e inexactitudes de que puedan adolecer.

Yo noto, leyendo la historia de ambos pueblos, desde la época de la bárbara conquista, que entre Cuba y Santo Domingo, más que con las demás hermanas de las Antillas, existe una cadena de unión, cuyo primer eslabón se encargaron los españoles de fabricar con la sangre de Hatuey. El estrecho Canal de los Vientos no es suficiente para desligar a dos pueblos hermanos por la sangre y por idénticas desgracias y dolores. Por eso yo siento placer, por lo provechoso, en instruirme con la historia de uno y otro pueblo, y lo tengo también en tratar de todas esas cosas con mis amigos y compañeros en la labor redentora del que aún gime bajo la abrumadora tutela de su desamorada y cruel madrastra.

Como siempre, de usted fiel amigo y leal compañero,

M. Gómez

*

“La Reforma”, dic. 10 de 1889⁽¹⁴⁾

Señor Director de “El Eco del Pueblo”,
Santiago de los Caballeros.

Muy señor mío:

Estimará de su bondad se sirva insertar en las columnas de su bien redactado periódico, las siguientes líneas, por cuyo favor le anticipa las gracias, su affmo amigo.

I. S. S. Q. B. S. M.

Máximo Gómez

(13) Véase *La Discusión*, Habana, 3 a 6 de julio de 1920; y el folleto de Máximo Gómez, *Los dominicanos en el destierro*, 1887. La carta a Poyo se publicó en el citado periódico, el 3 de julio. Se reproduce en esta obra.

(14) Publicada en *El Eco del Pueblo*, No. 259, Santiago de los Caballeros, 21 de dic. de 1889.



La empresa que he abordado es de la índole de aquellas que tienen el derecho de reclamar la valiosa protección de la opinión pública, y la poderosa influencia oficial, ésta, el Gobierno deberá saber como la emplea, toda vez que ella tienda a introducir una mejora en el cultivo de uno de los ramos más valiosos de nuestros productos agrícolas, como lo es la hoja del tabaco.

Mi propósito no es otro sino el de facilitar al comercio los medios de alzar en los mercados extranjeros el precio de nuestra hoja, a fuerza de mejorar su cultivo, hoy por hoy tan decaído, empleando simplemente para conseguir ese fin, terrenos adecuados y cultivadores experimentados. Por eso he elegido la zona de Guayacanes, ya de justa fama, pues realmente, es la primera de la República, como lo es en Cuba la de "La Vuelta Abajo", para esa clase de cultivo, por reunir las condiciones necesarias según los estudios hechos y prácticas observaciones.

Concedor palmo a palmo de todo el litoral del sur, donde tengo mi cuna, no hay que ir a buscar allí terrenos que le superiten ni quizás se igualen a la zona de Guayacanes, para el cultivo del tabaco.

Como cultivadores para completar y asegurar el buen éxito de la empresa, es preciso recurrir al brazo cubano, cuyo país, Cuba —creo yo— que he recorrido casi toda la América— sea uno de los más adelantados en ese importantísimo ramo agrícola, a tal punto, que no obstante el decaimiento moral y material de aquella infeliz esclava, el tabaco aún constituye una de sus primeras riquezas. Por eso, no hace mucho regresé de Jamaica con ocho familias de inmigrados cubanos que están perfectamente bien colocados y que pronto darán principio a la primera plantación sujeta a las condiciones que aconseja el arte.

Otra cosa más, y esto no deja de tener su altísima importancia. Enemigo acérrimo soy del egoísmo y las personalidades; mi contrato con la progresista casa de Jiménes Ca. nos deja en libertad de vender nuestros frutos al mejor pagador. Yo me las entiendo con un capital generoso, que se promete pingües ganancias con lentitud, sí, pero



siempre garantizadas por la mano del agricultor honrado y laborioso.

“La Reforma” lleva por nombre la finca principal, y además de las naturales ventajas morales y materiales que reportarán de nuestra asociación agrícola, nos proponemos establecer allí una buena escuela, de acuerdo y protegida por los hombres intelectuales de Guayacanes, y en donde se estudiará con preferencia todo lo relativo a la agricultura.

Como hombre de fe y de esperanzas en el porvenir, creo firmemente que este país no puede encontrar su regeneración, que es su salvación, sino en el trabajo, que matará la empleomanía y desarrolla y engrandece el espíritu de confraternidad entre los hombres. Es preciso, es necesario, que una parte, la trabajadora, avergüence y haga caer el ridículo sobre la otra parte de parásitos, hasta que poco a poco, contagiado el país por el levantado espíritu de honor y dignidad, los hombres desechen, como cosa menguada, los favores del poder sean quienes sean los que los representen.

Por estas razones, invitamos a la prensa toda y a los hombres de buena voluntad, para que se pongan al lado de toda empresa como la que se trata, protegiéndolas por todos los medios posibles.

Ya es hora que la iniciativa particular (somos de 45 años de edad) ⁽¹⁵⁾ empiece su misión regeneradora, quitando temores al capital nacional y extranjero, para que pueda lanzarse en empresas de todo género.

No se debe esperar nada, en este sentido, del Gobierno. Su altísima misión se reduce únicamente a conservar el orden y la paz interior y a ensanchar las ideas de progreso y civilización para sus gobernados por medio de la diplomacia y la política exterior. Alta y delicada labor es esa. El pueblo es el que trabaja y haciéndolo así, no puede haber ni motivos de quejas ni causas de descontento, pues un pueblo laborioso y trabajador, siempre tendrá un Gobierno digno de él.

No se le puede pedir a los Gobiernos lo que no pueden dar. En América solamente se ha visto el raro caso de una

(15) Error. Tenía entonces 56 años, pues nació en 1832.



Nación en que sus hijos hayan vivido largo tiempo de las rentas nacionales: los Peruanos del Guano.

Todas las demás tienen la nobilísima necesidad de golpear la tierra y explotar la industria.

Máximo Gómez

*

La Reforma (Monte Cristi), 12 Fbro. 1890⁽¹⁶⁾

Sr. Don J. J. Hungría,
Santiago.

Muy Sr. mío y estimado compatriota:

A impulso de justísimo agradecimiento le dirijo estas líneas, robando un poco de tiempo a mis múltiples atenciones, en estos campos de incesante labor por la falta de lluvias y espantosa abundancia del gusano de tierra.

No podrá ser este año la cosecha de tabaco tan rica como nos prometíamos, pues, como dejo apuntado antes, la plaga del gusano de tierra ha sido tal, que no han sido suficientes los esfuerzos más inauditos para estirparla.

Asunto es éste de que me ocupo, (y debemos ocuparnos todos) pues debe existir algún medio eficaz químico para matarlo en germen, que no el rutinario hasta ahora empleado por nuestros agricultores dotados de gran fuerza de voluntad, pero sin conocimientos.

Si el Gobierno o una Sociedad agrícola formada de individuos del alto comercio (que ya debía haberla) protectora de la agricultura, ofreciera una propina valiosa al que descubriese el medio fácil y sencillo de estirpar el gusano de tierra, podríamos decir estaba asegurada la primera riqueza del país. Lo del agua para responder de las cosechas, sin contar con las eventuales de la estación, ya para eso es bien sabido, que casi no se encontrará nunca un lugar que sea imposible de ponerle el reguío, y esta

(16) En el periódico El Eco del Pueblo, No. 263, Santiago de los Caballeros, 5 marzo de 1890.



zona de Guayacanes con su caudaloso Yaque, y seca como conviene al tabaco, para su superior calidad, ha sido hecha por Dios para esa clase de cultivo.

Es decir, poniendo el agua a disposición del agricultor y encontrándole el medio de estirpar el gusano de tierra en su tiempo, puede el comercio contar con una zona inmensa, fuente de inagotable riqueza.

Sucedará todo lo contrario de lo que actualmente sucede, que trabajaremos con menos fatiga y con el corazón lleno de esperanzas.

Es necesario ser agricultor de idea para poder contemplar con dolor los esfuerzos de nosotros los agricultores abandonados a nuestros propios medios y conocimientos, que no son ningunos, y después al lado de eso la explotación del comercio.

Aquí en nuestra tierra es prodigioso que haya hombres de campo honrados (hay muchos) porque el desamparo y la indiferencia con que es mirado este gremio pacífico y laborioso, que tuesta el sol, así por la autoridad como por el comercio, los dos pujantes motores de fuerzas que impulsan los pueblos a su bien, hace que no haya más afición al trabajo y sí deja preparados soldados para las revueltas y hombres para la vagancia.

Y hay quien sin conciencia acuse todo eso!

Yo sigo aquí y seguiré a pesar de todas las contradicciones del tiempo, con propósito firme de poner mi pequeño óbolo en la obra del trabajo regenerador.

Quiera Dios proteger mis intenciones y mis esfuerzos!

Necesitamos un profesor de *condiciones* para esta zona —que sirva para dar clases a niñas. Si viejo —los viejos servimos para pocas cosas— y si joven puede haber sus peligros; así pues, pídale usted por medio de su periódico con los *distingos* del caso. El asunto de sueldo y propinas y demás puede estipularse personalmente.

Le quedamos todos agradecidos, y con la estimación que usted se merece, me suscribo muy afmo. compatriota y S. S.

Máximo Gómez



La Reforma, de Guayacanes (R. D.)
julio de 1893 (17)

Señores Alejandro y Maximiliano Grullón,
Hamburgo.

Estimados amigos míos:

Después de mi última carta dirigida a VV., pocos días más tarde llegó a este país, y lo supimos sus amigos la noticia de la muerte de su Señora Madre de VV. q. e. p. d.

Doña Leonora Julia era ya una Señora anciana que había acabado de vivir, había, sin duda, terminado la fatigosa jornada de la vida y llegó por fin, a donde por Ley fatal tendrá que llegar también la Humanidad entera, al sepulcro. Dichosos los que pueden vivir tanto y tan bien y tan queridos como vivió ella, ya que venimos a cumplir, por fuerza de la Potencia Creadora, la sagrada misión de ser habitantes de un momento en este Planeta. Y fué buena y por eso fué amada. Madre amorosa se convirtió en fuente de inagotable ternura para todos los suyos, y fué toda cariño, caridad y benevolencia para los demás que se acercaban a ella en demanda de algún consuelo, para calmar alguna pena o aliviar algún dolor. Seres que son así y que pasan por este mundo, amando tanto y tanto sufriendo, son acreedores que al despedirse de los que aún nos quedamos acá, le rindamos el justísimo tributo de nuestras lágrimas, testimonio elocuente de nuestro dolor, y se manifieste sincero y espontáneo el sentimiento por su ausencia.

Eso hago yo en este instante, públicamente, acompañándolos, a VV. en su justo duelo.

Murió Doña Leonora en tierra extraña, cavaron su sepultura muy lejos de donde se mecía su cuna, no vió en torno suyo y en los últimos instantes de su vida, agruparse tantas manos y tantos corazones amorosos, que en su ciudad natal —donde tanto cariño y respeto sembró— le hu-

(17) En el periódico *El Porvenir*, No. 1035, Puerto Plata, 22 de julio de 1893.



bieran dicho un adiós confundido con el pesar que nos produce la pérdida de todo bien o grandeza que se nos escapa. Tampoco el Sol que a intervalos calienta ahora la urna funeraria que guarda sus restos inanimados y fríos, no es el mismo Sol que acá ardiente y luminoso acabó de darle fuerza y aliento a su tierna existencia cuando vió la luz primera.

No recuerdo de quién he leído este hermoso pensamiento: "Se puede vivir poco más o poco menos alegre lejos de la Patria, pero cuán triste debe ser, morir lejos de la Patria!"

Sin embargo consuélense VV. de su gran pérdida, que si bien el dolor ajeno no puede curar el propio, no obstante sirve de eficaz lenitivo la certeza de saber que alguien entiende nuestra pena, y yo estoy amaestrado en el sufrir; pues siquiera los restos de su Madre querida descansan en tierra de libres, que los de mi santa Madre, ay! yacen en solitario lugar en tierra de esclavos (Cuba) y allí ni una flor ni un recuerdo que denuncie al piadoso viajero la existencia de aquella tumba que guarda las cenizas de una madre adorada de sus hijos.

Clemencia Báez, Madre jamás olvidada, déjame colocar un recuerdo para ti también, junto al que en estas páginas dedico a otra mujer que fué esposa y madre tan buena como lo fuiste tú!

Acatemos sumisos, amigos míos, en este caso, los decretos del Destino, y sigamos trabajando siendo buenos, tanto más por el recuerdo de los que al separarse de nosotros nos legaron, junto con el dolor causado por su separación eterna, el ejemplo sublime de sus virtudes.

Los saluda con verdadero afecto desde su retiro campestre, su consecuente amigo.

M. Gómez



Monte Cristi, agosto 10 de 1894⁽¹⁸⁾

Señor Manuel de J. de Peña y Reynoso,
(Santiago de Cuba).

Leal y querido amigo:

A reserva de ser más estenso en otra ocasión, y quizá con más satisfacción para Ud. mismo, en lo que le interesa saber, estas líneas por ahora, solamente pueden servir de simple recibo a su muy estimable del 14 de Julio que en buena hora me entregó el atento Jesús.

Lamento muy mucho que Ud. allá en Cuba no esté al corriente —concibo que no puede estarlo— de los sucesos más importantes acaecidos en esta tierra; pues que sin duda de otro modo, no se nos presentara Ud. ahora ignorante de la pronta y favorable resolución acordada por los Supremos Poderes de la República con respecto a la Estatua Duarte, y tan unánime y alegremente apoyada por la opinión del País, por la conciencia nacional. Así desde luego, no se hubiera sentido Ud. flojo o desarmado de entusiasmo, para empeñarse, como lo merece el asunto, en el seno de esa culta sociedad, y excitar la generalidad de las gentes que pueden entender bien la honra que les cabe ayudando al Pueblo Dominicano en su obra meritoria de honrar con un monumento histórico, la memoria del ilustre Dominicano, que lo es al mismo tiempo una gloria Antillana, como lo es, o puede serlo mañana, Carlos Manuel de Céspedes, para Cuba y las Antillas, cuando sus compañeros, vivos aún, de la labor y de fatigas en su cruenta jornada de ayer, y sus admiradores e imitadores de hoy, juntos todos, remiten su obra con tan mala fortuna principiada.

Cuando me dirigí a Ud. desde New York, con verdadero entusiasmo solicitando su concurso para un asunto, como este, de especial honra nacional, como dominicanos ambos, también lo hice para cubanos prestigiosos y amigos míos desde la guerra, y radicados ahora en la Haba-

(18) En el periódico *El Montecristeño*, No. 53, 11 agosto 1894.



na, Las Villas y Camagüey. Aquellos hombres, sin ocuparse de las resoluciones pendientes y dando el asunto por hecho, me contestaron satisfactoriamente, poniendo a seguida sus gestiones al servicio del pensamiento, que se propone perpetuar la memoria de Duarte, y han abierto suscripciones, para presentar por Cuba y a nombre de Cuba, su óbolo a la gratitud nacional dominicana a favor del Caudillo principal de las libertades patrias de este pedazo de tierra Americana.

No se desaliente Ud. mi buen amigo, y haga todo lo que pueda en ayuda de la realización de este pensamiento dominicano, que la noble gratitud que lo inspira, como toda obra de justicia, ella baja de más alto que de donde radicamos los hombres y las cosas, y desde luego, mucho y bastante nunca podemos hacer los pequeños, que sobre, para honra y gloria de los que verdaderamente pueden merecer, por sus virtudes el justísimo título de grandes abnegados.

Es necesario demostrar ante el mundo por justo orgullo, por merecida honra, que la República Dominicana, ha tenido también sus hombres de la familia de los Bolívar, y que sus hijos todos, le somos reconocidos, en grado igual a lo sublime del beneficio.

Los demás particulares de su citada carta le serán contestados en breve, pues aquí nadie de sus amigos le olvida, todos le quieren; y yo, que le recuerdo con tanto cariño, deseo verlo en el seno de los nuestros, y que en este mismo suelo querido, donde puede ser Ud. muy útil aún, y donde el Sol calentó su cuna deje Ud. mañana, cuando ya gastado por los años caiga en la tumba, muchos agradecidos que pongan un poco de polvo junto a su cruz. Y ya que morir es ley fatalmente inevitable, hagamos de modo de no morir olvidados, sino para los extraños ¡por Dios! siquiera para los nuestros.

Mucho cariño para tanto bueno de su hogar y quiéralo como lo quiere su amigo,

M. Gómez



MAYOR GENERAL
MAXIMO GOMEZ

Monte Cristi, 9 de marzo de 1895

A Francisco Gregorio Billini (19)
Santo Domingo.

Mi querido primo y amigo:

¿Qué es de tu vida? La sé, porque siempre pregunto por ti y todos me dicen que sigues querido y tranquilo, y sereno, por supuesto, en tu buena labor. Así te quiero: Allá va Martí (20) con su cabeza desgredada, sus pantalones raídos, pero con su corazón fuerte y entero para amar la independendencia de su tierra, por la que yo también me esfuerzo y trabajo. Y como tú fuiste un día, aunque en empresa desgraciada, protector mío, y gran amigo de la causa, y ese corazón tuyo nunca puede ser veleidoso, ni en las cosas pequeñas, espero que esta vez como entonces, y en el seno de nuestros amigos particulares y generosos, y de un modo muy privado, dejes, por tus servicios y tu amor, una vez más, comprometida nuestra gratitud. Creo, y no veo por qué no puede ser así, que tú, Martí y yo y todos los que sean como nosotros, nos estrechemos las manos y formemos un haz en medio de las Antillas. Se verán tú y Martí y es natural que, por la razón de afinidades que nos hace sentir suavemente atraídos, pase el tiempo veloz, para los dos Maestros, en la plática útil, franca y cariñosa que van a tener.

Abraza a los tuyos, saludos para los amigos y sabe que te quiere tu primo y amigo,

M. Gómez

(19) Las cartas del Generalísimo dirigidas a su primo don Francisco Gregorio Billini, han sido copiadas de los originales en poder de don Hipólito Billini y Paulino, hijo del mencionado prócer banilejo que fué Presidente de la República y gran amigo de Cuba y de Martí.

(20) Martí no llegó a realizar el viaje anunciado.



Montecristi, 12 marzo 1895 ⁽²¹⁾

A Fed. Henríquez y Carvajal
Santo Domingo.

Mi estimado compatriota:

Favoréceme su apreciada y le quedo agradecido de sus buenos deseos, en cuanto a mí, en la grandiosa obra emprendida.

La gran causa antillana, tan combatida, no puede ser indiferente a hombres como Ud. y siempre hemos esperado, los que estamos dispuestos a lanzarnos al campo de la lucha armada, defendiendo la libertad, el honor y la familia, que detrás quedarán muchos hombres, dignos de tal nombre, que nos darán aliento y ayudarán a mantener entera nuestra fe y viva la esperanza en la victoria definitiva.

No nos desampare Ud., asociado a los amigos generosos y buenos, al heroico cojo ⁽²²⁾. Hagan de modo que pronto y entero caiga a mi lado porque él en estos momentos, por su valentía y prestigio, es una ayuda poderosa. Y, después de eso, hacer de modo que sus hijos no sientan la orfandad en que han de quedar sumidos. De esta manera, como dominicanos, honramos la Patria, y como hombres a la Humanidad.

Recuerde que lo estima y le distingue con verdadero afecto de hermano su amigo,

M. Gómez

(21) Las cartas a don Federico Henríquez, insertas aquí, figuran en su libro *Todo por Cuba*, Santo Domingo, Imp. García, 1925.

(22) Alude al entonces Brigadier y luego Mayor General José M. Rodríguez (Mayía).



Cuba, 4 de Mayo de 1895.

Señor..... (23)

Querido amigo:

Revolución salvada, potente. No puedo precisar el número de miles de hombres que la defienden, pues organizo el ejército, batiéndonos. Enemigo casi a la defensiva. Sus operaciones sin resultado. Dentro de pocos días quedará constituido el Gobierno.

Ya casi todos los periódicos americanos han enviado reportes a los campos. En este instante tengo uno a mi lado, del *Herald*.

A los dominicanos que aprovechen que su azúcar les ha de valer. No dejaremos caña viva aquí (24). Irá para

(23) Publicada en el *Listín Diario*, S. D., Núm. 1803, del 12 de julio de 1895, con la siguiente nota: "La carta que precede a estas líneas ha sido dirigida por el Caudillo separatista, desde el teatro de la guerra, a un amigo de Monte Cristi, el cual ha tenido la amabilidad, que agradecemos, de enviárnosla para su publicación. Tiene tal elocuencia el indicado documento, que realmente no necesita comentarios". El destinatario debió ser don Emiliano Aybar.

(24) Esta frase del General Gómez fué motivo del siguiente ataque de la prensa española, del *Boletín Mercantil de Puerto Rico*, San Juan, 26 de junio de 1895:

ESE ES MAXIMO GOMEZ!

Ha reproducido en sus columnas parte de la prensa provincial una carta del llamado generalísimo de los rebeldes separatistas, Máximo Gómez, cuyo texto es la mayor de las iniquidades. Aparece escrita en Cuba, y al leerla no hay de seguro un corazón recto que deje de sublevarse lleno de legítima indignación.

Ese caudillo dominicano, incorregible perturbador, de la isla de Cuba, que debe tener la conciencia más dura que un pedernal; ese pretensio libertador de nuestra Perla del Golfo de México, que mejor se estaría en su propio país, ocupado en arreglar y enderezar lo que allí necesitado han de arreglo o derecha; ese mismo Máximo Gómez que no hace aún muchos años proclamaba con patética entonación que Cuba no podía emanciparse del dominio español, ha tenido la incalificable osadía de estampar en la carta a que aludimos lo siguiente, digno sólo del alma tenebrosa de su autor.

A los dominicanos que aprovechen; que su azúcar les ha de valer. No dejaremos caña viva aquí.

Véase en presencia de esto, cómo ese Máximo Gómez, que en otra carta escrita poco antes que la de referencia llamaba con infernal sarcasmo su patria a nuestra isla de Cuba, sopla y atiza el fuego de la nefanda insurrección separatista, haciéndose una vez más acreedor a tremenda expiación, no porque le impulse, nó, el ex-



allá emigración en masa, que la traten bien y la reciban con los brazos abiertos. Haga circular su periódico. Le mandaré dinero para ayudarnos.

Un abrazo para el General (25). Es de prisa. Tengo encima un mundo de trabajo.

Suyo amigo,

M. Gómez

P. D.—Escriba amigos de la capital.

*

Camagüey, Septiembre de 1895.

Al Coronel José Nicolás Ramírez,
Santiago de los Caballeros (26).

Mi querido Nicolás:

Si los elementos que se pueden obtener ahí los creen

clusivo cuanto irrealizable propósito, que los ojalateros laborantes y toda su comparsa apellidan sin duda épico, heroico, sublime, etc..., de la independencia del cubano territorio.

¡Qué disparate! Esgrime Máximo Gómez criminales armas contra España en los grandes campos de la Grande Antilla... ¡para arruinar a esta en provecho de los productores de azúcar dominicanos!

Si grita como un energúmeno Máximo Gómez; que caiga Cuba en los abismos de la desolación, para que a su costa se enriquezca Santo Domingo!

Díganos, díganos lealmente el lector si no es esto la iniquidad mayor de las iniquidades.

¿Y habrá, después de ese oprobio, un solo cubano que simpatice con Máximo Gómez y sus execrables designios y se tenga al mismo tiempo por verdadero amante de la tierra en que nació?

¿Habrà, en fin, un solo hijo de Cuba en cuyos labios no vibre enérgica y terrible, una maldición de eterna resonancia para Máximo Gómez?

¡Qué vergüenza!

¡Qué baldón!

¡Qué ignominia!

(25) Se refiere al General Guelito Pichardo.

(26) Las cartas a Nicolás Ramírez y a la esposa de éste, la ejemplar amiga de Martí y de Gómez, doña Rafaela Pavón, que les fueron dirigidas por Máximo Gómez y otros, que figuran en esta obra, han sido copiadas de los originales en poder de sus hijos Máximo y María Luisa Ramírez Pavón, a quienes debemos esta generosa cortesía. En nuestro libro Martí en Santo Domingo, también hay cartas de la misma procedencia, suscritas por Martí, Gómez, etc. Toda esa documentación, muy interesante, es testimonio del fervoroso patriotismo del Coronel José Nicolás Ramírez.



pocos, teniendo sin embargo en cuenta que no convienen expediciones grandes, entonces marcha en seguida a Cayo Hueso, y recoge los que te entreguen el Sr. que indicará el Presidente en la orden que se te adjunta. Consúltalo todo con H y otro cubano y Dominicano que sean hombres discretos pues siempre se han perdido más de cuatro cosas por la poca reserva con que han sido tratadas.

El mejor modo es hacer el depósito en un Cayo de las Bahamas y después en el vapor o barco de vela que sea, destinado a conducir la expedición y que puede ser despachado para Nasau, por ejemplo se recoge todo. Conviene que esa expedición entre por Camagüey. Los puntos mejores por el Norte son: Guanaja, la boca del río Máximo por Cubita, Gran Montaña, Bahía Nuevas Grandes, todo esto en Camagüey. En las Tunas, Manatí, Río Arenas. Mientras te preparas veremos el modo de que vayan prácticos de las costas. Se tendrán vigiladas las costas sobre todo la de Cubita.

Gómez

*

Camagüey, septiembre 20 de 1895 (27).

A Federico Henríquez y Carvajal.

Estimado amigo:

Siento la necesidad de dirigirle dos líneas pues el tiempo de que puedo disponer, siempre ocupadísimo, no

(27) A la presente carta se refiere esta otra:

Santo Domingo, Octubre 10-95.

Sr. Director de PATRIA.

Compañero y amigo: Adjunta va una copia de la última carta que, con fecha del 20 de setiembre, me escribió desde los campos libres de Cuba el ilustre dominico-cubano general Máximo Gómez. Juzgo esa carta de suficiente importancia, bajo distintos aspectos, para merecer los honores de la publicación en el órgano de la Revolución fundado por el egregio héroe-mártir de Dos Ríos. Ud. la leerá, i Vs. todos juzgarán si tengo razón i si merece darse a luz



me permite escribir una larga y detallada correspondencia, como es mi deseo.

Conoce Ud. mis anhelos, mis aspiraciones y mis miras desinteresadas al tomar parte en esta contienda, emprendida por este pueblo ansioso de derechos y libertades.

Sabe Ud. que, enamorado del ideal cubano que lo es antillano, me he entregado todo entero a amarlo y defenderlo, sacrificando todo cuanto los hombres bien nacidos podemos disfrutar de dulce y consolador: la familia y el hogar.

Sin embargo de todo éso, mi amor a Cuba no ha causado merma en el amor a mi Patria, y pienso mucho en el lado bueno que de esta cruenta lucha se le presenta a la República Dominicana.

Bien se comprende que respetándose Santo Domingo, en sus tratados con España, no puede cometer la falta de deslealtad, protegiendo nuestros propósitos; pero como las leyes estrictas de neutralidad, bien entendida, no están contrapuestas con las leyes y deberes humanos, creo que Santo Domingo puede y debe, hasta para su propio provecho, abrir sus puertas y sus brazos a tanto elemento

en ese respetable semanario. No he querido hacerlo aquí, aunque a ella he aludido en Letras y Ciencias al publicar el retrato del general en jefe, por reservarla como obsequio al respetable órgano de la Revolución.

Escribo a Vd. en la clásica fecha de Yara, i, como memoria de ese magno día de Cuba libre, me place anunciar a Vd. que va a instalarse aquí otro club de damas cubanas, bajo el nombre conmemorativo de la segunda gloriosa fecha de Cuba: 24 de Febrero. Deberé a la cordialidad de una escogida comisión de damas benévolas la honra, que ya se me ha discernido, de presidir el acto solemne de la instalación del nuevo Club de hijas de Cuba. La iniciativa, para ese nuevo centro patriótico, se debe a algunas distinguidas socias del Club Hijas de Hatuey.

El espíritu público en la República Dominicana, lo mismo o más que en toda América, tiende las alas del alma y convierte en hechos sus simpatías hacia el ensangrentado teatro de la revolución. Santo Domingo hace lo que puede por Cuba, tal vez algo más de lo que, por ahora, le es posible.

Martí se fué satisfecho de nuestro amor i nuestro concurso. Máximo Gómez ha quedado en el palenque satisfecho de nuestro concurso i nuestra adhesión a la causa americana de la redención de Cuba. Cierro estas líneas con una reclamación. Esta: no siempre recibo el canje de Patria. I Letras y Ciencias no olvida, jamás, a su querida Patria. Su afmo. S.

Fed. Henriquez i Carvajal. (Delegación Cubana de Nueva York, Caja 8, número 1649).



emigrante de este país que no puede permanecer en este suelo ensangrentado.

La República Dominicana puede y debe no permitir que se dispersen por el mundo tantos elementos preciosos, que mañana le devolverá a su hermana, la futura República de Cuba, sanos y conservados, con el hábito del trabajo, y la práctica de los principios republicanos, sí, como es de suponer, la paz mantiene en esa tierra el espíritu nacional en reposo, para el desarrollo del progreso en todas sus manifestaciones.

Para todo eso debe Ud. aconsejar a los hombres de la situación, sus amigos, que vale la pena que el Gobierno haga algunos sacrificio, que al fin no lo serán, para la protección de la emigración cubana. A poco que estudiamos el mapa, vemos que Santo Domingo es el llamado a ejercer, sin disputa, y sin compromisos, la obra grandiosa de ayudar a salvar a Cuba para las Antillas.

En cuanto a la campaña, ella se sostiene favorable a las armas republicanas; lo que Uds. pueden deducir de todo lo que publica la prensa enemiga, con cínica falsedad, si se cuidan de juzgar a la inversa los relatos de hechos de armas.

Y en cuanto a mí, me encuentro querido y respetado de los cubanos en mi puesto de General en Jefe, y rodeado de una juventud decente, ilustrada y entusiasta, de todas las comarcas de la Isla.

Acabamos de constituir Gobierno, lo único, y principal, que nos faltaba para ser verdaderamente fuertes, y ya podemos decir que está asegurada la Revolución y solamente lo que nos queda que hacer es luchar hasta triunfar.

Sin que parezca jactancia de parte mía, no soy hombre de esas cosas, pero debo decirlo para satisfacción de mis compatriotas, que la Constituyente ha querido darme la Presidencia, pero yo he rechazado la proposición, primero, porque me considero incompetente para tan alto destino; y segundo, porque considero que esa altísima representación debe recaer sobre un cubano.



Como yo soy el blanco principal del odio español y sobre mi personalidad se asestan tantos ataques, le envío copia de una "circular" que he dado, y que se cumple al pie de la letra, y con la cual he respondido a la diatriba española. Ojalá la publique usted!

Saludo en Ud. a mis amigos todos y créame su affmo. amigo,

M. Gómez

*

Las Villas, (Cuba), nov. 1895 (28)

Señor Juan Anido,
(Santo Domingo).

Estimado amigo:

Ayer en reñido combate ha muerto mi Ayudante de Campo Elizardo Frías. Murió como mueren los valientes. Nos batíamos 10 contra cientos; sin embargo, enemigo derrotado.

Ordeno, he dicho mal, suplico se solicite por los cubanos y los dominicanos, a la Señora Madre del guapo Elizardo, que debe ser una pobre, y se socorra y se le manifieste sentida expresión de duelo, a nombre de Cuba agradecida y del Ejército Libertador que tengo la honra de mandar.

Recomiendo a usted encargo tan honroso.

El Gral. su amigo

M. Gómez

(28) Esta carta es del 24 de noviembre. Se publicó en el *Listín Diario*, S. D., No. 1989, del 28 de enero de 1896. Elizardo Frías murió en el combate de Los Guajos, Sancti Spiritus, el 23 de noviembre de 1895. Su cadáver quedó en poder del enemigo.



La Reforma, 29 noviembre 1895.

A Federico Henríquez y Carvajal,
Santo Domingo.

Estimado amigo:

Supongo en su poder mi última correspondencia, que buen cuidado tuve de dirigirle al abandonar la Comarca Camagüeyana, emprendiendo marcha hacia las Villareñas.

Aquella carta le decía cuanto importante había ocurrido entre los republicanos; así de favorable como de adverso. Desde la instalación de nuestro Gobierno y organización general, hasta la pérdida de jefes buenos y compañeros queridos, como Francisco Recio.

Hasta entonces la campaña había sido floja; lo que nos ha favorecido, pues esa situación me ha dado tiempo a prepararlo todo desde aquel centro. De manera que la campaña de invierno, que nos espera, nos encuentra preparados.

Nos ha favorecido bastante la poca actividad (debido quizás al mal estado de su salud) del Gral. Mella, Jefe del Camagüey. Así, pues, podemos decir, usando nuestro término militar: *Estamos listos de marcha.*

Mi entrada aquí ha sido fácil. Casi triunfal.

Enemigo desconcertado y aturdido: sin bríos. Castigado por la miseria y la fiebre amarilla. Y, para engañarse él mismo y engañar, ha adoptado una ofensiva extraña: persigue a los libres por donde tiene la certeza de no encontrarlos.

Por nuestra parte, nuestro Ejército animoso y rebotando salud. *Nadando sobre recursos.*

Apenas entré aquí hemos podido apoderarnos de más de sesenta armas y quince mil tiros. Muchos soldados españoles perdonados y devueltos a sus filas —los que no quieren ingresar con los nuestros— pues, según mi circular, eso lo dejo a libertad. Como dicen los libres pensadores: “A libertad de conciencia”.



Va a empezar la campaña, y lo que dejan de hacer las armas, lo hará la tea; que todo deben convertirlo en armas los pueblos cuando se lanzan a conquistar sus derechos.

Como Ud. comprenderá, los de dentro ponen los gritos en el cielo, condenando estos procedimientos para asustar a los incautos, que bien saben ellos, que los recursos de la guerra todos son aprovechables. Y es por eso que lo que se debe evitar siempre es la guerra, pues que, después de empezada ésta, sería una necia inocentada esperar una guerra mansa, cortés y cariñosa.

El Ejército entero a mis órdenes, está ya compenetrado de todas estas ideas y resoluciones, y no hay ya para que dar más órdenes especiales.

La responsabilidad tiene que caer de lleno encima de España, que es la que tiene que garantizarlo todo. Nosotros no tenemos más que un solo deber que cumplir: el de triunfar. Y para llegar a esa realidad política: todos los medios son buenos.

España si no sufriera estúpida obcecación, pudiera salvarse y salvar a Cuba, economizando tanta sangre y tanta ruina.

He aquí el problema: la Isla de Cuba puede poseer más de 300 millones de pesos de riqueza Agrícola y Pecuaria, arrasable todo eso por la mano terrible de la guerra. Además ella tendrá que gastar algunos millones más para sostener la guerra y concluir con la insurrección, si le place gozar con esa ilusión. De modo que con lo que deje de gastar y lo que salve, ya puede Ud. sacar cuenta a donde iremos a parar con los millones, España, pues, pudiera muy bien vender a los cubanos, lo que de ellos mismos, mediante 200 millones de pesos, que de seguro ellos aceptarían, antes de destruir o cegar la fuente de donde naturalmente han de sacar el dinero para cubrir sus compromisos.

No hace éso, España?... pues de seguro que aquí no quedará piedra sobre piedra. Y hasta la riqueza intelectual huirá anegada en sangre y devorada por las llamas.



Esa es la situación. Esa es la resolución de este pueblo cansado ya de tantos vejámenes, de tantos desprecios y permanentes engañifas.

Se puede decir a la faz de toda la América y hasta de la Europa: “que no hay pueblo más honrado, más manso, más trabajador, y más ilustrado, que el pueblo cubano”. Y cuando un pueblo, dotado de estas nobles y relevantes condiciones, se lanza resuelto a una lucha como la que sostiene y de la cual no puede cejar... ¡cuánto dolor no habrá acumulado en el corazón y la mente popular! ¡Y qué justa y cabal debe ser la cantidad de derechos y justicia que reclama de su madrastra cruel y despiadada!....

Pongo término aquí, pues los hechos han de ser más elocuentes que las palabras.

Debo suplicarle salude, a nombre mío, a nuestros amigos y compatriotas; y mientras tanto créame Ud. su más affmo amigo,

M. Gómez

*

A última hora: Me traen el parte curioso de que gruesa columna española de las tres armas va en lo que ellos llaman “operaciones” por la zona de Jobosí, distante ocho leguas opuestas con la tea y el terror. Mejor, pues de ese modo, ellos por un lado y nosotros por otro, acabamos más pronto.

Gómez

*

20 de enero de 1897

A Marcos del Rosario.

Marcos:

He leído la carta que te ha dirigido Feria tu amigo, y me congratulan las protestas que te hace de su amistad. Ojalá sean sinceras pues en esta tierra que hemos venido a ayudar a libertar, estamos (y eso que no hemos concluído) recogiendo ya su cosechita de ingratinidades.



Yo también siento que Feria se haya separado de mi lado, pero como él lo pidió así estaba en mi deber considerarlo.

Tu Gral.,

Gómez

*

Las Villas, Cuba, 8 de febrero de 1897

A Francisco Gregorio Billini,
Santo Domingo.

Mi querido primo:

En mi poder una tuya, y tus quejas por mi silencio me convencen que mis cartas se han perdido, pues te he escrito mucho, pero me parece que lo he hecho tres o cuatro veces.

Conté siempre que tú serías uno de mis primeros amigos, para ponerse al lado de mi dolor profundo, y llorar conmigo la trágica muerte de mi virtuoso y amado Panchito. No había sin duda llegado hasta ti la noticia de esa desgracia mía, puesto que no te refieres a ella, pero es lo cierto que cuando tú, y muchos dominicanos hayan sabido tan triste suceso han debido sentirlo, pues mi hijo era una esperanza para la Patria, y para la familia.

Perdóname que te hable tanto de mi hijo muerto, pero él supo morir como un héroe honrando a los dos pueblos. Tócame a mí buscar a su matador, Cirujeda, y hacerlo morder el polvo.

Esta guerra sigue, sostenida por los crímenes horrendos de Weyler, rabioso por los triunfos alcanzados a poco costo, por nuestras armas. España toca ya al término de su dominación en Cuba, por faltas de fuerzas vivas de todo linaje que le ayuden a perpetuarla. No cuenta ya ni con soldados, ni con dinero ni con la opinión. Y es lo más malo y triste, para ella, que al plegar su bandera, al dar la espalda a esta tierra, no dejará en ella, ni las simpa-



*

tías ni el agradecimiento, y todo por haber derramado tanta sangre inocente, y haber hecho derramar tanta lágrima a la mujer cubana.

Tiempo hubo de salvarse España salvando a Cuba; bien se lo pronostiqué al Gral. Martínez Campos, pero ni él ni su Gobierno hicieron caso, y soberbios y ofuscados, todo lo fiaron al éxito de las armas, como si aún triunfando, por ese medio violento y cruel hubiese podido después contar con la verdadera Paz en Cuba. Ahora tendrá que pactar de cualquier modo y tendrá que conformarse con menos.

La muerte del Gral. Maceo, como sucede con todas las cosas de este mundo, los primeros días causó impresión, pero después ese pesar se ha ido pasando, y como pronto acudí a cubrir su falta, la campaña no se ha resentido de su falta de modo notable. Ya tengo otro General inteligente y valiente en la Provincia de Pinar del Río. Y seguimos adelante con los mismos bríos y la misma fe.

Saluda a mis amigos; para la familia toda, mis afectos, todo mi cariño, y te quiere tu primo,

M. Gómez

*

La Herradura, (Las Villas) febrero 8 de 1897⁽²⁹⁾

A Federico Henríquez y Carvajal.
Santo Domingo.

Mi buen amigo:

Su carta del 15 de diciembre del año ppdo. la leí con la satisfacción propia de quien vé con júbilo, que hay en playas lejanas quienes no se muestran indiferentes ante los grandes dolores de Cuba.

Inspirada ella —la carta de Ud.— en la muerte del nunca bien sentido General Maceo y en la de mi malogra-

(29) Conservamos el borrador de esta carta, en una libreta de Lorenzo Despradel, Ayudante de Máximo Gómez.



do hijo Francisco, ha traído a mi alma su lectura honda satisfacción y ha mitigado un tanto mi acerbo dolor...

Por desgracia fué cierta la muerte del héroe incomparable y la del hijo amado; cayeron en esta tierra incendiada por el Dios de la guerra, alentados por una suprema aspiración, y juntos duermen en la misma fosa.

Parece que, por amarga ironía del destino, esta República que estamos sacando a flote de entre el *mare magnum* de la Revolución reparadora y justa, quiere cimentarse sobre el polvo alentador de tantos paladines egregios, como los que han ido cayendo uno en pos de otro.

Parece, amigo mío, que para purgar las cuatro centurias de vida colonial que ha sufrido este pueblo, se necesita sangre de muchos héroes, dolor de muchos hogares.

El pueblo dominicano —siempre noble— se ha puesto a la altura de su deber en los asuntos de Cuba. Gozo viéndolo llorar con este pueblo en su desgracia y alegre con sus triunfos, hermanos son.

Voy a terminar no sin antes significarle la fe que tengo en el próximo triunfo de la causa que sustentamos. Pronto esplenderá la estrella de Cuba en el cielo de la América Libre!

A todos salud! Su affmo. amigo,

M. Gómez

*

Campos de Cuba, marzo 1897 (30)

A Francisco Gregorio Billini,
Santo Domingo.

Mi actitud de energía moral en todo lo que concierne a los asuntos de Cuba (incluso el incidente del intruso Morote, cuyo atrevimiento habrás leído) la han interpretado mis enemigos y los enemigos de Cuba como arranques

(30) Carta sin fecha, en su *Diario de campaña*, pág. 542. Debe ser de marzo de 1897. Refiérese al caso Morote, ocurrido en febrero de ese año.



brutales, y me han prodigado los mayores insultos, porque yo no me he dejado embaucar con falsas promesas o migajas de libertades para este Pueblo que tiene derecho a todas las que gozan los hombres de las naciones libres.

No quieren que yo sienta la mutilación de los cadáveres de los héroes de Punta Brava, del hijo de mi alma, Francisco y de mi amigo y compañero General Maceo. No aceptan que como Cabrera, me sienta indignado ante un hecho brutal y cobarde que condena hoy la Humanidad y mañana lo condenará la Historia. Le dicen mercenario al soldado que ha gastado su dinero en armas, que derrama su sangre, y viene a dar la vida no para gobernar un Pueblo, sino para ayudarlo a sacudir la más odiosa y degradante de las dominaciones.

Yo no puedo, porque eso sería muy largo y enojoso, hacerte una relación de la conducta de España en Cuba.

El espíritu se siente sublevado, el alma entristecida; se siente el dolor del pudor ofendido en todo lo más sagrado y respetable que tienen los hombres y los pueblos. No tuvo tiempo España el 62 ejercitar sus instintos feroces en Santo Domingo. Ese pueblo heroico no le permitió semejantes infamias y el prudente y previsor General Narváez, español celoso de la honra de su Nación, contribuyó no poco con sus consejos para que España abandonara esa Tierra en donde perdería su honra sin sacar absolutamente ningún provecho. Eras tú muy niño y quizás no lo recuerdes, pero aquellas requicias de acémilas a viva fuerza, aquellos alojados obligatorios, de libertinos en los hogares de las familias, aquel Gobierno del célebre Buceta en las Provincias del Norte ⁽³¹⁾, todo eso si lo puedes recordar, te puede dar una idea de los vejámenes e injusticias que habrá sufrido este Pueblo y sufre aún por España; cuando en cada pueblo o caserío, el Alcalde es español, el cura y el policía españoles son y Weyler y 200.000 soldados, españoles son también.

(31) Refiérese al tristemente célebre Brigadier Buceta, cuyos desmanes se recuerdan todavía, especialmente en Santiago de los Caballeros, donde comandaba en tiempos de la Anexión a España, 1861-1865.



Todos los horrores que nos cuenta la Historia perpetrados por los conquistadores en los infelices siboneyes, todo eso está superado por los españoles de hoy.

Tenemos por aquí modernos Ovandos y Mujicas de más refinada crueldad.

Todo lo que nos cuenta la Historia de cruentas barbaridades cometidas por los españoles en aquella guerra grandiosa que dió la libertad y la independencia a la América del Sur, todo eso es pálido y pequeño comparado con lo que pasa en Cuba.

Aquí tenemos émulos aventajados de Morillo y Boves.

Si aquellos descuartizaban hombres; Weyler, Cirusjeda, Melquizo y todos, descuartizan hombres, mujeres, niños y ancianos. Todo lo que respira en Cuba está condenado a la muerte, todo lo que produce alimento, los frutales, todo a la destrucción.

Es una guerra de verdadero exterminio, que de ninguna manera justifica métodos racionales con que España se propone salvar la Colonia perla de las Antillas, y de su corona. La Historia no registra mayor torpeza y estupidez. Si España triunfase, para qué le servirían los escombros? Y si no triunfa, qué puede cobrarle a los escombros, qué ventajas da un país que deja mutilado? ¿Qué simpatías, qué cordialidades puede obligar un Pueblo, que abandona herido, que deja en América profundamente adolorido?

Si ahora renegamos de España estando en la guerra, no preveo yo ni creo que lo prevea ningún hombre que piense, que no sucederá lo mismo después de la paz, cuando los supervivientes mutilados de esta guerra espantosa, en el hogar tranquilo y pobre, le cuenten a sus hijos las crueldades y la matanza de cubanos por los españoles. Del mismo modo que predispone y conmueve la desastrosa muerte de Hatuey, y las cadenas del bravo Caonabo, que sabemos por la Historia.

Tú que eres hombre de corazón y de elevado espíritu, pon tus ideas y tus razonamientos al servicio de esta gran causa de la Libertad y el Derecho y juntos con los nuestros; hagan de modo que Santo Domingo tome su parte



activa en la labor sagrada de la redención de un Pueblo hermano.

Y concluyo diciéndote para orgullo nacional tuyo, que todos los dominicanos que se encuentran aquí se están portando muy bien...

M. Gómez

*

Las Villas, Cuba, 10 Diciembre 1897

A Francisco Gregorio Billini,
Santo Domingo.

Mi querido primo:

La tuya de Octubre en poder mío, y a la verdad no sé como te quejas de mi silencio pues siempre te escribo y te informo de nuestros asuntos y del estado de esta lucha.

Acabamos de realizar un acto de verdadero y trascendental provecho, como lo es la reunión de la Asamblea para la Constitución de nuestro Gobierno. Allí hemos llevado nuestros mejores representantes y todo ha sido a la medida de nuestros deseos. Asunto era éste que me quitó el sueño hasta verlo realizado, pues pensé que los españoles tratarían de estorbarlo, para colocarnos en situación desairada; pero no pudieron lograrlo a pesar de sus trochas y de sus innumerables columnas en operaciones y logré pasar sin peligros ni trastornos a los Representantes de Occidente para el centro y allí en plena tranquilidad se han terminado nuestros trabajos de nueva Constitución.

Tenemos un nuevo gobierno compuesto y dirigido por hombres competentes. Y como era natural, yo, como se dijera, rendí mis cuentas ante la Asamblea e hice entrega del mando del Ejército, para que nombraran otro general en sustitución mía, al cual quedaría yo subordinado si así se me ordenase. Pero la Asamblea no ha querido aceptar mi renuncia y probablemente tendré que seguir en el destino.



Se marchó ya el pacificador Weyler, el General de las trochas. Este hombre funesto no ha dejado en Cuba solo una cosa en pie, una entidad: el Ejército Libertador. Con todo lo demás ha concluído, no ha dejado nada que produzca, más que una cosa: el disgusto que en este pueblo que ha herido de muerte, ha sembrado para que España lo coseche por muchas generaciones. Se marchó el Gral. Weyler y llegó su sustituto el Gral. Blanco y como al decir de su prensa este viene a salvar a Cuba con la autonomía y con política nueva, pienso que el nuevo general venga engañado u ofuscado o padeciendo las dos afecciones a la vez. Nosotros no podemos permitir que lastimen y ofendan los principios que sustentamos y defendemos, con semejantes indecorosas proposiciones. Mucha sangre se ha derramado por la independencia, muchas lágrimas han vertido las madres eubanas, mucho niño ha muerto de hambre por salvar el gran principio hasta llegar a la realización del bello y honroso ideal. Mucha ruina y desolación cuesta a esta hermosa tierra su santa causa de emancipación, para que los hombres que hemos promovido y dirigido todo eso, permitan que con ellos se trate de otra solución que no sea otra que aquella que vinieron a conseguir con las armas en los campos de batalla. España —supongo yo— daría la autonomía para sus leales, para ese partido que tanto la ha suplicado, porque no debemos creer, que por degradada que parece estar esa Nación llegue a tal extremo de perversión del sentimiento nacional que descienda a proponer semejante cosa a los alzados, que es más deshonrosa que la independencia, que engrandece tanto a quien la recibe como a quien la concede sean cuales fueren las circunstancias que a ello impelieran. Y si en el Partido propiamente llamado “Partido Autonomista Cubano”, militan hombres de honor como lo creo que son todos, tampoco harán caso de una solución que ha llegado tarde y cuya concesión les es otorgada por la actitud enérgica y viril del Partido Separatista, la misma que años tras años con paciente humildad suplicaban, precisamente muy bien inspirados en el bien de Cuba y España, según ellos, para conjurar la catástrofe.



Esos hombres honrados, y cubanos al fin, tristes hoy y acongojados por lo inútil del empeño y la pérdida de tanto trabajo bien hecho en épocas muertas y que contará la Historia, muy bien pudieran en estos momentos históricos, (aquellos) parodiando aquella célebre frase, decir al General Blanco: "A este asno muerto, la cebada al rabo".

Perdida España en España misma; sin directores, más que hombres viejos, achacosos; sin dinero y sin crédito, mal puede salvarse en Cuba y Filipinas sin la paz. Eso lo entiende el gobierno, pero está en su deber hacer el último esfuerzo mientras prepara la opinión y declarar que ya España ha salvado el honor de sus armas en Cuba y basta ya de guerra, de una guerra que ella no puede sostener y no es una mengua tratar con su Colonia.

Ahora, aún puede España resarcirse con algunos millones de pesos de indemnización y quedar reconocida en América como Nación justa y amiga, de la principal de sus colonias emancipadas. Las hondas heridas que ha inferido la guerra; las divisiones y los odios y los rencores, todo eso queda borrado con la Paz, pues no hay amistad más verdadera que aquella que nace al calor de la reconciliación sincera entre dos bravos combatientes que larga lucha han sostenido. El abrazo de cubanos y españoles en Cuba, bajo la bandera de la República, sería el acto más solemne y hermoso que pudiera verse en América.

Y mientras te enteras de estos juicios míos, nos preparamos para la campaña de invierno en mejores condiciones nosotros, para combatir con los soldados enfermos y cansados, restos del Ejército destrozado de Weyler, que es lo que ha encontrado el General Blanco.

Siempre te diré como andamos por acá aparte de lo que puedas sacar en claro de las nebulosidades de la prensa enemiga que en uso de su exclusivo derecho habla de las cosas como le conviene, sencillez que está en desuso entre gente seria, pues la verdad es una y nada más.

Tu primo que te quiere,

M. Gómez .:



Cuba, 26 diciembre 1897.

A Francisco Gregorio Billini,
Santo Domingo.

Mi querido primo:

Muy felices Pascuas para ti y los tuyos todos, que míos son también.

Ayer cayó en mis manos una tuya viejísima, figúrate, de febrero. Después de esa he recibido otras y alguna mía, pues te he dirigido varias, habrá llegado a tus manos. Las últimas te habrán hecho comprender el espíritu de este Pueblo con el ridículo de la Autonomía que España en sus apuros le ofrece. Yo llamo a eso, plagiando, "al asno muerto la cebada al rabo". Y como ese negocio no lo entiendo, pues yo pertenezco al Partido radical histórico separatista, ni siquiera le puedo dispensar los honores de la discusión.

Eso allá se queda para los que no estén bien definidos, que en cuanto a mí y mis leales compañeros, seguimos adelante, con nuestra bandera hasta triunfar o sucumbir como buenos.

Saluda cariñoso a mis compatriotas y te quiere tu primo,

M. Gómez

Tu primo Aristy con buena salud, con mucho aseo moral y gallardo en el campo de batalla, cosas que indefectiblemente, dan consideraciones y respeto; lo que no ceso de predicarle, más bien como Padre, que como Jefe, a la juventud siempre alocada.

Gómez



Los Hoyos (Santi Esp.) Enero 17 de 1898

Sr. José Nicolás Ramírez
Santo Domingo.

Nicolás amigo:

Contesto la apreciable suya de fecha 27 de julio del año ppdo., que recibí antier. Como verás recibí esa correspondencia con varios meses de atraso. Agradezco tus buenos consejos y por ellos te doy las más expresivas gracias.

Aquí seguimos bien. Nuestras armas adquieren de día en día más y más brillo. Por la Prensa estarás enterado del estado de nuestra Revolución.

Cuando pueda te escribiré más extensamente.

A la buena Rafaelita, la compañera de tu alma, recuerdos cariñosos. A tus niños cariños paternales.

Con saludos para ti y para los amigos, se despide tu General,

Máximo Gómez

*

Campos de Cuba, 1898 ⁽³²⁾

Señor don Arturo J. Pellerano Alfau,
Director Propietario del Listín Diario,
Santo Domingo.

Estimado compatriota y amigo: favoréceme con sensible retraso su carta del 23 de Diciembre último. Si es grato siempre recibir el saludo que el afecto envía; ¡cuánto no ha de serlo si en él van a la par envueltos recuerdos de la Patria amada mezclados con efluvios del hogar querido! Gracias mil por sus aplausos que yo acepto por lo que honrar pueda con ellos al libre suelo Dominicano, pero que adjudico por entero a la heroica legión que bajo

(32) Listín Diario, C. T., 18 nov. 1936.



mi mando ha sostenido y vencido ya la más desigual y titánica de las contiendas.

Dice V. bien; compruébase ahora lo que vale y significa el esfuerzo de un pueblo digno, que amparado en su derecho supremo a la libertad, al erguirse para romper sus cadenas, reta a sus poderosos dominadores sin contar su número, sin aquilatar sus recursos. Cuba quiso ser libre de una vez para siempre; alzóse altiva contra el poder de España que durante 400 años la oprimiera y a despecho de la pujanza y el empeño del contrario ha logrado que en el reloj de la Historia suene por fin la hora dichosa de su redención.

El éxito de la Revolución está ya asegurado, reducido como se halla el problema a mera cuestión de tiempo; sangre y ruina sin cuento cuesta es cierto el triunfo que ya próximo se dibuja, pero no se descuaaja a menos precio una dominación secular con tanto empeño y en todo tiempo sostenida por la Nación dominadora; el pueblo cubano lo ha sacrificado todo gustoso, con tal de lograr su ideal; entrar como Nación libre en el concierto de las potencias de América.

España ha demostrado su impotencia para vencernos por la fuerza de las armas, e intentado después seducirnos o al menos quebrantarnos por los falaces ardides de la política.

Todo fué en vano, y si manifiesto ha sido el fracaso militar, ruidoso será muy pronto el del nuevo régimen autonómico decretado para Cuba, que persiste inalterable en su fórmula cerrada: "Independencia o muerte".

Si grande será el caudal de gloria que corresponda a este ejército el día en que en los campos cubanos suene el último disparo, esos laureles, obedeciendo a un deber imperioso de equidad habremos de compartirlos con Uds. los que enviándonos sus auxilios confortaron nuestro espíritu con la expresión de sus vivas simpatías.

Soy de Ud. con toda consideración afmo. amigo.

M. Gómez



Saludo cariñoso a mis amigos, y a los de Ud. que deben ser míos también.

M. Gómez

*

Los Hoyos (Sti. Etus.), enero 17 de 1898

A Francisco Gregorio Billini,
Santo Domingo.

Querido Primo:

Antier recibí una tuya de fecha 9 de octubre del año pasado. La que contesto. Inspirada ella en una noticia oficial de la prensa yankee, creo extemporáneo en ésta desmentirla porque ya en otras que te he escrito, te he historiado la labor del nuevo Gobierno y mi actitud ante la Asamblea.

Tus temores, tus dudas, pues, quedan desvanecidos y te doy las gracias por el visible interés que has demostrado hacia mi persona.

La Revolución sigue su marcha sin que la solapada política de Blanco haya sido óbice a ningún tropiezo. A la sola palabra de "Autonomía" se levantó el Ejército y la protesta unánime y espontánea. A su implantación ficticia precedieron golpes bien asestados, dados por la Revolución, que ya vé como alborea el sol de la Justicia.

El fusilamiento de Ruiz, que lo juzgue el mundo que piensa, que lo analicen aquellos que comprenden la magnitud de la gran obra que emprendemos y sacarán como consecuencia lógica, que hay mucha decisión en este pueblo por conseguir su ansiada Libertad y mucha virilidad en su actitud para hacer respetar sus derechos.

La campaña de invierno ya se ha iniciado y ha encontrado a nuestro Ejército, entero, vigoroso, pronto a la lucha ya que de ella ha de surgir el triunfo. La situación angustiosa de España, tanto como nosotros la conocen en el *exterior*. Será una campaña floja por parte de ellos y



quizás no sea aventurado pensar que sea la campaña póstuma.

Sea como fuere, aquí estamos “hoy con más fe que ayer y mañana con más fé que nunca” en el triunfo de nuestra causa.

Al mismo tiempo que ésta recibí cartas de mis hermanas y de la demás familia.

A los tuyos, mis cariñosos recuerdos. Te escribiré cuantas veces pueda.

Tu primo queredor,

M. Gómez

*

Campos de Cuba, Abril de 1898 (33)

Señor Arturo J. Pellerano Alfau,
Santo Domingo.

Mi estimado amigo:

Para el periódico que tan hábilmente dirige Ud., para “El Listín”, amigo de la causa cubana, que representa razón y justicia, le acompaño algunas líneas que juzgo de oportunidad publicar, para que el Mundo sepa lo que hacemos y pensamos los que aquí luchamos por la Libertad.

Bastante desaliño encontrará Ud. en mi escrito, pero eso me tiene sin cuidado, pues a Ud. ni a nadie se le puede ocurrir que yo pretenda adquirir fama de escritor, y porque entiendo que para relatar hechos el lenguaje más hermoso debe ser el de la verdad pura y clara.

De esta guerra poco tengo que decirle, puesto que desde esas playas libres debe oír Ud. el ruido de los combates, y por nuestra firme actitud puede deducir la decadencia de España. Está ya cerrada —puede decirse— la campaña de invierno, y los españoles no han podido conseguir ninguna ventaja sobre nosotros, entrará ahora la de verano, más penosa, y ya veremos como salimos.

(33) Listín Diario, C. T., 18 nov. 1936.



Salude a compatriotas adictos y sepa Ud. que lo estima su afmo. amigo.

M. Gómez

*

LAS TRES FACES PRINCIPALES DE LA GUERRA DE CUBA

PRIMERA FAZ

El toque de silencio se había dado más tarde que de costumbre, debido a un ligero descuido del Jefe de Día. El Ejército está alegre y los hombres departen contentos por todas partes de la ancha faja que forma el campamento de algunos miles de hombres. Hemos pasado el día tranquilos, no obstante tener al enemigo a una legua de nuestra posición. Estamos en "La Reforma", todo yace en silencio y yo escribo. Dicto órdenes para el movimiento del día de mañana, que ha de ser la marcha del Cuerpo de Ejército invasor.

Este es un Cuerpo de ejército de condiciones especialísimas; una masa de hombres que solamente obedece a impulsos de un sentimiento noble de patriotismo desinteresado, y con estos soldados de la Revolución, desarmados y sin cananas, marchamos a plantar la bandera de la independencia en los campos de Occidente desafiando el poder de España. Inaudito atrevimiento es éste; no puede ser de otra manera. Las grandes revoluciones no van, no pueden ir a los cuarteles a escoger sus soldados; esos que están allí son los defensores a sueldo del tirano y tienen la consigna guardada en sus cananas y la llevan en las puntas de las bayonetas; las Revoluciones se van derechas al pueblo, allí donde está el dolor, están sus aliados. Allí encuentran a sus hijos que son todos los que sufren, y los hombres se apartan del hogar ungidos por las bendiciones de las mujeres...

Cuba sufre en estos momentos la fiebre del patriotismo más puro y más alto, como acontece a todos los pueblos en los comienzos de sus grandes revoluciones, y to-



do se siente conmovido al emprender la primera jornada por su *vía crucis*; por eso la mujer sencilla y amante, se sacríe estremecida al ver partir los suyos al combate y murmura: ¿si volverá?

Doña Elena, su marido y tres niñas mayores —tres rosas del campo cubano— la virtud y la hermosura unidas forman con cuatro o cinco angelitos más el encanto del hogar. Toda esa hermosa comitiva, comisión espléndida que manda el Amor, ha venido a mí para recomendarme a Federico, el primogénito, el amado del hogar que voluntariamente ha sentado plaza en el Ejército que marcha a ensangrentarse. Como este caso ocurren miles.

Ah! cuando uno vé a la madre llorar por su hijo que va a la guerra por la libertad dan ganas de quedarse esclavo. Para gobernar pasando por encima de todas estas cosas es preciso dejar el corazón en casa, al ceñirse la espada del guerrero.

Por fin el Ejército rompió su marcha triunfal, y de victoria en victoria fué a plantar la bandera de la Revolución en los confines de la tierra esclavizada. Todo se ha invadido; por todas partes nuestros soldados han recogido los laureles del triunfo, y la Isla entera queda con este movimiento inficionada de revolución. La guerra queda constituida en todo el país que se quiere libertar: ahora sí que el pueblo sabe lo que quiere y necesita y hasta donde debe ir.

Es probable que España, apercebida del suceso piense que no es posible apoyar el incendio, y precavida y discreta, antes que consumir inmensos y estériles sacrificios, se salve de la catástrofe tremenda, cediendo a este pueblo sus derechos a trueque de mucho oro, que es más humano y útil que no de sangre.

SEGUNDA FAZ

Pero no fué así —que España no ha podido aprender a ser previsor en la historia de sus desgracias— y con más fe en la bárbara ley del terror que en los lazos que forman



la justicia y el amor, se apresta al combate y se encara de recio contra la Revolución.

El choque debía de ser tremendo, pues no así se desarma un pueblo, orgulloso ya con sus primeros triunfos, envalentonado y afanoso de ganar la última batalla.

En sus tentativas fracasaron sus dos primeros Generales y mandó al tercero. Natural era que a éste lo enviase repleto de poderosos elementos de guerra y con facultades y órdenes terminantes, que a juzgar por los procedimientos empleados no debían ser otros que las del exterminio de la raza criolla y la destrucción completa de todo lo que en esta tierra pudiera producir o representase bienestar o riqueza. Y el plan fué por cierto, aunque cruelmente, bien ejecutado, tanto que a no ser porque los españoles también son mortales, el pueblo cubano hubiera quedado reducido a la última expresión y la Colonia sulevada no hubiera sido sometida, sino la tierra reconquistada y sobre su ruina la bandera de España, imperando su soberanía por encima de tan lamentable descuajo y de los huesos y cráneos esparcidos por el campo: de la misma manera que sucedió con los infelices siboneyes cuando la implacable conquista de estas tierras, para nuestra desgracia, hecha por Colón y por España.

El general Valeriano Weyler fué el elegido para ejecutar tan sangriento plan. Componen su Ejército 200 mil hombres bien armados y pertrechados, y circunscribiendo el teatro de sus operaciones a la mitad Occidental de la Isla, establece valladar inexpugnable y se mantiene a la defensiva en la Oriental. Bloquea los litorales Occidentales; estrecha las distancias con campamentos, establece factorías, líneas de defensa y heliógrafos por todas partes; y en este territorio, que como hábil General ha convertido en un laberinto de defensa y aprovechamientos, suelta, como perros hambrientos, como tigres feroces, a sus 200.000 soldados, muchos de ellos reclutados en los muelles, en las encrucijadas y en los presidios. La consigna estaba dada: "nada de perdón, jamás la clemencia". "La desolación y la muerte". "A ese pueblo es necesario castigarlo severamente", le dijo Cánovas a Weyler. "Nada de



concesiones; de la Península no pueden ir para Cuba más que fusiles y soldados". Y esa se ha cumplido.

Cayeron sobre la infeliz Cuba horas de amarguras y torturas tan tremendas que Weyler debe de estar confuso al pensar que no sucumbió al peso abrumador de su espada y de la bravura de sus soldados. Alguna vez pudiera pensarse, que quién sabe si tanto odio al pueblo cubano que a pesar de sus furias dejó en pie con las armas en la mano le haga daño a su cerebro y lo induzca al suicidio o a un manicomio; pues que a eso generalmente van a parar los que no son capaces de amar nada en este mundo y no sienten palpitar su corazón a impulsos de ningún sentimiento generoso y dulce.

En tal situación Oriente no puede amparar a Occidente, y los pertrechos de guerra que desde extranjeras playas nos envían nuestros hermanos, van a desembarcar todos en aquellas regiones en donde los españoles no se mueven de sus atrincheramientos y pueden conservar a poco costo sus posiciones.

La trocha fortificada del Júcaro a Morón no permite el paso a contingentes de refuerzos, ni de hombres ni de elementos, y forzar su paso con tal objeto demanda apreciación bastante seria. Encajonados en ese círculo de hierro, los 200 mil hombres nos persiguen y arrasan. No hay descanso ni tregua y los combates son a diario: es inútil rehuir el combate con una columna porque a pocas millas se encuentran otras. Ya es casi innecesario explorar, pues a pocos pasos debe encontrarse el enemigo.

A cada revuelta del camino es preciso poner mucho cuidado, pues por allí vienen los soldados de Luque o de Ruiz. Al dejar la sabana y entrar en el bosque se advierte que también allí estuvieron echados sobre el suelo fangoso, en acecho, los soldados de Weyler. Unos cuantos cadáveres de gente pacífica insepultos denuncian la descarga hecha sobre aquellas víctimas inocentes de tan bárbaro sistema de guerra. Las reses y los caballos sacrificados inútilmente señalan el campamento de la columna española; el descuajo de los frutales y el incendio de la casa del laborioso campesino indican la marcha de los soldados de



Weyler. No han avanzado ellos, sin duda, por donde el viajero al pasar encuentre hoy algunas de esas casas: nada queda en pie.

Las familias llenas de pavor se refugian en los grandes montes, pero allí van Reus, San Quintín y los guerrilleros y los sorprenden. Las escenas ocurridas a las inocentes familias cubanas en esos asaltos la pluma se resiste a describirlas. El espíritu se siente conturbado al contemplar el estupor de la familia bajo el peso de tantos desmanes y crueldades. El robo, el asesinato, la herida en el pudor de la tímida doncella, el padre muerto en presencia de la esposa y de los hijos, el niño perdido en la montaña que espantado huyó por el sebrucal destrozándose los pies. La Ley de la reconcentración se cumple, y allá va la columna arrastrando cientos de familias para los pueblos, sin pan ni abrigo. Trofeos sin duda nada honrosos para los soldados que de hidalgos y valientes habían adquirido fama en otras partes para perderla en Cuba ante el fallo solemne de la Historia, pese a quien pese, y sin que nos vengan luego con aquello de “culpa fué del tiempo, que no de España”.

Y no contento el Destino con acumular sobre Occidente tantas desgracias, nos envía el azote del más terrible paludismo que clarea nuestras filas más que las balas enemigas. Y no hay quinina y nuestros soldados se batan con las fiebres y con ellas sufren en la avanzada el aguacero torrencial de la Primavera.

—“No hay casi con quien cubrir el campamento”, me dice el Jefe de E. M.” —“Pues que los pocos que quedamos estemos preparados para cualquier evento, hasta que las sombras de la noche nos presten más seguridad”, contesto yo.

Cae Marcos, cae Zayas, Serafín Sánchez cae y otros más. Hasta los tagalos se rinden en Filipinas que también pelean por su libertad. Los españoles se envalentonan y la desgracia se ceba en nosotros; no parece sino que el Destino ha firmado pacto de alianza con España. Pero nuestro espíritu no decae y luchamos todos con la misma fe y el mismo denuedo por todas partes, movidos por el mismo re-



sorte, por el secreto y misterioso espíritu de la Revolución que a todos nos anima por igual.

Mas esa resistencia irrita a Weyler, el sanguinario, y cansa sus tropas ejecutando una persecución inútil ya, pues muchos soldados han aprendido a guerrear. Cuando en esto suena un tiro en Santa Agueda.

TERCERA FAZ

He dicho que sonó un tiro en Santa Agueda, pues el eco de aquel disparo no se perdió en la Península, sino que repercutió en Cuba y afectó de manera real el Poder militar devastador en la Colonia. El revólver del fanático italiano, suprimiendo al Coloso de la política española, destrozaba un dualismo funesto, y Weyler de improviso y en mal hora se encontró solo y quien sabe si ha causado desamparo a la monarquía, que todo puede suceder.

Como era natural, golpe tan inesperado y rudo debía producir la confusión; las mentiras políticas en la Península debían aparecer claras ante la realidad de la muerte del primer hombre de Estado (cuántas cosas han debido saberse!), y claras también tenían que aparecer las mentiras militares de Cuba.

Se vió y se supo entonces que la pacificación de Occidente era una farsa, una mentira. El General Weyler había gastado su Ejército y malversado unos cuantos millones de pesos sin haber logrado más que fatigar la Revolución, pues su bandera ondea por todas partes.

Fué tan grande y penoso para los españoles honrados ese triste desengaño que dudaron de la aterradora realidad, y para estar en lo más cierto enviaron de inspector a instruir sumaria de los hechos al honrado e inteligente Don José Canalejas. Arrostró éste los peligros de la mar y de la tierra tropical y rompió cual ninguno —como Balboa atravesó el istmo— viéndolo todo y después, como hombre discreto, se volvió callado para la Península; pero a la Reina se lo habrá contado todo.

A raíz de suceso tan grave y no consolados aún de su duelo la viuda y los parciales del ilustre desaparecido, sur-



gen otros hombres que se ponen al frente de la situación, y entonces —y sólo entonces es cuando se echa de ver que todo ha sido un engaño y que la Metròpoli fué más que nunca injusta y cruel con su Colonia, y se proponen a dar la satisfacción implantando un nuevo régimen político para reparar tantos daños y borrar tantas perfidias. ¡Tardío y estéril procedimiento! Canto engañoso de Sirena que no adormecerá a este Pueblo viril que marcha derecho a su ideal.

De súbito es relevado Weyler por Blanco; y se presenta éste con un pliego en la mano izquierda que significa la Autonomía”, pero en la derecha trae desenvainada la espada. Es la panacea de singulares propiedades administrada a sablazos a este pueblo que Weyler dejó adolorido y ensangrentado.

Las exigencias yankees obligan a modificar un tanto los procedimientos de la guerra, y siendo éste el papel que ha venido a representar el último Capitán General en Cuba, es claro que todos sus trabajos y empeños se dirigen a embaucar, pues ya convencida España de que no puede por la acción cruenta de las armas hacer que sucumba este pueblo heroico, torpe y ciego fía su triunfo en la argucia y el engaño.

Las reconcentraciones, método horrible y deshonoroso para España, ha dado margen a que el pueblo Americano ejerza, sin que aquella lo haya podido evitar, grande influencia en el corazón de los desgraciados habitantes de este fértil País que la Madre Patria ha reducido a la miseria más extrema. Aquel pueblo, ya sea por generosidad o por cálculo, pero es lo cierto que está enjugando las lágrimas del Pueblo cubano que llora de hambre, y este caso, único en la Historia que amengua el prestigio y la hidalguía de España en América, jamás lo pueden olvidar los cubanos y todos los que en el Nuevo Mundo simpatizan con su causa.

El espectáculo de las disueltas reconcentraciones es uno de los que más dolorosas impresiones pueden causar al espíritu.



—Una mujer desea hablar con Ud., me dice una vez un Ayudante. —Dígale que venga. Aquella infeliz parecía un cadáver escapado de la tumba.

—No me conoce Ud.? No era posible.

Es Doña Elena; apenas puede hablar, sin alientos y con el alma traspasada de congoja, refiere su historia, que es la misma historia de la concentración.

Asaltados por los españoles su marido fué muerto a machetazos en su presencia, un niño se dispersa por la montaña ignorándose su fin; la columna la arrastra al campamento con la familia aterrorizada; es despojada de todas sus ropas, las señoritas desaparecen entre la oleada de soldados y cuando vuelven a donde ella, es inútil el llanto que vierten en el seno de su madre amorosa; el daño horrendo está hecho, después el frío, el hambre, el paludismo. Todos mueren, y sólo esta mujer desgraciada vive y no se sabe para qué el Destino pueda haberle conservado la vida. Ahora viene a ver a Federico; ya lo ha visto y lo ha abrazado y lo ha besado contándole su historia, y éste le ha dicho con arrogancia: “No llores, madre, que aun estoy vivo para castigar tantas infamias”.

Estos son los dolores que el general Blanco se propone curar con su panacea. Estas son las quejas que pretenden acallar con sus nuevos métodos de hacer la guerra. Los grandes dolores que esta Nación cubana ha sufrido por causa de la Nación española hace tantos años no cabe en la órbita de los sucesos posibles que puedan ya curarse con la insensatez autonómica. Eso no encaja ya, cuando mucho tiempo ha que los cubanos estamos moralmente separados de España, que en lo político y real lo está comprobando este inmenso y espontáneo alzamiento y los 150 mil españoles muertos en estos campos y los cientos de millones consumidos.

Continúe España en su ceguedad, que nuestra resuelta resistencia le hará aceptar la Paz impuesta por los sucesos, que bien encadenados por esa Ley fatal de ellos mismos, irán poco a poco caracterizando la *Cuarta faz*, que es la Paz.



“Nosotros poseemos la Isla y el tiempo es nuestro. Vivimos en nuestra propia casa que no nos cobra renta”.

M. Gómez

*

Las Villas, Cuba, 6 julio /98.

A Francisco Gregorio Billini,
Santo Domingo.

Querido Primo:

A la carrera, allá te van estas líneas, que te envía mi corazón agradecido por los favores que me dispensa el cielo. Me encuentro a la orilla del mar (sur) recibiendo un gran cargamento de recursos de la mano de los americanos para este pueblo abnegado y sufrido.

Como tú y mis demás amigos dominicanos pensadores habrán comprendido, después y desde el instante del ultimatum del Jefe del Gobierno americano, el generoso Mac Kinley, a España, que implicó la declaratoria de guerra a aquella nación, la independencia de Cuba quedó asegurada. Y he creído, desde luego, terminada mi misión en estos campos. Salvados los principios que vine yo para ayudar a su defensa, y permanecer aquí, tal parece a esperar recompensas. ¿Soy necesario aquí? ¿Puedo ser más útil a Cuba, que lo que le he sido hasta ahora? Estas preguntas que a solas me he hecho, mi conciencia me ha respondido que no.

Cuba debe entrar de lleno y de recio en su período constitutivo de política interior y ni yo puedo, ni debo, ni quiero representar ningún papel en esa comedia. Con estas convicciones pensé abrazar, en estos días, a los míos, y descansar en el seno de esas purezas, pero el cariño de algunos cubanos que piensan que aún puedo ayudar a los americanos a dar su último golpe a España, me retiene aquí.



No he querido violentar mi salida, pues muy bien pudiera interpretarse de manera muy diferente a la sinceridad de mis deseos y propósitos.

España está perdida en Cuba y no quiero decir en América.

Si yo fuera un Monarca europeo no estaría muy contento con ella pues se ha expuesto a que por la fuerza la hagan salir de América, dando lugar a que se lastime de algún modo lo que yo me permito llamar el fuero de las naciones europeas. Mucho de parecido al descalabro de Napoleón III en Méjico.

Recuerdo que bien se lo predije al General Martínez Campos en carta que me ocurrió dirigirle al principio de la contienda. "Del enemigo el consejo".

Sólo para ti y mi Manana y mis hijos robo a Cuba un instante en estos momentos.

Tu queredor primo,

M. Gómez

*

Sta. Teresa (St. Etus.), agosto 1/98

A Francisco Gregorio Billini,
Santo Domingo.

Estimado primo:

Será el dador de la presente Marcos Rosario, el dominicano fiel, la historia del cual debes conocer pues mucho he escrito sobre ella. Unico superviviente de los cinco que conmigo pisaron estas playas heroicas, retorna a la Patria querida después de recio y continuo batallar, lleno de gloria...

Merced a los cañones americanos, disfrútase en estas comarcas interiores de una paz casi octaviana, interrumpida de vez en cuando por nosotros que por redimir de su ocio al fusil, nos echamos sobre uno que otro pueblo; esto así, he creído justo devolver al hogar abandonado a ese compañero que ni un instante se ha separado de mi



lado, poniendo muy alto su nombre y honrando muy mucho a su raza.

A dominicanos y cubanos les recomiendo mucho que traten de complacer a quien por su honradez y valor se lo merece.

Con esta misma fecha escribo a mis queridas hermanas en igual sentido y no dudo que todos harán lo posible por dejarme complacido.

Con saludos para tu familia y amigos se despide de ti tu primo afectuoso,

M. Gómez

*

“Ingenio Narcisa”, octubre 14 de 1898

A Federico Henríquez y Carvajal,
Santo Domingo.

Mi buen amigo y compatriota:

La suya de fecha 6 de setiembre la recibí y se la contesto con gusto.

No puedo mostrarme insensible a las repetidas pruebas de afecto que de Ud. he recibido, y he de dejar consignada en ésta la prueba de mi cariño y de mi respeto hacia su persona. Las múltiples ocupaciones que me embargan no me permiten escribirle a menudo, según mis deseos, para corresponder como debo a sus reiteradas pruebas de cariño y adhesión.

Ahora lucho en un orden puramente moral, porque, terminada la guerra, juzgo que es llegada la hora de iniciar la cruzada del trabajo que ha de devolver a esta pobre tierra algo de lo mucho que se agostó en la púnica contienda. Ahora sólo pienso en la reconstrucción del país, devastado por la más bárbara de las guerras. Me creo obligado por un alto deber de conciencia, a hacer ese postrer sacrificio por este pueblo abnegado y valiente, y digo sacrificio porque esta tarea me retendrá aquí algún tiempo,



privándome durante él de las dulzuras del hogar y del cariño de los míos.

Cuba es ya libre. Creo que el pensar que los americanos tengan intenciones de anexarse a Cuba, es un insulto que se hace a la gran nación que libertó Washington. El pueblo americano sabe que Cuba luchó denodada porque se creyó con derecho a vivir la vida de la Libertad, y sabe que sería injustificable falsía aherrojarla con nuevas cadenas, que aunque fueran de oro siempre la humillarían.

Como yo, piensan todos los cubanos que sustentaron sus ideas en los campos de batalla, y si corren versiones en contrario, son propaladas por los eternos enemigos de Cuba inspirados en sentimientos egoístas.

Yo, lo he dicho diferentes veces: sólo aspiro a un rincón en mi país para, en el tibio ambiente del hogar y la amistad, reponerme de las fatigas de tan rudo y cruento batallar.

Para entonces le daré un abrazo en la Patria, su

M. Gómez

*

Yaguajay, Noviembre 3 de 1898.

Sr. Nicolás Ramírez,
Santiago,
República Dominicana.

Mi nunca olvidado amigo:

Tu carta cariñosa de fecha 27 del mes ppdo., la recibí ayer por conducto de mi amigo y compadre Fillo Nolasco (34).

He quedado bien enterado de su contenido y me reservo para más luego darte una contestación con respecto a lo que ella me dice.

(34) El periodista dominicano Félix María Nolasco, quien fué su Ayudante desde entonces.



Experimenté una agradable sorpresa con la llegada de mi compadre Nolasco a quien tengo junto conmigo en mi Cuartel General.

A la buena y noble Rafaelita miles recuerdos y que yo jamás la olvido.

Dale a tus hijos besos y abrazos y tú cuenta con tu viejo amigo que te quiere.

General Máximo Gómez

*

Yaguajay, Noviembre 10 de 1898

Sr. Nicolás Ramírez,
Santiago.

Mi querido amigo:

Recibí tu apreciable carta de fecha 20 de Septiembre ppdo., siento mucho lo que me dices del estado de tu salud, deseando que al recibo de estas líneas mías te encuentres ya restablecido.

He tomado buena nota de lo que me dices sobre el individuo que viene para acá.

Te doy miles gracias por tu celo para conmigo.

A Rafaelita miles saludos afectuosos y un millón de besos para tus hijos.

Te abraza tu,

Máximo Gómez

*

Central Narcisa, Yaguajay, nov. 15/98

A Francisco Gregorio Billini,
Santo Domingo.

Mi querido primo:

Tengo recibidas tus cariñosas cartas de fecha 14 y 15 del pasado Stbre.



Me alegro saber que no hay novedad en la familia y que Hipólito⁽³⁵⁾ haya rebasado felizmente de su enfermedad. Yo, como siempre: sano y fuerte, acompañando a este pobre y hambriento pueblo en la odisea de su miseria. Este problema, de una parte, y de la otra, la oposición de los cubanos, a más de lo que juzgo un deber de conciencia me atan de pies y manos como a Prometeo a su roca, dilatando necesariamente la realización del gran deseo de mi alma: regresar al terruño amado, abrazar a los míos, contemplar mi cielo, bañarme en mi río... Este es el sufrimiento mayor; pero completemos la obra del sacrificio.

Ahora días, según me anunciaste, esperaba darte cariñoso abrazo en tierra cubana, libre. Después supe que se te había trastornado tu viaje.

Mis cariños a toda la familia y te abraza tu primo que te quiere bien,

M. Gómez

*

Central "Narcisa", 5 diciembre 1898

A Francisco Gregorio Billini,
Santo Domingo.

Querido Primo:

He recibido tu cariñosa carta fechada el 23 del pasado novbre., y me he impuesto bien de sus pormenores, importantísimos.

Aún me encuentro aquí en las Villas enjugando las lágrimas de este pueblo triste y con hambre. Más luego bajaré acercándome a la Habana.

Cuando reciba la carta de Lilís, que me anuncia que trae a mano el señor Prado, le contestaré; pero por lo pronto puedes manifestarle de mi parte, que acepto reconocido, su ofrecimiento de enviar uno de los buques de nuestra armada nacional a buscarme al punto que yo designe. Por lo tanto debemos ponernos de acuerdo. Ese

(35) Don Hipólito Billini.



puerto será probablemente la Habana. Para que se envíe el vapor yo pondré el siguiente telegrama: "A mi amigo el Presidente de la República que puede mandar vapor Habana"; si el puerto que yo escogiese fuese otro ya lo dirá mi telegrama.

Mis deseos son, como ya te lo he dicho en mis anteriores, retirarme al lado de los míos, a trabajar en beneficio de ellos los días que me restan de vida, allá, al calor de mi tierra amada, más amada mientras más lejana, separado de todo bullicio y completamente ajeno a las ambiciones que siempre eclipsan las glorias mejor cimentadas.

A mi pueblo, a mi Baní del alma que tú con tanto entusiasmo y corazón has cantado, no lo he olvidado ni un solo momento en medio a los azares de la ruda campaña terminada con el triunfo del derecho y la libertad. Ese es el rincón querido... A toda aquella gente mía, mis recuerdos!

Mis efectos a todos, consérvate bueno y cuenta con el invariable efecto de tu,

M. Gómez

*

REPUBLICA DE CUBA
CUARTEL GENERAL DEL EJERCITO

Habana, marzo 9 de 1899 ⁽³⁶⁾

Señor Francisco Villanueva,
Santiago.

Estimado compatriota:

He recibido su atenta carta de fecha 1º de febrero último.

(36) El destinatario, don Pancho Villanueva, alude a la presente esquela en la siguiente carta que nos dirigió el 9 de junio de 1936:

Lamento informarle que no tuve el honor de tratar al prócer Martí, pues solamente lo conocí de vista; en cambio, estuve muy bien relacionado con el General Máximo Gómez durante el tiempo que vivió en Laguna Salada y Santiago: 1889-1895. También conocí y hablé con los Generales Francisco Carrillo, José Ma. Rodrí-



Continuamos en el trabajo emprendido, ayer con las armas, y hoy a la sombra de la paz, para llegar a la finalidad de la Revolución: a constituir la República cubana independiente, cordial y bien ordenada. Respecto a lo que me dice del buen amigo Ramírez ⁽³⁷⁾ he tomado buena nota, y oportunamente haré cuanto pueda en obsequio de patriota tan decidido y constante.

Quedo de Ud. atentamente

General M. Gómez .:

*

CARTA ABIERTA A BERNARDA TORO DE GOMEZ Y A LOS DOMINICANOS ⁽³⁸⁾

Habana, abril 2 de 1899

Por todo lo que me dices en tu cariñosa carta, bien comprendo que estás mortificada con las noticias, siempre abultadas por la distancia, de las cosas que aquí pasan. Que llegarán allá desfiguradas me lo presumo. Voy, pues, en este momento de vagar de espíritu, a tranquilizar tu ánimo y el de mis compatriotas, refiriéndoles lo esencial de los sucesos ocurridos.

Debo de principiar por el principio.

guez (Mayía), Angel Guerra y a otros Generales y al Coronel Collazo, los que me fueron presentados por el General Gómez. Durante la estada del General Gómez en Laguna Salada le pude conocer íntimamente y recuerdo sus palabras, gestiones etc. etc. en relación con la causa cubana, así como también muchas anécdotas y datos interesantes acerca de su agitada vida. Entre los documentos históricos en relación con la independencia de Cuba, conservo: un folleto titulado Carta del General Máximo Gómez al Sr. Estrada Palma impreso en Santiago de los Caballeros; una carta del General Gómez de fecha 9 de Marzo de 1899 dirigida a mí desde La Habana y mi cédula de inscripción al Club Cubano Benjamín Guerra pro-Partido Revolucionario Cubano que funcionó en Santiago de los Caballeros en el año 1898.

(37) Nicolás Ramírez, en cuya casa se alojaban Martí y Gómez en sus visitas a Santiago de los Caballeros.

(38) Habana, Imprenta y Estereotipia de La Lucha, 1899.



Sosteníamos la lucha firmes y decididos, con brío en el brazo y fe en el corazón, contra un enemigo formidable. Entonces éramos pocos. Muchas energías dormitaban, o se habían atrofiado, o no existían. De repente los hombres del Norte declaran la guerra a España, viniendo a ser, por la fuerza del suceso, nuestros aliados. La reacción entonces fué poderosa y comprendimos que poco o nada teníamos que hacer. Muy pronto el armisticio mandó á alto el fuego y quedaron frente a frente los ejércitos combatientes. Yo envainé mi espada en el mismo punto que mis soldados dispararon el último tiro, y esperé. Quedé abandonado de cubanos y americanos; pero con mi conciencia tranquila al pensar que había terminado felizmente mi misión, acariciando entonces la idea de volver a tu lado y besar a mis hijos.

Mientras el desarrollo de los acontecimientos, la Asamblea, en uso de sus facultades, toma todos los acuerdos que cree convenientes, siendo uno de ellos el enviar una Comisión a Washington en solicitud de dinero para socorrer a nuestros soldados y disolver el Ejército. Deben guardarse las armas, y los brazos que vuelvan al trabajo para levantar el país que la guerra ha dejado en escombros. Transformación necesaria que inspira el patriotismo santo y levantado y el amor sin sombras a la tierra heroica.

Cuando extraoficialmente llegó hasta mí la noticia de aquel acuerdo, lo celebré. Me atormentaba la situación precaria de los nobles combatientes, sin pan, desnudos, viviendo escasamente de las limosnas que nos daba un pueblo agradecido, pero muy pobre. La Asamblea había resuelto con buen tino el problema no habiendo, por tanto, necesidad de sostener una ridícula situación de fuerza ante el poderoso poder interventor que, según el programa de todos conocido, debía ocupar militarmente el país. La Comisión regresó después de haber alcanzado el mayor éxito posible en sus gestiones, informando que el Presidente de los Estados Unidos facilitaba 3.000.000 de pesos a los cubanos para aliviar la situación de los bue-



nos combatientes por la libertad. Acto generoso que yo supe y sé apreciar en cuanto vale.

Esperé siempre tranquilo, aunque sufriendo las amarguras hasta del hambre, en mi cuartel del “Central Narcisca”, en la jurisdicción de Remedios, con un pueblo entero hambriento, desnudo y enfermo que se me vino encima buscando consuelo, abrigo y salvación. Las dificultades y angustias para mantener ese pueblo y las tropas a mi inmediato mando pueden ya suponerse, restaurado (poniendo yo sepecial empeño en ello) el principio de derecho a la propiedad, una vez se mandó alto el fuego y a la paz.

La Asamblea se había situado en Marianao. Ignoro lo que hacía.

Así las cosas, se me presenta en Remedios Mr. John P. Porter, comisionado especial de Mr. MacKinley, inquiriendo si yo estaba resuelto a aceptar los 3.000.000 de pesos, intervenir en la distribución de esos socorros, contribuir a resolver el problema del licenciamiento del Ejército y, finalmente pasar a la Habana a ayudar, en lo que me fuere consultado, al general Brooke, hoy autoridad superior en la Isla de Cuba y representante del Gobierno de los Estados Unidos. A todo esto contesté a Mr. Porter que sí, pues entendía que con ello servía los intereses de este país en escombros, y se daba el primer paso en el camino de su reconstrucción y vida ordenada. Este señor me entregó al mismo tiempo una carta del general Brooke, sustancialmente en el mismo sentido.

Después que Mr. Porter se retiró con mi contestación, preparé mi marcha para la Habana, a cumplimentar mi palabra, dando a la vez parte de lo esencial a la Comisión Ejecutiva de la Asamblea, y dejando los detalles para explicarlos personalmente.

Efectué mi entrada en esta ciudad el 24 de febrero, y, como era natural, al siguiente día fuí a presentarle mis respetos al general Brooke, primera autoridad de la Isla. Hecho el ofrecimiento de mis servicios, gratuitamente, para solucionar algunos asuntos en bien del país, principalmente todo lo relativo al licenciamiento del Ejército,



quedamos en que él hiciese traer en seguida los tres millones de pesos que la Comisión de la Asamblea había podido conseguir del Presidente de los Estados Unidos para socorro de nuestros soldados.

En esta entrevista sólo se trató de lo mismo que la Asamblea había hecho y debía desear, como lo deseábamos yo y todos. Había conseguido los tres millones de pesos y deseaba el licenciamiento del Ejército para que todos fuésemos a trabajar, cesando desde luego la ridícula situación de fuerza que sosteníamos, el país se sintiese poseído de confianza, más desembarazada la acción benéfica del gobierno interventor, y desarrollando toda la fuerza de su iniciativa el espíritu público en Cuba y fuera de Cuba. Inspirado en estas ideas, largo tiempo acariciadas por mí, palpando ya los beneficios de la política de fraternidad y concordia entre todos los habitantes de la isla —no teniendo que recordar el pasado para nada— y agasajado cariñosamente por este pueblo, te confieso que me sentí el hombre más feliz del mundo, pensando que ayudaba a los cubanos en la paz como les había ayudado en la guerra, terminando pronto el período de la organización y el país marchando a la obra de su reconstrucción, haciendo por este medio, único, innecesaria la ocupación militar extranjera, y Cuba surgiendo República independiente, libre, cordial y bien ordenada.

Pensaba, terminado esto, dirigirme a esa tierra amada a caer en los brazos tuyos y en los de mis hijos, sin necesidad de que tú vinieras aquí, reuniéndonos en el mismo lugar donde los abandoné en noche inolvidable para nosotros. Pero el destino me había reservado una nueva dolorosa prueba y soportar la contrariedad más amarga por lo que envuelve de ingratitud y de calumnia.

He aquí lo que ocurrió, tan sencillo en su forma como trascendental en su fondo; cosa que resulta siempre en acontecimientos de esta clase en que van lastimados el orden, la moral, los grandes sentimientos, la justicia y el decoro nacional de un pueblo.

La Asamblea se reúne, mas sin carácter oficial, y me llama; actitud ésta que me extrañó. El Presidente mani-



festó que aquella reunión, no oficial era solamente para cambiar ideas e impresiones sobre lo que debía hacerse, lo que también me causó extrañeza, pues creía que estos hombres, como yo habían pensado ya en lo que teníamos que hacer: pagar y cada quien para su casa, excepción hecha de aquel que tuviese que llenar alguna obligación pública. Solución sencilla, patriótica y que exigían las verdaderas necesidades nacionales y nuestra aspiración honrada a la República.

Se habló mucho ese día, se discutió hasta lo que no podía ni debía discutirse, y se me puso a mí en el banquillo de los acusados. Había cometido el crimen de opinar favorablemente a la aceptación de los tres millones de pesos que ellos mismos habían podido conseguir del Presidente de los Estados Unidos, y para lo cual ni siquiera se me consultó ni había yo tomado parte en ningún sentido sobre semejante asunto. Todo eso se resolvió por la Asamblea, cuando yo, permanecía relegado al olvido, por cubanos y americanos, en mi Campamento del Central Narcisa, en Yaguajay. Yo, aturdido ante tanta palabrería como allí se gastó, y puesto que inconscientemente había entorpecido —y era mi culpa mayor— grande negociación para conseguir hasta TRECE MILLONES DE PESOS, dije que en ese asunto había obrado de muy buena fe y que nada se perdería, pues retiraría en seguida mi aceptación, participándoselo así al general Brooke, pudiendo obrar la Asamblea libremente. Se me exigió entonces que me pusiera al lado de la Asamblea para dar fuerza a sus acuerdos. Contesté que siempre lo había estado menos en aquellos casos en que la Asamblea no obrase en armonía con mi conciencia, con la justicia y con los verdaderos intereses del país. En el negocio concreto que se discutía no me sentía con la confianza necesaria ni con la más remota esperanza de conseguir más dinero. El Presidente de los Estados Unidos ha debido dar por terminado ese asunto, y por consiguiente no se ocuparía más de él. Además, y esto pensaba yo, no me parecía decente ni decoroso que los cubanos pidiesen dinero a una nación extraña para pagar a los soldados de la libertad, quienes voluntaria-



mente se lanzaron a los campos de batalla a conquistar la independencia de su tierra. Y de no emplearse estos medios humillantes habría que recurrir a gestionar un empréstito, y no estábamos nosotros autorizados para eso; y aún así y todo, y suponiendo el éxito más feliz ¿podían nuestros sufridos soldados aguardar este resultado estando sometidos al hambre y la desnudez, pues ya el pueblo no puede con la carga que se le ha echado encima?

Y elevando el pensamiento a la serena región de la justicia, pensé también: obligar a nuestro ejército a mantenerse en la actual situación sirviendo de pretexto amenazador para conseguir más dinero, eso a más de cruel es inmoral.

¡Cómo! ¿Pagar así con ofertas dudosas a unos hombres que todo lo habíamos sacrificado por la patria? Esto era atropellar altas consideraciones políticas, sociales y hasta de compañerismo por cuidarse más del oro que de la honra. Como debía terminar aquella reunión terminó, sin hacer nada.

Desde aquel instante comprendí que yo no podía entenderme con aquellos hombres diametralmente opuestos a mi modo de pensar y ver las cosas, resolviendo no mezclarme en nada y esperar el desenlace de los sucesos.

Conferencí varias veces con el general Brooke, ya violento, a pesar de su carácter apacible, por las dificultades que preveía iban a surgir a causa de la actitud asumida por la Asamblea, aconsejándole yo toda paciencia para que los ánimos no se irritaran más, a la vez que la acción del tiempo fuese dando mayores dosis de juicio y cordura a los ofuscados.

Pocos días después se me presentan tres hombres cuyos nombres ignoro. Llamaron poco mi atención. Dicen que son millonarios, manifestándome que estaban dispuestos a facilitar y contratar un empréstito de no recuerdo cuántos millones; pero sé que eran muchos; que esto sólo se conseguiría si yo apoyaba la negociación cooperando a ello con mi prestigio.

Contestéles que no podía ni debía mezclarme en negocios de esa clase, porque entendía que nunca revesti-



rían formas legales no teniendo aún Cuba reconocida su personalidad política, y cuando todo, absolutamente todo, estaba en manos del poder interventor; siendo cosa extraña —añadí— que haya quien se atreva a facilitar una suma de dinero tan respetable sin buena garantía. Aquellos hombres sin tener argumentos racionales y honrados que oponer a mis razonamientos me contestaron entonces con subterfugios y sofismas, que los Ayuntamientos podían muy bien arreglar ese asunto!

No me ocupé más de este incidente que ha preocupado tanto a otros hombres y que ha sido causa de tantos disgustos.

Después de algunos días de sombras y sin decirme una palabra la Asamblea, se me aparece una comisión de su seno, pidiéndome que acatara todos los acuerdos de la dicha Asamblea, principalmente el que en la actualidad tomaba de levantar un empréstito de millones de pesos en buenas y ventajosas condiciones. Uno de los comisionados que mayor empeño mostró en convencerme de lo hermoso de la negociación, fué el señor Saturnino Lastra. Yo contesté que siempre estaba dispuesto a apoyar y sostener los acuerdos de la Asamblea mientras ella obrase en armonía con mi criterio —inspirado en el amor al bien de Cuba— y a la justicia que debía guiarnos en todos nuestros actos; que en cuanto se refería al empréstito negaba todo mi apoyo y no lo apadrinaría, no estando nosotros revestidos de autoridad bastante para esas negociaciones, extrañándome que hubiese prestamistas capaces de facilitar a Cuba su dinero, cuando Cuba no tenía personalidad política; creyendo, además, que semejante acuerdo comprometería los intereses de la Nación, sin que la Nación misma supiese nada de esto no estando constituida.

Así terminó aquella triste conferencia, disgustada, sin duda, la Comisión por no haber podido recabar de mi autoridad lo que repugnaba a mi conciencia, y a mi juicio perjudicaba al heroico pueblo cubano.

Al día siguiente, once de marzo, la Asamblea decreta mi deposición, y para justificarla me acusa de indisciplinado y perjudicial.



He aquí el decreto:

La Asamblea de Representantes en atención a la conducta últimamente observada por el General en Jefe del ejército cubano, con desobediencia y aún menosprecio de los derechos y la seguridad de la Asamblea como poder supremo de la Revolución.

Acuerda: DESTITUIR de su empleo al General en Jefe, pasando en consecuencia el Mayor General Máximo Gómez, que hasta ahora lo desempeñaba, a la clase de reemplazado y suprimiéndose por innecesario y perjudicial el cargo de General en Jefe.

Salón de sesiones del Cerro, 11 de marzo de 1899.

Al acuerdo de la Asamblea contesté sencillamente con este Manifiesto:

AL PAIS Y AL EJERCITO

Con las supremas facultades que le son atributivas, la Asamblea de Representantes, del Ejército solamente, acaba de despojarme del cargo de General en Jefe del Ejército libertador que me había conferido la Revolución Redentora, y en cuyo puesto, atento siempre a las inspiraciones de mi conciencia y a las grandes necesidades nacionales, traté de cumplir todo mi deber.

La Asamblea estima como un acto de indisciplina y falta de respeto, el que yo no apoyé las gestiones encaminadas a levantar empréstitos de dinero que pueden comprometer para más tarde los grandes intereses financieros y políticos de Cuba, que yo pienso debe entrar a ejercer su propia soberanía, en la República de unión y concordia proclamada en el manifiesto de Monte Cristy, y sostenida y mantenida en los campos de batalla, libre de todo compromiso y siempre dejando a salvo el honor nacional. Esta es la causa primordial de la determinación que respecto a mi persona acaba de tomar la Asamblea.

Por lo demás, como hombre sincero, confieso que le quedo agradecido, pues ello me releva de grandes compromisos políticos a la vez que me deja libre para retirarme a mi hogar abandonado, única aspiración después de trein-



ta años de lucha y brega decidida por la ventura de este país que tanto amo.

Extranjero como soy, no he venido a servir a este pueblo, ayudándole a defender su causa de justicia, como un soldado mercenario; y por eso desde que el poder opresor abandonó esta tierra y dejó libre al cubano, volví la espada a la vaina, creyendo desde entonces terminada la misión que voluntariamente me impuse.

Nada se me debe y me retiro contento y satisfecho de haber hecho cuanto he podido en beneficio de mis hermanos.

Y dondequiera que el destino me imponga plantar mi tienda, allí pueden contar los cubanos con un amigo.

General Máximo Gómez

Quinta de los Molinos, 12 de marzo de 1899.

Como sucede siempre en estos casos cuando las pasiones ocupan el lugar de la justicia, hubo debates acaloradísimos. Se me sentenció y ejecutó sin oírseme. Se ha insultado la víctima no contentos con el castigo. Hubo representantes que me llamaron *grosero*. Otro pidió fusilarme. Alguno inventó historias desfigurando la verdad de mi actitud.

A tanto encono en contra mía llegó el espíritu de la Asamblea, que me obligó a examinar detenidamente mi conciencia y mis actos, pues dudé si habría cometido un crimen, y someterme entonces voluntariamente a los tribunales. Pero interrogué mi conciencia, y la encontré tranquila. Consulté mi honor, y me respondió satisfecho.

Luego el pueblo y mis soldados fueron a buscarme a mi tranquila reclusión y me saludaron con cariño.

Todo esto me ha consolado de la pena que causa la ingratitud. Mas, pasados los primeros momentos he pensado, interrogándome: ¿En dónde estaban, a excepción



de unos pocos, esos hombres cuando el general Weyler estaba en Cuba?

Con todo, aquí cabe repetir mis frases proferidas en la Quinta de los Molinos: "Soy bastante conocido en muchas partes de América. A mi edad, y soy muy viejo, no tengo que ambicionar lauros. Y por lo poco que he hecho en bien de este país, he visto realizada mi mayor gloria, mi más caro ensueño: el ser muy querido de los cubanos".

Esto es todo lo que ha pasado, hija mía y amigos míos. Y ahora ¿qué me resta? Caer en tus brazos, besar mis hijos, estrechar la mano de tanto compatriota bueno como por allí me estima, y descansar tranquilo en la santidad de nuestro hogar rodeado de las caricias de los que me vieron nacer.

Estos son mis ardientes deseos, y lo que te dejo narrado, lo puramente sustancial de todo lo ocurrido. Y si mi conducta, mi actitud y mis procedimientos ¡Dios no lo quiera! no cuadran al criterio de los que me estiman y se interesan por la felicidad de esta hermosa tierra, lo sentiría en el alma, pues creo que sería la primera vez en mi vida que incurriese en desatinos molestando a los hombres, desagradando a las mujeres y perturbando, en fin, a una sociedad entera.

De la actitud de la Asamblea y de sus posteriores resoluciones, se ocupa la prensa diariamente.

Los que esperan, están desesperados. Como yo no espero nada, estoy muy tranquilo con mi inesperada situación, descargado de toda responsabilidad y gozando del cariño de este pueblo que, ahora más que nunca, me lo ha demostrado comprometiendo, por modo tan elevado y sentido, mi gratitud eterna.

¡Espera y confía!

Máximo Gómez

Quinta de los Molinos, abril 2 de 1899.



Habana, octubre 6 de 1899

A Federico Henríquez y Carvajal,
Santo Domingo.

Estimado compatriota y amigo:

Por los periódicos recibidos de esa capital he venido en cabal conocimiento del cablegrama que ahora días recibí de Ud. No sabía a quien dirigirme; razón por la cual no fué contestado inmediatamente. Sirven estas líneas de cumplida contestación.

En todo cuanto vale y representa para mí la elocuente voz de mis compatriotas he estimado la prueba de consideración y afecto que se me ha dado. ¡Ojalá que pronto surja aquí la ansiada república, para que las dos hermanas —Cuba y Santo Domingo— unidas por los lazos indisolubles de amor y de intereses mutuos, marchen juntas a la hermosa realización de sus ideales de democracia y vida civilizada!

Nuestra tierra dominicana entra, ahora, por ancha vía de regeneración y de libertad, obra noble a que todos debemos contribuir aportando nuestros esfuerzos, nuestra buena voluntad y nuestro patriotismo. No es trabajo encomendado a un solo grupo. El pueblo entero está obligado a concurrir al levantamiento de la República verdadera; República que responda a todas las exigencias de la moralidad y de la libertad, guardando nuestros egoísmos y ambiciones y haciendo estable, eficaz, próspera y feliz a la Patria que nos legaron los hombres del 27 de febrero. Este es el único modo de corresponder dignamente a los empeños de Duarte, Sánchez, Mella y demás gloriosos patriotas.

A toda esa juventud, prenda segura de luz y bienandanza para lo porvenir, envío mi más cordial enhorabuena.

Y Ud., amigo mío, cuente con el invariable afecto de su servidor y amigo.

M. Gómez



Habana, 9 de abril de 1900 ⁽³⁹⁾

A Máximo Gómez Toro,
Santo Domingo.

Ya veo, por lo que me dices en tu carta, que los enemigos eternos de Cuba no pierden nunca la ocasión de presentar al Pueblo cubano como un conjunto de gente mal avenida e ingobernable.

Todo cuanto tú oigas decir a ese respecto es falso y calumnioso.

Aquí no hay nada que merezca condenarse; antes por el contrario, todo lo que pasa no es más que las palpitaciones de un pueblo noble y heroico. Acaso se pretende que esto sea un pueblo ovejuno?

Son muy miopes en política los que no comprenden que Cuba atraviesa en estos momentos por el período difícilísimo de su organización política con sus heridas aún abiertas que le dejó la guerra.

Con la sumisión digna que imponen los sucesos fortuitos, Cuba como luchó en la guerra para sacudir el poder que la oprimía, ahora lucha para sin menoscabo de ningún linaje, sin mermas afrentosas y sin escándalos, despedir agradecida la tutela del Poder Interventor. Ningún pueblo, si registramos la Historia, encontraremos que haya pasado por pruebas más duras, si se quiere.

Y sin embargo, el orden público no se altera en esta tierra. Si algo sobra y es inútil y hasta ridículo aquí, son las bayonetas americanas. El Gobernador de la Isla, el General Wood puede, si quiere, quedarse solo con su esposa entre nosotros, y siempre será tan respetado como si estuviese custodiado por un millón de hombres armados.

(39) Publicada en el periódico *Patria*, de La Habana, y reproducida en *Listín Diario*, S. D., 27 de abril de 1900, con esta nota: "Con verdadera satisfacción —dice *Patria*, de La Habana— publicamos los siguientes párrafos de una carta que, con fecha 9 del actual, ha dirigido el ilustre General Máximo Gómez a su hijo residente en Santo Domingo, y en los cuales se pone una vez más de relieve el alma-noble y pura del caudillo cubano".



La Policía Urbana y Guardia Rural están ociosas. Son cubanos que viven y actúan cariñosos, entre sus hermanos. Me atrevo a viajar por toda la Isla cargado de oro, seguro de que nadie me molestará.

En cuanto a mi persona, no te preocupes. Yo no tengo el dinero que necesito porque no lo he querido. Te aseguro que se me ha ofrecido, y en cuanto a cariños, no puedo quejarme, sería un ingrato no reconocerlo así.

Ni pago luz ni teléfono: esas generosas Empresas no quieren cobrarme. El establo *El Niágara* nunca ha querido cobrarme nada por el cuidado de 4 caballos, y ya tú sabes lo que eso cuesta aquí; amén de no cobrarme tampoco la ocupación de un carruaje para mí o mi familia.

Son detalles que deseo se sepan en Santo Domingo.

Esa es Cuba y eso son los cubanos.

Muchos han querido hacerse enemigos míos; pero yo he dicho para mis adentros: "Eso es mentira".

No son más que momentos de apasionamientos y ofuscación.

Estate tranquilo y espérame contento.

Te ama tu papá,

M. Gómez

*

Santo Domingo, 24 de abril de 1900

Sra. Rafaela Pavón,
Santiago de los Caballeros.

Estimada amiga:

Desde el 18 que llegué aquí hice el propósito de escribirle pero no he tenido tiempo, y hoy lo hago abandonando otros asuntos.

He venido a esta tierra por tan pocos días que no he podido ir a esa ciudad a verla como son mis deseos pues tengo que regresar muy pronto a Cuba.

Dígame cómo vive y si tiene colocados a sus hijos, cuéntemelo todo, para yo ver lo que puedo hacer por Ud.



Mis cariños para todos sus hijos y muchos besos a
Maxito.

Suyo afectísimo,

Máximo Gómez

Dirija a esta ciudad "Diez y nueve de Marzo No. 51".

*

Calabazar, lunes 9 de junio de 1902 (40)

Señor C. Armando Rodríguez.

Estimado Compatriota:

Me vine sin despedirme de Ud. Mañana vuelvo a la
Habana.

Después volveré para acá y desde ahora queda Ud.
invitado para pasar un día con nosotros en familia.

De Ud. afmo amº.

Gómez . .

*

Calabazar, Habana, 10 junio 1902 (41)

A Regina y María de Jesús Gómez,
Santo Domingo.

Mis queridas hermanas: La llegada aquí del vapor

(40) El Lic. C. Armando Rodríguez, era, entonces, Cónsul General de la República Dominicana en Cuba. Fué íntimo amigo de Serafin Sánchez y de Máximo Gómez; prestó entusiastas servicios a la causa de Cuba; y estuvo preso en Baracoa durante varios meses del año 1899, en compañía de Enrique Loinaz del Castillo, Toribio L. García, Manuel Aranda, Temístocles Molina, Manuel Piedra, Rodolfo Berges, Marino y Pablo Borrero, Lorenzo Despradel, José M. Villa, Carlos Dublé, Francisco Fernández, Eloy Cortés, Arthur Mc Caín y otros patriotas cubanos y dominicanos que, al terminar la guerra de Cuba, preparaban una expedición armada contra el régimen de Heurieux. La capitaneaban los generales García y Rodríguez. (Véase *La Discusión*, Habana, núm. 2627, del 3 nov. 1899). Las cartas originales del General, al Lic. Rodríguez, nuestro suegro, nos fueron obsequiadas por éste.

(41) Del original. Archivo de don Emilio Tejera.



Julia siempre es para mí un motivo de alegría, pues es cuando recibo cartas de Uds. Es decir que están vivas, y lo mismo creo que les ha de suceder a Uds. Aquí ahora todos estamos bien, y lo mismo Máximo allá por oriente con todos los suyos.

Ya sé yo todo lo que ha pasado por Sto. Domingo. Ojalá que ahora se encarrilen mejor las cosas. Con respecto a Uds, eso no debe preocuparles ni poco ni mucho, pues lo mismo es para Uds. Jimenes que Horacio porque lo mismo que las atendía el uno las atenderá el otro y en puridad de verdad tengo más esperanzas en Horacio que las que tuve nunca en Jimenes porque en vez de aumentar el número de sus amigos los fué perdiendo. ¿Cómo? No sé, pero ese es el hecho pues no de otro modo se puede explicar su caída.

Como yo tengo mi negocio con Pelegrín Gómez, pídanle a él todo lo que necesiten. Ya eso se lo tengo explicado.

Reciban de todos los de aquí muchas memorias y las darán de mi parte a los primos y amigos.

Su queredor hermano

M. Gómez

Querida Aminta: Desde aquí te abraza tu primo Máximo.

*

Calabazar, 15 julio 1902.

A C. Armando Rodríguez,
Habana.

Estimado amigo:

Desde ayer nos anunciaron la visita de Ud. Hoy, son las 12 m. lo hemos esperado con el almuerzo, pero llega el tren sin Ud.

Quiera Dios que motivos de salud no le hayan impedido la venida.



Mañana pienso ir a La Habana. Recuerdos de la familia.

De Ud. muy amigo afmo,

M. Gómez

*

Calabazar, 8 agosto 1902.

A C. Armando Rodríguez,
Habana.

Estimado amigo:

Debo verlo mañana sábado. Seguramente aprovecharé la buena ocasión de su partida para Sto. Domingo, y escribir a los amigos de allá.

No tengo ahora ninguna fotografía fresca con que corresponder a su cariño, y le mando una, que ya vieja, yo me tenía guardada pero que contiene un recuerdo histórico (42).

Hasta luego y sabe que lo quiere su afmo. amigo,

M. Gómez

*

Calabazar, 9 agosto 1902

A C. Armando Rodríguez,
Habana.

Estimado amigo:

No puedo ir a despedirme, lo que siento.

Ruego al Cielo proteja y guíe la nave que lo conduce hasta caer en los brazos cariñosos que lo esperan. Las se-

(42) Conservamos esta fotografía. Tiene la siguiente dedicatoria de puño y letra del General: "Compatriota Armando Rodríguez mientras pueda sacarme otra fotografía mejor le mando ésta que me saqué en N. York, en 1894, cuando fui a celebrar allí una conferencia con Martí pa. redondear los asuntos de la Revolución de Cuba. Consérvela como un recuerdo mío".



paraciones tienen eso de buenas, cuando se vuelve. Y después la eterna, que no debe ser mala.

Le incluyo una carta para Pelegrín Gómez, en Atarazana.

Diga a toda esa gente que me quiere que aquí estoy para servirles.

A Vásquez un apretón de manos, y adiós. Buen viaje.
De Ud. amigo,

M. Gómez

*

Habana, 5 sept. de 1902

A C. Armando Rodríguez,
Sto. Dgo.

Apreciado amigo:

Obra en mi poder su atta. de fecha 25 del pasado, y quedo a Ud. muy agradecido por el informe de que bondadosamente cumplió Ud. mis encargos.

Gracias por las noticias que contiene su carta, y como en reciprocidad le deseo a Ud. mucha fortuna en los asuntos a que ahora se dedique.

La familia le agradece sus expresiones de afecto, y me encarga las retorne cariñosas.

De Ud. affmo. amigo,

Gral. M. Gómez

*

Habana, 9 de Sbre. 1902.

Sr. Armando Rodríguez.

Estimado amigo:

De tantos amigos y primos que tengo en Sto. Domingo, se me ha ocurrido dirigirme a Ud. para que me preste un servicio.

Tal vez Ud. no conozca a Marcos Rosario pero procure conocerlo. Mándelo llamar. El en la actualidad es Al-



calde, de no se qué punto no muy distante de esa Capital. Marcos y yo fuimos los únicos supervivientes de la célebre expedición de los seis —Martí, Borrero, Guerra y Sala— fueron los otros, cubanos.

Le adjunto los documentos que me ha de llenar Marcos para que Ud. me lo arregle todo pues él no entiende de esas cosas. El ingreso de Marcos en el Ejército se debe empezar a contar desde el 1º de Abril de 1895, y durante toda la campaña hasta que se terminó la guerra, fué siempre, mi primer Ayudante de Campo. Lo demás va todo explicado.

Si todos esos papeles me vienen bien despachados con el mismo *Julia*, a su vuelta, va Ud. a oír decir, agradecido yo de sus servicios, a mí y a Marcos, que Ud. es un dominicano bueno y activo.

Ayer leí el *Fígaro del Domingo*, y noté habla muy bien de Sto. Domingo. Trae magníficos retratos de Vásquez y Guelito. Yo estoy contentísimo.

Recuérdeme a los amigos todos y quedo de Ud. afmo. amigo,

M. Gómez

De Mojarra es Alcalde Marcos; ese pueblo está al lado del Ingenio “San Isidro” de E. Hatton.

*

REPUBLICA DE CUBA
EJERCITO LIBERTADOR
EL PRESIDENTE DE LA COMISION REVISORA.
PARTICULAR.

(Habana, sept. 1902)

Sr. C. Armando Rodríguez,
Santo Domingo.

Estimado amigo:

Su carta, de Ud., junto con los papeles de Marcos están ya en mi poder. Y para satisfacción de Ud. debo de-



circle, que en unión de mis compañeros de Comisión, hemos encontrado muy bien despachado todo.

Puede decir a Marcos que no tenga cuidado que yo me ocuparé de sus papeles, así como cuando llegue la hora de pagar entre yo y Ud. (si estamos vivos) también le arreglaremos eso.

A Fiallo, el Cónsul, lo he visto dos veces pero no sé cómo vive, pues la verdad es que parece hace poco ruido.

Realmente, llama la atención que Cuba no haya nombrado aún ningún agente consular en ese país que tanto la ayudó en su guerra de independencia.

Yo pienso publicar en ese sentido, "Párrafos de una carta a Ud." que la ha de ver Ud. (43).

No sé si todo eso podrá ir en este vapor.

Estoy que no alcanzo. Escribo de prisa.

Recuerdos a los amigos en particular a Vásquez.

Para todos los suyos el afecto de todos los míos y a Ud. am^o.

M. Gómez .:

Despradel estaba aquí muy mal del bolsillo. Me dió lástima y le he conseguido un empleo para que no se muera de hambre.

Gómez.:

*

Habana, 7 oct. 1902 (44)

A C. Armando Rodríguez,
Santo Domingo.

Ciertamente es extraño, amigo mío, que aún no haya nombrado Cuba, su representante en la República Domini-

(43) Refiérese a la carta del 7 de oct. de 1902, inserta.

(44) Esta carta fué publicada en el periódico habanero *La Lucha*, y reproducida en el *Listín Diario*, S. D., No. 3967, del 20 Oct. 1902, que luego publicó la siguiente nota: "Indignación. Algunos de los párrafos de la carta que ayer publicamos en estas columnas, dirigida por el General M. Gómez al señor General C. Armando Rodríguez, ha causado grave impresión en el ánimo de los dominicanos que se han penetrado de todo cuanto esos párrafos de verdad dicen respecto a Cuba. Cosas veredes del Cid..."



cana, aquella tierra que tanto la ayudó en su guerra de independencia y que hizo suya la causa de la libertad que se debatía en los campos de batalla.

Y más extraño lo es, cuando se piensa que no hay un rincón en los Estados Unidos del Norte en donde no se haya llenado ya ese requisito, así como en otras Repúblicas de América y Naciones de Europa.

Me parece que oigo formular este pensamiento en la mente de los enemigos de las cosas de América: "Si para que se lo coman crudo..." y es, porque tristemente se nota que con el afán de denigrar a Santo Domingo y Haití, no se desperdicia ocasión para sacar a relucir los períodos, —quien lo niega— de anarquismo que por allí se suceden, de la misma manera que aconteció a muchas naciones, hoy grandes, cuando ayer, en sus épocas de organización, sufrían los mismos trastornos y la misma fiebre.

Debían, además, tener mucho cuidado los de por acá al tirar piedras sobre el tejado ajeno, en reparar que tenemos muchas tejas de vidrio en el nuestro.

Qué importa para el caso, que Lilís, por ejemplo, fuese para Santo Domingo un tirano, cruel, y hasta ladrón, y todo lo que se quiera decir del muerto, si ese mismo hombre fué un buen amigo de Cuba y le tendió la mano en sus horas de mayores conflictos?

Y eso lo puede decir, sin temor a equivocarse, el que estas líneas escribe.

Lo que importa no olvidar para no aparecer ingrato, es que el 20 de mayo de 1902 la República Dominicana lo hizo suyo, y no se sabe cual otra nación hiciese con entusiasmo mayor tan noble consagración.

Lo que no debe olvidarse, para no aparecer ingratos, es la sangre de los Marcanos y de Modesto Díaz.

La República Dominicana, después de los yankees, ha sido uno de los pueblos de América, que mayor contingente de sangre ha prestado a Cuba desde Hatuey a nuestros días. La historia de su engrandecimiento, primero, y de su decadencia, después, están tan íntimamente ligadas, y es tal en semejanza, como lo son sus ríos y sus montañas.



Siguiendo esa lógica fatal de los sucesos no sería muy aventurado pensar, que andando el tiempo, no le sería fácil a la heroica Quisqueya sustraerse a las influencias políticas de su hermana mayor.

Aquí se trabaja decididamente, por los buenos patriotas, con el laudable fin de organizar este país bajo los auspicios de un gobierno serio y estable. El Presidente, a pesar de una Constitución poco amplia para gobernar con más desembarazo, se las maneja lo mejor que puede y va venciendo dificultades.

Lo mejor que se nota en Cuba es que después de tanto desbarajuste la Hacienda está bien manejada. Cuba no tiene trampas, su libro no tiene raspaduras, y después de cubrir su presupuesto, le sobra dinero.

Eso es muy honorable y es a lo mejor que puede aspirar una nación para poder asegurar su independencia.

Hemos recibido la planilla y todos los demás papeles del valiente Marcos Rosario, que encontramos muy bien despachados, gracias al interés que Ud. se tomó en ello. Y dígame a él que sus compañeros de armas no le olvidamos.

Salude en nombre mío a los amigos y quedo siéndolo de Ud. muy afectuoso

M. Gómez

*

Al Alférez L. Despradel.

Procure irse con el pacífico Antonio Oria, al que le he dado una buena recomendación para que lo cuide bien.

Dígale eso al Subprefecto Ortega, para su inteligencia y mejores fines.

Tu Gral.,

Gómez



Habana, julio 25 de 1903 (45)

Al Cap. Lorenzo Despradel,
Habana.

Señor:

Tengo el honor de comunicar a Ud., que en virtud de la Ley del 26 de mayo último, la Comisión Central, termina sus trabajos de revisión y liquidación de las listas del Ejército en el día de mañana 26 del corriente mes; y en su consecuencia cesará Ud. dicho día en el cargo que se le había confiado, quedando los miembros de esta Comisión Central altamente satisfechos de la competencia, actividad y celo que ha demostrado durante el tiempo que ejerció dicho cargo.

De Ud. atentamente,

M. Gómez .:

*

Habana, 6 agosto 1903

Al Capitán Lorenzo Despradel,
Habana.

Mi estimado Despradel:

Tengo necesidad de hablar contigo, hoy mismo, de doce a una.

Te espero 45, Galea.

Gómez

*

Habana, 9 de septiembre 1903

A Federico Henríquez y Carvajal,
Santo Domingo.

Estimado amigo:

He leído con pena —por la noticia triste que me da

(45) Del original. Papel con este membrete: "República de Cuba. Ejército Libertador. Comisión Revisora y Liquidadora. Central".



Ud. de la muerte de Hostos— su apreciable carta. Para todos, aquí, esa gran pérdida ha sido una verdadera sorpresa; pues no sabíamos nada de su enfermedad.

Por más filósofo que fuera... ¡cuándo hubiese creído que él primero que yo, se nos adelantaría en el viaje! ¡Cuánta falta nos hará Hostos y qué difícil será para los espíritus mediocres explicarse eso mismo!

Aquí se ha leído con gusto —y yo lo he hecho reproducir— todo lo que Uds. han hecho sobre la tumba de Hostos. Que cuanto hagamos será poco; pues, aparte de lo bueno y útil que él era para el mundo, nos había dado pruebas de su amor a Santo Domingo.

Que descanse en paz el hermano y el amigo! y recordémosle mientras vivamos.

El Dr. Henríquez me escribió, y, a juzgar por las noticias que nos llegan de allá, parece que aún no se ha consolidado la paz. ¿Hasta cuando habrá en esa tierra, tan digna de mejor suerte, disturbios? ¿Por qué ese descontento y esas desavenencias entre una familia? Ya eso, en realidad, no tiene explicación racional. Pelear por una corona de espinas —que no otra cosa es el Gobierno— me parece que tiene más de estúpido que de cuerdo... Eso de buscarse uno mismo quebraderos de cabeza es muy poco juicioso. En fin, que Dios guíe y alumbre a los hombres que su suerte los ha llevado al Poder!

Voy a hacerle a Ud. una recomendación. Cuando Ud. vea a la Señora Viuda de Hostos le ofrece, a nombre mío, mis servicios y mis respetos.

Quedo de Ud. muy amigo,

M. Gómez

*

Habana, 8 febrero 1904⁽⁴⁶⁾

A José María Gómez.

Estimado amigo:

Dentro de esta carta te envío cincuenta pesos papel americano.

(46) Del original, en poder del señor Máximo Gómez P.



Tú, como es natural llevarás tu cuenta allá; pero yo deseo que siempre que yo te mande dinero me digas lo que te voy adeudando por el concepto de auxilio a mis hermanas; y todo por aquello "de que uno debe saber estirar el pie hasta donde le alcanza la sábana". Lo que tú has dispuesto con la cuota, desde luego eso está convenido, pero ellas pueden necesitar alguna otra cosa más.

No quiero hablarte de las contiendas políticas de ese país, porque a la verdad se ha llegado a un estado de anarquía tal que apenas hasta los espíritus más despreocupados.

Para tu familia toda mis más sinceros afectos.
Quedo tu afmo. primo,

M. Gómez

*

Habana, julio 2 de 1904

Al Cap. Lorenzo Despradel,
Habana.

Mi querido Despradel:

Acabo de recibir una carta de Marcos Rosario muy larga y muy buena, que te enseñaré cuando vengas por acá. Acompaña Marcos a dicha carta copia de un poder que te dió a ti cuando fuiste a Santo Domingo, que no sé realmente a qué viene eso ahora, de lo que tú me darás explicaciones.

Como tú eres una especie de buho que nadie sabe donde vives te dirijo estas líneas por conducto de Corbinson porque yo sé lo que Uds. se quieren.

Quedo tu más affmo.,

Gómez

*

Habana, 6 noviembre 1904 (47)

A José María Gómez.

Estimado amigo:

Terminamos n/. viaje sin novedad de ninguna clase.

(47) Del original en poder del señor Máximo Gómez P.



Chucha muy bien. Durante el viaje logré a fuerza de cuidados y de cariños reponerla un poco. Si Uds. la hubieran visto qué derechita se puso se hubieran admirado del cambio. Luego cayó de lado de toda mi gente, que se desviven por complacerla y por supuesto ha seguido muy bien.

Por lo que dije allá y más que sigo pensando respecto al estado de Sto. Domingo, voy como todos los redentores, siendo un crucificado. Pero si hay un hombre, que respecto a éste punto piense mejor que yo, en seguida modificaría mis juicios.

El Diario la Marina y El Nuevo País y otros periódicos serios, han comentado mucho todo lo que yo he dicho en el *Listín Diario*.

Sin interés ninguno personal deseo la Paz y el orden en esa Tierra, que por más que se dude he de amar más que a cualquiera otra del Planeta, aunque no fuese más que por el hecho mismo, de que cuando la abandoné ya estaba madurada mi razón y mi voluntad.

Mando dentro de esta carta, cuatro pesos oro americano importe de los 20 pesos nacionales que te tomé a última hora.

Deseo recibir aviso tuyo de cuanto, poco menos o más, puede costarme el terreno en donde está enterrada Regina, para cuando llegue la hora, estar prevenido.

Mis cariñosos recuerdos a todos mis primos y amigos, y a sus familias, y poniéndome a los p. p. de Altagracia quedo su más afmo. primo,

M. Gómez

Le recomiendo muy y mucho, la adjunta para Mariánita. Mándela en seguida.

Gómez



Habana, 20 Dbre. 1904 (48)

Sr. M. de J. Galván,
Santo Domingo.

Mi estimado amigo:

En mi poder su apreciable y le agradecemos, yo y María de Jesús, sus expresión de duelo de V. y los suyos, por la muerte de mi hermana Regina.

Me alegra que V. se haya enterado de mi modo de pensar respecto al laudo y el interés que debiera inspirar ahora la política dominicana.

Ahora es que verdaderamente se necesita la obra del más puro patriotismo; de toda la abnegación de un Pueblo, que todo este tiempo se ha inmolado por alcanzar los beneficios de una Paz sólida.

Sin embajes, como hablo yo siempre, he dicho que el laudo, como todo negocio de la vida humana, tiene su lado bueno y su lado malo.

Sin embargo, a Sto. Domingo se le ha presentado la bella ocasión de, aprovechando el lado bueno, aparecer (y realmente lo sería) una de las naciones más honradas del Mundo, porque si en medio de las mayores calamidades se acuerda de pagar a sus acreedores, eso será una ejemplaridad hermosamente moral. Que pague Inglaterra sus deudas eso no es gracia, pero que se sepa que siquiera piensa en pagar las suyas la República Dominicana, eso es grandioso. Fijos y consecuentes en este decoro nacional, es seguro que la verdadera Paz interior sería un hecho y la República sería entonces más considerada, y yo creo más, asegurada su independencia.

Ah! declararse insolvente, confesarse incapaz de poder pagar, no importa cómo y por qué se debe, —pero se debe— eso es declararse completamente adolecente, nu-

(48) Del original, inédita. Letra del propio M. Gómez. En Archivo General de la Nación, papeles del Museo Nacional.



lo y autorizar a que se ponga la República, en pública subasta.

Primero es preciso pagar, y después, como dice el viejo refrán: "Cada uno de lo suyo hace un saco y se mete dentro". Mas, hacer eso con lo ajeno, no es honrado.

Deseo que V. lo pase bien y quedo de V. afmo amigo,

M. Gómez

*

Habana y abril 1905 (49)

A la Srta. Ignacia Gómez y Castillo.

Mi querida Ignacia:

Siempre preso. No me han dejado ir los asuntos de esta política que o me coloca fuera de ella, o, no soy hombre. Es cuanto puedo decirte en orden a recuperar la independencia de mi carácter, a lo que siempre he aspirado como hombre libre.

Lean esta carta todos, o estas líneas, pues contrariado como estoy no puedo ser más extenso.

Quiérete mucho tu papá,

Gómez

Se me ha quedado la maleta preparada.

(49) Esta es, indudablemente, una de las últimas cartas del General Gómez, pues murió en junio del mismo año. Adviértase en ella su determinación de apartarse de la política.



ESCRITOS DIVERSOS

RECUERDOS

PAGINAS DEDICADAS A MI HIJA CLEMENCIA (50)

La gratitud es la cadena de seda y oro que une a los corazones honrados.

J. J. Palma.

A ti, hija amada de mi corazón. A ti, pedazo de mi alma, amor de todos mis amores y esperanza de mi vida. A ti, hija mía, dedico estas líneas que aprenderás como una oración y guardarás en tu memoria como un recuerdo sagrado.

Léelas tú, y haz que tus hermanos las lean, para que tú y ellos sepan cómo y dónde nací, algo de lo mucho que he sufrido, y sepan también a quiénes les debemos un favor, porque quiero que desde la infancia aprendan a pensar, sentir y agradecer.

Hay deudas en la vida de los hombres que jamás acaban de pagarse, y es preciso que los padres las leguen a sus hijos: y cuando tu mano amorosa cierre mis ojos sin luz, porque haya caído para confundirme con el polvo de los demás, a ti y a ellos tocará honrar mi nombre y mi memoria con la gratitud hacia nuestros bienhechores —yo habré desaparecido de la escena de los vivos.

(50) Tomado de la obra de M. Gómez, *Revoluciones... Cuba y Hogar*. La Habana, 1927.



Esos amigos, también pueden abandonar este mundo mentiroso y falaz, pero quedarán sus hijos, justos acreedores para recoger el fruto que sus padres han sembrado.

No olvides nunca, hija mía, que la gratitud es el sentimiento más dulce que conmueve el alma, que agrada a Dios y que siempre ha procurado conservar en su corazón, tu padre que te ama,

Máximo Gómez

Hay en medio del mar Caribe allá en el Atlántico una Isla (la geografía te la enseñará) que se llama la Isla de Santo Domingo, tan rica y tan bella, que un tiempo fué designada *La Primada de las Indias*.

Las brisas de aquel mar siempre inquieto, mecieron mi cuna; allí nací, y aquella tierra, que quizás no vuelva a pisar, es mi patria.

Mis padres que fueron honrados y virtuosos, si no ricos gozaban por lo menos de posición acomodada y decente, y como yo era el único varón, fuí desde luego el principal objeto de su cariño y cuidados, y de este modo mi existencia se deslizaba dulcemente en medio de las caricias del paternal amor.

El ciego cariño que mi madre me profesaba, contribuyó no poco a que mi ilustración fuese menos que mediana, pues no querían separarme de su lado, ni que mi padre me enviara a un colegio extranjero, y fué mi profesor el cura del pueblo, que era mi padrino, íntimo amigo de la familia, y que daba muestras de sentir tierno y sincero afecto por mí ⁽⁵¹⁾.

Este hombre, aunque bastante instruído era de atrasadas ideas, como lo ha sido siempre la gente de sotana, y mi educación primaria, única que pude alcanzar fué puramente religiosa —con mucha más razón, que mi madre como todas las demás mujeres de aquel país, era un tanto fanática y acariciaba la idea de que yo adoptase la carrera eclesiástica.

(51) Refiérese al Padre Andrés Rosón.



No obstante todo eso, yo no me sentí muy inclinado a ella; pero jamás me atreví a manifestar lo contrario, por no causar pena a mi madre, a quien tanto amaba.

Así corría el tiempo para mí, cuando en el año 1855, que ya contaba yo diez y seis años, un día, la banda militar de la guarnición de la plaza, a una hora inesperada, tocaba marcha por las calles del pueblo. Se publicaba con gran pompa y solemnidad, un decreto del Gobierno, llamando a las armas a todos los hombres de la República, sin distinción de clases, ni categorías, y de la edad de 15 hasta 50 años.

Hacia algunos años que sostenía una guerra con la vecina República de Haití, en la cual las armas dominicanas habían quedado siempre victoriosas; pero esta vez el negro poder de Haití, con el descabellado propósito de sostener bajo su dominación el territorio dominicano, levantó un ejército de más de 20.000 hombres, y marchaba con gran aparato de guerra como un futuro invasor. Esta era, pues, la causa poderosa que obligó al Gobierno a dar aquel perentorio decreto.

La patria está en peligro, decía el decreto, y sólo la decisión y patriotismo de sus hijos podía salvarla de un rudo golpe, no de su pérdida porque eso era imposible.

No se necesitaba más para que el entusiasmo cundiese en todas las clases de la sociedad y sobre todo, en la juventud, dispuesta siempre a las grandes impresiones.

Apenas el oficial que leía el decreto terminó, dando un viva a la patria, varios jóvenes en confuso tropel se dirigieron al palacio del Gobernador de la Provincia a inscribir su nombre en los batallones de voluntarios, y yo era uno de ellos, que olvidando los libros y los cuidados de mi madre, no pude resistir al impulso del sentimiento nacional.

Una lucha terrible tuve que sostener entre las lágrimas de mi madre y el deber ante la patria; y te confieso, que muchas veces me sentí débil, y quien sabe si las primeras hubieran triunfado, si mi padre, de carácter severo, no me hubiera apoyado con su silencio, hasta que últimamente, en una conferencia doméstica que tuvieron en



presencia mía, para tratar del asunto, la dijo: “dejadlo acudir al llamamiento de la patria ya que yo soy tan desgraciado, que por mi edad y mis achaques no le son útiles mis servicios”

¿Qué más se quería oír? Aquella entusiasta y superior aprobación de mi anciano padre, bastó no sólo para tranquilizar mi pobre corazón, sino para que hiciera subir de punto mi entusiasmo y decisión.

Traté de consolar a mi madre, y ella bien pronto se resignó, como sucede casi siempre, cuando el convencimiento de lo irremediable penetra en nuestro ánimo.

Tres meses duraron los trabajos de organización de los batallones de voluntarios, que fueron de goces y de placeres para mí: —aún lo siento al recordarlos, pues hay ciertas impresiones que recibe el corazón cuando está joven, que no pueden borrar los años.

No había en aquellos momentos música más sonora y dulce para mí, que el sonido penetrante del clarín y el ronco son del tambor; ni salón más lúcido y elegante, que el destinado a la limpieza del armamento y a los primeros manejos de las armas.

Mi orgullo y el de todos mis compañeros fué el vestir el traje de campaña.

Por fin, organizado todo, se emprendió la marcha, y abrazando a mi madre y mis hermanas, de cuyos brazos pude arrancarme haciendo un supremo esfuerzo, me despedí de todos, besando también a mi padre.

Este, en su solicitud paternal, no se olvidó de recomendarme a sus muchos amigos, que hacían parte del ejército, pero con especialidad a un General íntimo amigo suyo (Contreras).

Entraba yo, como tú comprenderás, en una vida enteramente nueva, pero tan repentinamente, que mis compañeros se reían, porque yo la llamé transición eléctrica. Había de un solo brinco salido de un polo y caído en el otro.

Separarme del regazo de una madre amorosa, que me hacía rezar el rosario todas las noches, y seguir para la cama, al capricho del sacristán, cuando a éste se le an-



tojaba dar las nueve muchas veces a las ocho, y en fin, del buen cura que me hacía creer en el juicio final y en las penas del purgatorio: de todo esto repito, separarme para trasladarme al cuartel y al campo de batalla; me parece que la distancia era considerable.

Cambiar la voz tierna y dulce de mi madre, por la enérgica y dura del capitán; las inocentes sonrisas y pláticas, también inocentes, de mis hermanas, por las groseras carcajadas y palabras descompuestas del soldado; el buen cura por el sargento de la compañía, que no sabía reprender instruyendo; los libros de moral, por la ordenanza militar y la táctica; el incensario por el fusil; la blanda cama por el duro suelo; en fin cambiar todo lo dulce por todo lo amargo.

Sin embargo te confieso que nada de eso me causó ni tristeza ni miedo, y solamente una vez más que otra, me asaltaba el recuerdo de los míos. Así es el corazón de los jóvenes ávidos de aventuras y peripecias.

Quedé, pues, en completa libertad de dar rienda suelta a mis pasiones y dueño absoluto de mis acciones, según la línea de conducta que me aconsejara los ejemplos, no muy edificantes, de gente de guerra en campaña. Pero no sucedió así, porque ¡ay! cuánto valen en un hombre las máximas de honor y virtud, que una buena madre deposita en su corazón de niño: en semejante escudo se estrellan todas las tentaciones del vicio y la corrupción.

Por eso debemos creer que el hombre que no ha tenido una mano bienhechora que lo dirija en los primeros pasos de su vida, por malo que sea, antes de condenarlo, es más justo compadecerlo.

Yo no olvidaba nunca a mi madre, y sólo su recuerdo me hacía ser bueno. Tengo placer en decirte que cuando abandoné aquellos campos quedé virgen de todo vicio, y esta conducta me granjeó no pocas consideraciones. Ascendí al grado de Alférez.

Reunido ya el ejército en las fronteras, se aguardó al enemigo, que no tardó mucho en presentarse, y se dió la gran batalla, nombrada allí de "Santomé" (ese es el nom-



bre de los llanos donde se dió). Las armas dominicanas quedaron triunfantes, y aquel enemigo fué deshecho⁽⁵²⁾.

Mi batallón pudo distinguirse, y varios jóvenes fuimos agraciados, cuya distinción nos dejaba ligados a las fuerzas permanentes del ejército, que en mi país quiere decir ser soldado por toda la vida.

Limpias de enemigos las fronteras, el ejército debía retirarse, dejando como es costumbre, aquéllas cubiertas con algunos destacamentos, y a mi batallón tocóle prestar ese servicio. Así fué que cuando la mayor parte de mis compañeros iban a abrazar a los suyos, y a pasar alegres y orgullosos bajo los arcos de triunfo que había levantado el entusiasmo y agradecimiento nacional a los hijos de la patria vencedores, yo y otros quedábamos allá lejos en el aislamiento y la soledad.

Te confieso que fué la primera vez de mi vida que me sentí profundamente triste.

Me horripilaba el silencio y soledad del campamento, después de la retirada del ejército: yo les decía a mis amigos: esto es un cementerio y nosotros somos muertos que nos hablamos.

Teníamos que esperar tres meses para ser relevados, pero yo tuve necesidad de abandonar antes mi puesto por una causa inesperada y triste para mí. Un día el General, Jefe de la línea, dió orden al Capitán de mi compañía para que yo pasara a su oficina, e inmediatamente que fui, puso en mi mano un salvo conducto y una carta.

La carta era de mi madre, anunciándome que estando mi padre gravemente enfermo, había fundados motivos para temer por su vida. Ella se había valido de amigos influyentes para conseguir la licencia.

No habían transcurrido dos horas y ya iba yo en camino, y diez o doce días después entraba por la puerta de la casa paternal, que encontré desolada y triste.

Corrí al lado del lecho de mi padre, y allí estaban mi madre y mis hermanas, llorosas y llenas de pesar.

(52) Acerca de la batalla de Santomé véanse nuestras obras Guerra dominico-haitiana, C. T., 1944, y Papeles del General Santana, Roma, 1952.



Mi padre aún vivía, pero en los últimos instantes de su vida. Sin embargo con bastante lucidez aún, me dió algunos consejos y me dijo: "te esperaba para despedirme de ti; no puedo vivir más pues siento que la vida se me acaba". A las doce de la noche de ese mismo día expiró.

Este golpe me impresionó hondamente, no sólo por la pérdida de un padre tan bueno, sino porque temía por la vida de mi madre, que había sufrido tanto por mi peligrosa separación, y la muerte de mi padre vino a poner el sello a sus sufrimientos.

Conseguí que se me prorrogase mi licencia por algún tiempo, y así pude ocuparme de algunos negocios que aunque no los había dejado mi padre encomendados a mi exclusivo cuidado, como mi madre me tenía tanta confianza tuve que entenderme en ellos.

Poco tiempo después tuve que volver a las filas del ejército, y ya en esa época se había desarrollado en mi patria el maléfico espíritu de partidos. Como era consiguiente tuve que seguir la corriente de los acontecimientos políticos que con frecuencia se sucedían, y me ví envuelto muchas veces en peripecias peligrosísimas.

El huracán de las guerras civiles, que todo lo arrasa y conmueve, ha dejado la ruina en aquel país, y muchas familias acomodadas y de posición quedaron en la miseria y el abandono.

Mi madre fué una de ellas: las revoluciones devoraron el regular patrimonio que mi padre nos legaba, y caímos en la miseria.

Era el año 1861, cuando tuvo lugar allí un acontecimiento inesperado y sorprendente: Santo Domingo se anexó a la monarquía de España, y quel suceso trajo a poco tiempo la guerra que hizo que aquella la abandonase nuevamente.

La anarquía y el desorden amenazaban concluir todo; y yo tuve que refugiarme en Cuba, trayendo conmigo a mi madre y dos hermanas.

Acosado por la miseria y el pesar, lejos de mi patria, busqué en los campos de Cuba un rincón donde trabajar,



descansar de vi tan azarosa, y me establecí en la jurisdicción de Bayamo.

En un pequeño caserío que se llama *El Dátil* experimenté el dolor de perder a mi madre, anciana ya, más que por su edad, por sus sufrimientos. Cuando esto aconteció, corría ya el segundo tercio del año 1868, y se trataba de adelantar los trabajos de conspiración cubana y en la cual me encontraba yo iniciado, tanto por sentimientos como porque había palpado los sufrimientos y las vejaciones del pueblo cubano.

Consideré hermanos míos a los hijos de Cuba, y me sentí dispuesto a seguir con ellos en la independencia de su patria.

Un lazo más vino a unirme fuertemente a la causa de Cuba que desde entonces consideré como mía.

Conocí a tu madre, la amé, y segura ella de la sinceridad de mi afecto, me amó también y bien pronto nos unimos.

Desde entonces fui más feliz, con la esperanza de que tendría una segunda patria si el triunfo era seguro, como debía esperarse; pero ¡ay! el destino otra cosa nos tenía reservada.

En octubre 10 de 1868, se dió el grito de levantamiento, y principió la lucha más titánica que registra la historia de América.

Diez años de constantes combates y llenos de miles y miles de peripecias horribles y sangrientas, duró la guerra, y allí, en medio de tantos peligros y zozobras, viste tú la luz: allí en los campos libres de Cuba, naciste bajo el humo de las batallas. La estrella solitaria alumbró tu cuna.

Tu madre jamás quiso abandonarme y me seguía a todas partes. ¡Cuánto no pasaría!

Te contaré un episodio tristísimo de tu vida, que siempre recordamos ella y yo con pesar.

Una vez —apenas contabas tú treinta días de existencia— por la delicadeza del estado tuyo y de tu madre, me fué preciso dejarla oculta en una montaña, al cuidado



de tu tío, que bien conoces y a quien le debes tanto como a mí.

Yo tenía que separarme para cumplir órdenes en otra comarca distante, a donde marché.

Los españoles, que perseguían tanto a tu madre como a mí, con la esperanza de que una vez en su poder, sabiendo cuánto la amaba, sacarían algún partido de mí, por debilidad, no desperdiciaban ocasión de querer lograr su intento, y por doquiera que sospechaban que ella pudiese estar, lanzaban espías, y esta vez como otras, descubrieron su escondite.

Una guerrilla mandada con tan inicuos fines, asaltó el rancho donde estaba.

Tu tío no se encontraba allí en aquellos momentos, pero la Providencia la había enviado un pequeño, pero poderoso auxilio, que la salvó de caer en poder de aquellos forajidos.

Un oficial del Ejército Libertador con dos soldados, que desempeñaba una comisión de servicio, por una casualidad llegaron allí a tomar descanso unos momentos, al mismo tiempo que la gente enemiga desembocaba por la senda que conducía a la choza.

El valiente oficial y los dos soldados, al sentir ruido, se prepararon y dieron el ¡quién vive! El Jefe de la guerrilla contestó ¡Cuba! Era un engaño. ¡Alto! gritó el cubano, haciendo fuego en seguida, porque conoció que era el enemigo disfrazado: —no era muy fácil engañar el ojo avizor de aquellos hombres que combatían a todas horas del día y de la noche. Entonces se trabó allí un rudo combate de tres contra veinte. Mientras tanto que aquellos tres valientes le disputaban el paso al enemigo, tu madre, contigo en sus brazos, y ligera como una gacela, huyó hacia el lado opuesto, descalza y cubriendo con su cuerpo el tuyo, para que el plomo enemigo que silbaba a su alrededor cortase primero su vida que tu existencia.

Nada es comparable con el amor de una madre.

Ella no debió correr, sino volar.

Pocos instantes después, en el fondo de una quebrada del terreno, cayó exánime y extenuada. Ella me cuenta



que no sabe cuánto tiempo le duraría una parálisis que se apoderó de todo su ser; que tal vez más preocupada por ti que por ella misma, pudo dominar, y no perdió del todo el uso de los sentidos, pero que le parecía encontrarse en un mundo de tinieblas, y un sordo rumor atormentaba sus oídos.

Cuando recobró de nuevo todas sus facultades, ya no oía nada: el fuego había cesado, y vió que te tenía oprimida fuertemente contra su pecho, y tú, pobre avecilla del desierto, estabas dormida. ¡Santa inocencia! Tan tranquila que dormías y sobre tu cabeza de ángel estaba levantada la sangrienta e insaciable segur enemiga, para cortar tu vida en flor.

Vió tu madre sus vestidos desgarrados por las breñas del matorral, y entoces pensó que no era posible que con sus delicados pies descalzos hubiese hecho huella alguna sobre las hojas secas del monte, pero temió que los jirones de su vestido, que habían quedado en su huída, dejaran marcado el rumbo de su carrera, y el enemigo muy bien pudiera seguirla. Entonces más llena de pavor y espanto, trató de alejarse de aquel lugar, procurando no dejar rastro ni señal alguna.

Sin duda eras tú el ángel que salvándola a ella te salvabas tú también, como lo verás por la narración que seguiré después, pues la interrumpo, dejándote a ti en los brazos de tu madre, errante en la desierta montaña, sin encontrar ni siquiera una fuente donde apagar la sed que la devoraba, para referirte lo que aconteció en el rancho, o mejor dicho, en tu agreste cuna, con aquellos tres defensores de tu patria, de la vida de tu madre, y de la tuya misma, apenas despertada del no ser.

Tu tío que llegó poco después al lugar del siniestro, me ha referido el caso.

El estaba a alguna distancia de allí porque había ido en solicitud de un poco de miel de abejas, único alimento y poco abundante que se podía conseguir, porque el enemigo, de intento nos había destruído todos nuestros recursos.



No era tanta la distancia a que se encontraba tu tío, que le impidiese oír el nutrido fuego de la refriega, y al momento, conocedor del terreno, comprendió que era hacia donde había dejado a tu desamparada madre; pero lo que no se explicaba era lo nutrido y prolongado del tiro-teo, puesto que, si bien al enemigo le era dado dirigirse donde quisiera, no así a los cubanos armados que teníamos gran cuidado de no frecuentar las zonas que ocupaban las indefensas familias y nuestros heridos, para no llamar allí la atención del enemigo —y si lo hacíamos era con sumas precauciones. Sin embargo, no vaciló, y emprendió ligero su carrera al punto de combate.

Pocos momentos después cesó el fuego y ya no oyó nada más; siguió con las precauciones del caso y al acercarse a la choza sintió rumor, se acercó más y entonces conoció que era el enemigo. Escondido por entre los árboles de la espesura les hizo fuego, y aquel se lo contestó en retirada a paso ligero; sin duda creyó que eran exploradores de alguna fuerza mayor.

Sucedió el silencio al ruido de los disparos y gritaría y entonces pudo reconocer el campo.

Vió el cadáver mutilado del oficial cubano, con la cabeza separada de su tronco, que no encontró y más allá un soldado muerto y a medio enterrar, perteneciente a la guerrilla enemiga, hechos tiras todos tus pobres pañales y la poca ropa que tu madre poseía; habían tratado de prenderle fuego a la choza, pero siendo ésta de hojas verdes de palmeras no llegó a arder.

Le dió, como pudo, sepultura al cadáver del oficial, tu defensor, y después pensó que tu madre no debió caer en poder del enemigo por haber, quizás, tenido tiempo de emprender la fuga mientras aquel hombre solo, se batía.

Lleno de esperanza con esta suposición, principió a explorar el terreno en todas direcciones, hasta que descubrió algunos jirones del vestido de tu madre que le indicaron la dirección de su huida, mas en seguida se desconsoló, pues sobre sus mismos pasos y siguiendo las mismas señales, se trazaba el paso de la guerrilla española, que había entrado y vuelto a salir y parecía indicar que le



habían dado alcance y motivos para creer que era inútil toda tentativa de encontrarla.

Dios debió haber tocado el corazón de tu tío, que no obstante le instó a seguir adelante, hasta donde llegó el enemigo en su marcha de retroceso y allí nada vió que reanimase sus esperanzas ya perdidas.

Sin embargo lleno de pavor y miedo, loco, maquinalmente, trató de hacer una pesquisa circular en aquel punto, y entonces se encontró algunos pasos, uno de tus botoncitos que al emprender tu madre la segunda carrera, se te había salido y ella no lo notó. Este fué un rayo de luz para tu desolado protector, pues creyó desde luego que ella y tú se habían salvado, puesto que cerca de aquel precioso objeto no había pisada humana.

Ya entonces, más animado y con esperanza, siguió un poco más y vió en la arena de la quebrada, la huella del pie desnudo de tu madre.

Con este segundo indicio desaparecieron todas sus dudas y creyó firmemente que estaba salvada del enemigo y que vagaba por la montaña y entonces un horrible y nuevo temor le asaltó; si no la encontraba pronto y pasaba ese día y otro día y otros, ¿qué sería de ella y de ti? El punto que yo había escogido para dejarlas, estaba desierto, y entonces se encontró algunos pasos, uno de tus botines de esperanza de encontrar ningún ser viviente que la protegiera y sí más bien al enemigo que todo lo invadía.

Tu tío me dice que este pensamiento no lo anonadó. Siguió siempre, y no encontrando más que vestigios, continuó buscando a la ventura dando voces de cuando en cuando.

La noche se aproximaba y nadie contestaba a su llamada y ni encontraba huella ni señal alguna, cuando un silbido a corta distancia llamó su atención y miró; eran dos hombres armados tendidos debajo de un árbol y nada menos que los dos soldados que se habían batido al lado de su Capitán hasta consumir el último cartucho, y muerto aquél, no pudieron recoger su cadáver, porque apagados sus fuegos, el enemigo se les echó encima.



Entonces, ellos le aseguraron más, de que tu madre, llevándote a ti en los brazos, había tenido tiempo suficiente de emprender la fuga.

El oficial muerto se llamaba Lorenzo Carmel; hija, hija mía, este nombre en tu memoria y tu corazón, y pide a Dios que su espíritu se haya remontado a la región de la verdad y de lo imperecedero.

Los dos sodados se llamaban Julio Díaz y Francisco Cruz; ignoro su paradero o si son muertos.

Dos días con sus noches anduvo errante tu afligidísima madre perdida y sola por la desierta montaña, sin ningún alimento y sin encontrar por desgracia, ni siquiera una fuente o arroyo en que apagar la sed que le consumía.

Ya tú llorabas de hambre porque sus pechos se secaban y de noche no tenía con que cubrirte, y también llorabas de frío.

Al segundo día de tanta agonía y de tanta congoja que a no ser ella dotada de un espíritu fuerte debió haber sucumbido y cuando ya casi exánime, porque me dice ella que principió a perder toda esperanza, oyó a lo lejos una voz (¿cuál sería la impresión que sintió?), que aunque contestada por la suya débil y de mujer, no era posible que la oyesen.

La voz continuó y se aproximaba hacia ella, que la contestaba con esfuerzo. A poco tiempo, por entre la espesura del monte, se destacó la figura de un hombre.

Era tu tío.

Ni ella, ni él, ni nadie, podrán explicar las emociones que ambos sentirían. Quizás tú puedes darte una idea como la doy yo: hay cosas que no se pueden expresar, porque en mi concepto, el lenguaje humano está muy atrasado y aún no ha podido encontrar el nombre con que designarlas y explicarlas. Las siente el corazón, las percibe el alma, los ojos las ven, los oídos las oyen; pero la lengua se queda muda. Cuanto más puede articular algunas veces es un ¡ay! pero nada más. Los ojos lloran, desahogo del alma que ha sufrido, y después queda el silencio, pero más elocuente que todas las frases humanas juntas.



Tu tío, como pudo, la llevó donde había otras familias, no sin gran trabajo.

Yo estaba a setenta leguas, y cuando recibí noticias del suceso, ya tu madre y tú estaban en más seguridad, pues un General amigo mío y padrino tuyo, Calixto García la había amparado.

A pocos días la mandé conducir donde yo estaba, y entonces te besé y oí conmovido, de ella y de tu tío la relación que acabo de hacerte.

Seguía y seguía la guerra cada día más encarnizada, y ni un solo patriota llegó a dudar del triunfo definitivo de la revolución que la duración de aquella sangrienta contienda parecía asegurar.

No debo sobrecoger tu tierno y cándido corazón, con el relato de las terribles escenas que tuvieron lugar en aquellos campos de Cuba, donde viste la luz por vez primera; tampoco es ese mi propósito.

Yo ayudaba con tanto ardor y tal decisión a la conquista de la independencia de tu patria que ni un día, ni una vez me sentí siquiera fatigado, mi espíritu, ensanchado siempre por su grandioso y bello ideal vivía mecido en mis sueños de porvenir y de gloria. No me preocupaba más que la ambición de, ayudando a hacer una patria libre, conquistar un nombre glorioso que legar a mis hijos.

Pero tanta sangre vertida y tantos sacrificios consumados, fueron inútiles: la muerte de tantos valientes que ví caer a mi lado, fué estéril y el sacrificio de tantos mártires que ví sucumbir nada valió para hacer que aquel pueblo, más servil que ignorante, desgraciado, se levantara en masa.

Eramos un puñado porque nos dejaron solos: los que no se quedaron a los pies de su señor huyeron al extranjero y una revolución tan hermosa que llamó la atención del mundo entero, por lo grande y sublime de sus principios y por su larga duración en la lucha, vivió agonizando, al fin murió, y se enterró su cadáver en el tratado del Zanjón.

Este fatal suceso llenó mi corazón de pesar y dejó mi alma tristemente abatida.



En tal situación determiné abandonar aquella tierra donde tantas esperanzas había concebido, donde había gastado mis mejores años, consumido mis fuerzas, y donde, en fin, nada me quedaba que hacer.

El país más cercano era la colonia inglesa de Jamaica, y allí dirigí mi rumbo, acompañado de tu sufrida madre, de tus hermanitos y de ti.

La única riqueza con que contaba eran ustedes: mi salud se encontraba notablemente afectada y no teníamos un pan que comer. Mi situación era tristemente difícil; los españoles lo conocieron y me ofrecieron su oro, pero yo prefería la muerte de ustedes mismas y rechacé su oro antes de cometer una indignidad.

Nos encontrábamos sin patria, sin hogar, ni amigos, ni pan, y sin siquiera podernos entender con los hijos del país, por no conocer su idioma.

Era poco menos que si hubiéramos naufragado en un país desierto.

Pero oye aún más, y verás cuánto se pasa sobre la tierra cuando al destino le ocurre divertirse con nuestras desgracias. Entonces sólo hay un recurso y se encuentra un consuelo: una conciencia tranquila, y un corazón limpio.

Esto me valió a mí, para no sentir mi ánimo abatido en aquellos aciagos días que recuerdo con tristeza.

Había en la isla de Jamaica más de mil cubanos de todos sexos y edades, y en su mayoría aptos para tomar las armas; pero que no habían querido ir a la lucha.

Al llegar al seno de aquella emigración la noticia de la paz en Cuba, se sublevó en contra de los que hacía 10 años que estábamos en los campos de aquella tierra, luchando por hacerles patria.

Creyéndome a mí de tanta significación y poder por haber detenido los acontecimientos que precipitaron aquel suceso, fui desde luego el blanco de su encono, hasta el extremo de calumniarme que yo había recibido el oro español. Yo, que en aquellos momentos lloraba porque ustedes me pedían pan y yo no tenía pan que darles.



Pensaba yo que al llegar entre aquella emigración llegaría cerca de mis hermanos y juntos lloraríamos la pérdida de Cuba desgraciada y tendría derecho a alguna consideración. Pero no fué así: el desprecio y la calumnia me recibieron en la colonia inglesa.

Me fué preciso escribir un folleto, relatando los hechos y cuál fué mi conducta en aquel desgraciado asunto, y la opinión entonces se volvió favorable.

¡Pero cuánto sufrí y devoré en silencio, mientras tanto!

Me fuí al campo: un inglés, un judío, me arrendó un pedazo de tierra; me puse a ararla.

Una pobre choza de paja, era nuestra habitación.

Cómo logré alimentarlos a ustedes el tiempo que duró aquella situación yo mismo no me lo explico.

La Providencia nunca abandona a los hombres honrados.

Un día se me apareció un hombre a la puerta de mi choza y me dijo: Yo soy amigo tuyo, te conozco, y allá lejos hay otro hombre que también será tu amigo porque lo es mío: le he hablado de ti y te ofrece su generoso amparo.

El hombre que así se explicaba era José Joaquín Palma; el otro Don Marcos Aurelio Soto.

En la situación que yo me encontraba, te confieso que no había pensado en nada. Abrumado por los desengaños y la miseria, me pareció que debía acabar mis días en la oscuridad, alejado de todo el mundo, y solamente algunas veces, al verlos a ustedes, me aterraba la idea del porvenir que les aguardaba, con semejante resolución mía.

Palma me animó con su sincero ofrecimiento, y luego pensé que el hombre honrado no debe avergonzarse de admitir los favores de otro hombre honrado también, cuando la fortuna le sea tan adversa que a ello le obligue: determiné, pues, pasar a Honduras.

Inútil es decirte que el mismo Palma llevaba los recursos para nuestro viaje.



El Dr. Don Marcos A. Soto, Presidente de esta República me recogió, por decirlo así, como un triste despojo de aquel pequeño ejército que combatió por la libertad de un pueblo, y me dió colocación en el de su patria; me ha colmado de consideraciones, y debido a tan franca y generosa protección, nuestra situación cambió, y abandonando la colonia, hemos venido a vivir en la República, en un pueblo de hermanos.

Nuestro agradecimiento debe ser profundo y eterna nuestra gratitud.

Yo debo morir dejándolos a ustedes, porque así está indicado por el orden natural de las cosas, y desde ahora para entonces, os dejo recomendada deuda tan sagrada.

Ellos también, como yo, tienen hijos que aman, y a esos toca la herencia de sus padres. Procura, hija mía, en todo el curso de tu vida, buscar siempre la ocasión de corresponder, de un modo digno para ti y para ellos, con afectuosa gratitud a los beneficios recibidos.

Dirige tus hermanos al mismo fin y yo les bendeciré desde la mansión donde me encuentre, cuando los deje aquí para reunirnos después.

Tu amante padre:

Máximo Gómez

Tegucigalpa, Honduras, 1881.



ENTRE SANTO DOMINGO Y CUBA (53)

A las 4 de la tarde hemos dado vista a las dos Antillas; Santo Domingo y Cuba, los dos pedazos de tierra de mis ensueños. En la primera dejé mi cuna y quién sabe si en la segunda tendré mi sepultura. En la primera recibí el primer beso del amor más puro. En la segunda, recibí el último. Allí enterré a mi madre.

¡Oh Patria mía! 20 años hace que te dejé y no había podido mirarte ni una sola vez, errante y proscripto no he pasado hasta ahora junto a ti. No me culpes de ingrato, aún no era bastante hombre cuando mi destino me empujó hacia otras playas, y por eso quizás no supe resistir a esta tentación. Después has vivido siempre en mi corazón, con todos tus recuerdos. Estos jamás se borran no, no me creas ingrato Patria mía; por eso no quiero tierra adorada, pisar otra vez tus playas, no quiero que nuevamente las puras brisas de tus campos refresquen el calor de mi frente, no; caiga sobre mí la luz purísima de tu cielo sin nubes, mientras no lleve un nombre digno de ti. Entonces iré amada Patria mía, y orgullosa podrás perdonarme; yo humilde seré feliz.

Y tú, oh Cuba infeliz —tierra donde tanto he sufrido y he llorado— tú que guardas los restos sagrados de la mujer que más me amó y amé —mi destino se encuentra ligado a tu destino por un lazo de honor y de amor. Yo

(53) Página escrita el 11 de abril de 1885, a la vista de Santo Domingo y Cuba, yendo de Boston hacia Jamaica. Diez años más tarde, el 11 de abril de 1895, desembarcaba con Martí, en Cuba, procedente de Monte Cristi. (Del Diario de campaña..., pág. 191).



lidiaré por tu redención hasta triunfar o morir, para que mis restos queden también en la misma tierra que guarda los de mi madre, y sobre el polvo que nos cubra sea plantada la enseña de los libres; del amor y la libertad, tal cual es donde tú, oh madre, nunca olvidaré, me diste el primer beso ⁽⁵⁴⁾.



(54) Esa determinación de M. Gómez de luchar por Cuba fué en él permanente, desde antes de la llegada de Martí, en 1892, a sus cultivos de Laguna Salada. Con razón decía José Miró que al iniciarse la guerra del 95 el viejo lidiador “tenía las espuelas calzadas y el machete ceñido, dispuesto a embarcarse en cualquier esquife”.

LA VUELTA A MI PATRIA

Era el año 1865, venturoso para la patria y desgraciado para mí.

Aún eran bien negros mis cabellos, todas mis fuerzas estaban vivas; y hace más de veinte años que ví un día por última vez, esconderse el sol de mi patria detrás de las montañas occidentales de mi predilecto pueblo natal, y más tarde este sol me calentó en extranjera playa, donde me arrojara la mano airada del destino.

Desde aquel aciago día, llena mi alma de amarguísima tristeza, me encontré, digámoslo así, en medio del mundo sin rumbo ni pensamiento fijo, porque acosado constantemente por tantísimos recuerdos... recuerdos que abarcan el período más dulce en la vida del hombre, como son la infancia y la adolescencia, el recuerdo de mis primeros pasos, de mis primeras impresiones de niño. De todo me había despedido, a pesar mío, pero me parecía que una parte de mi espíritu, de mi ser, se había quedado fluctuando en la atmósfera de mi patria; porque ay! cuán difícil es olvidar a Santo Domingo... y sobre todo, cuán difícilísimo no acordarse del pueblo de Baní. Sí, de ese Baní donde se meció mi cuna.

En medio de mis dolores, sólo y triste entre los hombres, pobre y enfermo de mortal nostalgia, lejos de la patria y en noches terribles de molesto insomnio, cuántas veces con arranques de verdadera resignación, bendije las horas aquellas de amargura, porque sólo en ellas y estando ausente de la patria se sabe cuánto se ama.



No saben, no, los que en ella siempre han vivido, los que en ella y siempre por ella se han afanado, los que siempre —en fin,— han tenido la dicha de disfrutar de su cariño, lo que es perder todo eso, lo que todo eso se ama.

Eso sólo puede saberse y sentirse, sobrellevando la azarosa e infeliz vida del desterrado oprimido siempre bajo la pisada gigante de la miseria y del abandono.

Se ha dicho —y con razón sentida— que “jamás puede el hombre olvidar la vereda por donde anduvo en su primera edad”.

Cuántas y cuántas cosas que por su insignificancia no lè hallamos el valor de llamar la atención aquí, son allá —en extranjeras playas— cuando los recuerdos en tropel invaden la atristada mente, objeto de melancólicas reminiscencias, mundo de reflexión y de ideas gratisimas al alma!

Todo encierra para nosotros entonces un fondo de sublimidad exquisita, que constituye, si así pudiera decirse, como la esencia de nuestra historia pasada; grandísimas escenas en cortos momentos que un día no supimos ni siquiera apreciar y admirar. Es entonces cuando se puede ver desde lejos y a través del tiempo y de la distancia, como se han pasado, como se han vivido esos períodos de la vida de la familia y de la patria, tan llenos de encantos y rodeados de tantas esperanzas risueñas de que no hemos podido darnos cuenta y que han pasado como sombras fugitivas.

Es como si el destino con voz de trueno nos diera un ¡alto!, y se detuviera la vida un instante para abrirse un paréntesis donde escribir la desgracia con la pluma mojada en lágrimas la palabra fatídica *Destierro!*; y nos obligara a extender la mirada hacia atrás para contemplar cuanto hemos dejado en pos.

En esos momento que son eternos, es cuando el hombre se confiesa primero con sí mismo y después con Dios: porque se sabe entonces, se advierte todo lo malo que hemos hecho y todo lo bueno que hemos dejado de hacer. Sólo desde el ostracismo, ¡fatalidad humana! es de donde se pueden divisar mejor todos los paisajes que rodearon



nuestra cuna; desde allí se vé todo, toda reminiscencia misteriosa se siente palpar a nuestro lado con las formas precisas de la realidad; hasta el recuerdo de la mariposa con su tembloroso vuelo que cuando niño perseguimos en las flores de nuestros campos, y el nido del pájaro que alcanzamos en el árbol vecino.

Yo me he preguntado muchas veces: ¿Qué hice de todo eso? ¿Cómo he podido perder yo todas esas cosas que eran mías? ¿Por qué cruel el destino me arrancó con furiosa impiedad debajo de la sombra del árbol que mi padre plantó? ¿Por qué, que he hecho yo, qué delito he cometido para merecer semejante castigo?

Acaso obra el hombre por su propia cuenta, por su propia determinación, es o no libre o una Providencia oculta dirige todas las cosas humanas, y todo obedece a una ley fatal? ¡Oh aquí se estrellan todas las teorías, de la más sabia filosofía, y no nos queda otro recurso, por más libre que tengamos la loca pretensión de serlo, que doblar la cabeza ante el mandato de las vicisitudes humanas, avasalladoras de grandes hombres y destructoras de asombrosos imperios y naciones.

Así pensando, y así viviendo he pasado y paso mi vida de desterrado.

Más de veinte años se cumplen.

Al ponerse el sol detrás de las montañas del histórico Monte Cristy piso tu playa ¡oh patria mía! cual un extranjero desconocido: voy a beber las aguas de tus ríos, vengo a aspirar el ambiente de tus flores, y tus brisas refrescarán mi frente ya envejecida por el pesar y el tiempo; yo te saludo, tierra de mis padres, con la efusión tiernísima de mi alma, y tú, perdona a uno de tus hijos fugitivo y errante.

Vengo a visitarte cual un proscrito, vengo a besarte, porque mi corazón es tuyo y tuyos son mis pensamientos; pero me vuelvo, porque mi misión aún no está cumplida, no soy bien digno de ti; cuando acabada la gran obra de América, a la cual me he consagrado, y regrese de una vez para siempre y plante mi tienda sobre tu suelo querido, sea entonces para pagarte, cual hijo agradecido, la



vida y el nombre que te debo; si nó moriré en tierra extraña. Si así sucede, entonces olvídame, porque no tendré derecho ni a un recuerdo tuyo, ni siquiera a una flor sobre mi oscura e ignorada tumba.

Máximo Gómez

Puerto Plata, Octubre de 1885.

(*El Porvenir*, Puerto Plata, No. 632, oct. 1885; y *El Teléfono*, Sto. Dgo., No. 146, 7 nov. 1885).



LA MANIFESTACION DE MAXIMO GOMEZ

Santo Domingo, 2 de enero de 1886 (55)

Derechos, deberes y responsabilidades anexos al puesto que se me ha confiado en la empresa de organizar la nueva guerra de Independencia en Cuba, me forzaron inesperadamente a pisar el amado suelo de la patria.

En ella gozaba un momento de la felicidad que sólo conocen los proscritos, cuando fuí reducido a prisión violenta.

Desde ella me pregunto ¿cómo o por qué puede haber delinquido contra las leyes de su patria quien las ha respetado escrupulosamente? y hasta ahora no he podido darme otra explicación que la acaso contenida en las dos cartas que dirigí a tres personas respetables y que copio con el exclusivo objeto de suministrar un dato a los que quieran explicarse el hecho que nadie me ha explicado todavía.

(55) De la obra de M. Gómez, *Revoluciones... Cuba y Hogar*. La Habana, 1927. Acerca de este lamentable incidente véase más adelante, en *Apuntes diversos*, el capítulo *Hostos y Máximo Gómez*. En la prensa dominicana de entonces se publicaron diversos artículos en defensa del Soldado. La Manifestación también se publicó en folleto, 15 páginas, con este pie de imprenta: H. Clark Duncker, Printing Works, No. 117, Water Lane, 1886, El ejemplar que poseemos dice, al final, de puño y letra del General Gómez: "Para distribuir gratis entre mis paisanos y mis amigos".



(Aquí las cartas):

En la cárcel, 3 de enero de 1886.

Telésforo Martínez, sobrino mío, es mi compañero de prisión (56).

Yo no pregunto por qué se me ha puesto a mí en la cárcel, eso se sabrá; pero que lo esté Telésforo es una iniquidad, pues su único delito es haber venido a abrazarme, desde el Maniel, después de más de veinte años de separación.

No puede ser un delito sentir amor por los suyos; el amor de la familia. Tal parece que se ha querido agregar al pesar que me causa la pérdida de mi libertad, el de tener al lado mío, preso, a un hombre tan bueno, tan inocente, a un padre de familia, en fin honrado y virtuoso.

Suplico a todos mis amigos, al Padre Meriño en particular, que consiga la libertad para mi sobrino Telésforo, y para mí que se agregue al ajamiento de mi persona todo lo más que se quiera.

Yo no sabía ni jamás pude imaginármelo, que al visitar a mi patria con el corazón henchido de alegría, y después de más de veinte años de ausencia, fuera la cárcel el asilo que mis hermanos me brindaran.

M. Gómez

(56) Noticias del leal Telésforo Martínez en nuestra obra *Martí en Santo Domingo*, La Habana, 1953. Don Urbano Gómez Toro, hijo del Libertador, nos refirió detalles de la agonía de Telésforo, en la que estuvo presente. Fué tardía la llegada del Dr. Raúl Fonts Sterling —padre del eminente médico dominico-cubano Ernesto Fonts Abreu— llamado con toda urgencia por el General Gómez. El médico y patriota cubano residía entonces en Santiago de los Caballeros. En nuestra obra, antes citada, hay una fotografía de la cruz, planta por Máximo Gómez sobre la tumba de Telésforo, citada por Martí en sus *Apuntes de un viaje*.



Santo Domingo, enero 4 de 1886

Ilmo. y Rvmo. Monseñor Fernando A. de Meriño,
Arzobispo de Santo Domingo.

Mi respetable amigo:

Sin saber de una manera positiva y clara la causa que motiva mi prisión desde antes de ayer a las seis de la mañana, por disposición del Gobierno de la República, no podía de dejar de dirigirme a hombre como usted para que sea uno de los que figuren en el tribunal del público parecer con su valiosísima opinión, que es el que debe juzgar tan inesperado acontecimiento que pudiera perjudicar en tal caso mi reputación de hombre público perteneciente, hoy por hoy, a la noble causa del pueblo cubano.

Yo respeto y acato las disposiciones del Gobierno del país donde me encuentre como hombre pacífico y de orden; pero es el caso que antes de ayer, en las primeras horas de la mañana, sin que mediara antes ninguna explicación, y de la manera más violenta, se me ha conducido desde mi habitación al lugar donde me encuentro. Dos horas después, el Sr. Ministro del Interior, acompañado del General Casimiro Moya, han venido de parte del Gobierno a manifestarme que tal medida se había tomado para mi seguridad personal; pues el Gobierno había descubierto una trama para asesinar me y aunque no dejó de extrañarme la manera inconsiderada de tratarme, la suponía más bien exceso de celo del que cumplía la orden de ponerme preso, que culpa del Gobierno que la daba y hasta me sentía agradecido, esperando que en seguida se apresaran o persiguieran los gratuitos enemigos de mi vida.

Hoy es muy distinta y diferente la causa de mi prisión, según me acaba de decir el General Casimiro Moya, sin que el Gobierno me haya interrogado para nada (57).

Se me supone interesado en la política interior del país en apoyo de maquinaciones en contra del Gobierno

(57) El General Moya no era miembro del Gobierno; mas bien creo que como intermediario se interesaba por mi libertad. (Nota de M. G.)



constituído, y no acierto a explicarme cómo el Gobierno haya podido dar oído y crédito a intrigas de ese género en contra de mi humilde personalidad que, de seguro, deben ser de origen español; pues todo el mundo sabe, y lo saben bien los dominicanos, que yo ando persiguiendo un ideal más bello, en pos de cosa más verdadera y positiva cual es la Independencia de Cuba y yo no cambiaría por nadie, ni por nada de este mundo la posición social y política que diez años de titánica lucha en los campos de la infeliz Cuba me han dado ante aquel pueblo agradecido, que me espera para que viva en su seno. Además, ningún provecho alcanzo yo a ver, como no lo verá ningún hombre de juicio y pensador, para la causa que defiende en una convulsión política en la República Dominicana, a menos que España (y eso es un absurdo) se viera envuelta en ella y, aún así, yo sería un infame, y eso no puedo serlo yo, si a costa de la paz de mi patria rebuscara medios para hacer la guerra a España en Cuba.

Mi corazón no siente odio hacia nadie ni por nada y sólo cuando los hombres están inspirados por ese innoble y fatal sentimiento, es que no se detienen en los medios de llevar a cabo sus empresas.

Sabe bien el Gobierno, lo sabe usted, y lo saben también otros hombres serios y honrados, que yo he venido aquí a reclamar diez mil pesos que me adeuda el Gobierno, cuya suma apronté con mucho gusto el año pasado en New York, al Cónsul dominicano, para compra de armamentos, que él mismo condujo a los arsenales de esta plaza, al llegarnos allí la noticia de que sería fácil rompiese la guerra con la República de Haití, cuya deuda se me pagaría oportunamente.

El asunto aún no se ha podido arreglar por escasez de numerario, mas por ventura, ¿puede caber en mí la estúpida idea de que una revolución intestina puede facilitarnos medios mejores a mí o al Gobierno para pagar deuda tan sagrada? o idea más estúpida aún.

¿Me prometería yo reembolsar mi dinero con el triunfo dudoso de una revolución que, en tal caso, indudablemente traería al país un Gobierno más pobre, mucho más



que el actual (por consecuencia de ella misma) que no ha podido pagarme?

Nadie es capaz de considerarme pensador de esa manera, y con menos razón cuando hay alguien que sabe que sólo esperaba el regreso del General Ulises Heureaux de Pto. Plata para, de acuerdo con él, ver la manera de tener una conferencia privada con el Presidente para arreglar el negocio, valiéndonos en todo caso de la iniciativa individual de amigos nuestros, puesto que yo me encuentro ya violento porque los asuntos de Cuba, confiados a mi dirección y cuidado, reclaman mi presencia en otros países.

Suplico a usted, Padre y buen amigo, que me proporcione una entrevista con el Gobierno o con algún delegado de él; pues yo no quiero mi libertad sin que se aclare bien mi conducta, ni mucho menos que, al ausentarme otra vez de mi patria, quizás para no volver, quede ni un solo dominicano disgustado conmigo.

No sé; pero como los hombres cometemos tantos errores es posible que yo haya cometido alguno; si así es, me encuentro dispuesto a subsanarlo como hombre de conciencia y de orden.

Como siempre su affmo y leal amigo,

M. Gómez

*

Santo Domingo, enero 5 de 1886

Sr. General D. Máximo Gómez.

Mi querido amigo:

He recibido y leído tu carta de ayer que me entregó el joven Abelardo Dujarric, estando presentes el Dr. Carlos Arbelo y Don Maximiliano Grullón a quienes hice partícipes de su importante contenido, por estar seguro del interés que se toman en el lamentable suceso de tu prisión. Ya estabas impuesto por dicho joven, según me dijo él, del resultado de mi diligencia en favor de tu sobrino



Telesforo cuya libertad me fué acordada por el Presidente, y también lo estaba al respecto de lo que obtuve en obsequio tuyo. Y faltaría yo a la lealtad de mis sentimientos si no te dijese que muy poco tuve que abogar por la justicia de tu causa. Creo que no hice más que acabar de inclinar el ánimo del Presidente a resolver lo que ya se encontraba a poner en ejecución.

Como tú posees un alma elevada, y en la experiencia de la vida has aprendido mucho, omitiré reflexiones que me inspiran algunos conceptos de tu carta y el deseo de tranquilizarte por lo que este acontecimiento puede hacer-te sufrir.

Los grandes dolores son la cosecha natural de los corazones abnegados que se dan, porque la humanidad no tarda nunca en revelarles sus miserias. Mas, tampoco olvides, porque respecto a este gran desencanto que has experimentado hoy aquí, y de los tuyos, aquello de que "nadie es profeta en su patria".

En cuanto al historial que me haces de tu prisión, lo tengo sabido. Y no te preocupes que la conciencia pública ni ignoraba los móviles especiales que te han obligado a venir a Santo Domingo ni ha dudado de la rectitud de tu conducta. ¿Ni quién sería tampoco tan insensato para sospechar siquiera que tú, persiguiendo el ideal que te ha seducido tan fuertemente y por el cual has despreciado riquezas y honores, fuese a descender de la altura a donde te has remontado, trocando tu nobilísimo papel de libertador de un pueblo que ha puesto en ti sus confianzas, por el mezquino y vulgar de un conspirador aventurero en tu país? Nada hijo mío, has sido víctima de las pasiones: ellas no obstante han contribuido a realzarte y vendrá un día en que volviendo en su acuerdo los que hoy han concurrido a tu persecución sean tus admiradores.

Sobre lo de la entrevista había pensado que era útil bajo el punto de vista de justificación; pero me he fijado en tu noble propósito de no querer ausentarte dejando a ningún compatriota disgustado contigo, y yo que quisiera para ti el afecto de todos, voy a interesarme por ver de complacerte.



Concluyo. Tu prisión me ofrece motivo para felicitarte: vas por el camino de la gloria que deseas alcanzar.
Te abraza y soy tu afmo.

P. Meriño

*

Santo Domingo, enero 8 de 1886

Sr. General Ulises Heureaux (58)
Pto. Plata.

Mi estimado General:

Violentamente se me ha puesto en la cárcel y en ella permanecería, a menos que de la misma manera se intentara sacarme, esperando que usted y el General Luperón se trasladen a esta capital.

Habemos hombres que, cuando se les pone presos, no pueden admitir su libertad como un hombre vulgar, y esta idea me habría impuesto el deber de preferir quedarme en la prisión mientras no saliera como es debido en mi caso y circunstancias. Mas como el permanecer en esta misma cárcel en comunidad de otros presos que no conozco, me impediría ocuparme de los asuntos de Cuba con mis subalternos con la profunda reserva que ellos requieren, y abandonarlos por esta causa sería inferir una grave herida a la revolución; bajo tales conceptos y dispuesto como estoy a sacrificarlo todo por la Independencia de Cuba, he suplicado, por medio de mis amigos, al señor Presidente, para que me conceda cambiar el lugar de mi prisión actual por el de una casa particular de persona respetable y de la confianza del Gobierno, donde, aunque preso, pueda yo mientras tanto, despachar los asuntos a mi cargo.

Después de repetidas instancias y todas ellas desechadas, al fin se me ha concedido pasar a la casa de la Sra.

(58) Otra de igual tenor fué dirigida al General Luperón. (Nota de M. G.)



Josefa Castillo de Vidal donde permaneceré hasta tanto se resuelva todo lo pendiente en mis dichos asuntos.

Como siempre su leal amigo,

M. Gómez

Después de todo ese aparato de energía aconsejado sin duda por el temor, la duda o la mala intención, el Gobierno al fin me restituye a ficticia libertad el 12, puesto que el 15 se pone en mis manos un pasaporte que, traducido literalmente, en sustancia dice así: "Lárguese Ud. del país en el vapor americano que se encuentra en el puerto". ¡Triste libertad acompañada de un pasaporte!

Supliqué entonces al C. Presidente me permitiera pasar algunos días en Pto. Plata, donde tocaba el vapor que debía conducirme, para arreglar algunos asuntos de familia, y la contestación a mi súplica fué enviarme un pliego cerrado dirigido al General Luperón en el cual se autorizaba a dicho General para que me dejase desembarcar. Así lo hice.

No se extrañe no ver aquí las contestaciones a las cartas dirigidas a los Generales Luperón y Heureaux, con ambos he hablado detenidamente y entiendo que se interesaron por mi libertad.

Y respecto a mi dinero, ese asunto, por fortuna mía, quedó "pendiente de pago" y ya se sabe la elasticidad de esta frase cuando con Gobiernos se entra en tratos en negocios de dinero. Aquí cabe muy bien lo de aquel adagio vulgar "vine por lana y salí trasquilado".

El señor Gobernador civil y militar de Santo Domingo perdió una bellísima ocasión de con un rasgo de exquisita delicadeza y dignidad, colocar su nombre en este asunto, a la altura del de pocos antillanos con sólo haber dicho las siguientes palabras: "Yo no firmo ese pasaporte del señor Máximo Gómez, y mucho menos en los términos que se me manda extender, si antes no se me envía un giro por la suma que yo sé que se le debe para incluirlo bajo la misma cubierta a ese señor".

Este atentado directo contra su pan hubiera sido de favorables trascendencias para la honra de la nación a



que todos pertenecemos y a él no le hubiera faltado pan, no porque le hubiese venido de los hombres, pues los hombres casi siempre volvemos mal por bien; pero sí de la Justicia Oculta que jamás deja de premiar las buenas acciones.

Así principia a escribirse la historia de los hombres, que ninguno por reducido que sea el círculo que ocupa en el vastísimo de la humanidad, allí deja de tener la suya, si como debe creerse, todos debemos pensar que venimos aquí no a vivir unos instantes ni de cualquiera manera, sino por una eternidad para la familia, para la sociedad y para la Patria a la que todo lo debemos.

Dejo a los hombres de mi país, pensadores en los asuntos así pequeños como grandes, que en ella se sucedan, en completa libertad de juzgar y formar juicio sobre lo que acaba de acontecer.

Dos poderosísimas razones, que respeto, me aconsejan no entrar en consideraciones de ningún género: la primera un sentimiento de delicadeza que me prohíbe tender en mi propia causa; eso corresponde a los demás hombres. La segunda, que sería confundirme sin sacar nada en claro de la tenebrosa política que impera en estos aciagos momentos en mi Patria, y que no cuadra a mi modo de ser ni halaga mis nobles propósitos.

No deben tampoco entristecerse los hombres de corazón, hijos de mi tierra, por todas estas cosas que en ella se suceden; no lamenten el desprecio y la injuria hechos a un soldado defensor de la buena causa de nuestros hermanos ni piensen por un momento que este incidente, desgraciado solamente para mí, por lo que me ha hecho sufrir, arroja una mancha sobre el pueblo dominicano: no, y mil veces no.

Importa muy poca cosa para un hombre, átomo viviente que en vez de mandar a poner un cubierto más para que se siente en el banqueté de la familia, como huésped, se le arroje a la cocina o a un calabozo como a un perro.

Ni la injuria ha lastimado el honor del soldado, ni los pueblos pueden ser nunca responsables del maléfico



resultadó de la política de tráfico o granjería implantada por su gobierno, como no alcanza tampoco a un gran pueblo, a una nación, la degradación que revele un hecho cometido por algunos de sus hijos.

Siempre se irá adelante, porque no obstante que del nefando maridaje del miedo y la ignorancia, nazca el absolutismo, alejándonos de la República, ese monstruo solo vive la vida del mosquito.

Nada puede ser estable que tenga por base la injusticia, y, cuando se sabe que de esa falta adolece el Poder, ningún derecho tendrá él al amor y al respeto público.

Así deben entenderlo los Gobiernos que quieran merecer ese nombre.

No hay un pueblo malo sobre la tierra, y por eso, como ha dicho un gran hombre cuyos restos cubrió ayer la tierra, “nunca faltarán ángeles que batan sus alas sobre las desdichas de los hombres y de los pueblos”.

Por lo que hace a mi conducta y comportamiento durante mi permanencia en el país, ella ha sido bien notoria: como hombre social he debido ser un transeunte completamente indiferente para la policía, como no fuera para llamar en su ayuda; no creo que he faltado en lo más mínimo a los delicados deberes que nos imponen el decoro y la decencia, y estoy seguro de no haber sembrado un agravio en corazón ajeno; porque he pasado en mi Patria las horas, que una dichosa casualidad me ofreció, en las fiestas de la familia y con los amigos y los viejos conocidos de la infancia, que de ella componen estos y aquellos la principal parte, que bien malo debe ser y desgraciado a la vez el que no cuente con ninguna o con pocos amigos.

Como hombre político mal pudiera yo, estimándome como me estimo, tratar de inmiscuirme en la política de Santo Domingo sin nada en perspectiva, por temor a mi insuficiencia como hombre de Estado, que halague mi ambición, ni nombre, ni gloria: ni siquiera dinero (suponiendo que ese fuera mi ideal) como no sea por medios no muy santos; pues por los buenos y honestos que son los únicos que pueden tener a mano, los hombres que se respetan, porque se sienten valer, hasta los presidentes que



han bajado del sillón con las manos limpias, como Meriño y Billini, han vuelto inmediatamente a sus negocios propios pidiendo prestado al amigo o hipotecando al usurero la casa para darles pan a los suyos. ¿Qué son doce mil pesos al año que gana un presidente? En cualquiera parte se consigue esa suma con el trabajo honrado, sin exponer tanto la tranquilidad de espíritu, sin perder tantas horas de sueño y sin recoger por cada una sonrisa miles de maldiciones; porque en el desconcierto político en que se encuentra el país y las dificultades de su hacienda, el Presidente de la República debe ser para que sea bueno el sánalotodo de las viejas.

Por otra parte pensando yo siquiera en semejantes propósitos faltaría a la vez a sagrados compromisos de honor y de orden más elevado. Tampoco como conspirador eterno contra el poder de España en América, pudiera yo con descanso o sin él, elegir a mi Patria como cuartel general de mis operaciones prevaliéndome imprudentemente para eso del poco nombre que allí pueda tener y de mis relaciones de familia, porque si en otros países he tenido grandísimo cuidado de respetar las leyes de neutralidad, con mayor razón en mi tierra, que tanto amo, natural era que fuese más escrupuloso para evitarle inquietudes y disgustos con una nación con la cual sostiene relaciones de leal amistad.

Quiero y respeto a mi país, no siento odio tampoco para España; sé también cuánto deben respetarse los hombres que gobiernan, y yo a mi vez conozco el punto hasta donde se puede llegar sin comprometer intereses de ningún género en demandas de simpatías, protección y amparo para la justa causa de la independencia de un pueblo. En nombre de ese grandioso ideal, de la justicia y de la razón, me he dirigido, me dirijo y me dirigiré siempre a los dominicanos, a los españoles, a los americanos en fin, para que nos ayuden a la realización de una obra que es en beneficio de todos.

Todo esto lo hago sin alarde, por respeto profundo a la causa que defiendo, y sin temor, porque el espíritu de justicia que ella posee me inspira la más inquebrantable



resolución de prestar mi incondicional ayuda a la futura patria de mis hijos. Ahora, dominicanos, decid a quien lo dude que vine lleno de amor y gratitud al suelo venerado en que nací, no para olvidar y empequeñecer la empresa de justicia y libertad a que he consagrado toda la fuerza de mi alma y toda la energía de la conciencia; sino para ejercer derechos, cumplir deberes y arrostrar responsabilidades que ella impone; decid que vine a tomar fuerzas, no a perderlas, y que la misma injusticia de que he sido víctima ha fortalecido en mi espíritu mi devoción a la Patria.

Me retiro, y acaso para siempre; pero me retiro sin encono ni tristeza. Sin encono, porque jamás ni a él, ni a la envidia, ni a la ira he dado abrigo. Sin tristeza, porque me necesito superior a lo pequeño, y no pueden entristecerme contrariedades que me fortalecen y me hacen más valiente.

Cuanto deseo, cuanto he tratado de conseguir, es que los dominicanos todos me devuelvan afecto por afecto, grata memoria por recuerdos gratos, fraternidad por fraternidad y que los hombres y los pueblos de América latina no juzguen mal de mi Patria por un pequeño error de que ni ella ni yo somos responsables.



LOS DOMINICANOS EN EL DESTIERRO

DATOS HISTORICOS (59)

Datos históricos, y no cuentos, es lo que necesitamos para que nos crean y se nos estime, porque cuando la verdad se escribe hasta el error derecho tiene a ser perdonado. Así, sin olvidarnos de nuestra pequeñez, no nos atrevemos a decir que vamos ni a hacer ni a escribir historia, y sólo así a relatar hechos, unos en que hemos tomado parte, y otros copiados de la historia, que todos ellos se relacionan íntimamente con la suerte de los dominicanos, en cuyas desgracias han influido más de una vez dos potencias de Europa. Bajo semejante criterio histórico, la justicia estará indudablemente de parte de la República Dominicana, cuando se vea que, no obstante haber sido el juguete de la funesta política europea, cual ninguna otra porción de América desde el tiempo de la conquista, sus hijos han podido constituirse en nación libre e independiente, y en su progreso moral y material si no compite con la primera, bastante se ha adelantado en aquel país, continuamente agobiado bajo el peso de tantos infortunios. Debíamos los dominicanos haber perdido hasta el conocimiento de los idiomas y explicarnos con un "patois" y, sin embargo, luchamos siempre contra la barbarie y el retroceso: eso se llama ser hombres.

(59) Fragmentos. Publicados con el título de *Efemérides de la Revolución Cubana* en el periódico *La Discusión*, de La Habana, del 3 al 6 de julio de 1920. Debemos la copia al Dr. Alcides García Lluberes, digno hijo del historiador nacional García.



Era el 22 de julio de 1795, cuando sin previa consulta del voto popular y tratando a un noble y culto pueblo cual un rebaño de ovejas, y sólo en virtud de una resolución dictada por los cálculos egoístas e interesados de la política de los reyes, fué la heroica Quisqueya traspasada al imperio francés, en cumplimiento de lo estipulado en el tratado de Basilea.

Sirvió la hermosa Antilla, la casta virgen, pura y sincera en el amor a su cruel y despiadada madrastra, de prenda de rescate para que España pudiera arrancar de las garras de Napoleón I las conquistas que el bravo Capitán había hecho de Cataluña y de las provincias Vascongadas.

Principalmente a dejar íntegra la palabra al verídico biógrafo dominicano José Gabriel García:

“Es verdad que la paz (entre España y Francia), aparejaba para la colonia peores calamidades de las que había experimentado durante la guerra, por cuanto cedida a la Francia como compensación de las conquistas que sus ejércitos hicieron en Cataluña y las provincias Vascongadas, iba a ver sus intereses torpemente confundidos en los de un pueblo que nada de común tenía con ella; pero en cambio, le proporcionaba la ventaja de poder reponer sus desfallecidos bríos, y conservar a los hombres que debían encargarse de enderezar a mejor fin el curso de los acontecimientos, libertándola heroicamente de la dominación extranjera, no importa si para incorporarla de nuevo a la ingrata metrópoli que, con crueldad inaudita, la había abandonado en los momentos que más necesitaba de sus auxilios”. (*Biografía de Juan Sánchez Ramírez*, págs. 118-119).

Desde aquel aciago momento llovió sobre la fiel india un cúmulo de desgracias, y a la mayor parte de sus hijos, lo más selecto, forzoso les fué emprender el camino del destierro, abandonando su bienestar y riquezas. No fué suficiente esta felonía para quebrantar en aquellos abandonados y vendidos hijos su fidelidad hacia España, y la mayor parte de esos esclarecidos varones se refugiaron en las vecinas colonias de Cuba, Puerto Rico y Venezuela, y si bien llevaban en el corazón el pesar de abandonar sus lares, al-



gún tanto les consolaba la esperanza de que cumplidas las ofertas que hiciera el engañoso Carlos IV, no sería tan dura y triste su peregrinación, pues que prometía a los que se refugiaban en otros puntos de la dominación española, el equivalente de lo que dejaran abandonado en la "cambalachada" Quisqueya.

No hay que preguntar si aquella promesa se cumplió. Y dice el historiador:

"Esta circunstancia, unida a la aglomeración de todos los emigrados en Cuba, Puerto Rico y Venezuela, contribuyó a que los que no sacaran bienes de fortuna, no pudieran proporcionarse en país extraño las comodidades de que gozaban en el suyo, viéndose los unos obligados a vagar de tierra en tierra en pos de un bienestar cualquiera, e impedidos otros a retornar a la patria mucho más tristes de lo que habían salido". (*Biografía de Pedro Valera y Jiménez*, págs. 18-19).

Así y todo, no perdieron ocasión aquellos honrados habitantes, y en 1808, con el ilustre dominicano don Juan Sánchez Ramírez a la cabeza, se levantaron espontáneamente en favor de la Restauración del antiguo régimen. En vano quiso el general Ferránd, en aquella sazón gobernador francés en Quisqueya, ahogar en su cuna la conspiración, pues pagó con su vida, de una manera dolorosa, en la batalla de Palo Hincado, la soberbia del honor francés: no quiso sobrevivir a la victoria alcanzada por los dominicanos sin armas y bisoños en el arte de la guerra, y él mismo puso fin a su vida al dar la espalda al campo.

Se creyó, pues, Quisqueya honrada en 1809 con ver ondear nuevamente la bandera de Castilla en sus torres y almenas, plegando sus alas las águilas francesas al empuje del bravo propósito de los dominicanos, de no dejar el regazo de la metrópoli que ingratamente los había arrojado entre los brazos de hierro de Napoleón. Y cuenta el historiador:

"Que no se olvidó el valiente y honrado dominicano don Juan Sánchez Ramírez, al comienzo de la conspiración, solicitar de Carlos IV su eficaz apoyo, pero que este monarca envuelto en las complicaciones internacionales, a que lo



condujo la política dudosa de su favorito Godoy, no era posible que se atreviera a autorizar la consumación de un hecho que había de enemistarlo con la Francia antes de que pudiera arreglarse con los ingleses; y no obstante el desamparo en que le dejara su rey, el atrevido caudillo, una vez restituída Quisqueya, trató de incorporarla de nuevo à la corona de Castilla, y fué de comisionado don Domingo Muñoz Delmonte, el hombre más sabio de aquella época, a fin de que por vía de Cuba se trasladase a España a ponerla a la disposición de la Junta Central de Sevilla. Ocupada la expresada Junta en aclarar la confusión que con motivo de la guerra con los franceses reinaba en los asuntos de España, recibió fríamente al Comisionado, y sin resolver nada acerca de la incorporación verificada, se limitó después de muchas dudas y graves vacilaciones a conferir plenos poderes a don Francisco Javier Caro, que representaba en el seno de ellas a las colonias americanas para que con el importante carácter de Comisario Regio pasara a Santo Domingo a organizar de una manera definitiva todos los ramos de la Administración pública, y previo un estudio especial de las necesidades más perentorias, proponer los medios de remediarlas.

“Discípulo don Francisco Javier Caro de la escuela absoluta, y ligado por estrechos vínculos de familia a los hombres que por conveniencia se aliaban a los franceses, lejos de dejar satisfechos con su manera de obrar a los soldados de la reconquista, contribuyó a justificar el disgusto y desencanto que desde temprano habían principiado a experimentar, a consecuencia de la imposibilidad en que se veía don Juan Sánchez de cumplir las promesas que contando con el apoyo de España les había hecho al empujarlos a la Revolución. (Lo mismo hicieron cuando la Anexión, poniendo en vigor hasta el célebre Bando de Buen Gobierno que manda poner agua a los perros en las puertas de las casas). Es fama que en vez de dar ensanche al espíritu público ensayando una política expansiva, se propuso el imprevisivo Comisario matar toda idea de independencia y soberanía popular, y dando a sus disposiciones y medidas gubernativas el colorido de las más severa restricción, res-



tauró el añejo régimen colonial, haciendo retroceder el país a los últimos años del pasado siglo con el planeamiento de las mismas leyes que lo regían al momento de la cesión, sin pararse a meditar que la comparación entre ese estado de cosas y el que los franceses inauraron, debía ser poco provechoso a la dominación española, que para consolidarse de nuevo estaba obligada a transigir con los derechos que en el terreno de la libertad habían los quisqueyanos adquirido”. (*Biografía de Juan Sánchez Ramírez*, págs. 135, 149-150).

Bajo tan funesto régimen de absolutismo y opresión y, sobre todo, alentados con el victorioso ensayo que dió alto timbre de nombre y honor a las armas dominicanas en los campos históricos de Palo Hincado, y nada menos que contra el pundoroso subalterno de Dumourier, fácil es de comprender que muy pronto naciera en aquella trabajada colonia la idea de independenciam.

No pasaban desapercibidos a la perspicacia política del fiel Gobernador de la desatendida Quisqueya, los primeros síntomas del nacimiento del espíritu nacional que a su pesar pensaba él reprimir.

Dice así el verídico biógrafo:

“El primer movimiento que con dolor de su alma y con estricto cumplimiento de la ley y del deber se vió precisado a castigar, fué el que en 1810 fraguaron Fauleau y Castaño en connivencia con el capitán Perosi, del ejército permanente; que por ser de origen italiano y haber ocasionado que se sospechara de los oficiales Galo y Gazzotti, dió motivo para que la intentona fuera bautizada con el nombre de *Revolución de los italianos*. Denunciado don Juan Sánchez en Baní, donde había ido a cambiar de temperamento en busca de la reposición de su quebrantada salud, no perdió de vista los hilos de la trama, que siguió con sigilo asombroso, hasta que de regreso a la capital, sabiendo cuando debía estallar, se antepuso a toda sospecha y el mismo día de la conjuración, sin que nadie lo maliciara, redujo a prisión a todos los comprometidos, sometiéndolos a juicio por ante los tribunales competentes. Cuatro de ellos resultaron condenados a muerte y, en la al-



ternativa de afianzar el orden público con un acto de energía, o dejar que se relajara el principio de autoridad, se decidió por el primer extremo, mandándose a ejecutar la terrible sentencia” (*Sánchez Ramírez*, págs. 155-156).

“Fué hondo el sentimiento que le produjo el tener que pasar por la pena de ensangrentar su administración agravado a poco tiempo por el disgusto que experimentó al descubrir otro conato revolucionario, que dirigido por un cubano inteligente, tenía por objeto proclamar la independencia de la colonia. Esa reconquista aparejó para los dominicanos días angustiosos en que la inestabilidad y la miseria alternaban en soberanía cual si se propusiera el cielo hacer sentir el peso del error en que habían incurrido al malgastar en un simple cambio de amos todo el coraje que emplear debieron en seguir el ejemplo del Continente proclamando de una vez la independencia”. (*Sánchez Ramírez*, págs. 155-156).

“La dominación española, que no tenía razón de ser en América, desde que había sucumbido en Colombia, no podía mantenerse por más tiempo en Quisqueya; y de aquí que todas las circunstancias concurrieran a desatar los lazos que ligaban a la colonia, siempre fiel, con su nunca agradecida metrópoli”.

“Estas circunstancias, unidas al entusiasmo por la patria y la libertad venían produciendo entre la juventud las ideas civilizadoras que irradiaban de la América del Sur, sugirió a don José Núñez de Cáceres y a otros hombres respetables, el noble propósito de enarbolar la bandera de la Independencia.

“Sus primeros pasos revolucionarios se estrellaron contra la energía y suspicacia de las autoridades constituidas; pero como al pueblo que se propone despedazar las ligaduras con que se ve atado nada le detiene, la aurora del primero de Diciembre de 1821 presenció la muerte del régimen colonial en Quisqueya y el nacimiento de una nueva era de regeneración política y social.

“Empero, ¡desgracia lamentable! como el plan bajo cuyos auspicios hubo de inaugurarse el movimiento separatista no correspondió a las esperanzas que sus inicia-



dores habían concebido, en lugar de venir a ser el origen de la común felicidad, vióse convertido en fuente de males e infortunios. Llevado a cabo a la sombra del pabellón de Colombia, como único medio de contrarrestar las tendencias disociadoras de los agentes haitianos, que desde el ingreso del sucesor de Petion al poder, trabajaban incansables por aclimatar en ambas fronteras la idea de indivisibilidad territorial iniciada en 1801 por Toussaint y secundada en 1805 por Dessalines, los resultados del alzamiento tenían necesariamente que ser negativos desde el momento en que le faltara el apoyo de la Gran República, apoyo con que Núñez de Cáceres pretendía suplir su falta de recursos y el atraso intelectual de las masas que arrastraba a la vida de los libres. Ocupado Bolívar de consolidar la independencia del Perú, no pudo acudir a tiempo al llamamiento de los dominicanos, de manera que abandonados éstos a sus propios elementos, no les fué dado rechazar la invasión de las tropas aguerridas con que el Presidente Boyer, consecuente con la política de sus antecesores, se apresuró a atravesar las fronteras dispuesto a someter la parte española no importa si a sangre y fuego, o de buen grado. Pocos días necesitó el conquistador para imponerse". (*Valera y Jiménez*, págs. 42-44).

Veinte y dos años de cruel y amarga recordación pasó la que antes fuera pompá y orgullo de América, agobiada bajo el peso de la más bárbara dominación de los neociudadanos de Occidente; de aquella hermosa tierra huyó la ventura y fué completa y por demás lastimosa la decadencia moral y material del país, que principió bajo la bandera de España y acabó bajo la haitiana. Con sobra de razones históricas dice el ilustrado biógrafo dominicano:

"Como la civilización al revés de la barbarie que ha caminado siempre de Occidente para Oriente, no marcha sino de Oriente para Occidente, bien puede calificarse el triunfo de Boyer como el triunfo de la barbarie sobre la civilización, que no otra cosa prueba el inauguramiento de una dominación que, atropellándolo todo, no dejó en pie



nada de lo que formaba el orgullo de la familia quisqueyana, ni la virtud, ni la dignidad, ni el saber, ni las riquezas, que todo perdió sus tintes de pureza y quedó empañado al áspero contacto del régimen infernal de los invasores". (*Bernardo Correa y Cidrón*, pág. 107).



HOJA ARRANCADA DE UN DIARIO DE VIAJES,
Y DEDICADA A MI AMIGO MANUEL DE
J. PEÑA Y REYNOSO

Pisé mi tierra!... Yo te saludo, Patria, obra grande y sublime de titánicos esfuerzos y asombrosas abnegaciones, que —para dicha mía— me enseñaron a conocer desde la cuna! Acógeme amorosa en tu seno!

He vuelto, sí, a pisar las playas de mi amada tierra; pero no cual cansado y desvalido peregrino, que aún siento mucha fuerza en el corazón y muchas esperanzas en el alma; no tampoco como asustado náufrago que se creyó perdido en las borrascas de la lucha por la gloria y por la vida; no, que nada importa la pobreza del viajero, cuando lleva en el alma un tesoro de esperanzas que las furias del infortunio no han podido aniquilar, por haber ellas nacido al calor de ideas grandes y generosas.

He vuelto, sí, entre mis compatriotas, a pedir un asilo a los míos, y a poner el contingente de mi trabajo todo a disposición de esta sociedad que me dió el ser. Traeré también el precioso contingente de la familia, suave pero poderosa fuerza moral, que ayuda eficazmente los hombres, a llenar cumplidamente su misión social; y vengo así lleno de fe, por el propósito sincero que me anima de ser útil en cuanto pueda.

¡Cuántas emociones inexplicables, al volver por tercera vez siempre por este histórico Monte Cristi! Tal parece que hay algo de tenacidad en mi destino, marcándome este rumbo, que no he podido desviar, estrechando



siempre las mismas manos amigas, y recogiendo repetidas las sonrisas de cariño o simpatías.

¡Cuánto misterio en la vida! y cuántas coincidencias, muchas veces dichosas, en la existencia errante del pros-crito! Y cómo no decirlo, si me encuentro en el hogar de Peña, como si fuera hogar propio! El, como yo, atado con el dulce lazo cubano, con el de las compañeras que nos han dado la familia, complemento del hombre social, pero compañeras; partícipes de nuestras desventuras con resignación santa y amor sin igual; él, como yo, ardoroso defensor de una gran causa a la cual consagró toda su vida y todas sus fuerzas; con muchos desengaños, pero incansable en la lucha, y burlándose y riéndose de los reveses. No puede haber indiferencia donde tanto hay de común.

Yo me felicito, y te felicito a ti, Patria.

Máximo Gómez

Sept. 8 de 1888.

(*Los Nuevos Poderes*, núm 8, Monte Cristi,
10 de Sept. de 1888).



OBRA DE JUSTICIA

D U A R T E

¿Queréis que un pueblo sea virtuoso? Enseñarle a buscar la virtud en su propio corazón y en su conciencia; en la idea del deber, y no en los reglamentos que le hacen rutinario y servil, ni en la fuerza que lo envilece.

Todo esto pasa y cambia; el corazón queda y es siempre grande y libre.

SAMPER.

A los pueblos es necesario enseñarlos a amar y agradecer, así se les enseña a ser buenos y dignos —buenos, cumpliendo sus altos destinos en la constante elaboración por el perenne reclamo del progreso, trabajando, y dignos, rechazando con energía todo lo que pueda lastimar sus más caros intereses, su nombre y su historia.

Y no se puede conseguir eso sin el ejercicio de actos que le formen la conciencia verdadera de sus deberes sacratísimos cumplidos, que le dan la prerrogativa del derecho natural para presentarse majestuosamente a recoger la medalla obligada del mérito, consideración, respeto y amor que la exposición permanente y universal de la civilización humana va repartiendo con exquisita equidad desde Cristo a nuestros días.

Qué alma grande, qué corazón bien templado no se sintió gratamente conmovido cuando, en una hora tristi-



sima de esas que sumergen el alma de una nación en mortal abatimiento, porque sufren la pesadumbre de una gran desgracia—, la Francia, la magnánima, por la generosidad de sus hijos, por su desprendimiento— obliga por un arranque del sentimiento herido en lo más delicado, a retirarse, llenándole los bolsillos de oro al terrible invasor de sus hogares?

La barbarie y la ambición extranjeras en un día aciago para el noble Perú se confabularon con el propósito cruel de arrasar al floreciente Callao sin que aquella plaza tuviese apenas tiempo de aprestarse para la defensa. Las naves de Méndez Núñez con furia y saña ajenas al valor castellano tan bien templado otras veces arrojan sobre aquella plaza cual un nuevo Jorullo o Colima surgido de improviso de aquellas aguas, chorros de proyectiles que caen sobre aquella ciudad esparciendo la muerte por doquiera y convirtiendo aquel lugar de belleza y paz en escombros, ruinas y espanto. Aquello fué una escena triste y horrible. Pero la juventud peruana estaba allí de pie, firme y defendiendo con admirable valor y resolución los fueros de la nación brutalmente atropellados. La causa de la justicia triunfó al fin y las naves españolas plegando sus banderas y desechas y ensangrentadas tornan su rumbo hacia otros mares a curarse del desastre sin haber recogido ni siquiera una página de gloria para la brillante historia guerrera de España.

Hoy al pasar el viajero por aquel lugar de cruento recuerdo histórico para la América entera, admira con piedad santísima, con entusiasmo americano un monumento de admirable suntuosidad que la gratitud nacional peruana levantó, dedicado a la memoria de los héroes de aquella sangrienta jornada.

La obra es tan bella como colosal, es magnífica: su base solamente que la forman enormes moles de granito representa un valor extraordinario, y el caudal empleado en obra de tanto mérito fué acumulado en muy poco tiempo por una popular recaudación nacional.

La República Dominicana se ocupa en estos momentos de una obra meritoria iniciada por el patriotismo acen-



drado de algunos hombres de luces del País. Pero la masa de nuestro pueblo no está bien empapada del mérito de la obra, no tiene la conciencia de su gran valer. La gente de los campos en su mayoría no sabe aun lo que significa la Estatua a Duarte y es necesario hacer caer en la mente de nuestro pueblo, como semilla fructífera en tierra buena, todo aquello que pueda significarlo. Así se afianza la paz, abriéndose paso el progreso.

Por otra parte ¿no tendrá derecho el compatriota pobre del Padre de la Patria a la justa y amarga queja?, porque tal parece que sus centavos humildes no deben figurar en la suscripción nacional al lado de los pesos de aquellos que favorece la fortuna.

¿Y las mujeres?, la mitad más cara de la nación, nuestras esposas y nuestras hijas! ¿por qué no invitarlas? Compañeras nuestras en las penas y alegrías del hogar, llevémoslas siempre a nuestro lado en todo lo que sea honorable y embellecedor.

El monumento a Duarte debe ser la obra del pueblo agradecido, y a ese pueblo hay que ayudarle y guiarle siempre alumbrándole la senda que conduce al cumplimiento de deberes altamente honrosos.

El medio más eficaz es la predicación: nuestro pueblo es cristiano y en eso puede hacer mucho la Iglesia. La prensa nunca será suficiente, pues apenas leen solamente los habitantes de ciudades y pueblos. La República Dominicana puede recaudar para su laudable propósito una suma fabulosa, aun concretando la colecta a 50 cts por cabeza.

Para la única clase de obras que nunca, jamás, se puede pecar de ostentación es para las que, como ésta, son ofrenda de gratitud que todo un pueblo levanta perpetua a sus bienhechores, que desafía la furia destructora del tiempo para que después hayan de admirarla las generaciones venideras.

Ese debe de ser nuestro orgullo!

Debemos querer y querer es hacer.

M. Gómez

(*El Montecristeño*, M. C., No. 54, 1 sept. 1894).



NOTAS AUTOBIOGRAFICAS (60)

No puedo precisar la fecha en que nací, pues por más que busqué personalmente la partida de bautismo en los libros de mi Parroquia, no pude dar con ella; eso quiere decir que desde la cuna empecé a resentirme del descuido de otros con que somos víctimas los hombres a nuestro paso por este Planeta. Pero por la edad precisada en la fecha de nacimiento de contemporáneos míos, y por la tradición conservada en la memoria de mis buenos padres, pude averiguar sin más datos que esos, que nací allá por el año 36.

En cuanto al mes, día y hora siempre he lamentado ignorar tan preciosos datos para mí; que señalan los primeros instantes en que aparecemos casualmente, a ser miembros de la gran familia humana.

Vine al mundo, y fué mi cuna un pueblecito ribereño del Banilejo (entonces sería un caserío), que le da su sombra; Baní, tierra de los hombres honrados y de las mujeres bonitas y juiciosas.

Se llamaban mis padres: Andrés Gómez y Guerrero y Clemencia Báez y Pérez; dos almas que formaron del amor un templo y un altar, consagrados a la familia. Solamente hubo dos varones en el hogar, el primero, ya hombre murió siendo yo muy niño, y habiéndome correspondido ser el último y único varón entre mis hermanas, me adueñé de todo el cariño y preferencias de padres tan buenos y amorosos.

(60) De la obra de M. Gómez, *Revoluciones... Cuba y Hogar*.



Corría allí mi infantil existencia, pura y campestre puedo decir, y allí me crié e hice hombre. Mi instrucción se limitó a la que se podía adquirir en aquel lugar y en aquellos tiempos, “del maestro antiguo de látigo y palmeta hasta por una sonrisa infantil”. Sin embargo conservo recuerdos amorosos y santos de mis maestros, pues nada se quiere tanto una vez pasado el atolondramiento de la vida, cuando ya los años y los dolores han desteñido nuestros cabellos, como el recuerdo de los primeros que nos enseñaron a balbucear las letras. No se olvida jamás ese sabor a pan de almas. En cambio mi educación fué brillante, bajo la dirección de unos padres tan honorables como severos y virtuosos; y lo digo con orgullo, porque si en mi vida azarosa algunas veces me he sentido bien armado y fuerte contra el vicio y la maldad tentadoras, a sus enseñanzas debo el triunfo, por el aprecio con que me acostumbraron a tratar la virtud y por la fuerza de voluntad, que con la palabra y el ejemplo, pusieron en mi entendimiento y mi corazón.

Ya hombre, fuime derecho a parar, a donde por lo general y por desgracia se ha encaminado siempre la juventud de este país, a la política imperante personal o de partidos, en fin al personalismo puro.

No obstante, yo, por esa senda de mis primeros pasos, siempre conservé las normas sanas y severas que imprimieron en mi carácter la pureza y ejemplaridad de mi hogar.

Un suceso extraordinario vino a variar el curso de mi vida, iniciado apenas en los acontecimientos políticos del país; el impulso absorbente y dominador con que la Invasión haitiana amenazaba sojuzgar a la joven República Dominicana, ante cuya perspectiva se aunaron todos los corazones de mi Patria para rechazar al atrevido invasor. Mi bautismo de sangre lo recibí en los campos históricos de Santomé, la más extraordinaria a la vez que decisiva función de armas contra las huestes haitianas.

Las armas de la joven República salieron brillantemente victoriosas, pero de aquel campo de honor y de glo-



ria salieron los héroes predispuestos y preparados para las contiendas civiles.

Era el año 1855 y el país seguía hondamente conturbado con sus luchas intestinas hasta 1861 en que confuso y aniquilado cayó en poder extranjero. La República Dominicana dejando de ser lo que era pasa por el trance doloroso de anexarse a la monarquía de España. Tan inexplicable locura más tarde debía pagarse muy cara. Aquello fué un aturdimiento nacional que dejó a la juventud dominicana, huérfana, sin guías ni directores; Santana, Jefe de un Partido, capitanea la anexión, pues se hallaba en el Poder; Báez, caído y fuera del país, viste la faja de Mariscal de Campo del Ejército español.

Se abisma uno al meditar cómo fué que los hombres patriotas y políticos de aquella situación no preveían que la anexión debía traer aparejada una Revolución formidable, aunque España no hubiese venido aquí con sus bayonetas, con sus impuestos forzosos de bagajes, su Bando absurdo de buen Gobierno, sus alojamientos forzados y sus Brigadieres como Buceta.

No se hizo esperar mucho tiempo la Revolución Restauradora, y el año 1864 le sirvió a España, para después de una resistencia inútil abandonar el país, que dejaba sumido en la más espantosa ruina y desconcierto, y maligna, arrastró en su fuga a mucha parte del elemento principal criollo, que más tarde dejó abandonado y disperso.

Joven yo, ciego y sin verdadero discernimiento político para manejarme dentro de aquella situación, más que difícil obscura, porque realmente la Revolución se presentó más que defectuosa, enferma, fuí inevitablemente arrastrado por la ola impetuosa de los sucesos, y me encontré de improviso en la Isla de Cuba, a manera de un poco de materia inerte que lejos de su centro arrojan las furiosas explosiones volcánicas. Era la primera vez en mi vida que abandonaba el suelo natal, y muy pronto empecé a purgar la culpa cometida, con la pena más cruel que puede sufrir un hombre. Me enfermé de nostalgia, a no ser por los cuidados que me prodigaron una madre y dos hermanas amorosas, no sé el fin que hubiera sido de mí.



No fué en parte causa de ello el desdén con que en llegando allí, pagó España a sus leales, que ni yo me sentí herido por eso, ni lo contrario nos hubiera dado más honor. Mejor fué así, porque para los hombres de bien no hay deuda más obligada que la de la gratitud.

Por encima de todo eso que lo consideré como efímero y despreciable, estaban permanentes los recuerdos de mi Valle, de mi Río, de mis Flores, de mis Amigos y de todos mis Amores.

Así viví en Cuba cuatro años, arrastrando una existencia oscura y triste, cargado con los recuerdos de la Patria y la amargura de los desengaños.

Cuba, país de esclavos; no había conocido yo tan fatídica degradante institución, y ni siquiera había podido tener una idea cabal de lo que era eso, tan fué así que me quedé espantado al encontrarme en aquella sociedad donde se despreciaba y explotaba al hombre, por el hombre, de un modo inhumano y brutal.

Me encontraba en una situación excepcional de espíritu; pobre, sin dinero, sin relaciones valiosas, abatido, aislado entre los hombres. La pena y el dolor buscan al dolor y a la pena para asociarse, los que sufren pronto se hermanan. Solamente las almas degradadas se van a curar de sus quebrantos a la orgía y el festín. Muy pronto me sentí yo adherido al ser que más sufría en Cuba y sobre el cual pesaba una gran desgracia: el negro esclavo. Entonces fué que realmente supe que yo era capaz de amar a los hombres.

En esta situación de ánimo, me encontré con la Conspiración Cubana que ya germinaba en el país, dirigida y capitaneada por sus principales hombres, y para mayor abundamiento, mi residencia era en la comarca en donde también existía el foco principal de la Conspiración, donde yo había cultivado mis relaciones y me había hecho querer de la gente de los campos. Inútil es decir que en seguida quedé afiliado en la lista de los conspiradores, y sin entendermelas con la "Gran Junta" empecé por mi propia cuenta, a hacer preparativos entre mis amigos y conocidos del campo, que desde aquel momento naturalmente



procuré aumentar en número haciéndome más popular y dadivoso. Pero así y todo, me encontré en una situación bien extraña y peligrosa, pues el hecho de haber ido yo con los españoles a Cuba fué causa para que algunos de los conspiradores no me tuvieran confianza, y por otra parte las Autoridades Rurales españolas tenían orden de vigilar mis pasos; pero como estos destinos eran desempeñados, en su mayor parte por gente criolla, a cuyas familias buen cuidado tenía yo de dispensarles mucho cariño y mucho respeto, por lo que logré despertar en ellos tantas simpatías que se sobrepusieron éstas al celo que debían tener por el Gobierno español.

Como cuatro o cinco meses pasé en esta situación angustiosa y comprometida, pues al ser perseguido por el Gobierno en caso de denuncia, no contaba, de seguro, con el amparo de los cubanos; porque al estado en que habían llegado las cosas, yo era para ellos de todos modos, un hombre peligroso, tan peligroso estando libre como en la cárcel.

El secreto de una conspiración siempre ha constituido un gran peligro para el que lo posee; pero por circunstancias especiales pocas vidas corrian tanto riesgo como la mía durante el período de incubación de la Revolución Cubana; podía, por denuncia ser apresado y fusilado por el Gobierno español y podía ser muerto misteriosamente por desconfianza y por mandato de los conspiradores; partiendo del principio que no se conocen medios malos para salvar de sus peligros a las revoluciones buenas. No obstante, no me intimidó lo crítico de mi posición y seguí recio el propósito, con toda la fe y el entusiasmo de mis 25 años, y enamorado de aquel ideal generoso y noble. Soñaba con Bolívar, San Martín, Robespierre, Garibaldi y toda esa gente loca y guapa, pero soñaba despierto.

Para que la Revolución me encontrara más y mejor expedito, acababa de cubrir con el polvo de la tierra los restos mortales de mi anciana madre. ¡Quién sabe, pensé yo enjugándome las lágrimas si su espíritu me proteja y defienda! Mis dos hermanas solteras debían quedar al lado de otra hermana casada. Había quedado huérfano



absolutamente, pues el hombre nunca lo es cuando Dios le deja a la madre aunque se lleve al padre o viceversa, yo que acaba de enterrarla a Ella, me proponía tener otra: la Revolución.

No para el Tiempo su carro tirado por las horas, él avanza y todo lo termina o consume; nos encontró el año 1868 enemigos encubiertos de España en Cuba, pero no bien organizados, para una lucha como tenía que ser aquella; mas no siendo prudente esperar más tiempo fué necesario precipitar el alzamiento, y el día 10 de Octubre del mismo año sonó para la esclava Antilla, la hora de la Justicia, de las vindicaciones y de la lucha más desastrosa y cruenta que registra la historia de América.

De un lado apareció un puñado de patriotas republicanos, casi desarmados, sin recursos e ignorantes del arte de la guerra; del otro, los soldados de la Monarquía: 100.000 hombres bien armados y ricos en recursos de todo género y el país subyugado sirviéndole de poderoso auxiliar. En medio de la América libre, en esa desigual contienda así luchamos 10 años, desamparados, solos y pobres.

Narrar los episodios horribles y sangrientos de aquella guerra sin cuartel, referir siquiera fuera a largos rasgos, la Historia grandiosa y sublime de aquella desigual lucha por la Libertad de un pueblo, eso sería más propio para escribir un libro que no para unos simples apuntes personales.

Ocupando yo, desde un principio, puesto elevado en las filas de los patriotas, debido a mis pocos conocimientos en el arte de la guerra procuré ayudar a los cubanos durante aquella batalla permanente de 10 años en su obra de Libertad; con todos mis esfuerzos, resolución, lealtad y abnegación. Durante esa década guerrera, jamás el Sol de Cuba me calentó un día fuera del campamento o del campo de batalla; y cuando por desgracia para la infeliz Cuba, en daño para aquella Revolución Redentora, se entró allí en el periodo de política interior, y como era natural y lógico, la ambición y la codicia empezaron a ser terribles y funestos rivales del patriotismo puro y desin-



teresado, yo siempre, tanto con la palabra como con el ejemplo, traté de restablecer la concordia y ayudé a conservar el principio de autoridad para que fuera una realidad la unidad de acción sin la cual es dudoso el triunfo de las Revoluciones.

A pesar de tan titánicos esfuerzos, de tantas abnegaciones y sacrificios consumados, la Revolución languidece al fin y de eso nace la idea de la Paz. Cuando se me consultó sobre asunto tan grave, aconsejé tomar la idea como mero ardid de guerra, para ver de lograr la unificación de nuestros elementos disgregados, y que de aquella situación surgiera un Gobierno o Directorio para la Revolución, fuerte y enérgico, contando a la vez con el desprestigio en que debía caer el Jefe del Ejército enemigo y el Gobierno general de la Colonia. Cuando todos veían perdida la Revolución yo la veía salvada por ese camino. Concentrados y reunidos todos los patriotas con el fin de tratar de la Paz, de seguro que de lo menos que hubiéramos tratado hubiera sido de eso; seguramente el tema de conversación se inclinaría al mantenimiento de la guerra. La revolución no sufría en aquellos instantes más que decaimiento y de ese mal, se hubiera curado con la reorganización de todas sus fuerzas vivas; esa operación no era posible efectuarla porque el enemigo no daba tiempo. En un campamento de 100 hombres aislados era posible que la palabra hiciese eco, pero en un campo cubierto de 2 a 3.000 hombres armados, batalladores de 10 años; hubiera sido hasta peligroso verter la frase.

Pero mi idea que fué acogida al principio, al fin no se llevó a cabo y se fué a parar derecho a la paz. La acepté sin protestar, que no correspondía a mí hacer eso, y ni tomé parte en indicar ninguna otra fórmula. Entendí que mi misión estaba terminada tristemente, pues era para pelear al lado de los cubanos, y al desear ellos la paz mi presencia estaba de más allí.

En aquella guerra desastrosa de 10 años, había consumido inútilmente el valioso caudal de mi juventud y de mis fuerzas, ahora ya gastado y por todo capital los andrajos de la miseria, era encontrarme parado ante un



presente aterrador, teniendo de frente un porvenir tan obscuro como incierto; al lado del pesar por tantos ensueños de gloria desvanecidos, me abrumaba la idea de haber arrastrado a la desdicha que debían compartir conmigo a una mujer y tres hijos, pues me había casado durante la guerra. ¿Qué hacer pues, en situación tan apurada y difícil?

El Jefe enemigo General Arsenio Martínez Campos, rico de oro y rebosando orgullo y satisfacción por un triunfo conseguido a tan poco costo, me hizo ofertas cuantiosísimas para que me quedase en el país *ayudando a su reconstrucción*, pero rechacé con energía todas esas ofertas, pues que no me pareció digno ni decoroso vivir pacífico, tranquilo y sumiso, a la sombra de la bandera que yo mismo había combatido durante 10 años con tanto tesón como lealtad. El dilema era delicado y serio, donde no cabían términos medios; o resuelto a emprender el camino del destierro hasta morir quizás, con alguna honra; o aceptar del General Martínez Campos su protección y amparo, envainando la espada en Cuba libre para ir a vivir a Cuba española y renunciando de este modo y para siempre de la Revolución, olvidando sus grandiosos recuerdos, confesándome vencido y jurando fidelidad a España; para después de todos estos sacrificios, recoger lo que era natural: el desprecio de los españoles.

Resuelto y sin miedo, dirigí mi rumbo a otras playas cubierto con mi gran infortunio, acompañado de mi esposa y tres niños y sin más amparo que Dios.

La Isla de Jamaica, colonia inglesa me dió hospitalidad, pero fuí como un náufrago arrojado por la tempestad a país desierto, porque de distinta raza y sin saber el idioma, nadie puede esperar nunca nada de los habitantes de aquella tierra, en donde desde el tiempo de sus aborígenes, el mismo Colón por poco se muere de hambre y soledad. El elemento cubano que allí había esperando largos años, que le diéramos la Patria libre, se sintió indignado contra todos los que combatimos 10 años sin poder conseguir el triunfo. No contento el destino con mi precaria situación quiso agregar un nuevo suplicio a mi



infortunio, pues pensando encontrar allí amigos compasivos agradecidos y generosos, que me amparasen, es por el contrario gente apasionada y de limitados alcances; vieron en mí el primer factor de la Paz que concluyó con una guerra a que nunca fueron ellos a ayudar, de ahí que fuese yo el blanco de su injusto encono y desprecio.

En aquella miseria y orfandad abrumadora trabajo me costó desvanecer tan negra injusticia, y a fuerza de hacer luz y demostrando la verdad de los sucesos ocurridos en Cuba, logré al fin serenar la opinión y que se me juzgase con más justicia y menos pasión.

No hay mejor consuelo, no hay más firme y seguro amparo, para sentirse uno lleno de fortaleza en las desdichas e infortunios de esta vida, que una conciencia sin mancha y tranquila. En mi desventura, en mi miseria extrema, acosado por el desprecio de los cubanos de Jamaica, pero con mi mente llena siempre de grandes recuerdos; mi familia dispersa, mis compañeros muertos, mis amigos dispersos también, el aislamiento entre los hombres que es más triste que la soledad en el desierto; yo sin embargo sentía una esperanza y un consuelo que me hacían tranquilo y resignado.

Después, como no hay médico más insigne para curar todos los males, como es el Trabajo, a él me he dedicado con ahinco y no me ha faltado pan para mis hijos.

No se ha rematado la obra, aún vive España en Cuba. Su poder se sienta sobre las puntas de las bayonetas y como ni aún los Gobiernos legítimos son eternos, veremos cómo se resuelve el destino de Cuba.

M. Gómez

Monte Cristy, Rep. Dominicana, octubre 20 de 1894.



ANTILLANISMO (61)

Postdata. Pienso que una carta sin ella dirigida a una persona querida no está completa pues eso aparte de otras consideraciones, demuestra que no quisiera uno concluir y esta vez no puedo prescindir de significarte eso mismo.

Debo suponer que te interesarás muchísimo amparando y ayudando a que se ampare la emigración cubana que busca refugio en ese país. Conozco la bondad de todos los habitantes de esa tierra, y no dudo que el General Pichardo, hombre de corazón hará cuanto pueda en ese sentido y en la localidad, jurisdicción de su mando. No se necesita ser enemigo de España para querer la felicidad de Cuba y proteger a los cubanos —eso sería estúpido— y si los hombres de la actual situación política de ese país comprenden bien eso y lo saben cumplir, no incurrirán en responsabilidades que les ocasionan molestias diplomáticas. Lo natural y lógico nunca ofende ni trastorna, al decoro, pues la justicia, base de toda la felicidad humana así lo proclama.

Santo Domingo es la nación, de todas las Américas, la más obligada por la ley de la Historia y de la Natura-

(61) Post-data de una carta a su esposa, Bernardo Toro de Gómez, escrita en la manigua cubana el 27 de julio de 1896. Se publicó entonces en la revista *Letras y Ciencias*, de S. D., No. 107, 18 oct., 1896, y en folleto: *Desde Cuba Libre. Carta abierta. El General Máximo Gómez a su señora esposa. Santo Domingo, Imprenta del Listín Diario, 1896*. Hay otra edición: *Habana, 1903*. Inserta, además, en *M. Gómez, Revoluciones... Cuba y Hogar. Doña Bernarda residía entonces en Monte Cristi*.



leza (dos leyes que se comete gran pecado en conculcar) a ser la primera aliada de la nación cubana.

En vano los *Yankees* con su poderoso mercantilismo y sus aspiraciones absorbentes tratan de enamorar a Cuba aprovechándose de sus conflictos. Ella será libre; les pagará sus favores cortésmente pero no se echará en sus brazos y Santo Domingo será su predilecta y lo será por la sangre y por la Historia; por su sol y por sus brisas.

A Santo Domingo le conviene eso, le conviene a Cuba. De otra manera no puede ser, del mismo modo que en vano serían mis esfuerzos por querer aparecer más cercana mi parentela con Mr. Cleveland y Mr. Morgan que con los Generales Martínez Campos y Weyler.

Sueño con una ley, que con muy insignificantes restricciones declarase (lo mismo con Puerto Rico cuando fuese libre) *que el dominicano fuese cubano en Cuba y viceversa.*

Dígame todas estas cosas para que las pienses y las consideres con mis amigos y los amigos de Cuba que no tienen tampoco por qué ser enemigos de España.

Máximo



UNA PAGINA DE MI DIARIO

Desde Las Villas, 1898, para el
Listín Diario, de Santo Domingo⁽⁶²⁾

Se ha hundido el mes de Febrero en los abismos del Tiempo y nos ha sido la Paz de Cuba ofrecida en un banquete, allá por Oriente, con promesas, por el Jefe del Ejército Español General Blanco. Aún quedamos de pié después de tantos muertos, más de cincuenta mil hombres con el arma al brazo.

Marzo 1º

En Mayaquía; grandes movimientos, gruesas fuerzas combinadas, de las tres armas, para atacarme: tres columnas, 4 mil hombres por lo menos: la combinación en realidad, no está mal dispuesta, solamente que los españoles, después de 400 años de vivir en Cuba aun no conocen sus entradas y salidas y los prácticos que tienen no son españoles, que son cubanos. . .

Con pequeñas secciones se hostilizan las dos primeras columnas en “Mayaquía” y “Hoyos” en un perímetro de legua y media, se obliga a funcionar por nuestros jinetes, a la artillería enemiga, eso explica que la caballería enemiga no asoma: el Cuartel General se retira a “Guayacancito”; son las 12 del día en punto; sufrimos el calor

(62) A pesar del título, Una página de mi Diario, el presente escrito es mucho más extenso que el párrafo correspondiente en el Diario de campaña del General Gómez. Véase págs. 400-402.



de una temperatura de más de 90 grados; alto aquí para tomar agua los hombres, no los caballos; no se puede más pues es un pequeño pozo cavado por los rancheros en fondo de un arroyo seco; mientras tanto el Coronel B. Boza, Jefe de E. M. nos cubre con parejas no muy distantes del aguadero, como es costumbre de tropa en marcha; de improviso se me presenta el enemigo, la tercera columna; es un ataque, que los españoles pueden llamar “por sorpresa, y en realidad ha tenido mucho de eso; sin embargo un soldado nuestro es el primero que hace fuego y todos en el acto se encuentran a caballo menos yo; no me es posible tomar el estribo pues espantado mi caballo se encabestra y se enreda; un Ayudante se acerca a detenerlo, también Valdés Dominguez pero éste viene al suelo por un fuerte corcovío del suyo y yo me figuro que es herido; al fin Olivera el Ayudante me contiene el caballo y monto; mientras tanto Boza con Ayudantes de Campo y gente de la escolta se bate a la desesperada; nos encontramos a 50 pasos del enemigo; nos divide y distancia el cauce del arroyo seco.

Mientras tanto yo organizo la retirada hacia rumbo de salir de la órbita de la combinación, y Boza al fin se bate en retirada, sin que los españoles apenas se atrevan a traspasar el arroyo y sobre aquella masa compacta de hombres apiñados descargan los nuestros con rapidez sus armas de precisión. No pudimos tener ni un herido, y sí, cuatro muertos, y esta particularidad demuestra bien a las claras lo rudo y reñido del combate. Dos horas después enterrábamos nuestros muertos en el “Jiqui” legua y media del lugar de la refriega; y al continuar la marcha se incorporan los ojeadores que el bravo Coronel Boza ha dejado sobre el enemigo y traen el aviso de que éste se ha quedado encuevado en el cauce del arroyo de donde no se ha movido curando sus heridos. Las bajas que ha sufrido son confesadas por ellos mismos (pasemos por alto su proverbial modo de mentir) siete muertos y ocho heridos. Así es esta guerra.

Y de aquí una racional consideración interrogando al presente.



¿Con quién nos batimos aún? ¿con los españoles o con los Autonomistas?

Mi juicio es el mismo que ya honradamente se emite por la prensa de Madrid. Nos batimos con un enemigo que muy poco le queda de común con aquel no menos sanguinario que dirigía el sanguinario Weyler. Son éstos los mismos soldados arranchadores: nos hacen fuego con el mismo fusil. Los mismo Batallones con los mismos nombres. Los Generales (para su propia mengua) son los mismos, con sus nombres propios y visten el mismo uniforme. Sin embargo la bandera que tremolan con el mismo entusiasmo al parecer no es la misma, ha cambiado de color quizás con el uso. Es verdad que la luz de los trópicos destiñe el color de las telas que tiñen en Europa. En el fondo de esta sangrienta contienda se ha operado un cambio brusco y atroz pues ahora combatimos a un Ejército que de improviso ha cambiado su real divisa, por otra desconocida. Ese gran ejército de valientes, con esa singular transformación súbita ha sufrido una lamentable desgracia que equivale a una derrota, pues aun triunfando, no hay lugar en el quepis para colocar ese laurel marchito. Ha sido una ignominia reservable al soldado español uno de los más valientes de Europa, tan triste papel. Y nadie creyera que ningún General español lo hubiera capaz de representar en esta comedia bufa.

Nosotros, en nuestro puesto siempre tremolando la misma bandera defendiendo los principios.

M. Gómez

(Listín Diario, S. D., 18 Nov. 1936).



DECLARACIONES NECESARIAS (63)

Atravesamos, desgraciadamente, los hombres, aún los de mayores talentos, por transiciones tan desagradables en nuestra vida, que no obstante la tranquilidad de nuestra propia conciencia, apenas podemos explicarnos la razón de semejante castigo —si así podemos llamarles— so pena de declararnos culpables. Y esto es, precisamente, lo que pasa por mí en estos momentos.

Cuantos esfuerzos he realizado en más de treinta años por la independencia de esta tierra, por pocos son reconocidos; y aún no limpio el sudor de mi caballo de batalla, cayó sobre mí la inquina de los que no se atrevieron a ponerse al lado de los que combatimos por la defensa de la patria. La historia se repite, frase ya vulgar que puede decirse para consuelo tontò, pero no para quien, como yo, cree que el timbre mejor es la honradez y no el oro ni las letras; y aquella actitud ni es honrada ni honrosa. Sin embargo, todo eso y mucho más que venga, pasará siempre ante mis ojos sin afectarme en lo más mínimo, como si fuesen insultos dirigidos al Czar de Rusia, personaje con el cual no me ligan vínculos ni nexos de ninguna especie. Ahora bien, lo que sí es chocante y doloroso, lo que no tiene lógica explicación es que por hacérseme daño, por despreciar al dominicano, por insultar al extranjero que más que daño cree haber hecho mucho bien a Cuba, se hiera, lastime, insulte y veje al Pueblo Dominicano que

(63) Estas interesantes declaraciones fueron publicadas en los periódicos *El Teléfono*, del 30 de agosto, y *Listín Diario*, del 31 de agosto de 1899.



por modo brillante y práctico ha sabido servir la causa de Cuba; pueblo, que cual ningún otro pueblo latino —y podemos decir a los cuatro vientos— ha puesto su corazón al lado del dolor cubano, con desinterés y sinceridad, con amor religioso a los principios, echando fuera del pecho toda su generosidad sin palabrería estéril ni promesas vagas, dando unos la luz de sus talentos, otros, el esfuerzo de su voluntad, o el dinero de sus arcas, y muchos la ofrenda de su sangre y de su vida, y porque en Santo Domingo ha muerto a manos vengadoras y airadas el Presidente de la República, se nos llama salvajes!

Salvajes vemos en la República del Norte asesinando a Lincoln, el redentor, y a Garfield el bondadoso; salvajes envía Italia a España y vemos caer a Cánovas; salvajes, italianos también, tronchan, asimismo, la vida de un Carnot. Y el epíteto amargo e hiriente, ¿por qué no surgió entonces, yendo a herir con su estigma infamante a la Nación que tales monstruos producía?

Algunos buscan campo por el rumbo de aquel desgraciado suceso para llegar en su insania hasta mí, achacándome nunca soñadas aspiraciones al puesto que dejó huérfano el muerto desgraciado, sin pensar que mis aspiraciones son más altas todavía: que bien probado tengo con toda la historia de mi vida que más me agrada libertar hombres que gobernarlos. Semejante servicio hicimos a los que hoy en la paz escriben sin miedo contra los que le han dado Patria y tratan de consolidarla en la unión. Sin amor y agradecimiento, y sólo en juego el desdén o el desprecio, no se conduce a los pueblos más que a su total decadencia.

Y reanudando el discurso: si no veo en Cuba, puesto para mí después de todos mis esfuerzos, ¿cómo es posible que pueda ocuparme de Santo Domingo con fines ambiciosos? Además, yo no soy hombre acostumbrado a vivir de destinos, y por la independencia de mi carácter me he sentido inclinado toda mi vida al trabajo que dignifica más que al salario que esclaviza. No entiendo la vida sino gozando de la mayor cantidad posible de libertades dentro del círculo del decoro.



Se equivocan, pues, tristemente, los que piensan que yo aspiro a algo en Santo Domingo; y en Cuba —Dios me guarde!— ni como empleado de alto rango. Que, como Presidente, estimo como una verdadera desgracia serlo en cualquiera de los dos países. En los campos de batalla, como no tenga miedo, no se expone el honor sino la vida; mas en las sillas presidenciales, con valor o sin él, se exponen ambas cosas: honor y vida.

El señor Juan Isidro Jiménez es mi amigo; y amigo que estimo con respeto y verdadera sinceridad, y ninguno más entusiasta que yo para defender su candidatura a la Presidencia el año 92. El mal estado de su salud entonces, le obligó a retirar su candidatura. Ese es el candidato nuestro, y el que queremos los dominicanos que dirija nuestros destinos. El señor Jiménez es también acreedor a la gratitud de los cubanos por las simpatías que en toda época ha demostrado por la independencia de Cuba (64).

Hechas estas manifestaciones, sólo me resta agregar, que no deben molestarse tanto aquellos a quienes yo les molesto en Cuba, sabe Dios por qué. No se asusten al ver llegar a mi familia. Yo no pienso vivir aquí. Los míos vienen solamente de paso y a cumplir un fin piadoso. Cumplido éste, abandonaremos la tierra amada que por cada un recuerdo grato nos ha dado miles amargos en recompensa de esfuerzos y sacrificios. Yo necesito de reposo y asiento la necesidad de ser olvidado para disfrutar de paz y tranquilidad al lado de los que me aman. He ayudado a conquistar libertades, habiendo nacido libre vine aquí, no a llorar con los esclavos, sino a animarlos para que nos fuésemos al campo a conquistar la libertad; y al campo fuimos. El triunfo coronó nuestros esfuerzos, y alcanzado mi ideal no necesito de nada. No teman, nó, los que ambicionan puestos y honores; yo no les estorbo, pues nada ambiciono. El dictador se mete en casa. El campo queda franco.

Máximo Gómez

(64) Véase, más adelante, en *Apuntes diversos*, el artículo *Presidente en dos Repúblicas*.



PREVISION (65)

La libertad y la independencia de Cuba es la garantía de la libertad y la independencia de Santo Domingo. Tal es la situación de ambos países, por su vecindad y por los lazos que, por más de un motivo, los une.

Si los hombres de pensamiento y bien inspirados, de las dos Antillas, se preocupan de este pavoroso problema político, no deben descuidarse un momento en asegurar de una manera estable su independencia absoluta.

Se debe tener mucho miedo, primero a los pretextos y después al oro y a los cañones de los imperialistas del Norte.

M. Gómez

Santo Domingo, 25 Mayo 1900.

(65) Oel original. Album homenaje del Club político cubano 27 de Febrero, a su Presidente, Dr. Federico Henríquez y Carvajal, según acuerdo del 31 de agosto de 1897.



EN EL ALBUM DEL LISTIN DIARIO

Como toda obra humana, el periodismo en Quisqueya, así como en otras partes, marcha por su camino escabroso, cargado de defectos, deficiencias y destemplanzas, y labor del tiempo será la reformatión, así en las formas como en las ideas mismas, para que entonces esa gran palanca social que empuja y endereza, cumpla mejor su civilizadora misión.

Con todo, como el *Listín Diario*, periódico que siempre en las horas de mayores congojas y angustias para un pueblo hermano que se desangraba por su libertad, abogó sin miedo por causa tan justa, tiene ahora el derecho al agradecimiento y estimación de todos los hombres que profesen los principios de equidad y justicia.

M. Gómez

(1900)

(*Listín Diario*, S. D., 18 Nov. 1936).



LA VUELTA A MI TIERRA (66)

Después de largos años de ausencia de la Patria amada y volver a ella, sintiendo bajo nuestros pies la tierra que por doquiera nos guarda un recuerdo venerado, las impresiones que se experimentan sólo pueden apreciarlas aquellos que hayan pasado por el mismo trance. Pero su cede a veces aún más.

Cuando se vuelve después de haberse despedido con un adiós que se consideró eterno por haber emprendido un camino erizado de peligros; suspendido siempre por encima de los abismos, en donde apenas se descubría una tenue luz que al fondo arrojaba el cielo siempre claro para prometerse más premio que la conciencia del deber y el bien. Y cuando creer que en vez de sentirse una realidad viviente, se sufre la pesadilla de una imaginación exaltada. Luego se cuentan los compañeros muertos; preguntamos por los gloriosos desaparecidos, y solamente nos responden las solitarias tumbas con su silencio grave e imponente, sorprendiéndonos el misterioso motivo por qué han sobrevivido unos pocos a tanta ruina humana. Cuando recordamos aquellos instantes santificados pues nada santifica tanto a los hombres como la idea de la muerte en que dimos a la familia idolatrada el abrazo de despedida eterna; en que abandonamos en el hogar y con él a los seres más amados de nuestro corazón, en que se nos represen-

(66) Antes de regresar a Cuba, al terminar su primera visita a la tierra natal, ya terminada su vida de soldado, Máximo Gómez escribió este resumen de sus impresiones recogidas en su viaje apoteósico. Es una de las más emotivas páginas del Héroe. Se publicó en *Listín Diario*, No. 3243, S. D., 28 mayo 1900.



ta la visión de la Tierra que aquella noche poco a poco desapareció a nuestra vista engolfándonos en el mar de todas las desdichas, y después de todo eso al fin se vuelve, ganas nos da de pensar que todo aquello fué un sueño⁽⁶⁷⁾.

Al fin se está aquí.

Cuando la familia y los amigos, que para mí es lo mismo, nos colman de caricias, las mujeres y los niños con su angelical ternura nos abren sus brazos y riegan flores en nuestro camino, entonces como que de gozo el corazón quiere salirse del pecho y me ocurre que es una verdad la frase del honorable José Martí: “sin sonrisa de mujer no hay gloria de hombre”. Eso en el primer muelle del puerto de la Patria. Fué la Capital, que sus muros baña el Ozama, la primera que nos abre sus brazos y nos colma de caricias y nos honra dándonos la bienvenida. ¿Qué hemos hecho? ¿Qué de grande he hecho yo acaso para esta ovación popular inmerecida? Si no somos más que unos humildes viajeros, ¿para qué atruena el cañón, y por qué desde el muelle las calles y los balcones cuajados de gentes, nobles y altas, que ni nos conocen, agitan sus pañuelos para saludarnos? Fuera de vanidades; nada de orgullo, que somos muy viejos para desconocer las realidades de la vida. Es que este pueblo heroico, libre por el esfuerzo del brazo de sus hijos, siempre libre por la abnegación de sus hombres, por la virtud de sus mujeres, sólo ve en nosotros a los leales servidores del ideal que él también venera, y que tanta sangre y tantas lágrimas ha costado a la Antilla hermana. No, no es a nosotros a quienes se saluda; es a la bandera que traemos ensangrentada con la sangre de tanto héroe, esperando oír también de nuestros labios la interesante relación de tantos hechos gloriosos hasta el grito lanzado anunciando la final victoria. Es a Cuba a quien se saluda, y sepa ella agradecer eso, que no significa otra cosa que las palpitaciones del corazón de un pueblo

(67) El General alude a la salida de Monte Cristi, el 1 de abril de 1895, en compañía de Martí, Borrero, Salas, Guerra y Marcos del Rosario. En otros párrafos también alude a Martí y a los que, en Monte Cristi, ayudaron a los expedicionarios.



gratuitamente generoso, que supo sufrir con ella en sus días de desgracias, y ahora goza con sus triunfos.

Después, al dirigir el peregrino su rumbo al pueblo que guarda su cuna, pasa por San Cristóbal que le mimaba y también le acaricia; abreva su caballo en las aguas del caudaloso Nizao, y entra en Baní. Allí el amor y los recuerdos, suma inagotable de sublime riqueza para el alma que no se puede comprar y que una vez adquirida no se puede enajenar.

El Pueblo de Baní, casi está convertido en ciudad. El templo de madera que dejé es hoy de piedra, pero con los mismos santos, que piadosa, mi madre, me enseñó a adorar. Sáleme al encuentro la amiga de la infancia vieja y gastada más por los sufrimientos que por los años, y me siento conmovido por el llanto que de sus ojos brota al murmurar a mi oído "no creíamos verte otra vez", y todo eso dicho y oído al doloroso recuerdo del pasado! La montaña vecina, la pradera, el cerro, el río, todo nos habla ese lenguaje sin ruidos humanos que sólo así pudieran penetrar sus notas hasta el fondo del alma. Pero cuando se entra por la puerta ya carcomida de la casa, casi en ruina, la solariega de la familia ya muerta, ya esta casa se encuentra sola, desierta, piensa uno que ha bajado a una gran tumba. No es posible entrar allí sin descubrirse, como que es el templo puro y hermoso que guarda los recuerdos más venerados de nuestra existencia; de las primeras páginas de nuestra historia escrita con inefable ternura por el beso de la madre y las caricias de la hermana. Quién sería capaz de expresar esas impresiones que sólo son paz para ser sentidas en las soledades del espíritu! Ciertamente que los extremos se tocan; pues tal parece que las resurrecciones, como la muerte, tienen sus santas soledades aun circundadas por el mayor estruendo del alborozo humano. Yo nunca podré olvidar aquellos instantes. A veces sufrimos dolores que los sentimos dulces. Por fin le dije adiós a Baní, arrancándome de brazos que no sé si volveré a caer en ellos, y fuí despedido con lágrimas y sonrisas de tanta gente buena que me quiere.



Más tarde pasé por Samaná, la tierra bañada por el mar más hermoso de América y de las montañas fértiles más conocidas; aquí también el cariño y afecto del compatriota me fué prodigado a porfía. No olvidaremos jamás mi esposa y mi hijo la amable hospitalidad de los esposos Ernesto Schack y Eugenia Pitaluga; allí fuimos obsequiados con suma amabilidad y esplendidez.

El vapor que nos conduce continúa su viaje y toca en la culta y bella Puerto Plata. Por aquí he pasado otras veces, desconocido y desamparado, con la incógnita solamente, que es la única que cuadra a los que conspiramos contra la usurpación y la tiranía. Ahora no, porque la libertad de ambos pueblos, de Quisqueya y Cuba, ha enarbolado seguramente la bandera del orden y del honor entre los hermanos, y no hay que temer, ni asechanzas ni pequeñeces, ni miserias de ningún linaje; y hay que esperar que así suceda pues nada educa tanto a los hombres y a los pueblos, como sus propias desgracias.

La gente de Puerto Plata nos abrió también sus brazos, que ella ha sabido entender siempre el decoro político de los pueblos y el bien social por la independencia de carácter de sus habitantes cimentado en el trabajo; de ahí indiscutiblemente su progreso. El saludo ha sido cordial solamente por haber combatido defendiendo la causa del Derecho y la Justicia. En la efusión del cariño de hermanos, hubo alguien que me llamara grande y glorioso, y las mujeres como en otras partes, nos obsequiaron con guirnaldas tejidas con las flores de sus jardines. Escenas como estas que pasan en nuestra vida, no es preciso decirlo, han dejado en nuestros corazones, impresiones gratísimas y tan profundas que ni la ausencia, despiadada rival de los recuerdos, será suficiente a borrarlas de la memoria y el corazón. Adiós, dijimos a las doce de la noche a la gentil ciudad, perdiéndose poco a poco y a medida que el barco se aleja, la luz de su alumbrado hasta que por último sólo quedó visible un instante a nuestra vista la tenue luz de la farola, señalando el lugar de la ciudad dormida. Adiós, dijimos por segunda vez, y nos retiramos al



camarote, abrumados con el peso de la deuda de tantos cariños y consideraciones espontáneamente demostradas por aquella sociedad.

Amaneció y la luz ¡qué hermosa es! que se ha cambiado por la obscuridad que en noche tenebrosa y tétrica, me sirvió para ampararme como a un criminal prófugo, ahora me alumbra y consuela entrando al Puerto de Montecristi histórico. De aquí partimos seis y sólo han podido volver dos, que los demás allá quedaron, porque cayeron como buenos en el campo del honor. Y como si se tratara de cosas supremas, sublimes, pues qué valen la vida de los hombres ante la augusta majestad de los principios, hay que guardar encerrado en el pecho el recuerdo de aquella noche memorable. Como cuando en compañía de la gente amorosa del pueblo con su digno Gobernador, se entra por la puerta de la casa en donde se siente flotar el espíritu de Martí bravo y sapiente, de Borrero, Guerra y César arrojados, y sólo se siente vivo a Marcos del Rosario, el dominicano bravo, de pierna rota de un balazo, en Coliseo célebre; en donde se vé en el patio de esa casa cómo agita el viento las ramas del árbol que con sus propias manos plantó el amado y heroico Panchito; el aposento donde le dí a mi esposa y a mis hijos el último adiós, marchando para la guerra que es casarse o desposarse con la muerte.

Ahora, Montecristi que tiene su página gloriosísima en la historia de la guerra de la independecia de Cuba, así como no fué indiferente a proteger en cuanto pudo la salida de los batalladores, no lo es tampoco, no lo ha sido nunca para festejar con júbilo sincero, el regreso de los únicos supervivientes. La majestad sublime de la Historia que ningún poder humano puede profanar, hará mañana justicia espléndida a los hombres de la época presente, de la sociedad de Montecristi que le tendieron la mano a los seis combatientes que partieron de sus riberas a combatir en defensa de la libertad, después de haber lanzado desde allí un Manifiesto al mundo, avisando que el pue-



blo de Cuba se iba a levantar en armas para la conquista de sus derechos.

Inspirado en estas históricas realidades yo te abandono otra vez Montecristi, para volver, y mientras me llevo tus recuerdos y te dejo todo mi agradecimiento, rogaré al cielo por tu bien y tu prosperidad.

M. Gómez

(*Listín Diario*, S. D., No. 3243, 28 mayo 1900).



HASTA LUEGO

No es hora, aún, de dar las gracias a tanta buena gente que cariñosamente ha abierto sus brazos, en esta ciudad de los Duartes y los Sánchez, para recibirnos con amor de hermanos.

Me ausento para volver pronto, pues voy solamente a saludar a los míos, a abrazar lo poco que queda ya de la familia amada de nuestros mayores, a bañarme en las aguas cristalinas de mi río, a pisar por encima de aquella tierra que guarda mi cuna y los recuerdos de mi vida infantil, voy a Baní.

Y ya sé lo que puede suceder allí, que alguien entre sus recuerdos perdidos me recuerde, bien podrá notar los estragos que largos años de ausencia y tanta lucha cruenta me han causado, tantas amarguras del destierro y tristezas de la vida sufridas la han quebrantado, que no en vano ni impunemente se ejercitan siempre las energías: pero no han podido, ¡ah, eso nó! nunca, entibiar mi amor al pedazo de tierra donde ví la luz primera.

Como el desgraciado africano arrancado de su selva libre para hacerlo esclavo no puede olvidar nunca la vereda por donde anduvo, así yo, esclavo de los caprichos de mi destino que me alejó de esta Tierra, nunca tampoco he podido olvidar ni el murmurar de las aguas del Banilejo, ni la simpática y gallarda silueta que proyecta en aquel cielo, siempre azul, el Peravía.

Allá iré, emprendiendo mi marcha el jueves, a cumplir mis ardientes votos; mientras tanto, un adiós a los de aquí y hasta luego.

M. Gómez

(*Listín Diario*, S. D., abril 24 de 1900).



A LOS CUBANOS (68)

Al pasar, de prisa, por esta comarca querida, y de mis hermosos recuerdos, con rumbo a mi tierra natal, a recoger, quizá, el último suspiro de una hermana amada, no sabéis vosotros cuanto me siento agradecido a la cariñosa manifestación que me habéis hecho de vuestro afecto, al llegar al seno de esta culta sociedad.

El valor de todas estas cosas tan sólo puede apreciarse bien, o mejor, cuando se marcha por el camino de la vida, triste, acongojado o decepcionado; entonces, y sólo entonces, es cuando la mirada de la amiga, el apretón de manos del amigo, y hasta la ternura de los niños, nos sirven de consolador refuerzo para continuar la ruta.

Y es porque sabemos que no estamos solos en el mundo.

Me conocéis bien, hace muchos años, y no cuadra a la seriedad de nuestra vida hacer ahora, y en estos momentos, repetidas protestas de mi sincero agradecimiento.

Adiós, pues, y se despide de todos vosotros hasta la vuelta, vuestro compañero y amigo en todas las épocas.

Máximo Gómez

(68) Reinserto en *Listín Diario*, S. D., 18 febrero 1902, con la siguiente nota: "Al partir ahora de Santiago de Cuba, el General Máximo Gómez dirigió al Director de *El Cubano Libre* la siguiente carta en que expresa toda su gratitud por los obsequios recibidos en aquella ciudad".



NOSOTROS, LOS DOMINICANOS...

¿Qué se quiere?, nos ocurre preguntar después de tantas diatribas como se me dirigen por algunos periódicos.

Me dieron muchos palos cuando bogaba, pues parece que bogaba mal, y ¿por qué se me dan ahora, que no bogo?

Se ha olvidado que los remos fueron convertidos en astillas en el vendaval de las pasiones. Y entonces ni una queja.

Ahora concédaseme siquiera la sensatez y la previsión del viejo soldado que, al regresar de la campaña, pobre y ensangrentado, encontrando su hogar desamparado y triste ha jurado no meterse en otra.

Es preciso, para ser honrado, ser justo. ¿Cómo? Se me quiere hacer responsable hasta de la muerte, por accidente, del caballo del tranvía, porque yo vaya en éste.

Miren qué injusticia; lo mismo fuera ahorcar al final por señalar el crimen. Yo no estorbo ni perturbo, como tampoco tengo la culpa de haber sobrevivido a la matanza. Por mucho menos queremos todos a Pi y Margall y a Capdevila.

Oirlo bien. Sin caer en la infamia no se puede ser ingrato. Al negro Lilís, negro y todo, bastante le debe Cuba. Mucho cubano digno sabe que es verdad lo que yo digo. Pudo él haberle hecho mal a Santo Domingo, pero a Cuba le hizo mucho bien. Siempre es bueno hablar con miramientos y respetos de los muertos. Y sucede luego que vientos encontrados arrojan nuestra barca a extranjeras playas. Es inútil la diatriba; nosotros, los dominicanos,



somos leales, y en cuanto a mí, no será nada suficiente a borrar el amor que siento por esta tierra, por la cual tanto hemos sufrido los que desde un principio nos identificamos con sus dolores.

¡Y sobre todo, por Dios! suspéndase de la frente de este pueblo generoso y bueno, el insulto, para herirme a mí de rechazo. No somos culpables del pecado de amarnos en la Patria y de haber marchado juntos al sacrificio combatiendo ayer la usurpación y la tiranía, y hoy deteniendo en los umbrales del templo de las libertades, a los hipócritas.

Sólo en boca de la soberbia María Antonieta se oyó la palabra *hez*.

Máximo Gómez

(*La Lucha*, Habana, y *Listín Diario*, S. D., 21 ag. 1900).



EUGENIO M. DE HOSTOS

Eugenio M. de Hostos ha muerto en la Capital de Santo Domingo, República Dominicana.

Hostos vió la luz primera en Puerto Rico; pero por su corazón de republicano y su vasta ilustración muchos dominicanos, como a Heredia en Cuba, nos disputábamos ya la gloria de que este hombre fuese nuestro compatriota. Y era así: Maestro se le llamaba allí, título el más honroso y brillante que puede ambicionar un hombre. La juventud en masa, que es en donde se concentra la vida de los pueblos, lo aceptaba como a uno de de sus principales y cariñosos directores, y el cual, por sus enseñanzas en los primeros ramos del saber humano, llegó a conquistarse el afecto más puro y profundo de aquella sociedad entera.

En cuanto a sus ideas políticas pudo muy bien haber descollado como uno de los primeros estadistas de América. Yo, que hablé muchas veces con él en la íntima confianza de la amistad respecto a este particular, pude apreciar sus ideas; pero él nunca se sintió inclinado a esta clase de labor, aunque encantaba oírlo expresarse tratándose de la Independencia de las Antillas, suponiendo incompleto que lo fuera Cuba nada más; por eso Hostos ha muerto llevando en su corazón la pena profunda por la suerte que le cupo a su Puerto Rico en la última batalla librada en América por la libertad e independencia de dos pueblos. Me ligaban a Hostos grandes vínculos de amistad, de cuyo afecto me dió más de una vez pruebas inequívocas en circunstancias difíciles de mi accidentada existencia. Lo mismo que el doctor Betances, era para mí este hombre



una especie de mentor alumbrándome el camino con sus sabios consejos y robusteciendo mi fe y mi constancia cuando tratábamos de la redención de Cuba.

Un día, no he podido olvidarlo, me dijo estas palabras: "Cada uno por su lado tiene que trabajar y dar duro: tenemos muchas veces, aunque cueste sangre, que abrir campos de claridades. Las evoluciones muchas veces envilecen y cuestan más caro; por eso cuando se enarbola la bandera de la justicia y el derecho por las manos encallecidas del pueblo, es muy menguado aquel que piensa en el fracaso, porque se va derecho al triunfo".

Así pensaba Hostos.

Los dominicanos, que quizás tengamos muchos defectos, pero no somos ingratos, se han reunido alrededor de la tumba del Maestro y en la seriedad de aquella eterna separación y triste despedida, pusieron un poco de polvo y regaron lágrimas y flores sobre aquellos restos, y escribirán la historia, ellos mejor que nadie, de la vida de aquel hombre ilustre, cuyo recuerdo no olvidaremos nunca.

Y yo, que fui su amigo, siento, al lado de la pena que tal pérdida puede causarme, el simple consuelo, de que él escogió mi patria para soportar las amarguras de su destierro, y allí debajo de aquel cielo siempre azul y claro se labró su sepultura. No olvidemos nunca los dominicanos la memoria de nuestro mejor amigo Eugenio M. de Hostos.

Máximo Gómez

(El Mundo, La Habana, 5 de septbre 1903).



POR LA PAZ DE LA REPUBLICA

Honramos hoy las columnas del LISTIN con la transcripción de varios párrafos de una carta que desde su residencia de la Habana dirige en fecha 4 de los corrientes el ilustre General Máximo Gómez a nuestro Director, Señor Pellerano Alfau, a quien de largo tiempo distingue el esclarecido Caudillo del Ejército Libertador Cubano con su sincera amistad, preciadísimo timbre de que se enorgullece justamente el Sr. Pellerano Alfau y al cual rinde el más alto tributo.

He aquí como se expresa el preclaro compatriota :

“Aprovecho la oportunidad para decirle que me parece que se va acercando la hora de que cese en Santo Domingo ese estado de anarquía sangrienta en que hace largo tiempo vive ese heroico y virtuoso pueblo. Siempre lo había dicho a mis amigos. Los pueblos no se extinguen. ¡Existe Haití! Yo tengo la esperanza de ir a labrar allí, junto a mi cuna, la fosa en donde se han de depositar mis huesos, pero en la santa Paz del trabajo y del amor de los hermanos. No más guerra, no más guerra. La Paz es tan dulce y bienhechora, que merece se sacrifique en obsequio suyo algo de nuestro orgullo y de nuestras ambiciones, con racionales esperanzas de recuperar más tarde todo eso que el espíritu de las gentes turbulento u ofuscado puede estimar como pérdida, por medio del respeto exterior que conquistemos, por nuestros compromisos cumplidos, y de nuestro mutuo bienestar interior derivado de la Paz bien garantizada para propios y extraños.



“Se habla aquí de intervención americana, y hasta se me ha consultado a mí, pero yo he contestado *que eso sería lo mejor si se encuentra la forma de no lastimar en nada los intereses de ese Pueblo*. Si los americanos no saben eso, pudiera suceder *que fuera la medicina peor que la enfermedad* (69).

“Sin precipitar los sucesos, pues eso no se debe hacer en política, piensen todos eso”.

Más que a nada nos ha movido a transcribir esos párrafos del General Gómez el interés de que se saquen de ellos las enseñanzas que encierran.

Mídanse en todo su alcance los saludables preceptos que indica el viejo prócer de la libertad cubana, penetremos todos del elevado espíritu que informa el contenido de ellos, y no daremos al mundo el espectáculo triste que para largos meses ha ofrecido esta tierra infortunada. Ya es hora.

Reine, en verdad, esa *paz dulce y bienhechora* porque clama el eximio dominicano que fatigó en Cuba la victoria. La voz de ese anciano ilustre es insospechable, tiene por base su amor a la tierra donde se mecía su cuna y la caracteriza el desinterés.

(69) Estas ideas de Máximo Gómez, que hoy podrán parecer extrañas, pero que corresponden a la realidad dominicana de la época, no eran sólo de él. De ellas participaron hombres de cuyo patriotismo e ilustración no puede dudarse, como don Eliseo Grullón. Para terminar con la vergonzosa serie de revoluciones que diezaban el país, que era la aspiración del Soldado, Grullón estimaba conveniente para los dominicanos llegar a un acuerdo con los Estados Unidos, similar al de la célebre Enmienda Platt, que hasta hace algunos años mediatizaba la soberanía de Cuba. En su libro *Del Mediterráneo al Caribe*, S. D., 1905, p. 130, dice: “. . . acaso la conveniencia política a una con los ejemplos de libertad y de progreso que nos está dando Cuba sean motivos suficientes para inducirnos a concertar con aquellos —los yankees— una como Enmienda Platt que ponga coto a la anarquía del país y nos impida seguir destruyéndonos unos a otros, mediante las necesarias garantías recíprocas. . . Por lo dicho, veo que es Ud. partidario de la Enmienda Platt. . . Lo soy, porque me consta que ha sido salvadora para Cuba y creo que lo sería para Santo Domingo. . .” En la página de Grullón, *Visita al Libertador*, incluida en la presente obra, se refiere a su conversación con el General Gómez acerca de la situación dominicana en 1904.



Ya que en la contienda que asoló nuestros campos y segó tantas vidas útiles al triunfo ha coronado los esfuerzos de uno de los partidos combatientes, terminen de una vez para siempre estas guerras intestinas que no pueden sino labrar la desgracia del país y cerrarle el paso en la vía del progreso.

Abrazados todos y unidos en el amor a la Patria, dediquémonos a reconstruirla, a levantarla sobre los escombros que tantos errores hacinaron.

Oigamos la voz del ilustre Máximo Gómez. Pensemos en la Patria, y sólo en ella. Es hora.

(*Listín Diario*, S. D., No. 4446, mayo 21 de 1904).



MIS JUICIOS MANIFESTADOS CON LEAL FRANQUEZA A VARIOS DE MIS COMPATRIOTAS DOMINICANOS (70)

Le he dicho al Señor Presidente de la República, lo siguiente: “Está Ud. sentado sobre los escombros, o las ruinas más tristes que pudo nunca amontonar el mal entendido patriotismo de pueblo alguno sobre la tierra. Esa es en realidad la desgraciada historia que ha traído el país a su perdición, si, quebrantada nuestra fe, así pudiera decirse”.

De aquí resulta ahora, como dura, como muy dura consecuencia, el Laudo. Pero ¿quiénes pueden tener la culpa de semejante imposición? ¿Qué no se sabe a quien envilece más, si a quien lo impone o a quien se somete a los mandatos del Destino? A nadie, contestaría yo; porque sería muy poco sensato ponerse en estos momentos que se deben emplear en conjurar el mal o atenuarlo en buscar responsabilidades muertas que a nada conducen. No se debe recordar el pasado desgraciado y sombrío, sino para no cometer los mismos errores que ahora serían peores. Y si en estos momentos críticos de la historia de la familia dominicana, nos preguntáramos qué es lo que se debe hacer para salir airoso de situación tan angustiosa, yo respondería, con la mano puesta en el corazón: sólo cabe un procedimiento, que al propio tiempo envuelve decorosamente una resolución nacional grandiosa que dará respeto y consideración al país. Como lo obtuvo Francia a pesar de ser vencida por Alemania. Por ese rasgo de

(70) El General se encontraba entonces en Santo Domingo, en su última visita a la tierra natal. Estas patrióticas manifestaciones se publicaron en el *Listín Diario*, el 24 de octubre de 1904.



grandeza de los franceses, sucedió un momento en que todo el mundo se sintió francés. Se admiró más el desprendimiento y espíritu nacional del pueblo francés que la fuerza triunfadora de los cañones alemanes.

Sí, solamente una resolución honrada cabe en el pavoroso problema que nos agobia en estos momentos. Que sinceramente un abrazo fraternal una a los divididos dominicanos, separados por miserables rencillas, poniéndose todos al lado del gobierno para matar el Laudo, pagando a todo el que se le deba, como le conviene hacer a los pueblos honrados, salvando al mismo tiempo la independencia del país, seriamente amenazada.

Cualquiera situación de fuerza por insignificante que ella sea, de parte nuestra, sin cañones ni acorazados, sería mirada por todo el mundo como el quijotismo más ridículo. Por otra parte, no se pueden tener derechos plenos al honroso título de valientes sin que junto a esa virtud heroica encontremos también la más pura probidad.

El Laudo aquí, como la ley Platt en Cuba, es preciso matarlos, haciéndolos innecesarios y nulos, lo que se conseguirá, cuando se consiga que desaparezcan las causas que los han creado.

¡Atrás el extranjero!

Hermoso grito es ese, que demuestra el espíritu viril de un pueblo, pero ¡ah!, primero es preciso pagar.

No se puede nunca perder la fe cuando se piensa hondo en la patria redimida por todos y para todos: es así que es ahora la obra acabada del verdadero patriotismo, de la abnegación más completa, que dejaría detrás el gran espíritu nacional francés frente a la desgracia de Sedán y las armas triunfantes de Alemania, que a pesar de su arrogancia de vencedora no le fué posible humillar tanta grandeza francesa.

Y si por acaso a alguien se le antoja decir o pensar ¿quién eres tú? ¡Ah! Yo también desde edad muy temprana aprendí a amar a esta tierra que guarda mi cuna y como el africano, no podré olvidar nunca ni las aguas de mi río, ni el eco de mis montañas.

Máximo Gómez



ACERCA DE MAXIMO GOMEZ

MAXIMO GOMEZ Y LA REVOLUCION DE CUBA

Por E. M. DE HOSTOS (71)

Prueba halagüeña del generoso espíritu que anima a los revolucionarios cubanos, es el hecho de haber aclamado como Jefe del nuevo movimiento, al General Máximo Gómez.

Después de las tres personificaciones malogradas de la revolución, Céspedes, Aguilera y Agramonte, ningún otro hombre la personificó tan denodada, tan tenaz, tan viril, tan honradamente como Máximo Gómez. En cierto modo, y a los ojos de aquellos que vemos en la revolución de Cuba el primer paso de una evolución más trascendental, Máximo Gómez fué una personificación más absoluta del propósito recóndito de la Revolución.

Cuba quiso entonces y quiere ahora ser independiente; pero Cuba no puede ser independiente, sin que Puerto Rico lo sea también, y las dos grandes Antillas aún españolas no pueden ser independientes, sin que, en el acto, surja un problema continental: ¿ a qué ascendiente obedecerán las dos entidades nacionales? ¿ al ascendiente latino, o al sajón? Y para que no malogren el fin histórico

(71) Este artículo figura en nuestra obra *Hostos en Santo Domingo*, C. T., 1939. No aparece en la obra *Hostos y Cuba*. Colección histórica cubana y americana dirigida por Emilio Roig de Leuchsenring. La Habana, 1939, en la cual hay numerosas alusiones al Guerrero.



que todas las Antillas están llamadas a servir, y en vez de constituir elementos favorables al Norte o al Sur del Continente, constituyan la fuerza equilibrante a que las destinan su posición, su litoral, su potencia económica y su potencia intelectual ¿cómo han de organizarse? ¿en sociedades aisladas, o en naciones federadas?

Como es claro que al porvenir de la civilización importa poco una o más naciones sin objetivo humano, y le importa mucho una nación capaz de secundar el humano propósito de hacer cada vez más extensa la civilización del hombre, claro es también que el fin histórico de las Antillas no es constituir fracciones de sociedad, sino reunirse en la sociedad una y total que geográfica e históricamente constituye.

Por lo tanto, cualquiera en cualquiera de las Antillas que no sea su patria nativa, puede tener una grave trascendencia en la vida y en el porvenir de las demás Antillas, siempre que ese antillano sepa utilizar en bien de todos su influencia. Y ésta será tanto más trascendental cuanto más trascendente sea el hecho a que concurre.

Así, cuando un antillano que no es cubano, como Máximo Gómez no lo es, llega a influir tan poderosamente en un momento de la vida antillana tan trascendental como es la evolución de Cuba hacia su independencia, ningún otro hombre, ni aún siendo cubano, personifica, tan bien como él personificaba el recóndito propósito de la revolución.

Desde ese punto de vista, que es el más vasto y desde el que más vastos horizontes se columbra, Máximo Gómez es la personificación más absoluta que ha tenido la revolución de Cuba. Otros antillanos no nacidos en Cuba y consagrados en cuerpo y alma al triunfo de la Independencia en Cuba, han personificado tan absolutamente como Máximo Gómez el principio esencial, la independencia de las Antillas, y el objetivo final, la confederación de las Antillas, que serán resultado histórico de la independencia de Cuba: hasta más absolutamente que él han personificado ese o esos antillanos no nacidos en Cuba el principio y el objetivo de la revolución, puesto que él o



ellos han sido los que han enarbolado la bandera de la confederación, que materializará ese ideal; pero nadie ha tenido la fortuna de militar tan victoriosamente como Máximo Gómez en favor de ese propósito, y a él toca la gloria que merece de terminar la primera meta del camino; ya tocará a los otros el dolor que ha de costar el hacer practicable ese camino.

Por eso, bien es que mientras los hombres de pensamiento continúan en su saludable oscuridad, goce de su brillante notoriedad el honrado hombre de acción; bien es que mientras esos otros antillanos lo secundan, el gran dominicano inicie la obra a que tan fiel ha sido.

Por haberle sido fiel en la desgracia y por haber sido en la hora de ruina para todas las esperanzas uno de los que notablemente levantó la cabeza por encima de las ruinas, Máximo Gómez merece la honrosa confianza que en él han puesto los cubanos. Merécela también por haber sido uno entre los mejores caudillos militares de la guerra de los Diez Años y por haber hecho iguales sus virtudes de ciudadano a sus aptitudes de soldado. Pero, sobre todo, merece la confianza de los cubanos, la nuestra, la de las Antillas, porque representa en la revolución de Cuba el brazo armado y la conciencia militar del ideal de las Antillas.

¡Y que la República Dominicana deje sólo en tal obra a tal hijo...!

Santo Domingo, 1881.



EN LA TIERRA NATAL, 1885

VICE-CONSULADO DE ESPAÑA
EN PUERTO PLATA

Puerto Plata, 26 oct, 1885 (72)

Señor Cónsul de España en Santo Domingo,

Señor Cónsul:

Muy señor mío: tengo el honor de participaros a V. S. la grave e importante noticia de la llegada a esta ciudad hace tres días, del cabecilla Máximo Gómez, el cual llegó a Monte Cristy según se me ha informado el día 12 del corriente en una goleta con bandera inglesa, acompañado de otros cinco individuos y procedentes todos de Jamaica.

A su llegada a Monte Cristy, tuvieron noticia de la presencia del *Concha*, en estas costas, en probable regreso a aquel puesto que acababa de abandonar, y la salida para Fort Liberté por esta causa de los 17 cubanos llegados de Islas Turcas, de lo cual informé a V. S. en mi despacho número 106 del 16 de este mes, y que debían reunirse con Máximo Gómez en Monte Cristy, habiendo resuelto ante el temor de un aparecer de nuevo el *Concha* y en la duda de si sus planes son conocidos, pasar Máximo Gómez

(72) Del original. Archivo de E. R. D. Al margen una nota manuscrita que dice: "Recibida octubre 31 de 1885 por vapor *Saxon*. Contestada el 31 noviembre 1885 con el No. 192, por el *Puertorriqueño*". En su *Diario de Campaña*, pág. 199 y siguientes, hay noticias de su llegada a Monte Cristi y de su paso por Santiago y Santo Domingo.



a Puerto Plata, a donde ha llegado según dejo manifestado a V. S. el día 23, haciéndose el viaje por tierra acompañado de un titulado ayudante, y habiendo marchado los otros cuatro compañeros que con él ha traído de Jamaica, a reunirse con los cubanos que fueron a Fort Liberté.

Según se me comunica, estos sucesos son consecuencia de los trabajos hechos este verano, desde la venida el 28 de Junio del Doctor Carbonell de Puerto Rico, y se me asegura que la expedición que proyectan, intentan realizarla desde Monte Cristy o sus inmediaciones, sospechándose que sea desde el pequeño puerto de la "Isabela" en el cabo de el mismo nombre, encontrándose por el momento diseminados e indecisos en su resolución, por temor al cañonero, por lo que considerando urgentísima la vuelta de dicho buque a estas costas, a la vez que informo de cuanto ocurre con esta misma fecha al Exmo. Señor Gobernador General de la isla de Cuba, lo hago también al Exmo. Señor Comandante General de la Provincia de Santiago de Cuba, con el fin de anticipar todo lo posible el regreso del *Concha* si se encuentra en aquel puerto, e igualmente lo comunico hoy al Señor Cónsul de España en Port au Prince, por las disposiciones que pueda tomar para vigilar a los cubanos que han pasado a Fort Liberté y para averiguar la resolución que adoptan en los proyectos que traen a estas costas.

Dios guarde a V. S. muchos años. B. L. M. de V. S.
Su más atento y S. S.,

Narciso Pérez Petinto



MAXIMO GOMEZ

Por RAFAEL ABREU LICAIRAC

Henchido el corazón de patrio orgullo, trazo el perfil de uno de los más ilustres hijos de este suelo.

¡Máximo Gómez! Significa ese nombre una epopeya de diez largos años, extraordinaria consagración a la causa de la libertad, un gran carácter de temple antiguo, una gloria militar de esas singularísimas de nuestra América.

Hay naturalezas predestinadas a lo grande; hay hombres en quienes eso que llaman imposible ejerce irresistible atracción. Uno de ellos es el dominicano insigne que en la heroica Cuba empuñó las armas en el año 1868, en el memorable año de Yara, en ese villorrio que fué la cuna de la revolución cubana.

Las primicias de su carrera militar obtúcolas nuestra patria en su guerra con Haití. Temprano diéronse a conocer las energías del novel soldado y sus militares y estratégicos instintos. Faltaba, empero, el teatro, la ocasión, el momento psicológico. No habían de tardar en ofrecerse al joven oficial, ese teatro, esa ocasión y ese momento.

Cuba levantó la abatida frente, movió los entumecidos brazos del esclavo, desafió al poder colonial de España y emprendió la cruzada que redime, enaltece y dignifica.

Allí estaba señalado honorífico puesto a Máximo Gómez. Ocuparlo y distinguirse, obra fué de poco tiempo; pisar el primer peldaño de la escala militar, y ascender siempre con honra, hasta llegar a la cima donde se dis-



tinguen las hermosas perspectivas de la gloria, tal fué el resultado de aquella ejemplar consagración a la independencia de la hospitalaria tierra cubana.

Máximo Gómez contribuyó poderosamente a iniciar en Cuba lo que podemos llamar la gran guerra, la de audaces planes, la de estratégicas combinaciones, la que exige el concurso de todas las armas, la que moviliza grandes masas humanas y las disciplina en breve tiempo, la que sabe aguerrirlas y darles la moral que asegura las victorias y vence los obstáculos.

Fué Máximo Gómez uno de los más notables caudillos de las huestes cubanas y aquel cuyo excelente golpe de vista militar y lúcido sentido político rayaron tal vez más alto en la guerra separatista de los diez años.

El convenio del Zanjón interrumpió su brillante carrera y le arrancó del teatro de sus hazañas. Aquella tregua impuesta por el desacuerdo de los jefes revolucionarios y por las funestas preocupaciones de raza, que para siempre deben extirparse en el libre suelo americano, acaba de romper la incomparable tenacidad de los separatistas. El optimismo español ha sufrido terrible desengaño: lo que juzgó un imposible, yérguese como realidad tangible, a la clara luz del día y con las alarmantes proporciones de inaccesible volcán en erupción.

Máximo Gómez, cual otro Cincinato, trocó, después del Zanjón, el hierro destructor de la guerra por la herramienta agrícola, que fecundiza y crea. Viósele regresar al seno de la patria resignado y fuerte: fuerte con la fuerza de los vencidos, resignado con la resignación de los que saben esperar. En su elevado pensamiento agitábase un ideal: la independencia política de Cuba; en su grande alma, una resolución: consagrar su vida al logro de ese ideal.

Y lo ha probado con esplendidez, sacrificando la tranquilidad del hogar a la agitación del combate y exponiendo su vida a las iras y al despecho coloniales.

Más de sesenta años de edad, las rudas pruebas del guerrero, los insomnios del revolucionario, las febriles excitaciones de la esperanza, como que debieron haber abatingido hasta a un coloso...; pero Máximo Gómez es como



esos robles seculares que doblegar no puede el vendaval; no le abrasa el fuego de la pasión ni le abate el mismo furor de la adversidad...

Suena un tiro en Cuba, entáblase nuevamente la lucha, y el veterano siente hervir en sus venas la belicosa sangre dominicana y encenderse en su noble pecho los ardores de la libertad. Apenas han transcurrido dos meses, cuando débil esquivo atraviesa el revuelto Canal del Viento y desembarca en Cuba al caudillo militar de su redención política.

Máximo Gómez ha pisado tierra cubana después de haber burlado la tenaz y ensañada persecución de un cruzado activo y vigilante. Una verdadera odisea ha sido la realización de semejante proeza: la traición, el espionaje, la celada; todos, todos esos reprobables medios se han estrellado en la inquebrantable firmeza, en la heroica resolución del viejo soldado, endurecido en los peligros, en los afanes y en las luchas.

Allí está cual formidable atleta en los campos de la gran Antilla: cano el cabello, pero firme, penetrante y reluciente la mirada; de porte sencillo y modesto, pero de corazón de fuego y de voluntad de acero. No es, nó, el sexagenario débil y vacilante que nos pinta la apasionada fantasía de sus enemigos: su cuerpo es todo nervio, su alma, encendida ascua; aquel está curtido por el ardiente vaho de las batallas; ésta, incesantemente soplada por el poderoso aliento de la predestinación, que quiere hacer, del célebre dominicano, otro Sucre, cuando no otro Bolívar.

Presto, muy presto, resonará en el mundo entero la fama de sus grandes proezas; presto, muy presto, sentiremos exaltarse el noble orgullo nacional, con los triunfos y con las glorias de nuestro ilustre compatriota!

18 de julio de 1895.

(*Mi óbolo a Cuba*, New York, 1897).



LA GUERRA SANTA DE CUBA

Por EMILIANO I. AYBAR.

Corría el mes de junio de 1885: visitábamos entonces la Perla de las Antillas. La guerra en Cuba oscurecía el horizonte político. El audaz Limbano Sánchez, impaciente, no podía contener la idea de libertar a su pueblo, a su Cuba querida; la idea germinaba no sólo en su cabeza, sino en su corazón de patriota abnegado.

Limbano, desobedeciendo al plan de espera, se había lanzado al campo insurrecto con un puñado de patriotas. El pueblo cubano no quería revuelta, quería sí guerra de principios que obedeciera a la brillante idea de emancipación, de independencia; guerra que obedeciera a la unidad de acción y a un plan hábilmente concertado; por eso no acogió en su regazo el inútil sacrificio del audaz e intrépido Limbano, y aquel corazón esforzado se vió solo, desamparado de los extraños y abandonado de los suyos, pagando con la vida tanto arrojo temerario. El martirologio de Bonachea y demás compañeros que precedieron al desembarque de Limbano, debieron servirle a éste de triste lección.

¡Es preciso saber esperar! El actual momento histórico debió ser la oportunidad de Limbano: hoy Cuba quiere la guerra porque la idea está encarnada en todo corazón cubano.

Era el mes de julio del 85.

Kingston, la alegre y bulliciosa capital de Jamaica, era por entonces la patria adoptiva, o más bien la residen-



cia del ilustre dominicano, general Máximo Gómez. Allí había ido este egregio caudillo de los 10 años cual otro Cincinato, a descansar de las rudas faenas del combate, llevando limpias las manos y la conciencia limpia para entregarse personalmente a las labores agrícolas, después de haber despreciado el oro corruptor que el general español Martínez Campos le ofreciera cuando el convenio del Zanjón. Fué entonces que tuvimos la alta honra de conocer a esta gloria centemporánea, a este hijo de nuestro suelo; poniendo, desde aquel momento, junto a su corazón de patriota abnegado y generoso, nuestro corazón entusiasta por todo lo grande, por todo lo noble; pues es grande y noble luchar por la independencia de un pueblo que batalla por alcanzar la libertad, precioso tesoro que es don divino, alma del alma, y emanación de Dios.

Una tarde, en el Parque de Kingston, departíamos con el general Gómez y recayó la conversación sobre los sucesos de Cuba, entablando el diálogo siguiente:

—¿Cree usted, general, que el movimiento de Limbano encontrará eco y hallará acogida entre los habitantes de Cuba?

—No, contestó el general— la impaciencia de Limbano le hará caer víctima de su temeridad; es preciso esperar. Cuba no quiere ahora la guerra, la querrá a su tiempo, cuando haya probabilidades de éxito.

—Y, ¿para ese tiempo, irá usted a Cuba?

—Sí, iré, contestó lacónicamente el general.

—Hablemos con franqueza: ¿qué se propone usted de la guerra?

—Yo, seguir las huellas de Sucre, pues ese es mi héroe inmortal; pero mis aspiraciones las limito a ver a Cuba independiente —pues es la patria de mis hijos y la segunda mía— después de mi adorada Quisqueya.

Conseguido el triunfo no aceptaré ningún destino público, por más que la gratitud de los cubanos así lo quiera, pues yo me contentaré con que mis compatriotas —los dominicanos— que visiten por entonces a Cuba, sean bien mirados y respetados, como son respetados y bien mirados los franceses que visitan los EE. UU. del Norte América,



todo en memoria de los servicios prestados por Lafayette a la independencia de aquella hoy opulenta nación.

Aquí terminó el diálogo; pero lo confesamos, tal razonamiento nos hizo comprender que el hombre que así piensa no es el hombre sediento de mando ni codicioso de dinero; sino el hombre ávido de gloria, pero de esa gloria que inmortaliza y que se trasmite de generación en generación conservándose en el libro precioso de la historia y en el corazón de sus conciudadanos.

Hoy el general Gómez se encuentra en Cuba, allí se le acoge entre vítores y aclamaciones.

Gómez supo esperar. Parece que la hora de la redención de Cuba se acerca: el pueblo cubano quiere hoy la guerra: dígalos si no Gómez al frente de 15000 combatientes que pasean impunemente el rico departamento del Camagüey. Los Maceo con 8000 que recorren el Oriente de la isla y un sinúmero de jóvenes que marchan decididos al teatro de la guerra a combatir por la patria irredimida.

(*Listín Diario*, S. D., ag. 14 de 1895).



ORGULLO NACIONAL

Por RAFAEL ABREU LICAIRAC (73)

Cuando del seno de una nación, pequeña y calumniosamente deprimida como la nuestra, surge un Máximo Gómez, exclamarse puede con alborozo y noble orgullo: Aún hay patria!

Verdad es que nuestra historia contemporánea carece de relieves de grandeza; verdad es que a nuestras guerras de emancipación política siguió largo período de contiendas civiles, con su séquito de bastardas ambiciones, de personalísimos intereses y de torpes reacciones; verdad es que todo ello ha gravitado sobre los destinos de esta tierra, mortificando su altivez y abatiendo un tanto su virilidad; también es cierto que, como forzosa consecuencia de lo dicho, sufrido ha el antes sobrio, enérgico e independiente carácter de los dominicanos. Pero qué es

(73) Este artículo, publicado en el *Listín Diario*, en 1896, fué reproducido en el mismo periódico el 25 de febrero de 1902, precedido del siguiente párrafo, alusivo al Guerrero, entonces en su Patria:

“Hace seis años que conmemoraba el *Listín Diario* el primer aniversario del grito de Baire! Hace seis años que, con la brillantez que su pluma bien cortada acostumbra, nuestro consecuente colaborador, el ilustrado hombre público don Rafael Abreu Licairac, trazó a grandes rasgos los perfiles de la alta fisonomía moral del invicto caudillo de la libertad cubana, General Máximo Gómez, ahora accidentalmente entre nosotros. Seis años han transcurrido desde que, por ese mismo artículo, fueron reducidos a prisión su autor y el Director de este diario, que además fué suspendido en su publicación durante quince días, por orden superior, sucediéndole *El Diario*. Al recordar esa memorable fecha de nuestra vida periodística, no podemos dejar de reproducir el artículo que fué su determinante”.



todo ello en suma? Una flaqueza transitoria, un pasajero eclipse de virtudes y cualidades que tornarán a lucir esplendorosamente en un medio que las vió personificadas en sus héroes y en sus prohombres de otras épocas.

No hay razones para dudarle siquiera. Máximo Gómez está demostrando, en la patria de Martí, cuán privilegiado es este suelo en la producción de hombres de gran inteligencia y de gran corazón. Su ejemplo despertará digna emulación y marcará derrotero, recto y despejado, a las aspiraciones de bien, de luz, de libertad y de progreso.

Los rasgos de su privilegiada inteligencia, de su gran valor, de su sin igual abnegación, pasman de asombro al mundo entero: no hay un solo rincón del planeta, iluminado por la radiante luz de la civilización, donde no se pronuncie con entusiasmo su glorioso nombre, donde no se comenten sus grandes acciones, donde no se venere al jefe ilustre de la revolución cubana.

La gloria que sobre nuestro país refleja el hijo eximio que ha puesto a raya la soberbia de uno de los mejores ejércitos europeos, del varón ilustre que presto arrancará, de la secular monarquía española, la más preciosa y preciada joya de su corona, que presto proclamará el definitivo triunfo de una causa redentora; esa gloria es inmensa, pura y sublime, como puro y sublime es el móvil que ha impulsado al gran antillano a repetir, en el presente, las proezas de aquellos redentores que la antigüedad ofrece como luminosos faros, a la humanidad de hoy.

Máximo Gómez es la encarnación rarísima, excepcional, en esta época de egoísta positivismo, de las grandes virtudes de los Arístides, Cincinato y Catón.

En vano tratarán, el raquitismo de la envidia y la furia de la pasión, de amenguar la grandeza de su talla moral y política; en vano pugnarán los oficiosos defensores de España, por herir la brillante reputación de quien la tiene resguardada con brillante pulimentada coraza, en la cual chocan y resbalan, inofensivos, los emponzoñados dardos de la calumnia.



Máximo Gómez está allí, en Cuba heroica, cubriéndose de gloria y de gloria cubriendo al pródigo suelo que le diera vida, que le acogiera, después de su primera campaña en Cuba, para suministrarle nueva vigorosa savia, nuevos y poderosos alientos.

Allí, en aquella hermosa tierra, su segunda patria, realizando está prodigios; allí verá, en breve, cumplido su ideal sublime: la redención del pueblo más heroico de América.

¿Qué importa que una turba de fariseos y de ignorantes iconoclastas pretenda mancillar y destruir el ídolo de la América independiente? ¿Qué importa que la audacia y el despecho de unos cuantos Sanchos de la integridad territorial de España, sugestionados por la rabia de la impotencia, vuélvanse, airados y maldicientes, contra la egregia personalidad del insigne dominicano?

Lo mismo daría hacer muecas al sol; lo mismo daría pretender oscurecer sus luminosos ardientes rayos.

Nuestra patria puede, debe felicitarse y enorgullecerse de haber producido un héroe más, un eminente repúblico, un gran soldado, y nosotros, los dominicanos, exclamar alborzados: Aún hay patria!

24 de Febrero de 1896.



APUNTES LIGEROS SOBRE LA VIDA DEL ILUSTRE MAXIMO GOMEZ

Por L (74)

Fué mecida su cuna por las suaves auras de Baní; allí creció, y empezó su carrera, sirviendo como soldado raso en las filas libertadoras que combatían contra el tirano de occidente. Más tarde concluída la guerra y hecha la anexión del país a España, se levanta en el Sur el tristemente célebre Pedro Florentino, y Gómez, para precaverse contra las depredaciones que este forajido y sus secuaces venían cometiendo contra los ciudadanos pacíficos, tuvo, como la mayoría de los que en esa parte del país habitaban, que unirse a los españoles para combatir a esa horda de bandidos.

De aquí que más tarde cuando se levantaron los patriotas Pimentel, Monción y otros, en la región del Cibao, y él quiso unirse a ellos, de aquí repito, que fuese rechazado y tachado de traidor.

Colocado en tan falsa posición, no tuvo más remedio que seguir a los españoles al hacer el desalojo de la isla y embarcarse para Cuba, donde bien pronto dió muestras de que era hombre digno, liberal de corazón y que odiaba el yugo que oprime a un pueblo noble y grande, digno por todos conceptos de ser libre.

Unióse a los insurrectos y de tal manera combatió por la santa causa de la Libertad, que bien pronto fué una de las primeras figuras de la revolución.

(74) Tal vez Leopoldo Montolio.



Concluída la guerra de los diez años con el fatal tratado del Zanjón, retiróse a la vida privada en Monte Cristo y allí pasó varios años laborando y haciendo propaganda a favor de Cuba libre, hasta que al fin sonó la hora y acompañado del inmortal Martí, vuela a ocupar el primer puesto en las filas del ejército libertador, y ya allí, secundado por los valientes patriotas, los hermanos Maceo, Roloff, Sánchez, Borrero y mil otros, acosa, desbarata como lo hizo en Peralejo, a las huestes españolas mandadas por el general de más prestigio que tiene España: Martínez Campos.

Después, relevo de éste, venida del General Weyler, nuevas derrotas...

¿Y mañana? fácil es predecirlo: el desalojo total de la isla... El árbol de la Libertad irguiéndose en El Morro, para proclamar al mundo que: en América no hay esclavos ni señores.

¿Cuál será el fin del ilustre guerrero, honra y prez de la patria dominicana?

Sólo Dios lo sabe.

(*El Deber*, Santo Domingo, 1896).



MAXIMO GOMEZ

Por E. M. DE HOSTOS

Máximo Gómez, dominicano de nacimiento, cubano de gloria, antillano de aspiración, americano de sentimiento y conexión, es hombre universal, por la celebridad de que mercedamente gozó durante toda la primera guerra de Independencia en Cuba.

Pero si la celebridad lo hizo universal; si el sentimiento y la convicción lo hacen patriota de todas las patrias americanas; si su aspiración lo hizo antillano, y su devoción a Cuba lo hizo cubano durante los diez años, no puede negar que es dominicano. Aunque quisiera negarlo, que ni quiere, no podría.

Durante la guerra, como durante el breve tiempo en que yo lo conocí, dió pruebas terminantes de aquella astucia que el peso del coloniaje desarrolló en todos los pueblos abrumados por él, y que después, la servidumbre de la vida ha desarrollado de un modo a veces aterrador en los pueblos que más han batallado por constituirse.

Entre éstos, el más combatido ha sido el pobre pueblo que habita la porción oriental de la hermosísima isla que tanto amó Colón, y que aman todos cuantos en ella han vivido el tiempo necesario para apreciar sus méritos. Entre ellos no está la franqueza de carácter; pero, en cambio, está la firmeza del propósito.

Sin medios ni recursos, sin armas ni dinero, se propusieron en 1844 libertarse de los haitianos, y se libertaron; en 1863, sin dinero ni armas ni auxiliares, se propu-



sieron independizarse de los españoles y se independizaron.

Pues bien, como su pueblo, es el notable caudillo dominicano; reservado, astuto, sutil y firme en sus designios, como lo está el sistema insular de las grandes Antillas en su basamento submarino; no haya miedo que Máximo Gómez abandone la empresa en que cifra la gloria de su nombre y el bien futuro de la familia cubana que ha formado.



QUIEN ES MAXIMO GOMEZ

Por E. M. DE HOSTOS

Como no todos los días se presenta a la vista de todos en el campo de batalla, no es rostro tan familiar a las muchedumbres excitadas como lo era el de Maceo; pero es seguro que no se escribirá la historia de las campañas de Máximo Gómez sin que los tácticos, los prácticos, los patriotas de todos los países, los políticos de todas las escuelas, menos las del mal, sientan, confiesen, declaren honda y reflexiva admiración al soldado, al ciudadano y al político.

Ya en la pasada lucha del Decenio hizo el papel del primero, que obligatoriamente desempeña un hombre de primer orden en el momento en que las circunstancias lo descubren.

Ese momento llegó para Máximo Gómez en una hora de desolación. Había muerto Agramonte, y se necesitaba otro tal hombre como había sido el austero patriota que incorporó la juventud cubana en las legiones libertadoras. Máximo Gómez era jefe de las fuerzas de Oriente, y fué llamado a comandar el cuerpo de ejército que Agramonte había dejado huérfano en Puerto Príncipe.

Fué un aluvión, un incendio, un vendaval. La rapidez de sus movimientos sorprendía y paralizaba al enemigo, como el vendaval sorprende y paraliza a los barcos que luchan con la tormenta; inauguró la campaña de la Tea, y de todas partes se le veía al resplandor del incendio que él mismo, concienzudamente, fomentaba; realizó el plan



de la invasión a Occidente; y después de pasar la Trocha de Júcaro a Morón, penetró inopinadamente en la zona del azúcar, en los risueños cañaverales, en las tierras enriquecedoras del distrito de Colón, y espantó a Cuba Española, como espanta el aluvión.

Fué entonces también el primero que dió batallas campales, y el ruido de las derrotas que impuso a las tropas españolas en cien puntos distintos, pero sobre todo en *Las Guásimas*, le dieron la jefatura efectiva del Ejército Libertador.

Entonces era joven; tendría tal vez unos 45 años de edad, y aunque batallaba con sujeción al plan, más le gustaba campear o batallar, que seguir paso tras paso el plan que había trazado.

No por eso faltaron en su obra militar de aquellos días las dos grandes virtudes de guerrero que él poseía en grado eminente, y que ha enseñado a los cubanos: la prudencia en el avance y la oportunidad en el ataque.

Esta admirable manera de resistir y combatir que tiene el Ejército Libertador de Cuba, mezcla de táctica fabiana y de estrategia lautarina, combinación intuitiva ha sido de la mente de Máximo Gómez, que ha dado al ejército cubano la superioridad intelectual sobre el ejército español, y que ha hecho posible la desigual contienda entre sesenta mil ciudadanos que han aprendido combatiendo a combatir, y doscientos mil soldados disciplinados profesionalmente para la guerra ofensiva y defensiva.

Cuando llegó la triste hora del Zanjón, sintió que era extranjero; y si no fué de los primeros, no fué de los últimos que dejaron la responsabilidad de aquella innecesaria tregua a los mal aconsejados hijos del país que la pactaron. Pudo quedarse; la autoridad omnipotente del capitán general de Cuba quiso que se quedara; pero se estrelló contra la inflexible resolución del caudillo. Prefirió la vida errante a la vida adulada de un explotador de circunstancias, y salió pobre, desamparado, casi indigente, sin rumbo fijo, sin meta conocida, sin más propósito que salvar el nombre y las virtudes de patriota que habían ennoblecido y exaltado su conciencia.



Fué a Jamaica, a donde poco antes habían salido de Cuba a esperarle los cubanos de su hogar: su esposa y sus hijos.

De Jamaica fué a Honduras, en donde el Presidente Soto, que había sido amigo nuestro en la emigración de Nueva York, y que siempre ha sido un partidario ejemplar de la independencia de las Antillas, le encomendó la organización del ejército hondureño.

De Honduras salió, dejando puesto, pan y paz, por motivos de los que mueven a los patriotas virtuosos; parece, si no me induce a error la memoria, que no quiso tomar parte en una guerra civil o en una lucha contra hermanos.

Allí lo pierde de vista mi memoria: nada sabía de él, cuando, en 1885, junto con los rumores de una nueva tentativa de revolución en Cuba, llegó Máximo Gómez a Santo Domingo, la capital de la República Dominicana.

Llegó a dos puertas de mi casa, a la de un patriota —soldado de la guerra magna, a un caserío de patriotas expatriados, entre los que domaban su nostalgia las familias del doctor Ayala, del general Silverio del Prado, del general Serafín Sánchez y Carrillo, Mayía Rodríguez y otros más, que daban ejemplo de laboriosidad, honradez, y dignidad, mientras esperaban la hora de dar otra vez su sangre al suelo patrio.

II

Estando en Santo Domingo, estaba en su patria, Máximo Gómez es dominicano.

A una jornada de la capital hay una villa muy pintoresca, habitada por gente hospitalaria, que se llama Bani. De allí es, y de allí salió en sus mocedades el que había de ser uno de los más esforzados libertadores de “la más hermosa tierra que ojos vieron”...

¡Qué singular destino suelen dar las circunstancias a los hombres que son capaces de aprender en las horas adversas las lecciones que han de aprovechar en las favorables!



El actual jefe del Ejército Libertador de Cuba comenzó su vida pública peleando contra la independencia de su patria.

Como Narciso López, que antes de sacrificar su vida por libertar a Cuba esclava, había combatido al lado de los españoles contra su patria, Venezuela, Máximo Gómez batalló contra los suyos en la segunda guerra de Independencia que han tenido que sostener los dominicanos.

Bueno es decir que, en el fondo de aquella lucha contra la anexión, hubo una lucha de partidos, como una guerra civil dentro de una guerra nacional. Muchos que pelearon al lado de los españoles, no peleaban por España, ni contra la República Dominicana, sino por Santana, el presidente que había efectuado la anexión, y contra los enemigos de Santana.

De esos tal vez fué Máximo Gómez. El hecho es que sirvió como oficial del ejército de ocupación que el gobierno español tenía en la anexionada República.

Como premio a los sacrificios que hicieron y de las dotes que mostraron, los republicanos salieron triunfantes, recobraron la soberanía de su tierra, las instituciones de su república, el goce de su antigua libertad civil, y el ejército de ocupación salió de Quisqueya, como llaman, con mejor nombre que el oficial, a la buena patria de Duarte, Luperón y Máximo Gómez.

Este salió con el ejército español y se fué a Cuba.

Allí empezó para él, como años antes había empezado para Narciso López, lo que llamaremos la expiación de la buena fe.

Lo mismo que el gran lancero venezolano, puesto en Cuba, aprendió con dolor de su conciencia que se había engañado absolutamente en todo, y que la democracia de España en América, lejos de merecer el esfuerzo de un hombre de buena fe, sólo es digna de condenación y oposición; así Máximo Gómez, puesto a ver y palpar las deformidades del coloniaje, lo condenó en el fondo de su enérgica conciencia.

Desde el año 65 en que llegó a Cuba con los vencidos de Puerto Plata y de Santiago de los Caballeros, hasta el



10 de octubre de 1868, en que estalló la primera gran revolución, Máximo Gómez había tenido tiempo de aprender a odiar en Cuba el régimen de opresión y depresión que mal aconsejadamente había sostenido en su patria.

Cuando los cubanos decidieron romper la coyunda, Gómez fué uno de los americanos que tomaron las armas, y de entre todos ellos, y de entre todos los auxiliares que tuvieron los cubanos de 1868, el que más brillantemente se distinguió.

Concedor de los hombres, al volver en 1885 a su patria, se condujo con el tacto necesario para no comprometer al gobierno ni excitar sospechas entre los hombres públicos del país. No obstante, fué encarcelado, y hubo necesidad de ponerlo sano, salvo y justificado, a distancia de los que lo habían perseguido.

Eso no obstante, cuatro o cinco años después reaparece en su país, y se establece en los campos vecinos de la ciudad y puerto de Montecristi, en la costa Norte de la Isla.

Allí fué a buscarlo Martí, y allí lo encontró dispuesto a secundarlo.

Fueron juntos a Cuba, estuvo a punto de perecer junto con el noble organizador de la Revolución, y se puso inmediatamente a la obra. Debía organizar el ejército del centro, si quería realizar su plan de llevar la guerra al occidente de la Isla, y fué lo que hizo en ocho meses de trabajo, empeños, esfuerzos, diligencias, inteligencia, entusiasmo sentido y entusiasmo transmitido.

Estaba como ahora está: silencioso, retraído, oscurecido. De pronto, rompe el silencio, sale del retraimiento, se pone a la luz y todo el mundo lo vé al frente del Ejército Libertador, comandando la soberana marcha que la historia militar del último término del siglo XIX con-



servará como el hecho más digno de admiración que las armas han realizado en estos días.

Es muy probable que Máximo Gómez vuelva pronto a sorprender al mundo y a dar en qué pensar a los peritos en el arte y ciencia de la guerra.

Santiago de Chile, 1897.

(La República Cubana, París, abril 8 y 15, 1897).



LA UTOPIA

Por TULIO M. CESTERO.

Glorioso, invencible, poseído de la locura del heroísmo, enamorado de la libertad, Máximo Gómez, dominicano, nacido en Baní —pueblo en cuyas praderas eternamente verdes, y suaves montañas, suena aún la flauta de Virgilio— combatiendo en la urente manigua de Cuba, hace real, palpable, la utopía de la Confederación Antillana.

En la tragedia sangrienta de la conquista, Hatuey, el cacique de Higüey, acosado, ebrio de cólera, encarnando en Cuba el alma rebelde de Quisqueya, hace positivo y práctico el ensueño azul de aquella Confederación.

Hatuey y Máximo Gómez, son al través del voluptuoso mar Caribe, que entona algo así como un himno insurrecto, el puente ideal, el abrazo de hermanos que une a Santo Domingo y a Cuba.

Martí, dijo: “Las Antillas libres salvarán el honor de la América latina y el ya dudoso de la América inglesa”. El noble y altruísta Maestro inmolado al ideal, soñaba!

Pero Máximo Gómez, glorioso, invencible, poseído de la locura del heroísmo, enamorado de la libertad, triunfante en la urente manigua de Cuba, consagra y hace real y palpable, positivo y práctico el ensueño azul, la utopía rosa de Martí y de Hostos y de todos los antillanos que piensan y sienten generosa y noblemente!

Santo Domingo, 1897.

(Revista *Cuba y América*, N. Y., 15 dic. 1897).



MAXIMO GOMEZ

El nombre de este guerrero extraordinario es ya familiar en todas las regiones del planeta. Las revistas militares europeas —principalmente belgas y alemanas— han seguido, paso a paso, sus operaciones asombrosas y no hace mucho tiempo el Príncipe Constantino lo tomaba como punto de comparación para enaltecer las cualidades de Smolenski, el mejor, quizás el único general del ejército helénico.

Gómez es ya más que una gloria cubana. Como San Martín y Bolívar, ha logrado extenderla a toda la familia hispano-americana que mira en él a una de las personificaciones más hermosas de la raza. Lo primero que observamos en su obra militar es una manifestación inusitada de aptitudes opuestas que demuestran la flexibilidad maravillosa de su genio. Recuerda a Aníbal cuando toma la ofensiva y a Fabio Contemporizador cuando se defiende.

Naranja, Palo Seco, Moja Casabe, Las Guásimas, La Sacra, etc., son pruebas evidentes de la efectividad con que ejecuta; el plan de la invasión de la profundidad con que combina; su permanencia en la Provincia de la Habana, rodeado de columnas que parecían brotar de todas partes, de la serenidad con que sabe maniobrar sin tener otros choques que los que a su voluntad conviene provocar.

De vuelta al Camagüey, estrecha durante cuarenta y ocho horas, dentro de un círculo de hierro y solamente con cuatrocientos cincuenta hombres, a los mil quinientos de Jiménez Castellanos. Poco después, repite la operación en



Sabana de Lugones, donde el jefe español mandaba un cuerpo de seis mil soldados de las tres armas. Pasa luego la Trocha de Júcaro a Morón con mil y pico de hombres y situándose en el potrero La Reforma, desde fines de diciembre hasta la fecha, resiste imperturbable a la avalancha de veinticinco batallones guiados por el indigno Weyler, sin lograr removerlo de su campo de acción, circunscrito a cuatro leguas de terreno.

Estas hazañas que parecen fabulosas, han colocado la reputación del Gral. Máximo Gómez a una altura incomparable, porque ningún general en jefe de los que han legado páginas famosas a la historia del Nuevo Mundo ha peleado con tantas desventajas, ya respecto a la cantidad de los contrarios o ya con relación a los demás elementos imprescindibles en la guerra. Los cubanos luchan en la escala de uno a diez y siempre escasamente pertrechados por razones que son harto notorias. Además, la configuración geográfica de Cuba, les veda hallar una base central de operaciones. Larga y estrechísima la Isla, se presta admirablemente para que el español corrija, con el auxilio de sus barcos, las dificultades que ofrecen las comunicaciones por la vía terrestre y mueva sin obstáculo sus tropas hacia el lugar que le interesa. Fuera de esto, posee las poblaciones que le brindan asilo siempre que el cansancio, la derrota o algún propósito estratégico lo piden. Maneja, también, los ferrocarriles, fonógrafos y heliógrafos, se apoya en las fortalezas, se parapeta tras las trochas, beneficia las rentas del país, realiza cuantiosísimos empréstitos, vigila las costas, tiene hospitales fijos para sus heridos y despista la opinión universal con el monopolio del cable y de la prensa.

De la otra parte, vemos a un ejército pequeño, obligado a racionarse y pertrecharse por el esfuerzo individual, venciendo obstáculos inauditos para poder comunicarse, sin hospitales permanentes y hasta privado del estímulo que engendra el conocimiento de sus victorias, pues las más ruidosas y fructíferas sufren largos paréntesis de silencio antes de trascender al exterior.



Y, sin embargo, ese pequeño ejército no ha cedido ante la enorme muchedumbre que solamente con su peso material debió aplastarlo. Vivo y pujante no ha podido ser lanzado de sus antiguas posiciones y ha gastado, sin lesión ostensible para él, tres Generales en Jefe y doscientos mil soldados españoles. La Historia no podrá nunca desconocer tan estupendo resultado, y, al fijarse en el caudillo que ha tenido el honor y la gloria de mandar a nuestros heroicos libertadores, pondrá sobre sus sienes el laurel de los mayores capitanes, premio debido al insigne general cuya envidiable ancianidad ha florecido con otra primavera de su genio, al patriota honradísimo que, según la feliz expresión del Dr. Borrero Echevarría, “es el primer cubano, sin haber nacido en Cuba”.

{De la revista *Cuba y América*, New York, dic 15, 1897)



UNA FIESTA DOMINICO-CUBANA

Las banderas parecían animadas de una extraña vida y los vítores fueron entonces como nunca estruendosos. Frente a la casa del Sr. Eleucipo León un grupo encantador de Señoritas arrojaba al paso de la procesión innumerables flores, agitaban las banderas, disparaban por centenares los cohetes etc., aquello era verdaderamente hermoso (75).

Frente al palacio del General Heureaux, de la casa de D. Jaime Vidal, Ministro de Correos y Telégrafos, y de la del General Figuereo, así como frente a la casa de las hermanas del General Máximo Gómez, que lloraban de emoción, la manifestación llegó a términos de entusiasmos tales, que sobrepasan a toda ponderación. Aquello fué decididamente el colmo del arrebató. Cada sentimiento americano por la libertad tuvo un grito de expansión.

Cada héroe tuvo un recuerdo en los afectos del pueblo y sonaban mezclados los nombres de los héroes de ambos pueblos. No se hubiera podido decir exactamente si se vitoreaban héroes dominicanos o héroes cubanos. Se fundían en el mismo entusiasmo Pimentel y Cabrera, Luperón y Heureaux, Gómez y Céspedes, Duarte y Sánchez,

(75) Este fragmento de reseña —muestra de la fraternidad dominico cubana— se publicó en el *Listín Diario*, 17 de agosto de 1898. Otra reseña en la revista *Letras y Ciencias*, del 20 de agosto. En la crónica se alude a un discurso del periodista José Contreras Ramos, recogido en su opúsculo *Notas varias*, Santo Domingo, 1898, con el siguiente título: *Discurso pronunciado por el Señor José Contreras Ramos en la Plaza Independencia en la tarde del 16 de agosto en el acto de coronar el busto del egregio Libertador Máximo Gómez.*



Mella y Estrada Palma, el *Listín Diario* y el Cónsul Americano, la República Dominicana y Cuba Libre. El Gobierno Dominicano y el Gobierno Cubano.

La procesión siguió su marcha de triunfo y de gloria. Al pasar frente al entusiasta amigo del *Listín*, Sr. Julio Pou, éste la recibió con una tronada inmensa de luces, cohetes, tricritraques, etc., a que respondían atronadores vivas y vítores de la multitud entusiasta.

Al pasar la procesión por la casa del señor Manuel Calás, fué obsequiada con algunos refrescos que se tomaron por las glorias de la República Dominicana y por Cuba Libre; pasó luego frente a la casa del Señor Oliva, por el Club Unión y en todas partes era recibida con obsequios y alegres exclamaciones. No menos de mil personas iban dando cuerpo al sentimiento de simpatía y patriotismo que inspiraba aquella fiesta del civismo.

La fiesta del *Listín Diario* vino a ser por modo inesperado, la piedra de toque de dos sentimientos que estaban aquel día aparentemente eclipsados.

Había ocurrido un suceso que sin que tuviera ninguna relación directa con las fiestas de la Patria, influyó luego en ellas de una manera importante. Causas pequeñas suelen a veces determinar grandes acontecimientos. En días anteriores a las fiestas patrias había publicado el *Listín* un telegrama en que se decía que España había firmado el Tratado de Paz. La colonia cubana, como era natural, se entregó a las legítimas expansiones que tal noticia produjo. La bandera cubana se izó en todas las casas ocupadas por cubanos y simpatizadores, y por las calles se manifestó alegremente el sentimiento de gozo que el gran suceso llevaba al ánimo de todos los que amamos ante todo y sobre todo la libertad americana... Las banderas cubanas estuvieron izadas todo el día.

Como, por lo visto, aquellas banderas iban a permanecer izadas, la policía pidió cortésmente a los cubanos que al descender su bandera por la noche, no volvieran a izarla hasta tanto viniera la noticia OFICIAL de haberse firmado la paz.



Los cubanos atendieron a la invitación de la policía; pero sintiéndose contrariados parece que acordaron no izar más la bandera cubana, y así sucedió a pesar de haber llegado el telegrama con el aviso oficial; pero como en eso llegaban las fiestas del 16 de Agosto, el pueblo dominicano veía con disgusto que los cubanos a quienes ha acompañado con sus decididas simpatías durante toda la campaña cubana, no vinieran con él a compartir su gloriosa fiesta; la sociedad dominicana, en fin, se sentía quejosa. Había en pie un doloroso conflicto y no era fácil solucionarlo. Pero la colonia cubana no quería ni podía aparecer ingrata con el pueblo dominicano y no podía naturalmente aceptar la queja de éste. Se notaba la inquietud semejante a la de dos hermanos que riñen cuando se quieren mucho y luego se reprochan a sí mismo por haber sido tan severos.

Los cubanos al fin acordaron celebrar una Asamblea para estudiar la situación y proceder en consecuencia. La Asamblea duró dos horas. Allí se expusieron todas las razones que había en pro y en contra de la actitud de retraimiento, se dió cuenta de la verdadera situación, de los sentimientos de simpatía invariable del pueblo dominicano, de actos de galantería realizados por el gobierno y por el Sr. Presidente en favor de algunos cubanos, de la actitud caballerosa de las Autoridades Superiores de la República, y en consideración a todo ello, se acordó izar las banderas el día 16 y tomar parte en las fiestas del pueblo dominicano como una prueba de gratitud y simpatía hacia él.

Al día siguiente la ciudad amaneció cuajada de banderas de todas las nacionalidades y entre ellas lucían profusamente sus colores la nacional y la cubana.

Y al medio día del mismo circuló con el retrato del General Gómez una hojita que decía así:

“La Colonia Cubana de esta Capital invita al pueblo dominicano al acto de la coronación del busto de Máximo Gómez, como tributo de admiración al valiente guerrero, acto que se celebrará en la Plaza Independencia, partien-



do la comitiva de la Plaza de Colón, a las 4 en punto de la tarde.

Después de la coronación, se dirigirá a las oficinas del *Listín Diario* en manifestación de gratitud a él por su devoción a Cuba y a la sociedad dominicana que representa”.

Esto era ayer. A las 4 de la tarde se reunía en la Plaza de Colón la orquesta de Figueroa, numerosas banderas cubanas y dominicanas. En un carruaje iban la Señorita Clotilde León vestida de la República Dominicana, la Señorita Mercedes Amiana de República Cubana y al frente el joven Tomás Muses, de Uncle-Sam. En otro carruaje iba la Señorita Mercedes Angulo vestida de la República Americana y la Señorita Cisneros de la República Haitiana. Se llevaban muchos estandartes, y entre éstos el del *Listín Diario*, escudos, etc. La procesión era tan nutrida que ocupaba enteramente las calles por donde pasaba.

Se dirigieron a la Plaza Independencia pasando por el histórico Baluarte del Conde.

En el centro de la plaza se había instalado un estrado cubierto de banderas y flores y sobre el cual lucía el busto del General Máximo Gómez. Las dos señoritas que representaban a Cuba y a la República Dominicana ascendieron al estrado. El Señor Eduardo Betances pronunció un patriótico discurso muy bien dicho y las bellas jóvenes coronaron el busto de Gómez con una gran corona de laureles, por la que corría, entrelazándola, una cinta con los colores nacionales. La Plaza estaba materialmente llena de gente. Aplausos atronadores respondieron a aquel tierno y patriótico acto. Habló luego el Señor Tulio Manuel Cestero y Andrés Julio Aybar, ambos inspirados en tonos de veneración a los héroes; pero el discurso magistral fué el de Contreras Ramos, que fué, puede decirse, un Himno de amor a la libertad americana. Frente al Baluarte del Conde se elevaba el Baluarte que el amor de los cubanos levantaba al Generalísimo Máximo Gómez, y por sobre aquel, como una de esas señales bíblicas con que Dios habla a los hombres cuando les habla de paz, trazaba el sol la brillante curva de un arco iris. Al descender aque-



llas dos niñas americanas el busto de Máximo Gómez coronado por el amor de dos pueblos, comenzaba la Fortaleza a disparar los últimos veinte y un cañonazos de rigor de aquel día. Parecía una salva de honor al viejo guerrero dominicano. Eran las seis de la tarde. Y retornó la procesión. Julio Pou la recibió con una tempestad de cohetes y fuego. En las ventanas de su casa lucían dos grandes cuadros, Martí y Gómez en grupo y Cuba ascendiendo a la gloria, guiada por la libertad. La multitud desenganchó de allí aquellos cuadros y se los llevó en procesión, entre banderas, músicas, vivas y vítores, cada vez más estruendosos, cada vez más patrióticos. Dirigióse la procesión al *Listín*. Venía a pagarle la deuda de gratitud contraída para con este periódico. Nuestras oficinas, que son amplias, como se sabe, apenas pudieron dar cabida a una pequeñísima parte de los concurrentes. La calle, todo el tramo de la calle, estaba invadido por la numerosísima concurrencia. Y el *Listín*...

¿Cabe pintar cuanto aquí pasó, y somos nosotros los que debemos pintarlo? ¡Imposible! Baste saber que nuestro Director, grandemente emocionado, dando apenas forma a las mil ideas que bullían en su mente pronunció las siguientes breves palabras:

“Señores: Me siento impresionado. Me siento feliz y satisfecho. La gran demostración de afecto que con vuestra visita acabáis de darme, me llena de legítimo orgullo y de verdadero entusiasmo. Cuba, Señores, la Antilla de los grandes heroísmos, la hermana idolatrada de Mi Patria, la Isla de tantos infortunios y de tantos héroes, ha logrado al fin, después de tan inmenso sacrificio, venir a la vida independiente, a la condición de Nación libre.

Yo, señores, que la he amado y que la amo con toda mi alma, yo que he dedicado a la santa causa de su libertad tres años de consagración, de servicios y de labor, no he hecho otra cosa sino cumplir con un deber y de ello me siento satisfecho. Brindo, señores, por Cuba libre, brindo por los mil y mil héroes que han luchado en esa brillantísima epopeya que quedará grabada con caracteres de oro en las preciosas páginas de la historia de la libertad ame-



ricana y brindo, en fin, por la memoria de Martí, el Apóstol, por la de Maceo, el héroe legendario, y por la gloria del compatriota egregio a quien acabáis de coronar en efigie con el laurel de la victoria.

Por todos ellos, señores”.

Habló luego el Dr. César A. Mármol.

Trozo inspiradísimo de patriotismo y elocuencia, no podemos ni debemos dejar de publicarlo; pero nos viene ya estrecho el espacio para publicarlo hoy; mañana lo conocerán nuestros lectores.

Al retirarse del *Listín* la procesión dirigióse entonces a la casa del Cónsul americano, al Palacio del General Heureaux, a la morada del Ministro Vidal, a la de Manuel Calas, a la de las hermanas de Máximo Gómez y parece ya inútil decir que fué por dondequiera que pasaban motivo para la explosión intensa de todos los entusiasmos.

Frente al balcón del señor Vidal el entusiasmo no tuvo límites. Muchas damas que allí había repetían sin cesar las aclamaciones y a cada una de ellas respondía la comitiva con nuevos y más entusiastas vítores.

Alguien gritó: ¡Que vivan los jurones y los tocineiros! Y a este grito respondió una tempestad de aclamaciones ensordecedoras.

¡Oh, qué hermoso, qué magnífico espectáculo han dado ayer los dos pueblos unidos de Cuba y Santo Domingo! Muy pocas veces en la vida hemos visto entusiasmos más delirantes y manifestaciones más intensas de patriotismo y simpatía y ello nos regocija profundamente, no sólo porque aquí en la redacción somos dominicanos y cubanos los que en conjunción de ideas hace tiempo que venimos consagrándonos a la simpática causa de la libertad americana, sino porque esta fiesta, que más que nacional es antillana, ha sido, puede decirse, engrandecida por las iniciativas particulares del *Listín*, que ha venido a ser en este caso —más acaso que en todo el largo tiempo que ha consagrado a la comunión de sentimientos con los pueblos hermanos— el chispazo que ha hecho brotar el incendio de los entusiasmos contenidos por el rigorismo de las conveniencias diplomáticas; que ha dado forma al sen-



timiento popular, provocando esta simpática fiesta en que se han fundido en uno solo dos pueblos hermanos.

El Programa oficial es la fiesta rígida, es el soldado que marcha a compás, es la bandera que se iza al son de la trompeta, es el número non de los cañonazos, es el discurso que se lleva impreso a la recepción palaciega y en que cada palabra ha sido cuidadosamente estudiada para que no lastimen el nervio auditivo del cuerpo Diplomático y Consular; pero en todo esto hay algo seco; la rigidez académica de todos los actos, los entusiasmos de reglamento carecen siempre de esa bella espontaneidad que hace tan amables las fiestas verdaderamente populares, en que no se cumple más programa que el de no cumplir ninguno; y así resulta la fiesta con todas las novedades de lo inesperado y con toda la variedad de lo que nace sin la previa reglamentación de oficio.

Por eso esta fiesta ha tenido un carácter de excepcional belleza; por eso ha sido más que el cumplimiento del programa de los festejos sin programa; pero tanto como faltaba programa sobraba entusiasmo y alegría que le impartían notas simpáticas y características.

El *Listín* está satisfecho de su obra. El Pueblo dominicano debe estar satisfecho de la suya y los cubanos, con razón, orgullosos y satisfechos de la de ellos y de la nuestra.

E pluribus Unam Sic-Semper.



EN LA TIERRA NATAL, 1900

I

En honor de Máximo Gómez

Como que ya se acerca el día en que deberá llegar a esta ciudad el ilustre dominicano cuyas glorias han llenado los anales de la historia americana contemporánea, la Primada de América se prepara a recibir digna y entusiastamente al hijo que vuelve a su seno, después de larga ausencia, cargado de los laureles conquistados en cien batallas reñidas por la libertad humana.

Y para el mejor efecto de esa recepción popular va a constituirse, según los informes fidedignos que tenemos, una Junta de festejos que la compondrán varias personas distinguidas de esta capital, y la cual resolverá y preparará cuanto deba y pueda hacerse en obsequio del viejo y gloriosísimo soldado, del insigne Libertador de Cuba.

Al aplaudir esta buena idea, el *Listín*, que siempre pone sus entusiasmos del lado de todo lo que sea noble, levantado y patriótico, ofrece sin reservas su contingente moral y material para contribuir al mayor lucimiento de la proyectada recepción.

(*Listín Diario*, No. 3168, S. D., feb. 19 de 1900)



II

Máximo Gómez

Por un telegrama recibido por el hijo del insigne dominicano, cuyo nombre encabeza estas cortas líneas, escritas con toda premura, se sabe que el martes próximo llegará a esta ciudad el invicto caudillo de la Revolución gloriosa de Cuba, el héroe de la libertad americana.

Aunque viene escaso el tiempo, algo hay que hacer para demostrar al anciano ilustre el afecto y la admiración que los dominicanos tienen al hombre, cuyas proezas como militar y cuyas virtudes como ciudadano han llenado de gloria a su patria originaria.

Preparémonos, pues, a saludar aunque no sea más que con vítores, al dominicano que viene cargado de los laureles de la victoria y de la fama de las más preciadas virtudes republicanas.

(*Listín Diario*, No. 3211, S. D., abril 14 de 1900).

III

Al Pueblo de la Capital

Mañana al amanecer, fondeará en nuestro puerto el vapor en que, abrumada la frente por lauros inmortales, vuelve a la patria Máximo Gómez, el vencedor, el héroe, el capitán insigne que cerró el gran siglo de la revolución americana, abriéndolo con el esplendor de victorias gloriosísimas y escribiendo acaso la última página en la epopeya de nuestro continente.

Día, ese, de júbilo y de fiesta para la patria de Sánchez, como que la exaltó con su renombre el paladín y edificó el cimiento en que se alzara un día, pujante, la República antillana; la juventud de la ciudad histórica hace un caluroso llamamiento al pueblo de la capital para ir a dar entusiasta y noble bienvenida a quien es lazo de



unión indestructible entre la patria de Duarte y la patria de Carlos Manuel de Céspedes, de Agramonte y de Maceo.

Vístanse de gala nuestras calles, llénense de flores las manos de nuestras damas, prepárese, entusiasta, la ciudadanía, y al dar las bandas de música de la ciudad la feliz señal de que se acerca a nuestras playas el guerrero, corramos todos a su paso a rendirle el homenaje de nuestra admiración y nuestro amor.

La Juventud de la Capital.

NOTA: He aquí los acuerdos que sabemos se han tomado hasta ahora para recibir el héroe:

6 montantes superiores, disparados desde la plaza de Colón, anunciarán al pueblo la proximidad del vapor en que viene el Gral. Gómez.

La Comisión de los Poderes Ejecutivo y Legislativo, Las Sociedades, la Juventud, el Batallón "Ozama" y el Pueblo de la Capital, reunidos en la Plaza de Colón, se dirigirán al muelle, acompañados de dos Bandas de Música.

Al desembarcar el Gral. Gómez la Ciudadela le saludará con las salvas correspondientes.

En el muelle le dará la Bienvenida al egregio dominicano el Señor Eugenio Deschamps, a nombre del Gobierno y de la Juventud, y la señorita María Nasica le ofrecerá una corona de laurel vivo en nombre del *Listín Diario*.

Las distinguidas damas Mercedes de Aybar, Aina de Hostos, Octavia de Vidal, Georgia de González, Natalia de Báez, Santos de Jiménez, en unión de selecto grupo de señoras y señoritas recibirán y acompañarán a la señora esposa del Gral. Gómez.

De este punto se dirigirá la manifestación hacia la Sociedad "Amigos del País", subiendo por la cuesta del Correo, doblando por la calle de las Mercedes hasta la del Comercio, y siguiendo por esta última, hasta el local de la sociedad citada.



En él, y a nombre del mismo Centro, ofrendará al glorioso compatriota una corona de laurel vivo y flores naturales, el señor Enrique Deschamps.

Acto seguido se efectuará un brindis en honor del ilustre huesped, después de lo cual le acompañará la manifestación hasta la casa destinada a hospedarle.

Por la noche, el Gobierno Nacional obsequiará al ilustre dominicano con una retreta extraordinaria frente al *Club Unión*, donde dicho Centro le festejará con una recepción. En este acto hará uso de la palabra el señor Miguel Angel Garrido, a nombre del Gobierno y del Club.

NOTAS: Se invita a la juventud y al pueblo a un paseo cívico esta tarde, a las 4 y media. Punto de reunión: Plaza de Colón.

El *Club Unión* invita a todos sus miembros, a sus respectivas familias y a todas las personas que acostumbran frecuentar sus salones, para una recepción en los mismos al esclarecido repúblico, mañana en la noche, a las 8 en punto.

La Juventud tiene el honor de invitar a izar sus respectivos pabellones a los componentes del honorable Cuerpo Consular de la Capital.

Para el lucimiento de los actos de mañana, habrá alumbrado eléctrico en la ciudad.

Hoja publicada hoy a las 12 m.

(*Listín Diario*, No. 3212, S. D., abril 17 de 1900)

IV

Máximo Gómez

El vencedor de cien combates, coronado por la aureola del triunfo, realizado en la historia de América con el mismo título que discernieron a Bolívar la verdad y la justicia, llegará mañana a nuestras playas.

Viene del Panteón, después de haberse reído de los dioses falsos; viene del combate, después del asalto a la



ciudad del César y de la conquista de una nueva nacionalidad en la cuenca mejicana.

¡Qué hermoso es llegar así, entre aplausos y coronas, perseguido por la admiración del mundo que no se cansa de enhebrar laureles y diamantes para su frente!

La ciudadanía, el espíritu de todos, muévense con actividad de justicia, con idea de apoteosis, para recibirle. Del dominio público son ya las disposiciones tomadas para este acto imponente, las cuales publicamos en nuestra edición de hoy.

El *Listín* se complace, se siente hondamente satisfecho, en haber sido uno de los primeros en la iniciación del festival de mañana.

Y así como ayer le siguió con ojos de admiración en sus grandes hechos de guerra, así como cantó sus glorias de luchador, exáltale hoy, dedicándole una corona de laurel que, en nuestro nombre, le ofrecerá la espiritual e inteligente señorita María Nasica, quien ha aceptado con sonrisas y cariño la galante comisión.

(*Listín Diario*, No. 3212, S. D., abril 17 de 1900)

V

Máximo Gómez

Su llegada a Santo Domingo. Homenajes en su obsequio

Desde el día 14, fecha en que se recibió el telegrama anunciando la llegada del General Gómez, la ciudadanía, irspirada en los sentimientos de la más viva admiración por el ilustre prócer de las glorias cubanas, movióse con esa actividad febril que provoca el deseo de rendir satisfactorio y digno homenaje a un hombre ilustre, honra y prez de la historia americana.

En una hoja volante, dirigida "A la juventud y al público", el Director del *Listín* y el entusiasta joven Enrique Deschamps, a la vez de comunicarles la fausta nueva invitábanles, para el próximo día, a una reunión en los



salones de la sociedad "Amigos del País" con el fin de organizar allí la recepción del ilustre caudillo, señalada para el día 17 del que cursa.

Este llamamiento de honor bastó para que desde ese instante, nacionales y extranjeros, unidos en un mismo sentimiento de regocijo, se apresuraran a contribuir, con dinero y honrosos tributos al solemne acto.

Contrariedad

Cuando se ultimaban el día 16 los preparativos para este festival, la casa consignataria del vapor "María Herrera" recibió un telegrama fechado en Santiago de Cuba, comunicándole que éste no llegaría a este puerto hasta el 18, a las 6 de la mañana.

Motivo de contrariedad fué esto, al principio, en el ánimo público, rehabilitándose al pensar que le quedaba más espacio para hacer más digna su obra. Y pensando así creció el entusiasmo, y se dispusieron nuevos obsequios para el esperado huésped.

La Juventud

Suscrita por "La Juventud de la Capital", por esta culta representación del adelanto intelectual de la patria, circuló ayer tarde una hoja, nueva excitación de entusiasmo al público, y comunicación de lo acordado hasta esa hora por los varios gremios sociales de la localidad para la recepción del héroe.

Paseo Cívico

A los mágicos sonos del Himno Nacional fué repartida esta hoja. Un número respetable de personas de todas las clases sociales componía el grupo entusiasta, bastando esta demostración pública para que banderas nacionales y extranjeras decoraran en seguida los balcones de la ciudad.



Aspecto de la Población

La ciudad ha despertado hoy más temprano que nunca, vestida de gala, especialmente en el trayecto que habrá de recorrer el General Gómez y su comitiva, esto es, el que media entre el Muelle y el local de la sociedad "Amigos del País" en el Parque Colón.

Cuajados de damas y adornados de flores, armónica confusión de bellezas y perfumes, están en su espera, los balcones y tejados de la vía indicada. Ha habido despojo en los jardines, tal es la profusión de cestos embalsamados que llenan aquellos, dispuestos para volcarse, por manos femeniles, y formar alfombra de pétalos y de hojas frescas al paso del héroe.

Impaciencia

El viejo y decrepito reloj público da las 6, hora indicada para la llegada del "María Herrera". Pero al ver el pueblo que transcurren media, una y otra hora y la Vigía no da la ansiada señal, dispérsase en grupos por las calles que ha de transitar el ilustre deseado, con esa impaciencia febril de los que esperan y piden al transeunte la explicación del retardo que los intranquiliza

La Nave a la vista

Así, bajo estas impresiones nerviosas estaba la ciudad entera cuando a las 10.30 a. m. la Vigía anunció a la Dirección del *Listín* que la nave estaba a la vista. Esta Dirección ordenó inmediatamente que se dispararan los 6 voladores de grueso calibre convenidos, primer saludo de fuego al hombre de hierro y a la nave que le trae a nuestras playas y que parece que, orgullosa de su carga, abrevió su andar dilatando sobre las aguas sus perezosos balanceos.

El efecto del aviso

Las detonaciones de los 6 voladores repercutieron en todos los ámbitos de la ciudad, como grito de alerta, y



como si hubiera sido la voz de “firme” en un ejército. Este aviso alborotó el entusiasmo del pueblo y a la impaciencia de antes sucedió una explosión de la más viva alegría.

El parque de Colón

Este centro de recreo fué el principal punto de reunión de la ciudadanía, partiendo de allí, a los acordes de la Banda Militar, en hermosa procesión, con dirección al Mueller, las Comisiones de los Poderes Ejecutivo y Legislativo, las Sociedades, la Juventud, el Batallón “Ozama” y el Pueblo.

El Repórter

(*Listín Diario*, No. 3213, S. D., abril 18 de 1900).

VI

Aspecto del Muelle

Eran más de las doce cuando llegamos al muelle. Este y sus avenidas presentaban una perspectiva en extremo simpática. Limpio y aseado, como de traje de fiesta y allá en las oficinas del galante Comandante del Puerto, damas y caballeros aguardando la hora de la bienvenida.

Muchos habían acudido desde las primeras horas de la mañana para asegurar lugar a propósito a fin de no desperdiciar detalle alguno.

Los buques nacionales, surtos en la ría, desplegaron al viento sus banderas tricolores; frente a la Comandancia formado en 2 filas, situóse el batallón Ozama, instalándose en el citado local las varias Comisiones que partieron del Parque Colón. Componían la del Ejecutivo el Vice Presidente Vásquez y los actuales ministros Hernández, Deschamps y Henríquez (76).

(76) El Gobierno dominicano se empeñó en ofrecerle al Soldado la más brillante recepción. El 17 de abril el Ministro de lo Interior le dirigió el siguiente oficio al Gobernador de Santo Domingo: “Ciudadano: Sírvase invitar a todas sus dependencias de esta



El público que llenaba el muelle y sus avenidas, se puede estimar en unas dos mil personas, según cálculo prudente.

Comisiones a bordo

En una falúa nueva, estrenada ese día, fueron a buscar al General los comisionados siguientes: Por la Juventud de la Capital: los señores Jesús María Llaverías, Comandante de este puerto, J. B. Alfonseca, Eurípides Roque, Rafael D. Henríquez y M. M. Gautier.

Y por el Club Juventud: Eduardo Matos Franco, Gregorio González, Luis E. Aybar y Andrejulio Aybar. Cambiáronse frases y abrazos de verdadero cariño, entregándole estos últimos una corona de laurel en nombre de dicho club.

Vivas a bordo

Al despedirse los botes del costado del *María* el General Gómez fué calurosamente victoreado.

Ahí viene!

Como una hora después de haber partido las Comisiones que fueron a buscar al General, al aparecer los botes por la entrada de la ría, el corneta de orden dió la señal convenida, escapándose de todos los labios esta exclamación: *Ahí viene, Ahí viene!*

Honores de la ciudadela

Al pasar frente a este reducto el bote que conducía al General Gómez, una salva de 21 cañonazos le dió su *salva* militar.

ciudad, Villa Duarte y San Carlos a la recepción oficial dispuesta en honor del Gral. Máximo Gómez a su arribo a ésta. La reunión se efectuará en el Palacio Nacional a las 6½ a. m. de la mañana. Huelga manifestar a Ud. que queda asimismo invitado a dicho acto. Tenga a bien excitar a las Oficinas públicas a enarbolar mañana el pabellón nacional en sus edificios respectivos. Le saluda muy atte., el Ministro, L. M. Hernández Brea". Del original. Archivo General de la Nación.



En el muelle

Al poner pie en tierra el ilustre veterano , quien, además de las Comisiones que fueron a buscarle, venía acompañado de su esposa y de su hijo Urbano fué recibido entre vítores de gloria y las vibrantes notas del Himo Nacional, por el Vice Presidente General Vásquez, por los otros comisionados y por las damas y caballeros que allí le aguardaban.

Todos hombres y mujeres, le abrazaron cariñosamente con esa religión con que se abraza a los grandes, como quien abraza algo de su propio ser.

El General Gómez vestía levita negra, cerrada; pantalón de casimir oscuro, de rayas; sombrero de fieltro, negro, con el ala caída, y sujeto con un elástico que llevaba prendido a la levita. Usa espejuelos de oro y desembarcó con ellos puestos. Está fuerte, muy fuerte, y representa menos edad de la que se le atribuye: 76 años. Su voz es llena, fuerte, y, hablando en público, se le puede oír a una regular distancia. En una palabra: no es el anciano que acusan sus últimas fotografías.

La señora del General

Esta ilustre matrona, amante y sufrida compañera del egregio Libertador, fué amablemente recibida por las distinguidas damas Santos de Jiménez, Mercedes de Aybar, Aina de Hostos, Georgia de González, Octavia de Vidal, Natalia de Báez y otras muchas damas y niñas admiradoras de sus ejemplares virtudes.

Besos de paz y amor sellaron, con unción evangélica, el cariñoso recibimiento y la amante bienvenida. A su lado estaba, acompañándola, felicitado por la estimación popular, su simpático hijo Urbano.

El Doctor Henríquez

Después de estas expresivas manifestaciones, de afecto, el Dr. Henríquez, actual Ministro de Relaciones Exte-



riores, en nombre del Gobierno, dió al héroe la bienvenida, lamentando nosotros no haber podido recoger sus frases. En pocas palabras contestóle el General, palabras que no pudimos oír a causa de la distancia a que nos encontrábamos en ese momento.

El Ministro Deschamps

En marcha ya la comitiva, poco antes de llegar a la puerta de San Diego, detúvose ésta, y este joven tribuno, con la fácil y elocuente expresión de su vibrante verbo, dedicóle en nombre de la Juventud de la Capital las siguientes frases enaltecedoras:

SALUTACION A MAXIMO GOMEZ

Por EUGENIO DESCHAMPS

Guerrero:

La ilustre juventud de Santo Domingo de Guzmán; la hija legítima de la juventud inmortal a cuyo empuje brotó, llena de timbres, la nacionalidad dominicana; la que tiene, en la patria de Febrero, un culto, la sabiduría, y una orientación, el patriotismo: la que, confundida con la inmensa multitud que te rodea, honra ruidosamente en ti, al par que las ejecutorias del titán, el egregio pensamiento de la independencia americana, pone en mis labios este mensaje, que es también amor de mi corazón y ferviente tributo de mi espíritu.

Guerrero:

La epopeya no había muerto. Había reclinado, cargada de lauros, la cabeza, y dormía sobre las gloriosas tumbas de Bolívar y de Páez. La vía, empero, trazada por Miranda y San Martín, estaba ahí, cuajada de abismos, salpicada de cráteres, y cual la espada de la leyenda, era imposible tocarla a quien no sintiera en sí la titánica musculatura del león llanero, o no tuviera la pujanza del águila que fué, de cumbre en cumbre, tocando dianas gloriosas



a lo largo de los Andes. De pronto soliviantáronse los pueblos, sonó el clarín y brilló el machete al sol. Era que había despertado la epopeya, que salvó el mar, que saltó, rugiente y trágica a la faja de tierra en que se habían arremolinado las sombras en derrota, y encendiendo el volcán de las batallas, y haciendo surgir las abnegaciones estupendas, y resucitando, con grito formidable los heroísmos magníficos, y cruzando, a nado, con la espada entre los dientes, el horrible mar de sangre que entre ella y el triunfo arrojó, desesperada, la insensatez del error, traspuso el monte, llenó el valle, y cerró con el mágico buril de la victoria, el fulgurante ciclo heroico del continente libre.

¡Tú, oh paladín! eres la resurrección de la epopeya! Ave, Hatuei! Al sentirse hollada por ti, se estremece de júbilo tu tierra. Acepta, héroe, sus viriles y ruidosos entusiasmos. Al saludarte, al festejarte, al glorificarte, orgullosa y altiva, el alma de la patria, saluda y festeja y glorifica en ti el hondo sentimiento del heroísmo y de la gloria; saluda y festeja y glorifica a Cuba, libre, al término de sus espantosas décadas sangrientas; saluda y festeja y glorifica la radiosa trinidad que ha de alzarse triunfadora, en el rebelde piélago caribe; saluda, festeja y glorifica, por último, a América, arrojando, intrépida, la carga de sus épicos dolores y de sus nefandas servidumbres, y encarándose a los siglos, sin amos, libre, heroica, próspera, ubérrima, íntegra y gloriosa!

*

Cuando bajó Deschamps de la tribuna entre los aplausos de la inmensa multitud, cayó en brazos del héroe, que tenía humedecidos los ojos. Por las mejillas del orador hubo quien vió entonces correr dos gruesas lágrimas.

El General Gómez

Con ese tono sencillo de los corazones valientes y sinceros contestó el viejo luchador de la manigua al joven batallador político. Y díjole que él no se creía acreedor a



la alta honra que se le discernía, que nada había hecho en el mundo que fuera bastante para merecerla.

Ofrenda de Coronas

Al expirar la última palabra en los labios del General, María Nasicá, la espiritual y simpática novia del verso, la de las inspiraciones fáciles, acompañada del Director del *Listín*, en el momento de ofrecerle una corona de laurel vivo, que lucía en una hermosa cinta blanca la siguiente inscripción: *El Listín Diario al Libertador de Cuba*, dirigióle las siguientes expresivas y bellas frases:

“Libertador!

“Esta corona, ofrenda sencilla, patriótica, del *Listín Diario al Libertador de Cuba*, al hombre glorioso que puso su invencible espada, la de cien batallas, al servicio de la redención cubana es símbolo de la admiración que se le rinde en esta hora solemne. Yo la ofrezco henchida mi alma de noble orgullo, y me aliento con la grandeza del Héroe para sentir en lo hondo de mis afectos algo muy grande que traduzca el fervoroso amor que siempre rendí a la gloria del veterano excelso de la Libertad.

“Sea bienvenido el paladín egregio a la tierra en donde se meció su cuna!

“Reciba él las congratulaciones entusiastas del patriotismo dominicano! Y al aceptar esta corona, símbolo de una admiración inusitadamente gloriosa, piense él en que se la ofrenda por mi órgano el esforzado batallador por la causa de Cuba Libre el *Listín Diario* que no supo nunca de desmayos, ni de inercias, cuando sintió la voz de Cuba irredenta clamar por los auxilios de América, en la hora gigantesca de su lucha redentora!

Lucía Meunier, la inspiradora y espiritual hija de Isabel de Torres, Hermanóse con María en la ovación al viejo héroe de Las Guásimas. Después de las galantes frases que reproducimos al pie, en nombre de la juventud puertoplatense, entrególe una corona con esta inscripción:



La Juventud de Puerto Plata al Libertador de Cuba. Elegante y nítida tarjeta, pendiente de la ofrenda, copiaba las frases de que hemos hablado. Estas son:

Una hija de Puerto Plata ofrece, en nombre de su pueblo, al Libertador de Cuba, este sencillo testimonio del entusiasmo que allí reina por sus glorias, las cuales, enorgullecen con justicia a todos sus compatriotas”.

Acompañaba a la señorita Meunier el joven don Enrique Deschamps, quien puso al servicio del festival en honor del General Gómez todos sus entusiasmos.

Obsequio de una anciana

Tras de este par de almas recién nacidas a la juventud y al sentimiento, una anciana de rostro venerable, cuyo nombre ignoramos, ofrecióle un hermoso ramillete de flores naturales. Acaso fuera la madre de uno de esos héroes de la revolución cubana, cuya vida cortara la bala asesina de los defensores del coloniaje! No otra expresión tenían sus lágrimas y el abrazo consolador con que el General la estrechó contra su pecho.

Sigue la comitiva

Después de este expresivo acto conmovedor, el Club Juventud ofreció al Ilustre recién llegado una hermosa Victoria, adornada con banderas y laureles, que para él tenía dispuesta. El General rehusó el carruaje prefiriendo irse a pie, en medio de la inmensa muchedumbre que le acompañaba. Al partir éste, el batallón Ozama se puso en marcha yéndose a recorrer varias calles de la ciudad.

Saludo de un Poeta

Ya en camino la comitiva, Arturo B. Pellerano Castro, sobre la almena que conduce al fuerte *El Almirante*, dedicóle al pasar estas expresivas estrofas:

*Así, sobre la rampa es que se admira!
Y así, de la trinchera es que se habla,*



*y surge nueva, divinal, la estrofa
y da el poeta su primer palabra.*

*Mi verso es joven, natural y fuerte;
¡mejor quisiera que tuviera canas!
el nervio bravo de tu cuerpo viejo
más joven que mi verso en la batalla!*

Y a la dedicación galante contestó el General con un cariñoso saludo de felicitación.

En los brazos de Gómez

Al llegar la comitiva a la esquina del correo, abriéndose paso por entre la multitud, un hombre cae en los brazos del General Gómez. ¿Quién era? Era Marcos del Rosario, el leal compañero, el dominicano fiel, el único superviviente después de Gómez, de aquel grupo de héroes que salió de Monte Cristi y llegó a Cuba a pelear por la redención de un pueblo. Aquel abrazo dilatado, estrecho en que se confundieron aquellas dos almas fuertes, trajo a la idea el inmortal abrazo que debieron darse Maceo y el humilde Banilejo al encontrarse, después de los peligrosos azares de sus atrevidas expediciones, vivos y sanos en la manigua cubana!

Lluvias de flores

Desde que el General y su lujoso acompañamiento emprendieron la marcha por la calle Las Mercedes, de tiendas, balcones y azoteas empezaron a arrojar manojos de flores sobre su cuerpo venerable. Esta lluvia de perfumes siguió en todo su camino hasta su llegada al local de la *Amigos del País*.

Con la cabeza descubierta, blanqueada en los combates, con una sonrisa para las damas que le regalaban perfumes, con un beso de castidad para las frentes virgenes, recogiendo flores, recorrió el Ilustre victoreado el trayecto de su marcha triunfal.



Gentío inmenso

Al llegar la comitiva al Parque de Colón se hizo imposible el tránsito, teniendo la policía que intervenir para abrirle paso hasta su acceso a la sociedad *Amigos del País*. Tal era la muchedumbre que invadía el camino ávida de conocer y saludar al viejo compatriota.

El Reporter

(*Listín Diario*, S. D., abril 19 de 1900).

VII

En la Amigos del País

Lujosamente adornado abrió este local sus puertas a la comitiva. Lo más selecto de la sociedad ocupó los asientos, ocupando el General, como puesto de preferencia, un elegante sillón dorado, al pie de un cuadro a óleo que copiaba en un solo lienzo, la inmortal figura de nuestro victoreado huésped de hoy, y la no menos inmortal figura de Martí, el mártir de *Dos Ríos*, el orador de verbo sin fatigas, el que una noche, en ese mismo salón, nos dijo aquella frase hermosa, verdadera y legítima expresión de su grande alma de patriota:

Yo no soy un hombre que sufre, soy un pedazo de tierra que padece.

Este cuadro, obra de un artista dominicano, Julio Pou, estaba coronado por las banderas cubana y dominicana, enlazadas, como patriótica alegoría de las figuras del lienzo.

Otro cuadro obra de otro artista nacional, lucía allí sus luminosas tintas. El celebrado de Abelardo Rodríguez Urdaneta, creación original que pinta a Cuba rompiendo las cadenas de su ominoso yugo.

Estrecho, estrechísimo resultó el salón, para la concurrencia que acompañaba al General. Mucha gente quedó fuera.



Ya instalada la concurrencia, abrió el acto el inteligente joven Enrique Deschamps, uno de los vehementes agitadores del festival. Desde la tribuna dirigió al General las sentidas y hermosas frases que compiamos al pie, cerrando su discurso con la dedicación de una corona de laurel y flores naturales, en nombre de la Sociedad *Amigos de País*, la cual lucía en el centro, artísticamente enlazadas y trabajadas en flores vivas, las iniciales del ilustre héroe, y la cual depositó en sus manos.

He aquí las palabras del Señor Enrique Deschamps:

“No aspira la Sociedad *Amigos del País* a aumentar los laureles que abrumarían tu augusta frente, si la gloria no imperase en los dominios de lo subjetivo, tan vastos como tu fama y el infinito, insigne compatriota.

“No aspira a unir uno más a tus legendarios triunfos, consagrados ya por la inmortalidad.

“Aspira a rendir homenaje de amor al preclaro dominicano que asombró al mundo con el brillo de sus gloriosas hazañas... A contarte cómo esta tierra fecunda que se conmueve al sentirte pisar sus playas, anhela resañar la sangre de tus heridas, sí, como a todo redentor, te han desgarrado el corazón los dardos de las hermanas miserias; y cómo anhela besar tu frente bañada en los destellos de la gloria.

“Acepta con tus indulgencias de coloso la corona que en tus manos deposito.

“Acendra ella un significativo simbolismo.

“Entraña el entusiasmo de mi patria por tus fuerzas de titán, y su altiva disposición a seguir —si llega el día— tus huellas luminosas en el camino de la vida, del sacrificio, de la independencia y de la gloria”.

A este orador siguió en la tribuna un hijo de la heroica Azua, el aprovechado e inteligente joven Lowenski Monzón, quien con palabras fáciles y bien elocuentes dirigió al General las siguientes frases:

“Ciudadano Dominicano:

“Permitidme unir mi voz al concierto de las que me han antecedido, rindiendo homenaje al genio más sobresa-



liente en la guerra que haya surgido de esta región del mundo americano.

“Heme encontrado, debido al acaso, en esta hermosa fiesta del espíritu con que mi pueblo celebra el retorno a su seno de uno de sus más ilustres hijos y, como sois una gloria dominicana, yo, hijo de Azua, la centinela avanzada del Sur, vengo también a darle la bienvenida al que del Sur saliera sin soñar quizás que estaba predestinado a desposarse con la Gloria.

“Y es aquí, en este recinto consagrado al saber y la instrucción, aquí donde se oyó la voz autorizada del inolvidable Martí, antorcha resplandeciente cuyos reflejos dieron luz y vida a la conciencia cubana, donde la juventud dominicana, alma y esperanza de las generaciones del porvenir, os rinde el merecido tributo de admiración, después de haberos entregado por manos de dos mujeres jóvenes y hermosas —que también la mujer ha venido a tomar parte en esta justa de nobles sentimientos— las coronas del laurel con que siempre se ha ofrendado al Genio.

“Sed bienvenido, y que la última etapa gloriosa de vuestra vida sea seguir viviendo entre nosotros como ejemplo digno de imitación a esta juventud afanosa de triunfos cívicos, que así os arrullarán cariñosamente las brisas del *Güera* y del *Ozama* cuando vuestro espíritu se entregue a la vida feliz de los recuerdos.

“Sed bienvenido, conciudadano!

Seguidamente habló, con su brillante oración de siempre, don Federico Henríquez y Carvajal, lamentando nosotros no conservar su discurso para su reproducción.

Dichas esas palabras, procedióse a los brindis, desbordándose el champagne bajo la impresión de felicidad y regocijo que obraba en el ánimo de la concurrencia.

El General Gómez dió las gracias por la gallarda ovación que llamó inmerecida. El venerable anciano, de pie como un roble a quien nunca hicieron mella las borrascas del tiempo, parecía una figura evocada por la gloria para conmemorar en ella misma la apoteosis del valor y de la abnegación.



Sus palabras fueron una verdadera expresión ingenua de su modestia. Nos dijo de su agradecimiento eterno por el acto que festejaba su vuelta a la Patria; nos habló de no haberla olvidado jamás ni en la hora del peligro, ni en la del sufrimiento, ni en la de la victoria; que no le extrañaron en Cuba las vivas demostraciones de entusiasmo con que le recibían los pueblos a su paso, extrañándolas aquí, en su tierra, que nada tenía que agradecerle. Yo *no soy más que un humilde banilejo!* Frase santa que perfila todas las bellezas de su alma generosa y grande!

Terminados los brindis, el General fué conducido a la casa de sus apreciables hermanas en la elegante carroza que para el efecto había preparado el *Club Juventud*.

A su lado, de uno y otro, le acompañaban los caballeros don Federico Henríquez y Carvajal y el ilustre educacionista don Eugenio María de Hostos. Detrás de su carruaje iban los demás coches de lujo, despidiéndole la muchedumbre con estusiastas y expresivos vivas a su fama y a su gloria.

Desde allí partió el General para la quinta donde vive su querido hijo Máximo, a donde fueron a buscarle a las 8.30 los comisionados del *Club Unión*.

En el Club Unión

Cerrando con broche de oro el programa de festejos con que la capital dominicana recibiera al insigne repúblico, Libertador de Cuba, celebró anoche el aristocrático *Club Unión* una espléndida fiesta en sus salones.

La culta sociedad capitala que no necesita de estímulos cuando se trata de evidenciar de algún modo las noblezas en que vive inspirada, acudió en masa a la cita dada por el Honorable centro.

A las 8 de la noche se encontraban las inmediateces del Club convertidas en un verdadero maremagnum... Tal era el indescriptible bullicio que daba a toda aquella parte de la ciudad una animación extraordinaria.

En aquella misma hora empezó la retreta con que el Gobierno Nacional obsequiaba al ilustre antillano. La



Banda de Música Militar se situó para ese acto, frente al Club, en la esquina de las calles *Separación* y *Estudio*.

A las 8.30 saludaba la misma Banda al egregio quisqueyano con el Himno Nacional. En carruaje de lujo había ido a la quinta donde se hospeda el guerrero la Comisión delegada por el Club para acompañarlo hasta el mismo centro. Componían la citada comisión los distinguidos caballeros don Casimiro N. de Moya, don Enrique Deschamps y don J. M. Gómez, y en la entrada de la sociedad de referencia aguardaba al ilustre viajero una numerosa comisión de miembros de la misma.

Al subir la escalera, la orquesta del Club pobló el espacio con las bélicas notas del Himno Cubano, y se confundieron éstas con las del Himno Dominicano, que tocaba la Banda Militar, como ha vivido perpetuamente confundido el espíritu de los patriotas dominicanos y cubanos.

Soberbio espectáculo ofrecía el salón principal del Club cuando apareció en él la venerable figura del héroe máximo. La inusitada concurrencia se había colocado a ambos lado del salón, por cuyo centro se condujo al heroico soldado hasta el extremo principal adonde le fueron presentadas una por una y por sus correspondientes caballeros, todas las damas que imprimían encanto y esplendor a aquella hermosa fiesta. Terminado este acto, que revistió la más cordial solemnidad, el galano escritor Miguel Angel Garrido leyó un brillante discurso cuyas últimas frases —como todo él viriles y entusiastas— ahogó una salva de calurosos aplausos.

Correspondió el esclarecido repúblico al discurso del señor Garrido con una improvisación inspirada y nerviosa, como nervioso e inspirado es el noble Libertador⁽⁷⁷⁾.

Continuó la deliciosa velada con una hermosa partitura ejecutada por la orquesta.

La gentil Mayí León, acompañada al piano por su respetable señora madre, cautivó al auditorio con una pre-

(77) La Alabanza de Garrido, especie de glosa del celebrado discurso de Eugenio Deschamps, pronunciada en el Club Unión en la noche del 18 de abril de 1900, se publicó en la *Revista Ilustrada*, S. D., No. 25, abril de 1900. En la misma edición apareció otra reseña, más breve, del acto del Club.



ciosísima romanza que suele despertar tan encantadora dama.

Cuando la lisonjera onda de aplausos, extinguió las últimas notas de la bella romanza, el noble dominicano estrechó y besó la linda mano de la gentil Mayí.

Inmediatamente después hicieron las delicias de la selecta concurrencia los niños Isolina y Néstor Eduardo Pou, bailando algunas piezas de figura americanas.

Don Máximo, en un momento de entusiasmo, se abalanzó sobre los niños colmándoles de caricias. La niña Isolina, que es un modelo de despejo y gracia, y con dos armoniosos saltitos, tomó de sitio determinado un hermoso bouquet y lo puso en las manos del Libertador, con un beso que fué dado en la mejilla del ilustre anciano con toda la infantil monería de la graciosa e inteligente chiquilla.

Siguió a éste un bello número de canto ejecutado por el joven M. García y el cual fué justa y calurosamente celebrado.

Momentos después iniciaba el vals arrebatador una nueva faz de la fiesta. Hasta el insigne obsequiado rindió tributos a Tepsicore bailando un vals...

En todos los intervalos era espontánea y delicadamente agasajado el noble compatriota. A las 12.30 se retiró acompañado por la Comisión del Club. Este honorable centro puede enorgullecerse del éxito de la hermosa fiesta.

Primero, por la nobleza del propósito que la misma fiesta entrañaba. Luego, por la inusitada esplendidez del acto de referencia que hará época en los anales de las fiestas animadas, cultas, hermosas y patrióticas.

El Reporter

(*Listín Diario*, S. D., abril 20 de 1900).



VIII

*Viaje a Baní del Gral. Gómez**San Cristóbal*

A las 7 de la mañana el General Máximo Gómez, acompañado de su hijo Urbano y de los caballeros Leopoldo Ceara, Enrique de Marchena, Julio Herrera hijo, Doctor Morillo, José Antonio Silva, Rafael Gómez y el Director del *Listín* abandonó la quinta, residencia de su hijo Maximito, emprendiendo marcha, camino de Baní, vía San Cristóbal.

Vestido de paño azul con franja dorada, y sombrero negro de fieltro, montaba el General el elegante y cómodo caballo propiedad de Don Francisco Herrera. Fué de admirarse la agilidad con que montó el brioso corcel y con qué naturalidad manejaba sus riendas.

Durante la marcha y hasta nuestra llegada a Hainanos contó el General algunas anécdotas y algunos episodios de la sangrienta guerra de Cuba.

Recordó los días felices de su juventud cuando por esos mismos caminos que transitábamos, iba él con su *recua*, cargada de serones y escobas, productos de su pueblo. Y nos habló de Baní, del Baní de su infancia y de sus recuerdos en la manigua cubana, al que iba a volver a ver después de 35 años de ausencia.

Antes y después de pasar el río, el cielo nos obsequió con un pequeño aguacero.

Una parte del grupo había pensado solamente acompañarlo hasta la citada ría, pero en parte lo agradable de la compañía y en parte la súplica del General, hicieron que continuaran viaje hasta la vecina villa.

Y llegamos a San Cristóbal, y sufrimos, allá en nuestro corazón de patriota, una amarga decepción. La indiferencia de este pueblo, ante todo lo que es gloria, está sintetizada en su estacionamiento ante los adelantos del progreso. El San Cristóbal de hoy es el mismo de hará



diez años, no obstante estar a siete leguas de distancia de la Capital.

Los informes suministrados y hechos circular por el *Listín* sobre los preparativos de ese pueblo para la recepción del General, aquellos decires que nos pintan a 40 músicos esperándole a la orilla de río a la entrada de la población; que 50 jinetes iban a alcanzarle para acompañarle hasta la casa designada para hospedaje, resultaron una pura mentira.

Todo el anunciado cuerpo de jinetes se redujo a doce individuos, contados, entre estos algunos del campo, el Presidente del Ayuntamiento y algunos jóvenes que no conocemos. El Jefe Comunal se excusó de no poder ir a alcanzarle por motivo de no poder montar a caballo.

A las 10 y media a. m. entramos a aquella población, y atravesando calles desiertas, verdadera soledad de los pueblos retrógrados, llegamos a la morada del señor Lucas Díaz, donde debía hospedarse nuestro ilustre compatriota. Allí nos recibió una especie de murga, cuatro muchachos armados de sendos instrumentos que después de un cuarto de hora de registros, intentaron *pujar* el Himno Nacional, resultando la obra del Maestro Reyes, ni danza, ni vals ni nada.

Callada la música, para gracia nuestra, los jóvenes Pina y Hoepelmán (78), aún a caballo el General, dirigiéronle sendos discursos, por cierto en la ocasión más inoportuna, cuando caía la lluvia teniendo éste que sufrir sus no muy halagadoras ablusiones.

El General se hospedó en la citada casa, teniendo su escogida comitiva de capitaleños, a falta de la hospitalidad de quien era natural esperarla, que acudir a la casa de la señora Silveria Valdez (79), donde se hicieron servir cuanto necesitaron.

Después... un silencio sepulcral en torno nuestro. Y nosotros preguntándonos ¿dónde está la autoridad de este pueblo que así se ausenta de un acto, si no de ovación, de

(78) Teódulo Pina Chevalier y Antonio Hoepelmán.

(79) Abuela del Generalísimo Rafael L. Trujillo Molina y del actual Presidente de la República, Gral. Héctor B. Trujillo Molina.



cortesía? ¿Qué se hizo el tribuno del pueblo, el de los briosos conceptos, el de las largas jaculatorias a cuanto *sotana* llegó a ocupar la parroquia de la *heroica* villa, el del eterno ditirambo a cuanto Jefe pasara por allí o empuñara la *batuta* de la Comandancia?

¿Dónde estábais, oh perilustre cantor del Nigua, oh fogoso orador Juan Pablo Pina?

Después de la espléndida ovación de la Capital al ilustre compatriota, San Cristóbal ha dado la nota más alta en el diapasón del atraso y falta de cultura de los pueblos.

Y pueblo que no sabe honrar sus propias glorias, que vejeta al pie de un oscurantismo tradicional, no tiene razón de ser.

El General Gómez debió haberlo excluido de su itinerario.

Uno del grupo

(*Listín Diaria*, S. D., abril 27 de 1900).

IX

Viaje a Baní del Gral. Gómez

San Cristóbal vuelve por sus fueros

San Cristóbal, abril 30, 2.45 p. m.

Listín, S. D.

Salida Baní temprano: viaje feliz excepción caída caballos dos compañeros sin resultado fatal. Hermosa recepción *Italia*, hasta lechón asado. Llegada a San Cristóbal eminentemente soberbia, pueblo, representantes Gobierno recepción regia, entusiasmo indescriptible. Gran banquete, muchas fiestas, pueblo masa pide quedemos mañana. General dispone viaje. Le urge.

R. Gómez

(*Listín Diario*, No. 3223, S. D., abril 30 de 1900).



X

*Regreso.**Hurra por San Cristóbal*

Al regreso del General Gómez, de su viaje a Baní, San Cristóbal se ha puesto a la altura de su deber. Con victorias de honor y demostraciones de júbilo ha recibido y despedido de nuevo al ilustre huésped, desmintiendo así la amarga nota y dura crítica de quien la juzgó ayer falta de cultura social e indiferente ante lo que fuera impulso de progreso, obra de bien o esfuerzo reparador de virtudes cívicas.

Bien merecen nuestros vecinos un aplauso sincero. Para honra de la patria, ensalzamos hoy la conducta de ese pueblo que no ha querido quedarse atrás en la popular ovación que ha saludado con himnos y flores la llegada del luchador de Cuba, del Bienvenido a la patria nativa, ideal esplendoroso de su mente de héroe y de su corazón dominicano.

Ayer ha regresado el General de su paseo de triunfos, abrumado, como siempre, por los laureles que alfombraron su camino, por la explosión de efectos con que la gloria nacional ha exultado sus glorias, cantado sus hazañas y celebrado la vuelta del hijo ausente que llega con los arreos del triunfo, quemado por el sol de las batallas y adulado por la misma fama que hizo de madre en la historia de los Bolívar y Garibaldi de los dos continentes.

En una de nuestras próximas ediciones publicaremos los detalles del festival que ha celebrado Baní para dar el Salve y decir *adiós* a su ilustre hijo.

(*Listín Diario*, No. 3224, S. D., mayo 1 de 1900).

XI

Viaje del Gral. Gómez a Baní

Serían como las 6 de la mañana del 27 abril ppdo. cuando, de la vecina villa de San Cristóbal, salíamos para



Baní en compañía del General. La comitiva se componía de unos 30 jinetes, engrosada con 20 más que vinieron a alcanzarle a Santa Cruz. Entre ellos figuraba el Sr. Tomás Díaz, hijo del finado General Don Modesto Díaz, compañero de armas del Ilustre viajero en la guerra cubana, el cual fué recordado por el joven J. Trujillo Valdez⁽⁸⁰⁾, al dirigirle al Gral. Gómez unas palabras de bienvenida. Este dedicó un recuerdo y una lágrima al amigo muerto.

Una mañana de satisfacciones fué la recepción familiar del hogar Díaz, sirviéndose un espléndido almuerzo, y haciendo más encantador y poético el cuadro las Tres Gracias de aquel santuario, quienes recitaron al General algunas poesías, premiadas con el beso de bendición del ilustre viejo.

De este lugar partimos como a las 10 a. m., y una hora después nos encontramos con otro escogido grupo de jinetes, entre ellos el Jefe comunal de Baní. A invitación del caballeroso don Tomás Velázquez pasamos a su pintoresca finca, donde fuimos obsequiados galantemente y adonde permanecemos hasta las 2 de la tarde.

En Paya, el simpático caserío, el pueblo de las muchachas bonitas, nos detuvimos unos momento, siguiendo viaje y celebrando nuestra entrada a las 3 y 30 p. m. Era de notarse la impresión de felicidad que bañaba el rostro del General a medida que se acercaba a su nativo pueblo. Iba a volver a ver su viejo rancho, su *tamarindo*, sus amigos viejos, los de sus juegos de niño y sus recuerdos de hombre.

La recepción fué regia! Una comisión diputada por el Ayuntamiento, por boca de su Presidente, le dió la bienvenida; al apearse de su caballo el General, los jóvenes Atilano Blandino y Rafael Santana, trajeados de blanco, ataron cintas con los colores de las banderas cubana y dominicana del freno de la arrogante bestia, y así fué conducida por ambos hasta el parque.

Baní estaba de fiesta. Y de fiesta de luz, de banderas, de alto patriotismo y de alta gloria.

(80) Padre del Generalísimo Trujillo.



Las calles lucían ricos adornos, y en sus aceras, y en sus casas ramilletes de flores ¿sabéis qué flores? Mis predilectas: las mujeres!

Alfredito Matos le obsequió con un elegante *bouquet*; la espiritual Adelaida Lizardo con una corona de flores naturales “Tributo de la Escuela “El Porvenir” al ilustre Banilejo”, y otra en nombre de los “Hijos de Baní” por la simpática y angelical Irenita, quien con su dulce entonación le dedicó una brillante composición poética. En la frente angelical de Irenita brilló el cariñoso beso del General.

Seguidamente hicieron uso de la palabra el inteligente joven Fabio Herrera y el ya conocido tribuno Don Saturio Vicioso. Después, en elegante procesión entre músicas y vivas, se trasladó el General a la Iglesia, donde se cantó un *tedéum* en acción de gracias, retirándose de allí a la morada que le habían preparado, donde se pasó en demostraciones de vivas alegrías la primera noche.

Día 28. Muy temprano recorrió el General las calles del pueblo acompañado de un grupo de amigos, pasando más luego a la quinta *Alto de los Melones* donde permaneció toda la tarde. En la noche un grupo de señoritas y caballeros le obsequió con una serenata ofrecida por el Gral. Marcos Cabral. A la serenata siguió el baile, terminando éste a las dos de la madrugada.

Día 29. Al alborear emprendimos camino a la célebre *Piedra del Chivo* donde el General tomó un baño, regresando a las siete al pueblo. En la noche celebróse una velada, al aire libre, inaugurada por el citado Sr. Cabral, y recitó Irenita una valiente composición titulada *Cuba* y siguióle en el verso y en la gallardía la hija de Don Marcos, repitiéndose en la tribuna Fabio Herrera y el Señor Vicioso. También habló el General cerrando su discurso con estas frases: “Son mis deseos venir a pasar aquí los últimos días de mi vida, que seais vosotros los que arrojáis un puñado de tierra sobre el cadáver de este humilde banilejo”.



Después, entre un grupo de vírgenes, trasladóse el General a la morada del Doctor Blandino, donde se bailó hasta las 2 de la mañana.

Día 30. A las 5 de esa misma mañana salimos de regreso a la Capital. Antes de llegar a la finca *Italia* nos encontramos con un grupo de cubanos, quienes siguieron con nosotros hasta el referido Ingenio, donde se obsequió al General y a su comitiva con un espléndido almuerzo, ofrecido por su administrador Señor don Joaquín Castillo y el señor don Eduardo Rodríguez. Las hijas de este último amenizaron con sus gracias aquellas horas de verdadera felicidad.

Mediaba el día cuando nos despedimos de aquel hogar y de aquellos amigos, con rumbo a San Cristóbal. En la marcha tuvimos que perder como una hora por haberse enfermado el caballo del General.

Antes de llegar a esta ciudad vino a alcanzarnos un grupo de jinetes, entre ellos, el progresista Jefe de esa Común, señor don Manuel de J. Castillo.

San Cristóbal recibió al Viejo fuerte con abrazos de júbilo. El señor Juan Pablo Pina fué el encargado de interpretar y decir la impresión de gloria de aquel acto solemne. Y entre un grupo de señoritas y banderas y flores, victoreado, como un Rey de las batallas llegó el General a la casa de la señora doña Silveria Valdez donde nos sirvieron una comida regia. De allí salimos al caer la noche, llegando a las 8 y 30 a la quinta morada de don Máximo.

Bienaventurados los héroes de la independencia de un pueblo, porque de ellos es el reino de la inmortalidad y de la gloria!

El Repórter.

«*Listín Diario*, No 3226, S. D., mayo 2 de 1900).



XII

Máximo Gómez en Baní

Palabras pronunciadas por el Señor Fabio Herrera, en el momento de hacer su entrada a Baní el ilustre General Máximo Gómez

Salve, Héroe.

Como la anhelada República de Cuba, evocada por el genio de la Libertad, surgirá radiante, con toda la plenitud de sus indomables energías, de los mares antillanos, así pareces tú sobre los candentes guijarros del terruño bien amado: triunfante, heroico, con las reverberaciones del genio en la pupila, disceñida del cinto la espada de las homéricas proezas, la fulgurante espada de las asombrosas epopeyas.

Nada puede ofrendarte tu pueblo que sea digno de la grandeza de tu genio, nada puede expresarte que no vaya concentrado en las humildes demostraciones de sus espontaneidades más sublimes. La América es tu trono. Allí junto a Bolívar, de manos con el Fundador de la Gran Nación americana, con el héroe inmortal de las Queseras, con el sacrificado de Berruecos, con el inolado de Dos Ríos, con esa pléyade de nombres gloriosos que empaparon con su sangre o fecundizaron con sus virtudes preclarísimas la tierra americana, formarás radiante haz de luz que, cual otro Sinaí, guiará por ancha senda, a los bizarros combatientes de la libertad, a los hidalgos servidores de los ideales óptimos y de las causas máximas.

¿Y qué armonías, qué estrofas, qué ritmos podrán entonar el himno que se inspire en las diáfanas magnificencias de tus heroísmos en la augusta grandeza de tu vida? El huracán sacudiendo las selvas centenarias, el retumbo atronador de dos Océanos, los Andes con sus nevadas cumbres, el estrépito de las cataratas, la violenta sacudida de los volcanes, todo lo que es grande, todo lo que imprime sello de majestuosidad a la exuberante naturaleza americana, formará unísono concierto con las acciones estu-



pendas que realizara tu genio portentoso. Y para tu alma de repúblico integérrimo, para la espartana sencillez de tu vida que es libro abierto para la juventud dominicana, la corona de frescos laureles que ceñirá tu frente triunfadora, será el glorioso advenimiento de la República Cubana, grande, próspera, feliz.

Salve, Héroe.

(*Listín Diario*, Núm. 3225, S. D., mayo 2 de 1900).

XIII

Máximo Gómez en Monte Cristi

A vuela pluma

Serían las 7 a. m. del día 7 del corriente cuando señalaron el Crucero Nacional *El Presidente* en el cual debía llegar el General Máximo Gómez y su apreciable familia. Desde el día anterior circuló por el pueblo la noticia de que el Presidente Jimenes había teleografiado al Gobernador del Distrito para que recibiera lo mejor que pudiera al Libertador de Cuba, así se hizo, *a pesar de pesares* (81). Tan pronto como el vigía señaló el esperado

(81) La frase a pesar de pesares, queda explicada en las siguientes referencias que debemos al Lic. Cayetano Armando Rodríguez, amigo del General Gómez desde 1885: "En el mes de abril de 1900 llegó a Monte Cristi el General Máximo Gómez, Libertador de Cuba. Como el Gral Gómez, en La Habana, se había negado a facilitar armas a los revolucionarios dominicanos para ir a derrocar al Presidente Heureaux, muchas de las autoridades dominicanas, después de la muerte de Heureaux, no sentían simpatías por el Guerrero y de ahí que al llegar a Monte Cristi no estaban dispuestas a hacerle el recibimiento que merecía el gran dominicano, Libertador de Cuba. Afortunadamente se encontraba allí el entonces General Cayetano Armando Rodríguez, quien desempeñaba el cargo de Interventor de Aduana y al mismo tiempo el de Adjunto a la Gobernación de aquella Provincia. Rodríguez hizo disparar, en la Fortaleza, una salva de artillería, salir la banda de música y repicar las campanas de la Iglesia, a pesar de la resistencia del cura, que era español. El motivo de no haber querido el Gral Gómez dar armas para pelear contra Lilís, era porque él no era partidario de la guerra civil y además porque Lilís, aunque mal gobernante, había sido un buen amigo de Cuba y había ayudado con recursos a Gómez para la Independencia de Cuba".



buque, la Fortaleza disparó un cañonazo, que era la señal convenida para anunciar al pueblo la llegada del ilustre huésped. Todos los admiradores del General Gómez tenían bandera enarbolada en sus respectivas moradas. La locomotora y carros del tranvía que funciona entre la playa y el pueblo estaban completamente cubiertos de banderas dominicanas y cubanas entrelazadas. La banda de música militar estaba en el muelle y tan pronto como atracó el bote que conducía al General Gómez, se dejaron oír los acordes del Himno Nacional. La comisión que en el muelle esperaba al General Gómez la componían los Generales Toribio L. García, Gobernador del Distrito, y C. Armando Rodríguez, Interventor de Aduana, don Juan E. Bory, don Francisco Carvajal, don Jesús Badín y las señoritas Castellanos, Coll y Montesino. Había además numeroso público.

A invitación del Interventor Rodríguez tanto los viajeros como las demás personas que los acompañaban entraron a la Aduana mientras que llegaban los carros que habían ido al pueblo. En todo ese tiempo la banda militar, dirigida competentemente por el profesor Valera, dejaba oír sus marciales acordes, mientras se disparaba gran cantidad de cohetes voladores y demás fuegos de artificio.

Por fin la comitiva se puso en marcha; y tan pronto asomó por la primera calle del pueblo, echáronse a vuelo las campanas, y se disparaban 21 cañonazos de saludo. El batallón y la artillería aguardaban en la plaza de armas. Cuando se llegó a la Gobernación, y en momentos de repartir la cerveza de ordenanza en estos casos, hizo uso de la palabra el Interventor Señor C. Armando Rodríguez y en discurso elegante y de conmovedoras frases dió la bienvenida al General Gómez. El General contestó a ese discurso con otro en que daba las gracias al señor Rodríguez por las frases de elogio que éste le prodigara.

Seguidamente hicieron uso de la palabra los señores J. E. Bory y Francisco Carvajal, y ambos inspiradísimos discursos estuvieron a la altura de las circunstancias, y de sus autores. El General Gómez, emocionado por algunas



frases de estos discursos en que se hacía mención de su malogrado hijo Panchito, no pudo contestar nada; vimos que de sus ojos resbalaron algunas lágrimas y se arrojó en brazos de los que acababan de hablar.

El ciudadano Gobernador invitó a los presentes a acompañar al General Gómez hasta su antigua casita, hoy morada del señor don Francisco Coll, donde se hospedó. La banda de música lo acompañó hasta allí.

Por la noche hubo una retreta extraordinaria y fuegos artificiales, y a las 9 p. m. y a invitación de los señores J. E. Bory y C. Armando Rodríguez se dió un baile en los salones de la Gobernación. El General Gómez se retiró a las 12 después de haber bailado algunas piezas acompañándole a su casa los señores Rodríguez, Bory y Francisco Carvajal.

Así terminó la fiesta de aquel día; pero yo en mi deber de Cronista haré notar una circunstancia. El Ilustre Ayuntamiento brilló por su descortesía; pues ni siquiera enarboló su pabellón, como era de esperarse. También fué chocante que el *per-ilustre* no hiciera encender los faroles del parque en el momento de la retreta, cosa de que tuvieron que ocuparse algunos individuos particulares. La Respectable Logia, también quedó en defecto.

El Corresponsal

(*Listín Diario*, S. D., 22 de mayo 1900).

XIV

Máximo Gómez en Monte Cristi

A los dos días de llegar el General Gómez a Monte Cristi, salió solo para Guayacanes a donde tenía que ir a practicar ciertas diligencias personales. A su regreso de este viaje, que duró cuatro días, varios amigos quisieron obsequiarlo con un banquete, que tuvo lugar el día 15, a las 12 del día, en los salones de la Respectable Logia *Quisqueya*. Una comisión nombrada al efecto fué a buscar al



General a la casa en que se hospedaba, de donde vino acompañado de un respetable número de amigos.

En la puerta de la Logia fué recibido el General por los Sres. Miguel A. Román hijo, Presidente del Tribunal, y C. Armando Rodríguez, Interventor de esta Aduana. Después de departir amigablemente un rato, dióse principio al banquete. Este, aunque no era masónico, se dió en mesa de herradura. Ocupaba el oriente el General Gómez; a su derecha se encontraba el señor C. Armando Rodríguez y a su izquierda el señor Miguel A. Román hijo. El banquete resultó magnífico y el General manifestó estar muy complacido. En los postres y en el momento de los brindis, hizo uso de la palabra el señor Miguel A. Román hijo, y manifestó la gran satisfacción que experimentaban todos los presentes de haber podido pasar un rato con el Libertador de un pueblo; su discurso resultó elocuente y oportuno. Contestó el General Gómez con frases llenas de fuego y de inspiración, como todas las de él; después los Sres. Francisco Carvajal, Juan E. Bory, Mr. Moore, y Rodríguez hicieron uso de la palabra y en inspiradísimos discursos hicieron los elogios del egregio General a quien se festejaba.

El señor Román hijo, ofreció al General una espadita de oro que el General aceptó agradecido; hablaron nuevamente los Sres. Moore, Carvajal y el teniente Campillo, en nombre del ejército, presentó sus cumplidos y sus felicitaciones al Libertador de Cuba. Con lo que se terminó esta fiesta, siendo ya las 5 de la tarde. Toda la concurrencia acompañó al General hasta su casa.

Como no pudimos asistir al banquete, no podemos repetir las palabras de los discursos que allí se pronunciaron; pero podemos asegurar que estos datos son exactos por haber sido tomados de buena fuente.

El Corresponsal

(*Listín Diario*, S. D., mayo 30 de 1900).



XV

*El General Gómez se despide**Va para volver*

Señor Director del *Listín Diario*.

Suplico a usted se sirva publicar en su periódico las siguientes líneas; por lo que le quedaré muy agradecido:

Un trastorno inesperado me obligó a consumir más tiempo del necesario para mi viaje a Monte-Cristi y eso ha sido causa de que no haya podido cumplir con mis numerosos amigos y personas conocidas que me han honrado con sus visitas. Ya a la llegada al puerto del vapor que nos ha de conducir a Cuba, apenas nos queda tiempo para arreglar nuestras maletas; sirvan, pues, estas líneas de humilde excusa al mismo tiempo que de cariñosa despedida.

Vuelvo a Cuba a llenar un compromiso, con el propósito de regresar más tarde a esta tierra y consagrarle los servicios que me sean posible.

Mi esposa, mi hijo y yo con el más sincero agradecimiento, por tantas caricias recibidas, a todos decimos adiós.

M. Gómez

XVI

Máximo Gómez

Los que suscriben tienen el honor de invitar a sus amigos, a los amigos y admiradores de Máximo Gómez, a la Juventud y al Pueblo para acompañar hasta el muelle al ilustre dominicano que se embarca mañana martes, a las 2 p. m. en el vapor *María Herrera*.

Punto de reunión: *Sociedad Amigos del País* a la 1 p. m. en punto.

Capital, 28 de mayo, 1900.

Enrique Deschamps - Arturo J. Pellerano Alfau

(*Listín Diario*, No. 3243, S. D., mayo 28 de 1900).



XVII

Máximo Gómez

La página sincera, orgullosa, sentidamente patriótica con que el insigne banilejo le dice: ¡hasta luego! a la patria nativa, tiene la ingenua sencillez y la gracia ateniense de esos corazones que laten a impulsos del más noble, del más puro de los sentimientos: el de la libertad de un pueblo heroico y abnegado; al propio tiempo que se nota, palpitante y rebelde, la amarga tristeza que se ha apoderado de su alma, cuando pasaron, en desfile doliente, las sombras augustas de José Martí, el desplomado de *Dos Ríos* y de Panchito Gómez, al mancebo sin tacha y sin miedo que se recostó para siempre al lado del Aquiles de la Epopeya Cubana.

Aún no ha terminado la gloriosa Odisea del vencedor en *Las Tunas*. Aún Cuba no ha obtenido su independencia, proclamada en hora solemne por las Cámaras Americanas.

Aún necesita luchar y triunfar el Caudillo de dos cruentísimas guerras, el que está lleno de la Patria Cubana, que es la Patria Antillana, que es la Patria Americana.

Su constancia y su civismo, salvarán el concepto histórico de estos pueblos que sólo quieren constituirse en Repúblicas libres e independientes.

Que vientos frescos empujen la nave que lleva al héroe invicto a la tierra de sus grandes luchas, mientras pedimos que pronto se constituya, sobre base estable, la República de Cuba.

(*Listín Diario*, No. 3244, S. D., mayo 29 de 1900).

XVIII

Adiós Libertador!

Aunque a la invitación dirigida por nuestro Director y su joven compañero don Enrique Deschamps no respon-



dió, como debió responder, la Juventud de la Capital, y ello indudablemente por las inconveniencias de la hora en que se efectuó aquel acto, resultando por todo extremo expresiva y simpática la manifestación de cariño y admiración con que se despidió al ilustre dominicano Máximo Gómez al ausentarse de nuevo para la Habana.

Del local de la sociedad literaria *Amigos del País* partió el grupo de cincuenta o sesenta caballeros que se honraron honrando en aquel acto a una de las más claras glorias de la República y a una de las más grandes glorias de América y del siglo. La comitiva se dirigió a la casa donde se hospedaba el esclarecido huésped, y pocos momentos después de llegar a la misma, se dirigió hacia el muelle, ocupando el sitio de honor el venerable dominicano.

Una vez en el muelle, y en el acto de embarcarse, descubriendo su augusta cabeza blanca, el heroico redentor de Cuba dirigió al pueblo un breve y elocuente discurso, interrumpido repetidas veces por hondas emociones, y al cual correspondió nuestro compañero don Enrique Deschamps, más o menos con la siguiente frase:

“Adiós Libertador!

La generosa juventud que se extremece de noble orgullo al estrechar tu heroica mano, y que ama y admira en ti una de las glorias más puras y más grandes del suelo dominicano, anhela que arribe felizmente al puerto de su destino la nave que te conduce a la patria por tu gigantesco esfuerzo libertada; anhela que vuelvas pronto a prestarle los edificantes ejemplos de que son inagotable fuente los corazones como tu gran corazón y la experiencia como la elevada experiencia de tu venerable ancianidad; anhela que no la olvides; anhela que vivan perpetuamente frescos y lozanos los inmarcesibles laureles que ciñeron a tu augusta frente tus gloriosos combates por la redención de un pueblo...

Adiós, Libertador!”

Al terminar el señor Deschamps, la noble figura del Libertador se confundió entre los brazos de la numerosa



concurrancia que llenaba el muelle y luego partió entre los vítores del pueblo que le aclamaba con amorosas y entusiastas exclamaciones.

(*Listín Diario*, S. D., mayo 30 de 1900).



EN LA TIERRA NATAL, 1902

I

Próxima llegada de Máximo Gómez

Según noticias cablegráficas recibidas en esta capital, nuestro ilustre compatriota el General Máximo Gómez llegará aquí el 17 de los corrientes, en el vapor *Julia*. Lo trae a la Patria, según nuestros informes, la enfermedad de su señorita hermana Regina, quien está postrada, ciega y paralítica, en el lecho del dolor.

Nos regocija la noticia de la próxima llegada del General Gómez, porque así tendremos una vez más, en la vida, la satisfacción de abrazarle.

(*Listín Diario*, S. D., feb. 8 de 1902).

II

Bienvenida

Como lo teníamos anunciado, en las primeras horas de esta mañana llegó el vapor americano *Julia* y en él vino nuestro distinguido compatriota y amigo el Generalísimo de los Ejércitos Cubanos, don Máximo Gómez, acompañado de su hijo Bernardo.

A pesar de la hora, numerosos amigos acudieron a los muelles a saludar al magnánimo caudillo de la guerra de Cuba; la multitud no era pequeña.



Así debía ser!

Máximo Gómez es una gloria americana al mismo tiempo que un timbre de orgullo para esta tierra, su patria.

Junto con el insigne guerrero también regresaron de su viaje a México, los Sres. don Federico Henríquez y Carvajal y don M. Garrido, cuya misión al Congreso Pan Americano todos conocemos; y don Jaime R. Vidal.

Al presentar nuestros respetos al general Gómez, el *Listín Diario* se complace en saludar a los distinguidos amigos que con él han regresado al seno de la Patria.

(*Listín Diario*, S. D., 17 feb. 1902).

III

Ante los restos de Colón

A las diez de la mañana tuvo lugar la exhibición de los restos del Primer Almirante de la América don Cristóbal Colón, que ordenó la Colombina, en honor del Gral. Máximo Gómez.

Acompañado por los vocales Don José G. García y don Federico Henríquez y Carvajal el General Gómez asistió a la apertura de la urna de bronce donde está guardada la caja de plomo que contiene las preciosas reliquias.

Un gran número de personas acudió a nuestra Santa Iglesia Catedral a presenciar la exhibición y a ver los despojos del ilustre hombre que agrandó la tierra.

La caja era mostrada por los señores Henríquez y García, a quienes se unió en esta honrosa y benemérita tarea el General Gómez, honor a muy pocas personas acordado.

Entre los distinguidos individuos que desfilaron delante del sarcófago, recordamos a Mr. Powell, Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos, y señora; a M. Longacre, a Mdme. Maxwell; Da. Santos de Jimenes, esposa del ciudadano Presidente de la República, acompañada de su señora madre y su señorita hija Ana Rosa, y



un número considerable de extranjeros, de tránsito por esta ciudad.

El inteligente artista don Abelardo Rodríguez Urdaneta, sacó una vista del acto, que como obra suya será digna de verse y admirarse.

Así ha conmemorado la Junta Nacional Colombina, este viaje del ilustre General Gómez, a la que fué Primada de las Indias.

El Reporter

(*Listín Diario*, S. D., 18 feb. 1902).

IV

Glorioso Aniversario

Hoy, 24 de Febrero, celebra el pueblo cubano el glorioso aniversario del grito de Baire, y es el día en que los compromisarios respectivos hacen la elección definitiva del Presidente y Vice-presidente de la República y de los miembros del Senado.

24 de Febrero es un símbolo: Esa fecha simboliza para Cuba el principio de una Era de esfuerzos redentores y el coronamiento de esa obra gigante en los anales de la Historia contemporánea.

En estos instantes, nuestro pensamiento salvando la distancia a través de los mares y el espacio va a colocar una humilde siempreviva en la corona de laureles, que después de cruento batallar, ciñe a su frente inmaculada la heroica, la invicta patria de héroes inmortales.

Nosotros, al evocar estos recuerdos, y saludar a la nueva patria libre, rendimos también un saludo afectuoso al Gral. Máximo Gómez, al encontrarse hoy en esta ciudad, por ser él uno de los próceres de la independencia de Cuba.

¡Gloria a Cuba y a sus héroes!

(*Listín Diario*, No. 3768, 24 feb. 1902).



V

El Gral. Gómez se despide

Habiendo desaparecido la tristísima necesidad que me hizo pisar de nuevo las playas de mi Patria, pues mi amada hermana se ha mejorado, me es forzoso volver a Cuba, aprovechando el próximo vapor que pasará con rumbo a aquella Isla.

Lo limitado del tiempo de que he podido disponer me impide despedir personalmente a mis numerosos amigos, pues ahora más que otras veces han tenido superior valor para mí las cariñosas muestras de amistad que me han dispensado. Por eso agradecido, suplico a todos reciban por este medio mi afectuosa despedida.

Vuelvo a Cuba a ayudar a los cubanos a realizar la obra santa de su Redención política y pronto la República cubana saludará esplendorosa a su hermana la República Dominicana que tanto la ayudó y consoló en sus días de cruentos sacrificios por la Libertad y el Honor.

General M. Gómez

(Listín Diario, No. 3768, 24 feb. 1902).

VI

Honores al Gral. Gómez (82)

Por iniciativa de los distinguidos caballeros don Jaime R. Vidal, dominicano, Manuel Pompilio Puga, español, y José A. Puente, cubano, se efectuó anoche en el Hotel Francés, un espléndido banquete en obsequio y honor del General Máximo Gómez. Al culto acto asistieron además de los iniciadores, los siguientes caballeros: Gral. Casimiro N. de Moya, ex-Vice Presidente de la República; doctor Francisco Henríquez y Carvajal, Ministro de Co-

(82) Esta bella e interesante reseña apareció en el *Listín Diario*, S. D., 26 feb. de 1902.



rreos y Telégrafos; don Elías Brache hijo, Ministro de Hacienda y Comercio; don Juan Francisco Sánchez, ex-Ministro de Hacienda y de Correos y Telégrafos; don Federico Henríquez y C., ilustrado escritor, Presidente de la Delegación Dominicana en el Congreso Pan Americano de Méjico; Lcdo. Américo Lugo, celebrado autor del libro *A punto largo*; Lcdo. Francisco J. Peynado; don Rafael Abreu Licairac, diputado; Licdos. Jacinto B. Peynado y Eurípides Roques; Lcdo. Domingo Ferreras, ex-Ministro de Relaciones Exteriores; los escritores Miguel A. Garrido y Tulio M. Cestero; don Arturo Pellerano Alfau, Director del *Listín*; los Sres. Francisco Ricart y Pou, Eugenio Abreu, Pedro Marín hijo, M. J. Gómez, Antonio Brea, J. M. Gómez y Marcos Gómez, comerciantes de esta plaza y el simpático joven Bernardo Gómez y Toro, hijo del General. El señor Eugenio M. Hostos, excusó su asistencia por motivos de salud, en una sentida y hermosa carta dirigida a los señores Puga, Peynado, Lugo y Puente, que fué leída y muy aplaudida (83).

La decoración de la sala, estilo chinesco hace alto honor al Hotel Francés; la larga mesa estaba cubierta por un fantástico parasol chino.

Este el Menú:

Potage Parmentier, Hors d'oeuvre assortis, Poisson maitre d'hotel.

Entrée: Pate de foi gras, Oeufs brouillés aux truffes, Bouchées a la reine, Poulet chasseur, Croquettes de cervelles, Asperges en branche, Filet roti, Salade russe.

Entre-Met: Gateau Cosmopolite.

Deserts: Fruits confits, Idem en sirop. Petits Gateaux secs.

Vins: Bordeaux, St. Julien, St. Estéphe, St. Emilión, Grave.

Liqueurs: Chartreuse, Prunelle de Bourgogne, Champagne, Café.

Cuando las botellas de champagne en alegre explosión lanzaron al aire sus tapones y la espuma orló las co-

(83) Véase la citada carta en otro lugar de esta obra, *Apuntes diversos*, Hostos y Máximo Gómez.



pas, el Sr. Federico Henríquez y C., con frases elocuentes interpretó los sentimientos de simpatía y admiración hacia el benemérito General, el prócer de los próceres de Cuba que dice el Sr. Hostos en su carta mencionada y que inspiraron la fiesta que reseñamos. El Gral. Gómez contestó al Sr. Henríquez y C., y con palabra viril y sencilla dijo, como en la guerra por la independencia de Cuba, cuanto él había hecho lo realizó como humilde y devoto soldado de la libertad y a nombre del pueblo dominicano, cuyas miradas estaban fijadas en él.

El joven abogado español, Dn. Manuel Pompilio Puga, pronunció frases hermosamente discretas, palabras que en sus labios y en aquel momento estrechaban corazones españoles y antillanos amorosamente; frases que brotaban de su alma y que fueron escuchadas y aplaudidas con placer. Luego con el tino y la galanura que en él son proverbiales el Sr. Rafael Abreu Licairac, el buen amigo de Cuba, formuló un hermoso brindis. El Gral. Juan Francisco Sánchez, en breves y emotivos conceptos, dijo que ofrecía al Gral. Gómez el homenaje de una raza y como tributo le ofrendaba el saludo de Francisco del Rosario Sánchez a su hermano en la gloria.

En tanto se paladeaba el chartreause, y se fumaban ricos habanos obsequio del comerciante habanero Don Luis Aguirre, la conversación se animó y se familiarizó. Y de entre las frases oportunas e inteligentes que se dijeron recordamos estas del Gral. Gómez: el General dijo, dirigiéndose a los dominicanos, *pues que soy el más viejo me voy a permitir darles un consejo: en el Congreso, en las plazas hablen cuanto quieran, escriban cuanto piensen, esa es la evolución; pero no vayan jamás a la revolución, y cuando a ella apelen sea tan justificada que el mundo entero la aplauda. Cuando se busca la verdad no es tan fácil encontrarla entre el humo de los campamentos; y ese humo ciega.*

En el centro de la mesa frente al general Gómez, lucía un artístico canastillo de flores en cuya asa veíanse enlazadas simbólicamente las banderas cubana y dominicana; en la tarjeta del expresivo presente leíase al pie de frases de agradecimiento este nombre adorable: *Cha-*



rito. Es el de Charito Puente, la hija de nuestro querido amigo el buen patriota cubano don José A. Puente.

La cordialidad más exquisita animó esa reunión de hombres que un mismo amor inspira, el amor a la patria dominicana, el amor a la patria cubana, el amor a la gloriosa raza española. Con deleite, con ansia se escuchaba la palabra modesta, sincera, de héroe, que sintentiza en su alma y en su obra de la guerra y de la paz, esos tres grandes amores.

Ninguno de los presentes olvidará esa noche, porque en cada noble espíritu se encendió más la llama grave del patriotismo; estas dos fechas se acercaron fraternalmente: 24 y 27 de Febrero: estos dos pueblos se besaron en la gloriosa frente del inmortal Máximo Gómez: la República Dominicana y Cubana. Y estaban allí presentes, en divina comunión los espíritus de Martí y Sánchez, Duarte y Céspedes, señalando a sus pueblos con índice implacable la ruta del sacrificio para que asciendan purificados a las altas cimas redentoras.

El *Listín* felicita a los iniciadores de la fiesta por el espléndido éxito alcanzado; y a la activa e inteligente propietaria del Hotel Francés Madame Gazón.

Croniqueur

VII

Máximo Gómez en Santo Domingo

Por TULLIO M. CESTERO (84)

Esta vez Santo Domingo ha presentado silenciosamente los homenajes de su amor y admiración a Máximo Gómez, el claro varón, a quien por su vida y obras Carlyle habría colocado en la galería de sus héroes. Las cir-

(84) Este artículo del ilustre escritor y diplomático dominicano y general en los tiempos de las luchas civiles, se publicó en *El Figaro*, de La Habana, y en *Listín Diario*, No. 3819, 28 de abril de 1902.



cunstancias político-económicas que preocupan más que ocupan a los dominicanos y la causa que trajo al solar nativo al Generalísimo Gómez, casi excluían por indiscretos los ruidosos festejos públicos. Santo Domingo, pues, ha ido en romería al modesto hogar de sus hermanas, y en la hora de las alegrías, puso su corazón junto al corazón del héroe.

La Junta Nacional Colombina, por iniciativa del señor Federico Henríquez y Carvajal, dispuso mostrar al General Gómez los restos de Cristóbal Colón, que en la Catedral de Santo Domingo reposan en hermoso monumento de mármol y bronce. Los miembros de dicha Junta, señores F. Henríquez y Carvajal y José G. García, notable historiador, acompañaron al General Gómez, relatándole claramente, lealmente, las circunstancias e historia del hallazgo del 10 de Septiembre de 1877. Los ojos del héroe leyeron las inscripciones de la caja de plomo y sus manos palparon las preciosas cenizas. Y el ilustre guerrero cuyo machete cubano, fuerte como la espada del Cid, hirió en el corazón a don Quijote, sentiría, sin duda, en su alma, una extraña emoción de respeto y amor y sus ojos verían en un crepúsculo bermejo huir las tres naos que de nuevo conducen a Palo de Moguer, los Conquistadores, vencidos, cargados de sus grandes altiveces, las espadas rotas, los pechos heridos pero siempre ebrios de un ensueño heroico y brutal.

El General Gómez elogió con entusiasmo el monumento que guarda los restos de Colón, alegrándose, dijo, que fueran sus autores un escultor y arquitecto españoles, suerte de tributo afectuoso rendido hidalgamente a España. El señor Henríquez y Carvajal manifestó que en un libro de Historia de Cuba, obra didáctica del distinguido cubano señor Carlos de la Torre, figura un capítulo en el cual se estudia la cuestión de los restos de Colón, favoreciendo el juicio del señor de la Torre la autenticidad de los restos que conforme a la última voluntad del insigne nauta, la República Dominicana guarda amorosamente.



Un grupo de personas selectas acudió en la mañana del 21 de Febrero a la Catedral de Santo Domingo; y no fueron allí atraídas por una curiosidad banal, sino por el espectáculo único, poderosamente sugestivo: en espacio de algunos metros, dos nombres, un poco de polvo y un haz de nervios, un recuerdo y un hombre, integraban dos esfuerzos gigantescos de la civilización: eran el alma y el ocaso en las Américas del poderío de España, la altiva, la gloriosa: Colón y Máximo Gómez.

Luego acompañados de las distinguidas personas presentes, entre las cuales algunas damas, el General Gómez se dirigió a la Capilla que guarda los restos de Duarte, Sánchez y Mella, esforzados creadores de la nacionalidad dominicana. Ante la tumba de Francisco del Rosario Sánchez, el General Gómez se inclinó con más entusiasmo, reveló más admiración. Sánchez, el mártir, el que convirtió la Idea en Acción, el único héroe: por la trascendencia de su obra, por el dolor de su vida y el suplicio de su muerte ⁽⁸⁵⁾.

Al decir adiós a Máximo Gómez, la República Dominicana envía su corazón a Cuba, Hatuey y Gómez, en la epopeya cubana, con la ofrenda de Quisqueya; el puente ideal que acerca a ambos pueblos; en esas figuras inmortales las dos hermanas se besan.

(85) Hay, aquí, tal vez, una errada impresión del momento, porque Máximo Gómez reveló siempre muy viva y ostensible simpatía por Duarte, lo que excluye, en absoluto, la supuesta preferencia por Sánchez. Igualmente errada, también, es la calificación de "único héroe" dada a Sánchez, al mencionarlo junto con Duarte y Mella, héroes en la lucha contra el haitiano y en la guerra de la Restauración. No tuvieron ellos la fortuna de ser fusilados, como Sánchez, de quien dijo Félix María Del Monte, en frase lapidaria, aludiendo al suplicio de 1861, que "el cadalso salvó la gloria". En esta misma obra hay una página de Máximo Gómez consagrada al proyecto de estatua de Duarte, en la que ni menciona a Sánchez, asunto en que interesó vivamente a Martí.



MAXIMO GOMEZ Y SUS DETRACTORES

Por ALEJANDRO ANGULO GURIDI

Las ofensas dirigidas al ilustre Generalísimo del Ejército Libertador de Cuba por el periódico *La Unión Española*, que se publica aquí, son inmotivadas, injustas e impolíticas; y yo, como amigo, compatriota y admirador de ese experto militar, abnegado y honradísimo ciudadano, me juzgo en el deber de terciar en el asunto, y a cumplirlo vengo. No con el apasionamiento de la amistad ni tampoco influido por diferencias regionales, sino inspirándome en mi educado sentimiento de lo justo.

Omitir el título de “General” respecto del héroe director de la cubana guerra de Independencia, y eso a raíz de consignar el mismo tratamiento al nombrar a don Valeriano Weyler, de tantos fúnebres aterradores recuerdos en Cuba; decir “el guerrillero dominicano”, y llamarle “Máximo”, así, a secas, como si se tratase de un criado, toques son que constituyen un atrevimiento tal y tan sorprendente, que sólo viéndolo podría concebirse. Y como eso no tiene ninguna otra explicación que la de herir, con ánimo repleto de animosidad gratuita, el sentimiento nacional del pueblo cubano, ofensa que hago mía porque aquí corrió mi infancia desde antes de cumplir tres meses de edad, porque consiguientemente aquí abrí los ojos a la luz del sol, porque aquí hice mi carrera profesional, porque aquí anda en alas del viento el polvo de mis padres y de otros familiares míos, y finalmente, porque a Cuba profesó un amor que siempre ha trascendido a patriotismo, no puedo



menos de protestar contra esa vulgar agresión; reveladora de latente rencor, tan acre como estéril.

¿No pensaron los escritores de *La Unión Española* que ofendiendo al general Gómez ofendían al pueblo cubano, desde que aquel es símbolo de la lucha de Independencia? y no comprendieron que con tal descaminado proceder se internaban en el campo de la política cubana, que les está vedado por su carácter de extranjeros? Pues si en esos puntos no fijaron su atención; si únicamente quisieron atolondradamente herir por herir, ni más ni menos que como el tigre que mata por matar; si sólo les impulsó el deseo de gozarse en eructar su inextinguible antipatía al hecho consumado del gobierno propio de Cuba, singularizándose así entre la inmensa mayoría de españoles aquí residentes, unos, domiciliados los más, sensatos, trabajadores pacíficos muy desemejantes de los politiqueros de pacotilla, entonces bueno es advertirles que todo Gobierno culto tiene un perfectísimo derecho de expulsar de su territorio a los extranjeros que se hacen inconvencientes por sus aviesos procederes.

Y para que no se atengan a mi palabra, les recomiendo que busquen y lean el *Tratado de Derecho Internacional público y privado, hispano-americano* por el que fué sabio doctor Rafael F. Seijas, la obra monumental de Calvo o Dejardin, o cualquier otro autor del derecho de gentes. Además, lean el artículo 25 de la ley fundamental cubana y se convencerán de que eso de meter la hoz en viña ajena, expone a tener que salir de la República sin más que en virtud de una orden administrativa.

Si a lo menos entrasen en el “cercado ajeno” sin carácter partidarista, o sea sin filiación en ninguno de los partidos políticos cubanos, en interés general, sin ofensas personales, y con estilo de templanza y compañerismo, como sabe hacerlo el *Diario de la Marina*, podrían contar los demás señores de la prensa extranjera con la misma tolerancia, y hasta el gusto con que se reciben las plumadas de ese diario.

Nada importa, excepción hecha de un impulso imprudentemente echado a volar, que el aludido diario español



haya negado al invicto Máximo Gómez el título militar que lleva, cuando así en Europa como en América, le han comparado con los más famosos capitanes de la antigüedad y la edad moderna, cuando, porque un chileno le comparó con Bolívar, otro chileno dijo: “Falta saber si Bolívar con los escasos recursos que cuenta Máximo Gómez hubiera hecho lo que él está realizando con admiración universal”, cuando es verdad histórica, de ayer no más, que debido al empuje infatigable de la estrategia y bizarría de Gómez, quedó aquí deslustrado el prestigio de los generales de España lo que un diario madrileño dijo, corriendo la última guerra cubana, que cuando la de sucesión ocurrida allá a la muerte de Fernando VII, hubo un cabecilla carlista de apellido Gómez a quien no podía derrotar ninguno de los generales isabelinos, hasta que tropezó con el bizarro don Diego de León, que le hizo morder el polvo; y concluyó así aquel periódico “Pero lo que es para ese Gómez de Cuba no tenemos un León”, y en fin, cuando el mismo general Weyler le da aquel tratamiento en la carta que desde Madrid acaba de dirigirle y que es del dominio público.

Conque “guerrillero” no más eh! Pues si un simple guerrillero dominicano, sin tregua estuvo durante trece años derrotando a los jefes de alta graduación que enviaba aquí el Gabinete de Madrid, cómo los llamaremos a ellos, quintos, rancheros o cabos. Oh, no. Eran generales afamados en su patria. No, por supuesto, del temple acorado de los O’Donnel, Concha, (Manuel y José) León (el Murat español), Prim (nuevo Gonzalo de Córdoba, nuevo Cid, con más talento e instrucción que ellos) y ni Valdez (el Ayacucho) que fué aquí Capitán General.

Nuestros primos hermanos los peninsulares que, como esos señores de *La Unión Española* pretenden oscurecer el mérito real de los denodados patriotas libertadores de las antiguas colonias españolas, son tan desavisados, tan faltos de cordura, que no caen en la cuenta de que al apostrofarlos de “guerrilleros”, incompetentes y hasta cobardes, (así calificó don Mariano Torrente a todo un Bo-



lívar) dan ocasión a este pensamiento: Si tales eran los libertadores, cómo serían los derrotados por ellos.

Recuerdo perfectamente que, durante la guerra de los diez años, Gómez con escasos cuatro mil hombres de infantería, algunos de ellos armados nada más que de machetes, derrotó al Capitán general don Joaquín Jovellar, que comandaba un ejército de ocho mil soldados de infantería y caballería en la famosa batalla campal de las lomas de Jobosí. Y quien la victoria obtuvo contra uno de los expertos generales de España, no es más que un “guerrillero”. Dénos siempre la suerte guerrilleros capaces, como Máximo Gómez, de abatir el noble orgullo de los generales bien reputados!

Sinceramente deseo, por bien de la paz pública, por bien de la concordia entre españoles y cubanos, que significa ejemplar olvido del pasado, de que fué iniciador el mismo general Gómez, esta vez maltratado por *La Unión Española*, que no se renueve ese toque de ruptura de una unión útil a “guelfos” y “jibelinos”.

Vivir en santa paz y armonía, unidos socialmente, como lo estamos en sentido étnico y no dividirse en justos e injustos, agradecidos e ingratos, es lo que a todos conviene.

(*El Trabajo*, Núm. 9, Puerto Plata, 6 julio 1904.
De *La Discusión*, La Habana).



EN LA TIERRA NATAL, 1904

I

Regina Gómez

En la mañana de hoy entregó su alma al Creador la virtuosa señorita Regina Gómez, miembro de una de las más distinguidas familias de la sociedad dominicana y hermana amantísima de nuestro ilustre amigo el esclarecido Mayor General Máximo Gómez, General en Jefe que fué del Ejército Libertador de Cuba.

La inhumación del cadáver se llevará a efecto esta tarde a las 4.30.

Duerma el sueño de los justos tan apreciada dama y reciban sus deudos todos las más sentidas expresiones de nuestra condolencia.

(*Listín Diario*, S. D., No. 4547, 19 sept. 1904).

II

Habana, octubre 9 de 1904.

A última hora se ha sabido la noticia de que el veterano caudillo de nuestra independencia, Generalísimo Máximo Gómez, embarca para esa a bordo del vapor *Julia*.

Que vientos bonancibles lleven la nave que conduce a nuestro amado general y que al pisar aquel suelo que lo viera nacer encuentre quien mitigue las penas que em-



bargan su corazón herido con la ausencia de su amantísima hermana transportada a regiones más felices que esta que habitamos.

(*Listín Diario*, S. D., 26 oct. 1904).

III

Máximo Gómez

En la mañana de hoy ha llegado a esta Capital en el vapor cubano *Julia* nuestro insigne compatriota el Mayor General Máximo Gómez, Generalísimo que fué del Ejército Libertador Cubano.

Trae a estas playas a tan ilustre prócer el reciente fallecimiento de su hermana Regina (q. e. p. d.)

Reciba el eminente compatriota y muy distinguido amigo la cordial y respetuosa bienvenida del *Listín Diario*, que aprovecha esta ocasión para ofrecerle una vez más el testimonio de su alta devoción y cariño.

(*Listín Diario*, S. D., No. 4573, 19 oct. de 1904).

IV

A Máximo Gómez

A nombre del Poder Ejecutivo fueron a saludar hoy en su morada provisional al General Máximo Gómez los señores Ministros Lamarche y Bernardo Pichardo.

V

Manifestación cumplida de gratitud

¡Por fortuna nuestra! Cuando nos encontramos atri-
bulados en medio de las mayores penas que nos asedian
en esta vida miserable, siempre es un gran consuelo sa-
ber que no estamos solos y que hay muchos corazones dis-



puestos para ponerse juntos a nuestro dolor. Esto me ha sucedido a mí cuando el cable me llevó a Cuba la noticia del fallecimiento de mi querida hermana Regina.

Imposible, por falta de vía, me fué acudir en el acto, y aquí he venido ahora a pagar tan sagrada deuda de gratitud; sepan, pues, todos nuestros familiares y amigos que asociaron su pena a la nuestra, que el agradecimiento y de la única hermana que me queda, María de Jesús, será eterno.

Los esfuerzos de la ciencia y los solícitos cuidados del amor más grande, todo fué inútil, y mi hermana, al fin, bajó a la tumba pagando así el obligado tributo impuesto por la misma naturaleza. P. a sus R.

Máximo Gómez

VI

Un recuerdo del Gral Gómez

En la mañana de hoy, junto con la manifestación de gratitud que se publica en esta misma edición, nos dirigió el eximio mayor general Máximo Gómez una tarjeta que dice:

Al *Listín Diario*. Mi querido Director, te abraza tu hermano

Máximo Gómez

Esta muestra de cariño y consideración del héroe inmortal de Las Guásimas no tiene precio para nosotros; ella perdurará por siempre como una de nuestras satisfacciones más legítimas.

(*Listín Diario*, S. D., 20 oct. 1904).

VII

Máximo Gómez y el Presidente Morales

Anoche hizo una visita al señor Presidente Morales el eximio general Máximo Gómez. Durante ella departie-



ron muy agradablemente el veterano Libertador de Cuba y el joven Primer Magistrado de la Nación, así como la señora esposa de éste. A la entrada y a la salida del General Gómez, el cuarto militar le hizo los honores correspondientes.

Representante de Cuba. Por no haber sido noticiados de ello, omitimos decir que en unión del insigne Máximo Gómez visitó antes de anoche al Presidente Morales el Encargado de Negocios y Cónsul General de Cuba, nuestro amigo señor Federico Giraudi.

Esta noche devolverá el Presidente Morales al general Máximo Gómez la visita que le hizo éste el jueves en la noche.

(*Listín Diario*, S. D., 21 y 22 oct. 1904).

VIII

Un cordialísimo abrazo

Por MONSEÑOR MORENO DEL CHRISTO

Hoy, en mi habitual excursión de todas las mañanas, surgieron dos episodios de diverso linaje: prescindiré del primero, que vino como a añadir nuevo, maravilloso esmalte a los albores de poesía de mis antiguos días... El segundo constituye el asunto de estas líneas, rápidamente escritas: mi entrevista con el general Máximo Gómez. Cuando llegué a la puerta de su casa, apenas me anunció el asistente que empuja el coche rodadizo, apareció el Libertador de Cuba, vino a la acera y sin despegar los labios nos dimos, largo, cordialísimo abrazo.

Desde la primera juventud fuimos amigos; nos conocimos en Baní, donde estuve, en 1852, llamado a predicar por el padre Rosón: era yo diácono, y habíase extendido hasta ese hermoso valle el eco de mis primeros triunfos oratorios.

Trasladémonos ahora a París y evoquemos al doctor Emeterio Betances. Ah! el buen amigo, el natural adicto



a todas las causas nobles, el incansable defensor de los cubanos, era, por supuesto, idólatra del general Máximo Gómez, cuyo retrato aparecía como principal ornato en su gabinete de consultas. ¡Cuántas veces, ante personas distinguidas, apostrofé yo en conversaciones que parecían discursos aquella bien puesta figura!

Un día, para mí fausto en gran manera, fuí obsequiado con una deliciosa fiesta, que me dedicaron personas de nota y algunas de las principales artistas en el Hotel Continental.

De mi discurso, pronunciado en francés, hablaron ventajosamente los diarios de la gran ciudad, y del *Correo de París*, que reprodujo en español esas benévolas apreciaciones, envié yo a esta ciudad de Santo Domingo no pocos ejemplares.

En el suntuoso salón del Continental resonaron los elogios que dediqué al héroe de la grande Antilla, a ese denodado general Máximo Gómez, que hoy nos honra con su presencia.

Que él vea, pues, en estas inefables evocaciones, un nuevo tributo de mi pura y entusiasta admiración.

El Comendador

Gabriel B. Moreno del Christo
De la Legión de Honor

(*Listín Diario*, Núm. 4578, oct. 21 de 1904).

IX

El día 27 se embarcará para Cuba el ilustre General Máximo Gómez, acompañado de su virtuosa señorita hermana María de Jesús. En enero volverá el esclarecido prócer a este país. En conversación privada con nuestro Director, expresóle aquél que no puede realizar su viaje antes de enero en razón de tener que asistir a la inaugura-



ción de varios monumentos en La Habana, entre ellos uno dedicado a su inolvidable hijo Panchito, lo que se verificará el 7 de diciembre próximo, aniversario de su trágica muerte.

X

Nueva cristiana

El mayor general Máximo Gómez y la apreciable señora doña Herminia Damirón de Marchena sacaron de la pila hoy a la niña Esperanza Dujarric, uno de los últimos frutos de amor de nuestro estimado amigo general Luis Felipe Dujarric y su virtuosa esposa doña Matilde B. de Dujarric, recientemente fallecida. Sea muy feliz la nueva cristiana.

(*Listín Diario*, S. D., 24 oct. 1904).

XI

Adiós!

Resuelta a abandonar esta tierra amada que guarda la tumba de mi querida hermana Regina, siéntome agradecida a los favores de tantas gentes cariñosas y buenas que en las horas amargas de su enfermedad y muerte, me han consolado con exquisita solicitud.

Particularmente doy las gracias al Dr. Pedro M. Garrido, quien desinteresadamente y con la mayor complacencia la asistió hasta el último instante.

Reciban todos no mi último adiós, porque pienso volver; pero sí la seguridad de mi eterna gratitud y afecto.

María de J. Gómez

(*Listín Diario*, No. 4578, 25 oct. 1904).



XII

Máximo Gómez

En el vapor *Julia* se embarca mañana, de regreso a Cuba, nuestro muy distinguido amigo y eminente compatriota General Máximo Gómez, acompañado de su virtuosa señorita hermana María de Jesús, en cuya busca vino.

El *Listín* presenta nuevamente sus respetos al eximio caudillo del ejército libertador cubano y formula sus votos porque tanto él como su señorita hermana tengan una feliz travesía.

(*Listín Diario*, No. 4579, 26 de octubre de 1904).



VISITA AL LIBERTADOR (1904)

Por ELISEO GRULLON

Fué mi primera visita para nuestro ilustre compatriota el General Gómez, con quien hacía largo tiempo no tenía oportunidad de platicar.

Recibiómelo el encanecido caudillo como acostumbra él recibir a sus paisanos, con los brazos y el corazón abiertos.

¿Va Ud. para Santo Domingo?... Yo vuelvo de allá: aquello está muy abatido, —un montón de ruinas...

Ese es el triste gaje de las guerras civiles, General. ¡Qué feliz considero yo a este pueblo cubano por haber resuelto tan fácil y sencillamente el problema de su libertad dentro de la independencia, comparado con el nuestro, que ha sacrificado la realidad al nombre y que está en camino de perder hasta la propia autonomía económica!

¿Alude Ud. al *laudo* arbitral? Pero ¿qué remedio nos queda?

Ya lo sé; esta obligación es la consecuencia de nuestros errores; y por tanto, no hay más que pagar.

Y no seguir más a esos guapetones macheteros que son la causa de nuestras desdichas; y enseñar al pueblo a respetar el derecho ajeno que principia en donde termina el propio... Sí, —agregó tras breve pausa—, hay que acabar con esa política vieja, llevando al país todos los dominicanos que están en el extranjero... (En Santiago de Cuba hay gentes buenas, como **este** muchacho Carva-



jal)... (86) para que no haya más que un partido y ver de salvar el país.

Porque éste ha llegado a un extremo tal de infelicidad y de miseria que no puede ir más allá; y tal es el único motivo que tenemos para esperar un cambio favorable: —como me sucedió una vez en Jamaica, después de la guerra del 78.

Hallábamosnos en aquella ocasión sin recursos, ni esperanzas de recibirlos. Yo consolaba a los míos con la perspectiva de un cambio de situación, y al preguntarme mi buena compañera en qué fundaba yo esa esperanza, contestéle: “En que hemos llegado al límite extremo y lo que venga detrás no puede ser peor que lo presente”. Pues bien, a los pocos días, o al día siguiente, vino la Comisión de Honduras a buscarme para instruir y organizar aquel ejército centro-americano.

De modo que ¿del exceso del mal surgió el bien? ; Quiera Dios que así resulte para nosotros, deparándonos una comisión o poder que nos discipline y organice!

Nuestro glorioso paisano es siempre el hombre práctico y previsor que en más de una ocasión ha evitado conflictos a la reciente República; por lo que los cubanos considerarlo como un árbitro.

Con motivo de la huelga de operarios en la Habana; en ocasión de la obstrucción parlamentaria de un grupo de diputados, y últimamente al resolverse la paga del ejército, la intervención del general Gómez ha evitado días de luto a Cuba.

Antes de despedirme quise confirmar las noticias de la patria y preguntéle:

General, ¿qué movimiento es ese que ha estallado en el Sur de la República y de que me han dado noticia en el mismo puerto los señores de la Junta de inmigración?

Ya eso se arregló, que yo sepa; y si en Puerto Plata están tranquilos, creo que la paz no se alterará.

Según he sabido por nuestro Cónsul, lo que ha habido en Puerto Plata es una protesta que han formulado los

(86) Francisco Henríquez y Carvajal.



empleados dominicanos al ver que los americanos arriaban la bandera nacional y enarbolaban la suya en la Aduana.

¡Muy mal hecho, y con razón que protestaran aquellos!

Tras esta manifestación de *dominicanismo* tomé la venia del General y retiréme, con el propósito de seguir a visitar al buen cubano amigo nuestro, D. Tomás Estrada Palma, antiguo delegado del partido revolucionario cubano en Nueva York, a quien no veía desde los días trágicos de la guerra por la independendencia.

(Del Mediterráneo al Caribe, S. D., 1905).



LA MUERTE DEL SOLDADO

17 JUNIO 1905

Máximo Gómez, el invicto caudillo de las dos guerras, servidor durante treinta y tres años de la causa de la libertad cubana, mantenedor inflexible de la indispensable y difícil disciplina de la lucha irregular; estrella fija en el mando cubano frente a la sucesión desafiante de los caudillos contrarios; consagrador de una vida entera a una causa ajena donde lo único era el éxito y la victoria, muere este día. Se apagó aquella palabra que dió la voz de mando en los combates; aquel cerebro en que cristalizó la epopeya nacional de la invasión; cayeron exánimes y dobladas aquellas manos que en 20 de mayo de 1902 izaron por sí mismas sobre los muros de la histórica fortaleza del Morro la bandera que habían levantado en Yara, en 10 de octubre de 1868, Carlos Manuel de Céspedes y sus 37 compañeros; dió su último latido aquel corazón que tanto amó a Cuba.

Llorad cubanos!

Algunos detalles sobre su muerte: el General se quejó bastante durante la noche, tosiendo con frecuencia. No obstante, en sus ratos de lucidez se mostró locuaz con sus familiares y amigos que le rodeaban, haciendo muchas veces gala de sus genialidades.

Al ser interrogado por el Doctor Pereda si tenía sueño, contestó que sí. Insistió el doctor en que debía dormir, replicando entonces el General:



—¿Cual? ¿El sueño eterno? Usted cree que yo me voy a poner tan pronto la casaca? Yo soy muy duro para rendirme!

Por la madrugada, hablando con sus hijos, les decía:

—Yo no rindo la bandera; todavía tengo fuerzas para luchar!

Como a la una, el General se incorporó preguntando a su hijo Urbano lo siguiente:

—¿Tú recuerdas cómo se llama aquel amigo mío, maestro de escuela, de Santo Domingo? Yo quisiera que se hallara aquí.

Urbano le contestó:

—Ya le avisaremos cuando te pongas bueno.

A lo que replicó el General:

—Si ya estoy bueno.

Después de estos esfuerzos, volvía a apoderarse del General la inquietud y el desvelo en que pasó toda la noche. Desde las once de la mañana de este día se acentuó rápidamente la gravedad. El General iba perdiendo el conocimiento.

A las once y media se mandó a buscar al General Emilio Núñez. A esa misma hora el General estaba acostado del lado izquierdo, y sintiéndose muy grave, dijo:

—*Esta no es buena posición para morir.*

Y entonces varió de posición. Poco después de las cinco, los médicos cambiaron de posición al Caudillo; entonces éste, reanimándose súbitamente, pronunció esta frase, con acento vigoroso:

—*Yo reclamo, si estoy muerto, enterradme, caballeros.*

Las palabras del General pronunciadas con tono de mando y con gran entereza, impresionaron a los oyentes.

A las seis menos cuarto llegaba a la casa el señor Presidente Estrada Palma, acompañado del Secretario de Gobernación, General Freyre de Andrade y el Ayudante Poey.

Las personas que se hallaban sentadas en el recibidor, puestas en pie, saludaron al Jefe del Estado, quien se dirigió directamente a la alcoba del egregio enfermo,



acompañado del Doctor Pereda y del joven Urbano Gómez. El señor Estrada Palma se acercó en seguida al lecho del General, contemplándolo con señales de honda emoción. El Caudillo, ya agonizante, no pudo darse cuenta de la presencia de su viejo amigo.

Momentos antes de las seis, los facultativos, en su empeño heroico de alimentar hasta el extremo al querido enfermo, trataron de hacerle tomar un poco de leche. El General, ya en las últimas fatigas, rehusaba el alimento diciendo ahogadamente:

—*No más, no más...*

El Presidente Estrada Palma contemplaba afectadísimo, con los ojos bañados en lágrimas, la tristísima escena. En el instante en que el Doctor Pereda insistía en que tomase un poco más de leche, el rostro del General reveló una fuerte contracción, haciendo una aspiración profunda y quedó desplomado...

Una sensación de angustia suprema se reflejaba en el rostro de los presentes, cuando el Doctor Pereda tomaba el pulso al General, para convencerse científicamente de la certeza de la gran desgracia nacional, y aplicando el oído al corazón del General, en medio de un silencio sepulcral, solamente interrumpido por los sollozos de los allí presentes, con acento solemne exclamó:

—*El General ha muerto!*

Indescriptible fué la explosión de dolor de los congregados en torno del lecho del gran Caudillo, y las escenas conmovedoras que allí se desarrollaron.

La viuda y los amantes hijos se abrazaron a los inanimados restos del gran patriota, resistiéndose a admitir la dureza de la realidad. El señor Estrada Palma, después de expresar su pésame a los familiares del General, se retiró hacia Columbia, vivamente emocionado. Eran las seis y cuarto.

El repetirse por la casa mortuoria el eco triste *El General ha muerto!* penetraron en la alcoba las personas que se encontraban en las otras estancias pendientes de los últimos momentos. Los teléfonos, puestos en movimiento, difundieron por la ciudad la infausta nueva y se iba



llenando la casa, por momentos, de diversos elementos sociales, ansiosos de contemplar por última vez al guerrero insigne en su lecho de muerte. El cadáver del General fué envuelto en una blanca sábana, como sudario; la cara, demacrada por la prolongada dolencia, se destacaba rodeada por un pañuelo. Al mismo tiempo que se sacaban las mascarillas del héroe, se practicaron en su cadáver las medidas necesarias para conservar datos útiles a fin de perpetuar su figura en mármoles.

La altura total era un metro 70 centímetros.

Del hombro al talón: un metro 40 centímetros.

Rótula al talón: 48 centímetros.

De la espina ilíaca a la rótula: 50 centímetros.

Brazo, antebrazo y mano: 79 centímetros.

De hombro a hombro: 38 centímetros.

De la espina ilíaca, de un lado a otro: 38 centímetros.

Pie: 21 centímetros.

(De *Efemérides de la Revolución Cubana*, por Enrique Ubieta, en *La Discusión*, Habana, 17 de junio 1914).



LA MUERTE DEL GENERAL GOMEZ

Manifestaciones oficiales de duelo

Ayer a la 1 del día recibió el Encargado de Negocios y Cónsul General de Cuba en esta capital, señor Giraudy, un cablegrama del Secretario de Estado y Justicia de aquella República en que le comunicaba la triste nueva de haber fallecido en La Habana el invicto general Máximo Gómez, jefe que fué del ejército libertador cubano.

Momentos después recibió el Vicepresidente Cáceres otro cablegrama, suscrito por el joven Urbano Gómez, hijo del esclarecido Libertador, en el mismo sentido de aquél.

En seguida el Vicepresidente Cáceres expidió estos cablegramas al Presidente de la República y al hijo del prócer fallecido:

Santo Domingo, junio 18.

Presidente República Cubana,
Habana.

Gobierno y pueblo dominicanos expresan profundo sentimiento dolor motivo muerte invicto general Gómez.
Vicepresidente funciones Presidente,

Caceres

Santo Domingo, junio 18.

Urbano Gómez,
Habana.

Gobierno y pueblo dominicanos comparten justo dolor. Transmítalo familia.

Vicepresidente Cáceres



El Ministro de Relaciones Exteriores dirigió ayer también al Encargado de Negocios de la República en La Habana estos dos cablegramas:

Santo Domingo, junio 18.

Legación Dominicana,
Habana.

Nombre Gobierno rinda visita duelo familia Gómez.

Sánchez

El Ministro de Correos y Telégrafos, Señor Pichardo, ha trasmitido ayer y hoy la infausta noticia a toda la República. Entre los telegramas de contestación recibió hoy éste:

Baní, junio 19

Ministro Bernardo Pichardo,
Santo Domingo.

Manifestaciones condolencia pueblo, pérdida hijo ilustre Gómez. Ayuntamiento decreta tres días duelo local. Prepáranse ofrendas y actos públicos.

Presidente Ayuntamiento Herrera

El Presidente Morales, actualmente en el Sur, tan pronto se le comunicó la muerte del General Gómez expidió un telegrama en que expresaba el dolor causádole por la noticia. Hoy fué trasmitida ésta al Congreso, por oficio del Ministro de lo Interior. En todos los edificios públicos del Estado, la Provincia y el Municipio flota a media asta el pabellón nacional.

Máximo Gómez ha expirado

(Por cable francés al Listín)



La Habana, junio 17

El General Máximo Gómez ha muerto esta tarde a las 6.

Baní y Máximo Gómez

Baní, junio 19.

Listín,
Santo Domingo.

Desde ayer se están sucediendo grandes demostraciones de duelo con motivo de la nunca bien llorada muerte de nuestro ilustre compueblano el General Máximo Gómez. El Ayuntamiento está recibiendo telegramas de condolencia de todas partes de la República. Se ha decretado tres días de duelo local. Esta tarde se llevará a efecto una peregrinación a la casa donde nació el inmortal banilejo, Libertador de un pueblo hermano, y donde se deslizaron su infancia y juventud.

Corresponsal

*

MAXIMO GOMEZ

Máximo Gómez ha muerto.

El Caudillo, el héroe, el gran ciudadano de la América, el dominicano egregio, el Libertador cubano ha finado su vida en La Habana: su vida era un sol de gloria que iluminaba al mundo.

Este creador de una patria americana, dominicano de origen, cubano de nación, pertenecía por la grandeza de su obra a la Humanidad, era ciudadano de todos los países libres y héroe cuyas proezas escritas están en el corazón de todos los pueblos esclavos.

Cuando cerradas fueron las puertas del templo de Jano, su espada, la última espada esgrimida victoriosamente por un ideal libertador, no abrumó con pesadumbre angustiosa el espíritu del pueblo que redimió la fuer-



LA MUERTE DE MAXIMO GOMEZ

Correspondencia habanera

Por PEDRO HENRIQUEZ UREÑA (87)

El sábado 17 de junio, cuando a Santo Domingo llegaba la correspondencia informadora de la extrema gravedad del más ilustre dominicano contemporáneo que era también el más prominente de los libertadores cubanos, tocaba la enfermedad del caudillo su término fatal. Eran las seis de la tarde antes de ocultarse el sol; el Presidente Estrada Palma acababa de entrar en el cuarto del enfermo cuando éste expiró.

La noticia voló desde la quinta del Vedado hasta La Habana antigua, y se difundió con una velocidad fantástica. Antes de cerrar el crepúsculo flotaban en innumerables edificios las banderas a media asta y los cortinajes negros. En seguida y durante toda la noche, la quinta fué invadida por la más significativa y numerosa representación de la sociedad de La Habana, empezaron a recibirse centenares de telegramas de condolencia. El Ayuntamiento, el Consejo provincial y las Cámaras co-legisladoras se

(87) Esta emocionante reseña del entierro del Héroe —nada menos que escrita por el gran humanista dominicano Pedro Henriquez Ureña, entonces residente en La Habana, se publicó en el *Listín Diario*, S. D., del 9 de agosto de 1905. La muerte del Soldado impresionó tanto a su eximio compatriota y amigo, que le inspiró la presente crónica así como la bella composición poética, escrita en el mismo día del fallecimiento del Soldado, que insertamos en nuestro libro *Martí y Máximo Gómez en la poesía dominicana*, C. T., 1953.



templar siempre, en la cima de la epopeya, erguido sobre su caballo blanco, brillando al sol antillano el machete libertador, conducir su pueblo a la victoria y abriendo generoso el amplio camino de la paz y prosperidad actuales.

Santo Domingo habrá de escuchar siempre su sincera voz cuando en enero último, nos dijo una vez más, lo que siempre proclamó, que era dominicano, porque nunca había olvidado el color de nuestro cielo, el agua de nuestros ríos y el eco de nuestras montañas.

(*Listín Diario*, Santo Domingo, No. 4777, 19 junio 1905).



LA MUERTE DE MAXIMO GOMEZ

Correspondencia habanera

Por PEDRO HENRIQUEZ UREÑA (87)

El sábado 17 de junio, cuando a Santo Domingo llegaba la correspondencia informadora de la extrema gravedad del más ilustre dominicano contemporáneo que era también el más prominente de los libertadores cubanos, tocaba la enfermedad del caudillo su término fatal. Eran las seis de la tarde antes de ocultarse el sol; el Presidente Estrada Palma acababa de entrar en el cuarto del enfermo cuando éste expiró.

La noticia voló desde la quinta del Vedado hasta La Habana antigua, y se difundió con una velocidad fantástica. Antes de cerrar el crepúsculo flotaban en innumerables edificios las banderas a media asta y los cortinajes negros. En seguida y durante toda la noche, la quinta fué invadida por la más significativa y numerosa representación de la sociedad de La Habana, empezaron a recibirse centenares de telegramas de condolencia. El Ayuntamiento, el Consejo provincial y las Cámaras co-legisladoras se

(87) Esta emocionante reseña del entierro del Héroe —nada menos que escrita por el gran humanista dominicano Pedro Henriquez Ureña, entonces residente en La Habana, se publicó en el *Listín Diario*, S. D., del 9 de agosto de 1905. La muerte del Soldado impresionó tanto a su eximio compatriota y amigo, que le inspiró la presente crónica así como la bella composición poética, escrita en el mismo día del fallecimiento del Soldado, que insertamos en nuestro libro *Martí y Máximo Gómez en la poesía dominicana*, C. T., 1953.



reunieron hacia media noche para tomar acuerdos sobre los funerales. El Senado votó una ley según la cual se declaraban días de duelo el 18, el 19 y el 20 de junio de este año, se tributarían al cadáver del general Gómez los mismos honores que a un presidente de la República, se costearían por el Estado los funerales y el sepelio, llevarían los cuerpos armados de la República luto oficial durante nueve días, y se conducirían los restos al Cementerio de Colón el martes 20. A más, acordó el Senado reunirse el miércoles 21 en sesión solemne en la cual haría el elogio fúnebre del héroe el Castelar cubano, Antonio Sánchez de Bustamante. (Elección justa, porque si el orador cubano casi insustituible para hablar ante la tumba de Máximo Gómez era Manuel Sanguily, por desgracia ausente ahora, en la sala del Senado encaja como ninguna la palabra de Sánchez Bustamante).

A las siete de la mañana del domingo 18 fué trasladado el cadáver embalsamado la noche anterior, al Palacio Presidencial. El monumental ataúd, totalmente cerrado (en cumplimiento de la voluntad del muerto), y envuelto en las banderas cubana y dominicana, se colocó en el salón rojo del Palacio: durante los tres días le hicieron guardias de honor los veteranos de la independencia y desfilaron ante él todo el pueblo de La Habana y muchos excursionistas llegados de provincias. El Palacio se colmó de ofrendas: todos los cuerpos oficiales, las agrupaciones políticas, las instituciones de todo carácter, e innumerables empresas y particulares enviaron coronas. Estas se contaban por cientos. Las había estupendas, espléndidas, algunas como la del Senado y la del Consejo Provincial, tenían dos metros de altura.

La ciudad entera estaba de luto. Estaba prohibido hacer música, y no se oía vibrar un piano, ni cantar una voz, ni sonar uno de los muchos fonógrafos de La Habana. Cada media hora, durante tres días, disparaba el cañón de la fortaleza de la Cabaña; y cada hora tañían las campanas de los templos. Cerrados los teatros, las oficinas, los establecimientos, ofrecían las calles, llenas de colga-



duras negras y banderas enlutadas un aspecto extraño con las multitudes que discurrían convergiendo hacia el Palacio. El entierro estaba dispuesto para las tres de la tarde del martes 20 de junio. Para definir lo que fué una manifestación de duelo oficial y popular sólo cabe un adjetivo: *Colosal*.

Difícil es, aun en ciudades de mucho mayor población que tan enorme público se reúna para un acto semejante; porque no es exagerado asegurar que del cuarto de millón de habitantes que tiene La Habana sólo una ínfima parte, retraída por necesidades imperiosas, dejó de acompañar o presenciar el desfile.

Desde el medio día estaban llenas de personas las casas del trayecto marcado para el entierro. A las dos, bajo el sol tórrido había un mar humano en la plaza de armas frente al Palacio. A poco empezaron a alinearse las fuerzas; la artillería, la guardia rural, la policía municipal, los bomberos, todas en grupos numerosísimos y las bandas de música; todas las de la capital y algunas de otras ciudades.

Minutos después de la hora fijada, descendió el féretro en hombros de ocho individuos; los cuatro hijos del caudillo, Máximo, Urbano, Bernardo y Andrés Gómez y Toro y cuatro dominicanos que por concesión especialísima del gobierno de Cuba fueron elegidos para ese honor por la colonia residente en La Habana: el Encargado de Negocios, señor Pérez Román, el general Francisco Effres, el señor Francisco Carvajal y el comandante Lorenzo Despradel.

Hubo el estruendo marcial de rigor: se rindieron armas, se dispararon veinte y un cañonazos por la fortaleza y la banda municipal tocó una pieza fúnebre. Se colocó el ataúd sobre un armón de artillería tirado por ocho mulas y partió el cortejo: delante de las fuerzas militares en el centro del cadáver seguido por los familiares y los altos funcionarios presidiendo la extensa comitiva, detrás los carros de coronas y por último los bomberos.



La procesión recorrió un trayecto de cinco kilómetros y medio desde la plaza de armas hasta el Cementerio de Colón: cruzó la calle de Obispo, llegó hasta el Parque Central, se detuvo un instante frente a la Estatua de Martí, dió un rodeo, y tomó por la calle de San Rafael hasta la calzada de Galiano, en donde la comitiva tomó coches hasta el cementerio. Fué una recorrida memorable: había trechos alfombrados de rosas; desde los atestados balcones llovían flores y palmas y laureles; y comisiones de damas, noble representación de la mujer cubana, se acercaban a regar sobre el féretro flores, muchas flores, todas las flores. El pueblo se amotinó varias veces, y a gran esfuerzo lo contuvo la policía: era que deseaba arrancar el féretro a aquel ceremonioso cortejo oficial y llevarlo él, en sus fornidos hombros, hasta la mansión del último reposo.

A las cinco y media llegó la fúnebre procesión al vasto cementerio. Allí, esparcida en la meseta vacía que se extiende ante la entrada o arremolinándose para traspasar la vigilada puerta, esperaba otra multitud, aún más abigarradamente popular que las anteriores, que se ha calculado en cuarenta mil personas. Lo enorme del público hacía lentas todas las operaciones, y hasta las seis y diez minutos no fué colocado el féretro en la bóveda que lo contendrá mientras se erija un mausoleo. No hubo discursos. Mientras descendía el ataúd, sonó el clarín del corneta José Cruz, quien había estado a las órdenes del Generalísimo en la Manigua, con el memorable tóque de SILENCIO de los mambises. Un fúnebre recogimiento, en la doliente calma del crepúsculo, acongojó los espíritus; y entonces, sobre el trágico silencio vibró agudamente otro clarín, el del corneta Juan Barrenas, que también estuvo a las órdenes del Generalísimo, con el toque de la GENERALA, profundamente sugestiva, grandiosa, épica. La bóveda se cerró. La fuerza de artillería hizo una triple descarga.

Mientras los patriotas lloraban al dar el adiós supremo a Máximo Gómez, la tierra, madre y alma simbólica



debía abrazarle amorosamente, porque al entrar en su regazo el héroe entraba también su vida, como parte gloriosa de las grandes evoluciones humanas, en la consagración inmortal y serena de la historia.

Habana, Junio 21 1905.



MAXIMO GOMEZ

BOSQUEJO BIOGRAFICO

Por MAX HENRIQUEZ UREÑA

Juzgar una vida es más difícil que juzgar una obra. Hay existencias que son astros luminosos cuyos resplandores bañan por siglos la conciencia de una colectividad, de un pueblo, de un continente, de una raza, de un mundo! Esas existencias no son aisladamente una obra, no son aisladamente una vida, son la culminación estupenda de aspiraciones que germinaron en las raíces de siglos anteriores; representan en sí la vida individual o la redención moral de un pueblo o de una raza; son monumentos hieráticos cuya cúspide rasga el infinito e imponen a la posteridad su grandeza, son soles que brillan con luz deslumbradora sintetizando un esfuerzo grandioso por el bien y el amor de la humanidad.

La existencia de Máximo Gómez sintetiza más de una obra y más de una vida. Máximo Gómez tenía alma de sol y espíritu de granito: era luz y era fortaleza. Para juzgarle se necesita una mano firme como su espíritu y una pluma luminosa como su alma.

Máximo Gómez, cuya trascendencia en la obra magna de la libertad de América nadie hubiera podido vaticinar, por su oscuro nacimiento, vió la luz el 18 de Noviem-



bre de 1836 en el pueblo de Baní, que forma parte de la provincia capital de Santo Domingo. Sus padres fueron Andrés Gómez y María Clemencia Báez. Los años de su infancia y de su adolescencia transcurrieron en el amoroso valle nativo. Independizado Santo Domingo de la dominación haitiana en 1844, hubo de sufrir frecuentes y rudos conatos de invasión de parte de sus antiguos dominadores. Máximo Gómez militó, muy joven aún, en las filas nacionales, y combatió en repetidas ocasiones, distinguiéndose por su bravura en acciones como la famosa batalla de Santomé.

Un hecho sensacional vino a cambiar por completo la situación de la República Dominicana. Fué la anexión del país a España, en 1861. Todas las tropas regulares dominicanas quedaron bajo el gobierno del coloniaje. Máximo Gómez era comandante del ejército y permaneció en su puesto. Aceptó y aprobó la anexión, pero cúlpese de ese error a la época y no al hombre. Tiempos eran aquellos de luchas y de odios; tiempos eran aquellos en que a la horrible y bestial lucha fratricida que consumía las fuerzas vivas del país, se unía la amenaza constante de invasión de los vecinos de occidente. Máximo Gómez fué de los que creyeron que España volvería con solicitud maternal a amparar a Quisqueya la rebelde, y que al bienestar material que reportaría la anexión se uniría la suspensión de toda amenaza por parte de los intrusos del oeste. Que incurriera en ese error no es culpa suya, sea dicho una vez más, lo fué del momento histórico. En Santo Domingo, donde, según frase de Deschamps, el mal viene “de arriba para abajo”, no hay que extrañar que quien por entonces no era sino un militar disciplinado y un joven inexperto, fuera contaminado con la engañosa corriente que venía de arriba para abajo.

Empero, ni España volvió como madre amorosa, sino como torpe dominadora, ni el pueblo dominicano estaba dispuesto a perder sus derechos conquistados a costa de indecibles sacrificios. Máximo Gómez lo advirtió ya cuando, como militar, no le pareció decoroso retroceder. Victoriosos los dominicanos en la guerra de Restauración,



él emigró a Cuba con las fuerzas españolas. Poco después de vivir en Cuba pidió su licenciamiento. Falto de recursos, buscó la vida en la provincia oriental, cultivando una pequeña estancia con cuyo producto se procuraba el sustento. Consagrado a esa humilde y penosa faena, vió de cerca las miserias, los dolores y las angustias del pueblo cubano, y recordó cuán desastrosa fué la dominación española en Santo Domingo, defraudando las esperanzas que él había cifrado en ese cambio para su país, y anheló para Cuba la libertad de que ya gozaba Santo Domingo. Simpatizó entonces con la idea de la independencia de Cuba e ingresó en el movimiento separatista de 1868. Sus primeros hechos de armas los realizó bajo las órdenes del General Donato Mármol, y al morir éste, en 1870, quedó Máximo Gómez ocupando el cargo que quedaba vacante con esa muerte, que era el de jefe superior de la división de Oriente. Como se vé, había cobrado importancia en poco tiempo.

En 1871 invadió a Guantánamo, alcanzando triunfos muy señalados, que le dieron gran prestigio militar. Fué destituido, por una equivocación que sufrió Céspedes, debido a informes apasionados que recibió, en 1872. Máximo Gómez se retiró con un grupo a las montañas, sin protestar de ese acto que consideraba evidentemente injusto, hasta que en 1873 el mismo Céspedes lo llamó: acababa de morir el glorioso Ignacio Agramonte, y para sustituirlo se nombró a Máximo Gómez, que fué considerado el único jefe capaz de dirigir la campaña en Camagüey.

Sus triunfos fueron estupendos, creciendo de grado en grado. Las batallas de *Palo Seco*, *El Naranjo* y *Las Guásimas* son hazañas homéricas que clavaron hachones de gloria en el campo de la insurrección. En 1875, pasó, herido, la Trocha de Júcaro a Morón. La invasión seguía invencible, formidable, arrollándolo todo a su paso. De todos los labios brotaba un grito de asombro ante la creciente victoria de aquel guerrero insigne a quien sonreía la fortuna, mimaba la gloria y guiaba el deber. Todo presagiaba el triunfo de la insurrección, cuando serias divisiones que surgieron en el propio seno del organismo re-



volucionario le arrancaron de su campamento de Las Villas, llamado a Oriente por el gobierno de Estrada Palma, a ocupar la cartera de guerra. En tanto, la disolución cundía en las filas: torpes divisiones trajeron en pocos meses la desorganización completa del ejército libertador, victorioso hasta la víspera dentro de la marcha ordenada y armónica del plan invasor de Máximo Gómez. Se trató en 1877 de que él volviera a organizar el ejército, como General en Jefe, y no aceptó. Comprendió antes que nadie que todo estaba perdido y que las ambiciones inmoderadas llevaban al desastre la obra de la revolución. En efecto: a poco vino la triste claudicación que se conoce en la historia con el nombre de “La Paz del Zanjón”.

Vagó por Centro-América y al fin tornó al solar nativo. Durante la guerra se había casado con la virtuosa dama Bernarda Toro, y en la paz, el hogar le brindaba su bienhechor arrimo, en Montecristi. Rodeado de su esposa y de sus hijos, durante todo ese tiempo no se olvidó de Cuba: en Centro-América, en Santo Domingo y dondequiera que puso la planta seguía conspirando, manteniéndose al habla con amigos y jefes de la pasada revolución, fija la vista en el momento histórico en que había de reanudarse la interrumpida lucha por la libertad de Cuba. El comprendía que el malestar del pueblo cubano había de culminar en una nueva explosión avasalladora, y esperaba ese momento.

Martí inició, en tanto, su asombrosa prédica en toda América, y sumando voluntades al par que aunando esfuerzos, organizó la revolución y fué a Montecristi a ofrecer a Máximo Gómez el título de jefe supremo en el ramo de la guerra. Más tarde volvió Martí a buscarlo para ir juntos, con una mano de valientes, hacia las costas de Cuba, a tomar parte en la refriega, que ya había estallado. Bien sabemos cuán funesto fué ese empeño para el Apóstol Martí, que vino a encontrar la muerte en los campos de batalla!

Apareció Máximo Gómez de nuevo en la lucha, en abril de 1895. Ya no era el militar joven y resuelto que buscaba la notoriedad en el heroísmo: era el Generalísimo,



que surgía en el teatro de la guerra, cubierto de gloria y de prestigio, brindando plena confianza a las tropas para llevarlas a la victoria. La táctica militar por él puesta en juego en esta campaña dejaba estupefactos a todos los técnicos que desde lejos apreciaban el curso de la insurrección, y su reputación como estratégico eminente quedó sentada, no sólo en Cuba y en América, sino en el mundo. Máximo Gómez fué el rompe-cabezas de los tácticos españoles: asombró a Martínez Campos, desesperó a Weyler y asustó a Blanco.

De la gloriosa trinidad que culminó en la última guerra, Martí era la idea, Maceo era la acción: Máximo Gómez resumía en sí la idea y la acción.

Martí tenía el irresistible verbo evangélico, la palabra que arrastraba las multitudes y encendía los corazones en sacro fuego, el cerebro poderoso de un pensador estupendo, el alma inmensa de un apóstol. Maceo tenía la bravura de Aquiles y la nobleza de Bayardo, un corazón hermoso y grande, y un brazo hercúleo e indomable.

Máximo Gómez era un predestinado: él asimilaba la idea y la acción, y bien lo prueba el hecho de que muertos Martí y Maceo, él encarnó la idea y la acción revolucionarias. Invencible y tenaz, no cejó en la lucha, no desesperó en la idea. Asombraba que su cuerpo no sucumbiera agobiado por las penalidades de la guerra y que su espíritu no desmayara en la afanosa brega. Era sol y granito, luz y fortaleza. Era **EL LIBERTADOR**.

Era, al mismo tiempo, un carácter noble y enérgico. No tenía arrebatos irreflexivos, pero sí indomables energías y rudas altiveces. Una vez, acabando de dictar órdenes para un peligroso encuentro, el jefe subalterno que las recibía preguntó dónde se encontrarían después del combate, y él respondió sin vacilar: "En el cementerio!" Este rasgo de energía moral contrasta con este otro de suma sencillez: al desembarcar Máximo Gómez en Santo Domingo, por primera vez después de terminada la guerra de Cuba, una manifestación desbordante de entusiasmo fué a buscar en triunfo al muelle al libertador de un pueblo hermano. El sabía que sus coterráneos sentían



por él gran admiración, pero sin duda no esperaba aquella manifestación delirante que constituyó todo un día de júbilo para la capital de la República Dominicana, y mientras Eugenio Deschamps, el tribuno hugoniano señalaba en él “la resurrección de la epopeya”; y Pellerano Castro, el de la rima sonora, pedía para su verso “el nervio bravo de ese cuerpo viejo”, Máximo Gómez decía con voz emocionada, con acento de suma sencillez y naturalidad suma: “Lo que yo he hecho no es tan grande para merecer estos honores”. Nuevo Cincinato, no perseguía el laurel de la gloria fugaz, sino la perdurable satisfacción de su deber.

Tocóle sobrevivir a su obra y presenciar el desenvolvimiento inicial de la República de Cuba. Tocóle asistir a la consagración de la magna empresa realizada por su espada invicta.

En la paz, ¡cuán benéfica fué su influencia para resolver áridos conflictos! Con desinterés altísimo, se negó a oír toda insinuación de que presentara su candidatura presidencial. “Los pueblos para ser felices no deben tener el gobierno de la espada, sino el gobierno de la ley”, decía, y agregaba: “Yo no respondo, estando en el poder, de no desenvainar mi machete para cortar el nudo gordiano, si es necesario”. Amante del derecho, de la ley y de la libertad, tuvo en estos tres conceptos abstractos la base triangular sobre la cual se asentaba su criterio político. Abogó en 1901 por la candidatura de Tomás Estrada Palma para el primer período presidencial de la República, y la mejor recomendación que hizo de su candidato fué la de que éste era un hombre civil, capaz de proteger el derecho, acatar la ley y respetar la libertad. Y luego, en la huelga de diciembre de 1902, en el disentimiento parlamentario de 1904, y, en fin, cada vez que creyó útil su influencia, supo intervenir satisfactoriamente para vencer las dificultades que se presentaban en perjuicio de los intereses nacionales.

Poco antes de morir, emprendió una enérgica campaña política, afiliándose al Partido de oposición al gobierno de Estrada Palma, pero predicando siempre la oposición razonada y reflexiva. En esa campaña de propagan-



da le sorprendió la enfermedad que en mes y medio lo llevó a la tumba. Pero su labor, aún en esa empresa trunca, dió frutos de bien: el país necesitaba dos partidos político, unidos y disciplinados, el uno frente al otro. Máximo Gómez, organizando y unificando el uno, estimuló la absoluta cohesión del otro.

Murió en 17 de junio de 1905. La Habana supo rendirle una manifestación extraordinaria de sentido duelo, que reveló cuán grandes eran hacia él los sentimientos de amor y de gratitud del pueblo cubano. Y hasta la hora de su muerte alentaba aquel espíritu que poco antes, a las insinuaciones del médico que le indicaba que durmiera, respondía preguntando si era el último sueño el que iba a dormir!

Al fin duerme tranquilo ese último sueño! Al fin se ha ido él, el Libertador, envuelto en sus dos banderas, la de su tierra nativa y la de la tierra que libertó! El había venido como Hatuey, de Quisqueya la brava, a grabar su nombre en los árboles centenarios de los campos de Cuba. El había venido, como Hatuey con todos los ímpetus y los anhelos de una raza oprimida, y había traído, para los débiles la palabra de fe, para los fuertes el grito del deber! El tenía la serena altivez de las altas montañas y la solemne grandeza del oceano. Su figura ciclópea se levanta, iluminando el tempestuoso presente, cubierta por el manto de la gloria, sobre la redimida tierra del pasado, bajo el cielo radioso del porvenir!

(Publicado originalmente en *Cuba literaria*, Santiago de Cuba, junio 28 de 1905. Revisado en su forma actual para ser publicado nuevamente, al siguiente año, en *La Discusión*, La Habana).



MAXIMO GOMEZ

Por ARISTIDES GARCIA GOMEZ

Glorioso y amado ha caído en el seno de la tumba este insigne compatriota nuestro, preclaro y famoso estratega de América y Libertador de Cuba.

Esta muerte, como la de todos los grandes humanos que llenaron con sus hechos y con su nombre los anales de los pueblos, ha conmovido sin duda el espíritu público universal y embargado especialmente de profunda tristeza el alma americana que glorificó, lloró e inmortalizó a Bolívar, a Sucre, a San Martín, a Hidalgo y a toda la pléyade ilustre de los héroes y de los libertadores de las nacionalidades del Nuevo Mundo.

Al par de los laureles que conquistó en cien combates con las aguerridas y soberbias huestes españolas y que le pusieron alto en la nombradía de militar heroico, pundonoroso y enérgico, Máximo Gómez lega también a las generaciones pósteras que habrán de completar con el veredicto de su juicio la gran figura del egregio caudillo que llevó a cima la fanáticamente disputada independencia de Cuba, las coronas inmarcesibles que a su frente ciñeron sus contemporáneos para galardonar sus virtudes de ciudadano y sus raras dotes de avisado estadista y de político desinteresado y probo.

El Dique se inclina con respeto ante la recién abierta sepultura del distinguido dominicano que si erró cuando joven y oscuro en la patria, arrebatado por el torbellino de la política y de sus pasiones, supo después dedicar su



vida a la consecución del más grandioso ideal de libertad de los tiempos modernos, y pudo con sus proezas militares y sus virtudes republicanas, Jordán de su remoto pasado, morir grande, glorioso, amado y bendecido en medio de un pueblo invicto que le proclamó su Libertador.

Duerma, pues, en la paz del Señor y viva en la fama de su nombre y de sus hazañas el héroe de Las Tunas, de Las Guásimas, de Coliseo, de Palo Seco y de cien lides inmortales, y reciban sus deudos atribulados el sentido testimonio de nuestra condolencia.

(Editorial de *El Dique*, S. D., 21 junio 1905).



EL GENERALISIMO

Por RAMON ROA (88)

El constante estado de guerra entre Haití y la República Dominicana y el de ruina y anarquía persistente en esta última, trajeron como consecuencia natural y lógica la positiva amenaza de su absorción por sus vecinos los hatianos, que eran mucho más poderosos.

En tales circunstancias, los hombres más sensatos de la República Dominicana con el beneplácito de las masas populares, concibieron el proyecto único a su entender que podría salvarlos del peligro que los amenazaba tan de cerca, de anexarse a España, sacrificando su nacionalidad, como el menor mal de los males que les era dable es-coger.

Después de muchos años de independencia y de inútiles ensayos en la senda del gobierno propio, sin que se tocaran beneficiosos resultados, los dominicanos, que conservaban a España los recuerdos caballerescos de la raza, ya que en su territorio no hubo las escenas de rencor y de sangre que en otras partes de América, se hicieron la ilusión de que volvían amorosamente a los brazos de su antigua metrópoli, por lo cual el movimiento anexionista fué honrado, unánime y espontáneo. Los dominicanos, pues, al llevarlo a cabo en uso de su perfecta voluntad y

(88) Este artículo del prócer cubano Roa se incluye aquí por sus interesantes alusiones a la Patria de Máximo Gómez. Se publicó en el periódico *La Discusión*, de La Habana, el 18 de junio de 1905, día siguiente de la muerte del Libertador. Reproducido en la obra de Roa, *Con la pluma y el machete*, La Habana, Vol. II, 1950.



en defensa de su vida y hacienda, que estaban a merced de los haitianos, no cometieron acto alguno que pudiera calificarse de traición.

Entre esos dominicanos figuraba como militar, de la clase de oficiales subalternos, el mayor general Máximo Gómez, ex general en jefe de nuestro disuelto ejército libertador.

Consumados los hechos, arriado el pabellón dominicano e izado el de Castilla, las guarniciones españolas se posesionaron del anexado territorio. Al principio todo trascendía a confraternidad y regocijo; pero a poco prevaleció el espíritu de la reconquista; empezaron los disgustos en las calles y en los lugares públicos, por meras susceptibilidades provocadas hasta por incidentes de pronunciación, coincidiendo todo ello con una invasión de jueces, abogados y curiales llegados de la isla de Cuba, que fueron a implantar allí, para prolongarlo, el detestable sistema colonial imperante en la grande Antilla. Semejantes residuos de raídos aventureros, entre quienes enseñaban la cabeza capitanes de partido, tenientes pedáneos y cabos de ronda, que aquí venían explotando la odiosa esclavitud de los negros, aumentaron con sus desmanes y la parcialidad del novísimo gobierno, el naciente disgusto que debía traer por consecuencia el pronunciamiento aislado de las primeras partidas de los que, arrepentidos de sus recientes errores, habían de clamar otra vez por su independencia patria.

La inmensa mayoría de los que componían el ejército dominicano, como fórmula indispensable, tuvieron que jurar la bandera española, integrando las fuerzas del gobierno; y cuenta que entre ellos se encontraban los hombres de más alta reputación en el país como honrados ciudadanos. Armado el conflicto, no todos supieron de antemano apreciar sus consecuencias y permanecieron de hecho fieles a España, aunque muchos no desempeñaron puestos activos en las operaciones de campaña.

Evacuado aquel territorio por España, un buen número de jefes y oficiales dominicanos vinieron a Cuba, figurando en las reservas del ejército español.



Estaba entre ellos Máximo Gómez que, avecindado en Oriente, trajo a sus hermanas y se dedicó personalmente a labrar la tierra. Como era natural se amistó con la gente del país, se identificó con ella y, cuando ocurrió la sublevación de Yara, con convecinos y amigos se decidió a defender a Cuba, punto éste que hemos de suponer le fuese de fácil solución, porque si se iba a luchar contra España, ésta había demostrado en Santo Domingo en el transcurso de pocos meses, que no eran necesarios tres siglos, para abominar su dominación. Entonces ya Máximo Gómez, antillano por nacimiento, tenía todos los atributos de un cubano, apegado al suelo, e inspirado por la libertad.

Por falta de conocimientos militares, mal andaban al principio los cubanos sublevados. La buena voluntad y el valor personal se estrellaban ante el desconocimiento de la guerra, y la ausencia de toda disciplina, agravada por la carencia de armas y municiones; pero Máximo Gómez se lanza al campo y sin reclamar derechos a posición ni grados, acude a donde sus aptitudes le hacían útil, y bien se distinguió en el ataque del Cobre. Tan luego se dió a conocer se le confirió el nombramiento de general.

A él, que organiza aquel heroico pelotón de campesinos que puso a raya al coronel Quirós en la Venta de Casanova, se debe la primera acción de guerra que consignó en un parte oficial español la cualidad de combatiente del cubano. Máximo Gómez patentizó allí la eficacia y poder del machete como arma de combate, revelación que supieron aprovechar nuestros guajiros.

No pretendemos hacer su biografía, que llenaría volúmenes, sino estampar las líneas generales que abarquen los méritos más salientes que tiene contraídos con Cuba y lo que a él debe militarmente la revolución cubana.

No cabe duda de que el general español conde de Valmaseda, logró pacificar el territorio oriental y reducir a poca cosa la revolución en los demás departamentos. La situación de los cubanos militares llegó a ser sumamente difícil; se vivía a salto de mata; cundía el terror por todas partes, y permanecer en los campos era cuestión de



honor, sin más recompensa que la muerte; pero en tales circunstancias Máximo Gómez, a la vez que salvaba los fragmentos de fuerza de que disponía, concibió el grandioso proyecto, derrotado y todo como andaba, de invadir la rica y potente jurisdicción de Guantánamo, entrando por la Indiana, que era la llave de hierro que cerraba sus puertas; y multiplicando sus fuerzas, sin darse reposo y sin atender al sustento, realiza el hecho más notable de aquella época, desconcertando al enemigo, trastornando sus planes y produciendo una reacción que todavía se recuerda como un sueño.

En esa invasión gloriosa se formaron aquellos grandes jefes y oficiales que se llamaron los Maceo, Moncada, Borrero, Noguerras, Saladrigas, Sánchez, Prado, Crombet y tantos otros que después se convirtieron en notables guerrilleros y jefes de operaciones.

Muerto el general Agramonte, le sucedió Máximo Gómez, que sabe aprovechar sus elementos organizados y da un impulso a la revolución en el centro, que hace inolvidables los nombres de La Sacra, Santa Cruz, Naranjo, Las Guásimas, Camujiro y otros, pero representan un gran consumo de hombres y recursos, a cambio de la fuerza moral que adquirió la revolución, gloriosa pero estancada.

El general español Concha había coordinado todos sus planes para sofocar la revolución dentro de sus límites conocidos; pero el general Máximo Gómez le sale al encuentro, resolviéndose a invadir Las Villas; y sin perder tiempo, pasa la Trocha, en donde fué gravemente herido; amenazada la ciudad de Sancti Spíritus, ataca y toma el Jíbaro, da la acción de la Lima, toma fuertes, destaca fuerzas sobre Cienfuegos, se hace con un rico botín de guerra, refuerza sus escuadrones, y su vanguardia llega hasta los fuertes de Colón, deteniéndose la ejecución de todos sus planes ante lo que hemos de llamar fuerza mayor. No nos place hacer mención de acontecimientos "políticos inferiores" que dejamos al escalpelo del historiador.



En la guerra del 95, mereció ser desde el principio general en jefe, y el gran José Martí, en documentos fehacientes nos da cuenta de cómo le fué necesario acompañarse del célebre caudillo para venir a Cuba y ver sobre el terreno el fruto de la organización que él había llevado a cabo en el extranjero. Nadie olvidará la invasión hasta el Cabo de San Antonio, de la cual bien puede decirse, que si el bravo entre los bravos Antonio Maceo, fué la “voladora”, Máximo Gómez fué la “rueda catalina”. Véase cómo instantáneamente, tras la muerte de Martí, Gómez invade el Camagüey, mientras Maceo organiza sus fuerzas a retaguardia; véase cómo invade luego Las Villas, franqueando el paso a la columna invasora, y luego en combinaciones que a veces afectan un zig-zag, se realiza la invasión de todo el territorio; y más tarde se sostiene en Sancti Spíritus, haciendo una resistencia tremenda contra el general Weyler y sus numerosas columnas.

Los hechos narrados, siquiera tan sucintamente, bastan para la eterna fama del insigne combatiente por la libertad de Cuba, que fué maestro de casi todos nuestros mejores guerreros.

En ciertas situaciones Máximo Gómez fué una bandera y su espléndida fama entre los combatientes de ambos bandos, fué signo de entusiasmo y de respeto.

Como hombre, fué siempre franco y generoso. Por el bien de Cuba, esto lo sabemos sus compañeros de la guerra de diez años y lo sabía Martí, perdonó primero, para utilizar después en el servicio, en la campaña del 95, a hombres que podría haber confundido antes que haberles realzado.

Pretender que el general Máximo Gómez no tuviera defectos sería colmo de estulticia. Nadie ha sido hasta ahora en lo humano, la bondad perfecta. Los defectos son el complemento del hombre, como quizá las máculas del sol son necesarias al astro rey para sostener el equilibrio universal. La luz sin sombra sólo puede predominar en el desierto.

Pueblo de ingratos serían los cubanos amantes de la independencia, si olvidaran los servicios que espontánea-



mente le prestó, así en los días de su juventud como en los de su ancianidad, el incansable e inspirado caudillo que se identificó con nuestros bisoños patriotas sublevados, y los guió, poniéndose a su frente con denuedo, hasta que, ya veteranos, lograron obtener el triunfo de sus ideales.

En el hogar, fué Máximo Gómez, un amoroso padre de familia.

Hoy el bravo adalid ha caído para siempre. ¡Honremos su memoria!



OFRENDA

Por LORENZO DESPRADEL

¡Silencio! ¡Hoy no debe
alabarse sino al muerto!

Ibsen.

La figura del insigne guerrero dominicano no ha necesitado que el hálito piadoso de la muerte le insuffle esa vida de prestigio póstumo que han menester los que se van de este mundo sin haber realizado obras grandes, buenas y útiles. El pedestal de su gloria está en la obra que realizó, y fué grande desde el momento en que desenvainó su espada gloriosa y puso todas las energías de su alma y su brazo para realizarla, haciendo despuntar con sus proezas la estrella de su genio en el cielo siempre sereno de la Historia. La muerte lo sorprendió aureolado por la fama, y no pudo agregar ni un ápice a la inmortalidad de su nombre, que había alcanzado las gigantes proporciones de la epopeya, hospedándose en la Gloria como un viejo compañero de los más insignes libertadores de pueblos y de hombres.

Ya él había asistido a su propia apoteosis y todo un pueblo lo había aclamado llamándole Libertador, dictado que solamente alcanzan los que se entran por la vida con la antorcha de la Justicia en una mano y la espada del Derecho en la otra, para afianzar la felicidad de los pueblos y la honra y decoro de los hombres.

El, que había sido un luchador toda la vida; que había vivido en los campos de **batalla en consorcio íntimo**



con la Naturaleza; que había resistido la rudeza de los elementos de la guerra con la serenidad estoica de un soldado de la vieja Esparta, tuvo la dicha de ver su obra realizada y de esperar la muerte bajo la sombra piadosa del hogar, cobijado por la bandera que su espada victoriosa llenó de gloria inmarcesible en los campos de la Revolución.

Ese hombre providencial, que le tocó en suerte romper el último eslabón de la cadena que unía a España con estas tierras del Nuevo Mundo, estaba dotado por la Naturaleza de todos aquellos atributos inherentes a los grandes y a los inmortales. Alma acerada y fuerte en donde las emociones se condensaban al influjo de la voluntad; percepción clara y profunda de las cosas de la vida, a las que aplicaba el más estricto espíritu de justicia, y por sobre todo, una fe inquebrantable, granítica, que no lograban abatir los más grandes desastres, eran virtudes preclaras que lo acercaban al temerario Ajax y al virtuoso Aristides, haciéndolo invencible en la guerra e incorruptible en la paz. Su vida está llena de accidentes adversos, y no parece sino que el destino le preparó ese teatro de azares para que su alma se caldeara al calor de ese fuego misterioso de que la fe se alimenta y que ilumina la senda de los predestinados.

En donde no estaba la generosidad no había victoria para él; en donde perecían los ideales, dejaba de existir la finalidad lógica de la existencia, porque ese grande hombre no se explicaba la vida sino para la obra del bien y del amor, encontrando ruin y pequeño todo sentimiento de egoísmo. Odiaba lo vulgar, y su imaginación, como un águila de alas prepotentes volaba de cumbre en cumbre, bañándose en la luz vivificante y generosa del sol de la Justicia. Se crecía en la adversidad y como Anteo, se erguía ante cada desastre, impulsado por las energías de su alma y la acometividad de su brazo, que siempre estuvo en alto impetuoso y temible señalando el camino de la victoria.

En él convivían sentimientos que parecían antitéticos, pero que se armonizaban maravillosamente, dándole



forma a su carácter, que fué el elemento más acentuado de su personalidad. Cuando rugía de rabia como cuando apostrofaba o reía o lloraba, su corazón vertía en raudales de amor la esencia de su ternura y los más exquisitos dones de su espíritu. Era águila y paloma, brisa sutil y huracán desencadenado, conviviendo en esa acentuada dualidad el más completo y cabal equilibrio psíquico, y el más perfecto y armónico concierto de pasiones y de sentimientos.

Terrible en la guerra emuló al Profeta Elías y tuvo arengas entre zarzas encendidas bajo la majestad terrible de un cielo cárdeno y sobre la tierra que trepidaba al galope marcial de los corceles. Austero, grave, inflexible, infundía uno como respeto tocado por un punto de admiración avasalladora que hacía vagar la mente enardecida por los viejos campos de la *Iliada*, ensoñación de una epopeya ultraterrena. Idealista por temperamento, ponía siempre sobre un punto de religiosidad las cosas del espíritu, y le dedicaba toda su preferencia a esas abstracciones morales sobre las cuales se han edificado sistemas filosóficos de altísimos alcances. Su mente viajaba de continuo por los dilatados espacios del ensueño, y nadie más que él supo vivir aquí en la tierra desdeñando lo terrenal, como un reo inocente atado a dura ergástula y que esperaba el instante de su liberación eterna.

El áspid envenenado de la vanidad no lo hirió nunca; y la gran altura a que lo encumbraron sus merecimientos y la admiración popular, no fueron óbice a que torciera el rumbo de su camino, siguiendo con la frente levantada en viaje glorioso hacia los grandes ideales.

Emuló a los más grandes patricios de la humanidad en el solemne propósito de no ser nada, cuando pudo serlo todo; motivo por el cual los laureles de su frente reverdecían a cada amanecer sin que su lozanía fuera amenguada por ninguna ráfaga de ambición ni de codicia. Si tuviéramos que equipararlo a una montaña, habría que decir que él fué grande como el Himalaya, cuya cima se pierde entre el cortejo de las nubes y sobre la cual no vuelan sino



águilas altivas y brillan las estrellas en la idealidad de un cielo siempre azul.

Quienes tuvieron la gloria de verlo en los campos de la revolución jamás podrán olvidar su aspecto arrogante de Moisés, guiando o todo un pueblo en éxodo sublime desde las negruras fatídicas de la tiranía, hasta las excelsas claridades de la Libertad y el Derecho. La guerra fué un Sinaí glorioso, y desde ella le mostraba a los buenos la Tierra de Promisión, esfumada entre vapores de lágrimas y duelos, encharcada en la sangre de sus propios hijos. En ese tránsito glorioso de las tinieblas a la luz, su corcel de guerra brillaba como blanca estrella, y en pos de él se iba un pueblo ávido de justicia y ansioso de decoro.

A su alrededor bramaba la tormenta y los héroes caían como grandes árboles a los golpes fatales del destino. Caía Martí en Dos Ríos; caían Borrero, José Maceo, Angel Guerra, Seraffín Sánchez, Crombet, Zayas y falanges enteras desaparecían. En Punta Brava la tragedia levantaba su teatro y se llevaba envueltos en su negro manto al Aquiles de la Revolución y al hijo amado, en tanto que el héroe invicto, el gran Máximo Gómez permanecía erguido como un roble centenario resistiendo el embate huracanado de los escuadrones enemigos que se arrastraban como visiones apocalípticas por las montañas y por las llanuras, intentando apagar el fuego en que se consumía la isla entera de uno a otro confín. Como la estatua de Memnón, tenía para cada amanecer un canto de esperanza, y en su corazón la fe preludiaba dulces coros que no pudieron acallar jamás ni los desastres, ni la inquina mal disimulada de los malvados y de los envidiosos.

No tuvo, como Bolívar, para moverse, vasto escenario formado por elevadas cordilleras, llanuras interminables, ríos caudalosos y un continente, en fin, que le permitiera como a éste esfumarse, perderse, extinguirse por tiempo indefinido para reponer las fuerzas de su ejército cansado, y volver luego a la lucha con nuevos bríos y con elementos nuevos, envuelto en la fulguración espléndida de la victoria.



No tuvo, como Washington, un ejército disciplinado y abastecido de cuanto era necesario para concebir y desarrollar planes en una amplia base de operaciones defendida por poderosa artillería, escuadrones formidables y numerosa infantería. Las condiciones topográficas de esta isla lo obligaban un día y otro a permanecer frente al ejército enemigo —abrumador en número— que lo perseguía con tenacidad inaudita, sin que el viejo guerrero pudiera procurarle a su pequeño ejército otro descanso que el pelear incesante bajo la inclemencia de las estaciones, desnudo, famélico y alentado únicamente por la fe en el triunfo de la causa que defendía. Sin el goce supremo de esa esperanza tan virilmente sustentada, la campaña cubana hubiera sido para el Ejército Libertador una eterna “Noche Triste” más cruel que aquella de duración fugaz que hizo fruncir el entrecejo al héroe de Ayacucho y que aminoró por un momento el entusiasmo de los vencedores de las Queseras y de Pichincha. Sobre aquellos campos devastados por el incendio y aniquilados por el furor implacable de la guerra cerníase siempre pavoroso y temible el fantasma de la muerte, cuyo beso frío era el único galardón que se le ofrecía a los que abnegadamente luchaban por la independencia de esta tierra heroica, que vio desaparecer como en una hirviente vorágine uno tras otro en holocausto interminable, a los mejores de sus hijos...

Máximo Gómez erguido y prepotente en la cumbre de su prestigio, era el más insinuante propagador de la gloriosa religión del martirio; por lo que bien pudiera decirse que su vida entera fué una ofrenda ante los altares del Bien y del Amor.

Poseía este hombre extraordinario una fisonomía atrayente en el trato cordial y afectuoso de la amistad. Agil, nervioso, conservaba aun en el ocaso de su vida la expresión viril de una juventud inmarcesible, y su corazón se conservó siempre fresco y lozano como una rosa gallarda humedecida por el rocío del entusiasmo. Los años pasaban por él, como la corriente de cristalino arroyo por sobre los prados, reverdeciéndolos y llenándolos de flo-



res, sin que su frente se abatiera bajo el peso de las desilusiones que ellos traen consigo. Sus últimos días fueron serenos, plácidos y su hogar no se vió jamás ensombrecido por quejas amargas ni reproches estériles que no se avenían con su carácter, en donde se reflejaba el optimismo iluminando todas las etapas de su vida. Creía en la fe de los hombres, en la justicia de los pueblos, en el destino de las naciones; por lo que su alma fué siempre campo abonado en donde germinaban propiciamente los más levantados ideales y los más generosos propósitos. Amaba y admiraba a todos los héroes de la humanidad, y ponía la virtud de ellos por sobre las proezas que realizaban si éstas no iban enderezadas a un fin noble y levantado. Sencillo y modesto, jamás permitió que en sus oídos zumbaran las lisonjas, ni se dejó adormecer por el canto de sirena de la adulación. Su tienda de campaña tuvo, durante el período de la guerra, la majestad augusta de un templo, y desde ella salían en fulguraciones casi divinas, las pragmáticas severas que dieron forma y espíritu a la Revolución; y en su torno vagaba la dulce paz de un patriarcado bíblico encarnado en ese hombre providencial cuyo don de obicuidad le permitía ser Briareo de cien brazos y Argos de múltiples retinas para defender y vigilar la obra que le había sido encomendada.

Amó a la Revolución con toda la fuerza de su espíritu y no permitió jamás que sobre ella cayera la más ligera sombra de duda en sus procedimientos, que él ajustó a los más altos principios de equidad y de justicia, castigando con mano severa a los que mancillaban su decoro, hiriendo el de la Revolución que era la suprema encarnación de la Patria en rebeldía. Su mano vigorosa de héroe incomparable levantó así el lábaro sagrado, y tuvo energías bastantes para que siempre estuviera en alto como un símbolo glorioso flotando sobre los campos libres de la desolada Cuba. Y sin embargo, su alma pura no se contagió con el estrago bélico, y erigió a la diosa Astrea un trono como a divinidad tutelar para que dirigiera los destinos de la Patria naciente. La Revolución fué un huracán desencadenado, una tormenta furiosa que se cernió



por sobre el extenso territorio de la isla hermosa; pero el orden y respeto imperaron siempre en ella, y no hubo en su largo curso ni un acto reprochable que pudiera avergonzar a los que tomaron participación en esa epopeya grandiosa y admirable. Esa fué su más vehemente y su empeño más decidido porque él, al igual que el “Mártir de Dos Ríos”, quería que “el árbol de la Libertad creciera sano desde la raíz” para asegurarle una lozanía perdurable y gloriosa a fin de que bajo su sombra pudieran reposar los que anhelaban sentirse hombres viviendo vida libre.

Su arribo a estas playas en los comienzos de la guerra del año 95, trae a la memoria las heroicas aventuras de los poemas gálicos inmortalizados en los versos de Ossian. El héroe llega en la hora suprema a reafirmar su prestigio conquistado en la década sangrienta; y la espada de las *Guásima* y de *Palo Seco* brilla herida por los fulgores de la nueva aurora que se inicia con resplandores augurantes. La tierra cubana se estremece al sentir la planta del guerrero invicto y de todos los pechos surge un hosanna que llena de pavor a los sicarios de la tiranía, que presiente el horror de las futuras derrotas. Llega el héroe en la hora magna de las reivindicaciones, y un rugido sordo y profundo como un trueno se escucha en toda la extensión de la isla esclava. Los viejos adalides lo rodean y comienza la lucha con la evocación de las pasadas proezas, poblándose la manigua de combatientes que surgen como sombras fantásticas de los más ignorados rincones de los bosques y del seno de las ciudades envenenadas por el hálito de la tiranía... Llega el héroe y jura bajo el dose] de las palmas susurrantes, que Cuba será libre en sus montañas, libre en sus llanuras, libre en sus ríos y libre en sus ciudades. Y las sombras amontonadas durante cuatro largas centurias al conjuro de ese sagrado juramento se arremolinan en el cárdeno cielo de las reivindicaciones, y como nubes preñadas de tormenta, llevan el estrago y la desolación a la vieja Metrópoli, que purga en un instante de dura realidad, la eternidad de sus yerros incontables. En ese momento supremo estaba



erguido el espíritu de la América libre y Hatuey, Guatemox, Guarocuya, Bolívar, Duarte, Agramonte y la pléyade interminable de los libertadores levantaron la cabeza del lecho de la inmortalidad en que reposaron para contemplar el último cuadro de su apoteosis gloriosa, preparado por el viejo adalid que había sobrevivido dominando el estruendo fragoroso de las batallas.

Cuando los años hayan pasado y la filosofía de la historia haga alto un momento y se detenga a estudiar los caracteres íntimos de las campañas libradas por ese guerrero ilustre, se convendrá en que su cerebro, exaltado por el "quid divinum" de que hablan los antiguos, lo empujaba a proezas grandiosas, haciéndolo escalar la cumbre diamantina desde la cual los genios presiden los destinos de la Humanidad.

Cuba levanta la vista y lo contempla sobre esa cumbre, de pie como un coloso, vigilando la obra de su amor; y vierte lágrimas acerbas, lágrimas amargas de infinito duelo, clamando, en vano, por escuchar un solo acento de aquella voz que tuvo virilidad bastante para revivir la excelsitud del "Fiat"!

(Habana, domingo 17 de junio de 1906).



MAXIMO GOMEZ

JUICIO SOBRE EL GUERRERO

Por LORENZO DESPRADEL (89)

Para hacer un juicio exacto sobre la vida de un gran hombre, es indispensable conocer en todos sus detalles, a más de los hechos que realizara, la expresión franca de su espíritu por las manifestaciones escritas o verbales que hiciera en determinados momentos psicológicos. Y es porque el héroe no se manifiesta todo entero en la proeza realizada, sino cuando pone ante ella y los que le siguen admirados, el sello íntimo de su personalidad creadora. Los comentarios de César nos hablan más y mejor de ese afortunado hijo de la guerra, y nos lo dan a conocer de manera más absoluta, que las relaciones de sus famosas batallas y de las atrevidas empresas que acometió con arrojo verdaderamente asombroso. El mismo Napoleón, cuya vida ha sido envuelta por sus admiradores en una nube de hiperbólica grandeza por la resonancia que

(89) Lorengo Despradel, amigo de Martí en Monte Cristi, y compañero de Panchito Gómez, fué Ayudante de Campo del Libertador. Este artículo es notable por su justa valoración de los escritos de Máximo Gómez. Despradel escribió también unas valiosas memorias: Máximo Gómez y la campaña del 97, que figuran como apéndice de la admirable obra de Orestes Ferrara, *Mis relaciones con Máximo Gómez*. La Habana, 1942. Conservamos los originales manuscritos de Despradel, de las citadas memorias. Muley Despradel nació en La Vega en 1872 y murió en Santo Domingo en 1927. Conservamos sus interesantes papeles en nuestro archivo personal, por generosa donación de su viuda, doña Carmen Valdés de Despradel.



alcanzaron sus éxitos militares, se nos pone en presencia y lo conocemos más a fondo, cuando leemos sus proclamas y nos entretenemos en hojear —aunque con justificadas reservas— sus memorias escritas en el desolado peñón de Santa Helena. En unas y otras se trasluce el temperamento moral de un hombre que no puede ser juzgado en sus hechos sin que antes conozcamos los móviles por los cuales ellos fueron realizados.

Por este motivo creemos que es de todo punto necesario, para poder hacer un juicio completo sobre cualquier hombre que se haya elevado sobre el nivel común de los demás, y que pueda ser calificado como héroe en la acepción restringible que Carlyle le ha dado a ese vocablo, conocer su carácter y las disposiciones de su espíritu con el auxilio eficaz de sus propias palabras y de sus propios escritos. Cierta escuela moderna que tiene grandes puntos de contacto con la filosofía individualista privativa en estos últimos años, ha establecido ese sistema como el más fácil, el más expedito para llegar al conocimiento del hombre simbólico o representativo, que como ya he dicho, no se muestra nunca “todo entero” sino cuando se desentrañan los móviles de todas sus acciones. Ferri, el sagaz e investigador antropólogo italiano, nos ha dado un Garibaldi desconocido hasta hace poco aún por sus propios contemporáneos. En vez de decirnos con la rutinaria vulgaridad de la historia “en el año tal estuvo en el Brasil, y en tal otro dió esta famosa batalla en pro de la unidad italiana”, su sabio compatriota nos pone en presencia del héroe, y llegamos a conocerlo más por los acertados juicios que le sugieren las Memorias del valiente soldado, a pesar de la sospechosa sinceridad de éstas, que por la relación de todas las funciones marciales en que tomó parte como incansable defensor de la libertad de los pueblos. El famoso escritor se mete en el espíritu de esas Memorias, como un buzo en las profundidades del mar para sacar a la superficie los incalculables tesoros que se ocultan en ella. Una frase ingenua, una confesión pertinente o fuera de lugar, el relato de una aventura amorosa en la misteriosa quietud de un bosque brasileño le sirven al



ilustre hombre de letras italiano de elemento poderoso para estudiar la psicología del glorioso caudillo de la camiseta roja, y para deducir las causas de su natural disposición para acometer empresas nobles y arriesgadas.

Yo creo no solamente en la efectividad, sino en la necesidad de ese *bertillonage* del espíritu que nos da una idea precisa de la talla moral de los grandes hombres mediante un sistema racional que ofrece la indiscutible ventaja de basarse en hechos de facilísima comprobación.

Con la recopilación de todo cuanto dice y escribe el super-hombre se le puede juzgar de manera más fácil que con el conocimiento de sus mismos hechos, si los móviles de éstos escapan a la investigación del crítico o del historiador y se hace imposible penetrar en el alma y en el pensamiento del héroe que los realizó. El mismo Napoleón recorrió el velo y obtuvo la debida justificación de muchas de sus acciones que habían merecido agrias censuras por parte de sus contemporáneos, con la publicación de sus memorias. Las cartas del Libertador Simón Bolívar explican de manera cumplida muchos de los actos que éste realizara. Para los que no han leído aquellas, muchos de esos actos proyectan negra sombra sobre la vida militar y política del genial caraqueño, cuyo amor a la libertad y el alto concepto de la disciplina, como único medio de mantener la cohesión de su improvisado ejército, lo llevaron al durísimo trance de tener que regar con sangre de hermanos el campo encendido de la Revolución.

Todo, pues, cuanto se haga para diafanizar la vida y las acciones de los grandes guerreros ha de ser de un indiscutible provecho para los que siempre muestran empeño en conocerlos, no solamente como ellos se presentan ante los ojos de los que no ven otra cosa que el brillo de su espada, sino como son "en verdad", sin el oropel de ese prestigio externo que muchas veces empaña el brillo de cualidades más altas y relevantes que dan contorno y relieve a su verdadero carácter. Para conocer el del General Máximo Gómez se hace indispensable leer sus cartas, leer sus proclamas, leer sus folletos. A través de esas "piezas probatorias" de su espiritualidad, se ve el gue-



rrero en su segunda y más firme naturaleza, despojado completamente de la brusquedad marcial que fué siempre el más visible sello de su personalidad. No es que haya en todo lo escrito por el gran quisqueyano impenetrable esoterismo, ni que su descuidada literatura pueda servir para hacer un estudio exegetico de cuanto salió de su pluma; pero sí se puede afirmar que nunca se reveló la personalidad de ningún hombre en sus escritos, como la de Máximo Gómez en los suyos (90). Ellos se caracterizan por un gran fondo de sinceridad y de ingenua sencillez que contrasta de manera notable con la viveza e impetuosidad de que siempre dió muestras en su larga vida de soldado. Fuera de sus proclamas revolucionarias, que respondieron siempre a las necesidades de la campaña y al propósito de asegurar la libertad de Cuba, no hay un solo documento suyo que no respire afecto hondo y profundo por todas las cosas del espíritu. Su optimismo se desborda en todo cuanto escribe, por más que ni en una sola línea se advierte el estudiado propósito de aparecer ante los ojos de sus contemporáneos como un hombre "sensiblero" o de algún modo castigado por la fatalidad. No es vanidoso, no es un juglar del efectismo como Napoleón, ni un ególatra pueril como el mismo Garibaldi, que llegó a ciertos extremos a desnaturalizar su fecunda labor de soldado de libertad intercalando en sus Memorias episodios triviales, y la natural rudeza de su temperamento casi primitivo.

Por otro lado, las autobiografías siembran una gran desconfianza en el alma de los lectores. Alguien ha dicho que todo el mundo, por intuitivo impulso, cree sorprender en ellas el velado propósito de sus autores de aparecer no como son efectivamente, sino como hubiesen querido ser, después que un detenido examen de sus actos les indica la necesidad de una rectificación, aunque sea mixtificando los hechos, para con tales artes presentarse ante la posteridad con todos los atributos del héroe inmaculado. El General José Antonio Páez, el Aquiles de la

(90) De las cartas del Soldado, a su esposa y a sus hijos, dice Orestes Ferrara que son "cartas tiernas y patrióticas que recuerdan ideas y sentimientos de la Hélades lejana".



epopeya suramericana cuyos hechos de armas son tan justamente alabados, tuvo necesidad de escribir una autobiografía en sus postreros años para descargarse de las graves acusaciones que en sus historias respectivas le hicieron Restrepo, Baralt y otros que se constituyeron en impugnadores de su vida militar y política.

Máximo Gómez no juzgó nunca necesario ponerse a salvo de posibles futuros detractores; y habiendo tenido tiempo para escribir un libro interesante sobre su vida, que fué la de un gran batallador, no dejó sino ligeros y muy fragmentados apuntes, concretándose lo más, a relatar acciones de armas y aventuras en las cuales se hicieron notar por su valor o por su virtud héroes humildes a quienes deliberadamente libró del olvido, escribiendo sus nombres con solicitud cariñosa.

Cuando alguien con bastante capacidad e imparcialidad se proponga escribir la biografía crítica del ilustre dominicano, y haga para realizar esa labor, uso sabio y discreto de sus escritos que aunque pocos tienen un marcadísimo interés, entonces se revelará en su esencia íntima toda la grandeza de su alma; y por ley de contraste brillará aún más su personalidad guerrera, que no es sino un lado del polígono en que se encierra su legítima fama de hombre superior.

Sobre la tumba del insigne guerrero va cayendo la noche del olvido; y tal vez no haya nada más fecundo para la educación social, como dice Ferri, "que reavivar la admiración y el ejemplo de los héroes populares, no tanto en sus deslumbradoras dotes de la vida militar, cuanto en el espejo de sus íntimas energías morales, que son el alma misma imperecedera de la humanidad".

(La Discusión, Habana, 17 junio 1914; y Claridad, Santo Domingo, Vol. I, núm. I, dic. 31 de 1922).



MAXIMO GOMEZ

Por LORENZO DESPRADEL (91)

Nunca ningún hombre encarnó mejor el espíritu de una raza, como Máximo Gómez. Dotado por la naturaleza de condiciones excepcionales, comprendió su destino, y encarnado con él lo siguió por entre las sinuosidades de la adversidad hasta verlo cumplido en la obra que realizó sin otros elementos que la pujanza de su brazo y le fe inquebrantable de su alma grande y generosa. Aunque la filosofía especulativa se empeñara en destruir la consoladora teoría de la predestinación en todos los negocios humanos, no podríamos nunca despojarnos de la creencia de que Máximo Gómez fué el elegido no sabemos por qué desconocida potestad para guiar un pueblo desde las ne-gruras pavorosas de la servidumbre, a las excelsas claridades de la libertad. No podríamos nunca explicarnos cómo ese hombre sin caudal científico ni literario, y sin más bagaje que la intuición para penetrar hondamente en los secretos de la ciencia militar, se alzara envuelto entre las fulguraciones de la admiración de un pueblo que luchaba por su independencia, y se colocara en punto de que éste lo aclamara como su libertador. Dotado de gran corazón, encariñado con los grandes ideales de la humanidad, Cuba esclava fué para él campo propicio para desarrollar las energías que se incubaban en el fondo de su alma, y teatro adecuado para que resaltaran con vislum-

(91) De un borrador, quizás inconcluso, procedente del archivo personal de Lorenzo Despradel, en nuestro poder.



bres homéricos sus incomparables aptitudes para echar hacia adelante el carro de la revolución redentora.

Cuando la filosofía de la historia haga alto un momento y se detenga para estudiar fría e imparcialmente la magnitud de la guerra emancipadora de Cuba, entonces podrá apreciarse de mejor manera el alto del hombre prestigioso que la dirigió, al par que la abnegación y el valor del ejército que puso entre sus manos, para que la defendiera, el arca santa de las libertades de su pueblo subyugado. Valorizados entonces los factores que concurrieron para darle forma a la revolución, si llegara al convecimiento de que todo era adverso al desarrollo de los planes improvisados o combinados para regar en el estrecho campo de la isla hermana, la semilla de la revolución. Adverso el factor geográfico, puesto que esa estrecha faja de tierra aprisionada entre dos mares favorecía al dominador, que pudo fijar el campo de sus operaciones seccionándola por medio de líneas militares —las famosas *trochas*— que llegaron virtualmente a aislar provincias enteras en donde la revolución se revolvió galvanizada por la visión de la victoria vislumbrada a través de los más grandes sacrificios. Adverso el momento político, si se tiene en cuenta la lucha mantenida por las intelectualidades más prestigiosas de Cuba para alejar al pueblo de la tendencia separatista, encarnada únicamente en los viejos paladines del 68 que vagaban en su mayoría por playas extranjeras con el pabellón de la *Estrella* enrollado, aunque soñando siempre con clavarlo en el suelo de la patria suspirada. Adverso el factor étnico, nidada de perjuicios que nunca entonces pudo detener el curso de la historia, impidiendo que se cumplieran los altos designios de la Democracia. Y adversos, por último el tiempo y el espacio dentro del cual se desarrolló esa epopeya, puesto que ambos estaban dominados por los progresos científicos que habían puesto a la metrópoli por medio del telégrafo tan cerca de la colonia rebelde como lo puede estar la casa de nuestro vecino más próximo; por medio del vapor que aceleraba de manera inconcebible la conducción de hombres y materiales de guerra; por medio del heliógrafo que



espiaba desde los más abruptos picachos los movimientos de la revolución, que tenía siempre sobre sí, avizorándola, el ojo escrutador de los atentadores. Un hombre luchaba con ánimo esforzado contra todas esas adversidades, y las vencía y las aniquilaba con la sola aplicación de métodos y sistemas estratégicos que excluían la previsión sistemática de los que sostenían los pretensos derechos de la monarquía...

Y ese hombre era un hombre sencillo que desconocía las reglas invariables de la balística, pero que las aplicaba de manera discreta tan solamente con el auxilio de una intuición profunda; que no había aprendido en libros el arte de la guerra, pero que sabía hacerla, ciñendo sus procedimientos a la necesidad de vencer, por lo que es en él estimable esa duplicidad que lo hacía aparecer a veces como un guerrillero impetuoso que cruzaba las llanuras y las montañas con un puñado de soldados valerosos que afrontaban con denuedo inaudito, bajo su dirección, a fuerzas superiores en número y en organización, y en otras ocasiones, con sólo el intervalo de unas horas, como un general que manejaba diestramente fuerzas numerosas, disponiéndolas para las batallas con un tacto y una competencia que hacía exclamar a Martínez Campos: "Máximo Gómez es un general en Cuba y en cualquier parte!"

Vigorizado por el infortunio era, en la edad en que las ilusiones y las idealidades alzan el vuelo del corazón de los mortales, porque el frío de los años las ahuyenta, el hombre más fuertemente influído por el optimismo, el que de manera más profunda ha sido tocado por el ala rosada del ensueño. Cuando todos dudaban, él creía; cuando todos veían sombras en el camino que debía conducirlos a la redención, él se erguía altanero para predicar desde su retiro de Monte Cristy la cruzada reivindicadora a la que el verbo de Martí insufló el aliento poderoso de su alma.



APUNTES DIVERSOS

La edad de Máximo Gómez

La determinación de la edad exacta del General ha sido motivo de larga investigación y discusión, ya que no han aparecido sus actas de nacimiento y de bautismo. Se había aceptado el 1836 como año de su advenimiento, por haberlo él declarado, aunque vagamente, en su *Autobiografía*, pero continuó persistiendo la creencia de que el fausto suceso ocurrió años antes.

La imprecisión de su edad o la coquetería femenina —también común en el hombre— de quitarse los años, cosa que le han reconocido sus propios hijos, llevó al Soldado a decir, en 1889, que tenía 45 años. (Habría nacido entonces en 1844). En 1894, refiriéndose a los sucesos de 1868, hablaba de sus 25 años (habría nacido en 1843). En sus *Recuerdos*, de 1881, dedicados a su hija Clemencia, decía que en 1855 tenía 16 años, según lo cual habría nacido en 1839. Sin embargo, el Señor Hostos, quien conoció a Gómez en Santo Domingo, en 1885, decía en 1897, refiriéndose a los acontecimientos del 68, que entonces “tendría tal vez unos 45 años de edad”, lo que llevaría su nacimiento al 1823.

Con razón, pues, dice el ilustre historiador cubano Leopoldo Horrego Estuch, en su bella obra *Máximo Gómez, libertador y ciudadano*, La Habana, 1948 —en que habla con tantas simpatías de Santo Domingo— que “el mismo Gómez induce a la confusión, pues en ocasiones da



una edad que no concuerda con la admitida oficialmente, como si se regocijara en la agonía del investigador, afanoso de fijar cuando ocurrió ese hecho vital”.

La mayor luz, en el caso, se le debe al ilustre escritor cubano Antero Héctor Rodríguez, en extenso artículo publicado en *Carteles*, cuyas conclusiones compartimos. Basado en las investigaciones del erudito maestro Fray Cipriano de Utrera, se fija en el 1832 el nacimiento del Héroe, y no en 1836 ⁽⁹²⁾.

A fin de abundar en esa tesis, la del año 32, agregamos aquí las siguientes notas:

1) En relación con los importantes *Apuntes* de don Jacinto de Castro a que se refiere A. Héctor Rodríguez, que obran en nuestro archivo personal, podemos decir, categóricamente, que son de puño y letra de De Castro. En presencia de Fray C. de Utrera los hemos comparado con diversas cartas del autor, de 1855 y 1858, y es exactamente la misma letra aunque ya un poco alterada en los *Apuntes*, por haber sido escritos algunos años después de las cartas. El nombre de Máximo Gómez aparece clara e indubitablemente escrito, en la relación de los sucesos de 1844. Fray Cipriano comparte con nosotros el criterio de que, en efecto, se trata de Máximo Gómez, pues no era raro entre nosotros que niños de 12 años intervinieran entonces en las contiendas militares. (Nuestro propio hermano mayor Félix Francisco, “se fué al monte”, a una revolución, cuando apenas tenía 12 años). En nuestro libro *Juan Isidro Pérez, el ilustre loco*, de 1944, hay este párrafo alusivo a la proclamación de la República, el 27 de febrero de 1844:

(92) En el extenso estudio de A. Héctor Rodríguez se impugna la tesis del fenecido Profesor Félix María Pérez Sánchez, publicada en *Carteles*, No. 47, de 1951, de que el Generalísimo nació en 1817 o 1818. Apareció en la misma revista, No. 26, de 1952. En 1926 el fenecido escritor M. Zacarías Espinal, conocido por sus extravagancias literarias, publicó algunos artículos pretendiendo demostrar que Máximo Gómez no nació en Baní, sino en la vecina comarca de San José de Ocoa. (*Listín Diario*, S. D., agosto 13 de 1926). No pudo, es claro, aportar ninguna prueba. Fué rebatido decisivamente por el celebrado autor de la *Reseña histórica de Baní*, el siempre recordado escritor don Joaquín S. Incháustegui. (*Listín Diario*, agosto 13 de 1926).



Entre los próceres presentes en la gloriosa cita —llevan en el sombrero una cruz blanca— hay adolescentes, casi niños, como Enrique Duarte y Calixto Mañaná. Mañaná se presenta con un machete de guarnición.

—¿Qué vas a buscar, muchacho? le preguntan.

Y él responde con grave y juvenil arrogancia:

—¡Adonde van los hombres!

En sus *Recuerdos* de 1881, aludiendo a la campaña de 1855, decía Máximo Gómez que el Gobierno dominicano llamaba a las armas “sin distinción de clases ni categorías, y de la edad de 15 hasta 50 años”. En efecto. Según el Decreto del Presidente Santana del 9 de noviembre de 1844, los dominicanos eran llamados a las armas desde los 15 hasta los 40 años.

No sería extraño, pues, que el *muchacho* Máximo Gómez, de 12 años de edad, figurara circunstancialmente, como lo indica de Castro, y no por conscripción, obligadamente, en las improvisadas milicias de Baní en días de tan ardiente entusiasmo patriótico como los de 1844. Como cosa de *muchacho*, al fin, Máximo Gómez no aludió a ello en sus escritos; y es de observarse que tampoco se extendió en detalles en sus recuerdos de los combates, contra el haitiano, en que intervino en 1849 y 1855.

2) En su carta del 22 de febrero de 1886, dirigida, desde Puerto Plata, al joven C. Armando Rodríguez, inédita hasta ahora, y cuyos originales conservamos, dice el guerrero:

Aliéntese y aliente y no pierda esperanza ninguna; cuando se tiene joven el corazón y la cabeza, ¡qué caramba!, el mundo es poco para dar lugar a ambas cosas. Con que yo, con mis cabellos blancos, pretendo ser un Alejandro, Colón tenía 53 años cuando se lanzó en busca de un mundo desconocido, y lo encontró.

Desde entonces, desde el 1886 por lo menos, Máximo Gómez se consideraba *un viejo*. *El Viejo Gómez, el Chino Viejo, el Viejo dominicano*, le llamaban en Cuba:

*España, tú no te comes,
al viejo dominicano...*



Las anteriores expresiones del guerrero no constituyen ninguna prueba, pero sí son indicios de su madurez: más cerca de los 54 años (1832), que de los 50 (1836).

3) En la reseña de su visita a la tierra natal, en 1900, hay este bello párrafo:

El General Gómez vestía levita negra, cerrada; pantalón de casimir oscuro, de rayas; sombrero de fieltro, negro, con el ala caída, y sujeto con un elástico que llevaba prendido en la levita. Usa espejuelos de oro y desembarcó con ellos puestos. Está fuerte, muy fuerte, y representa menos edad de la que se le atribuye: 76 años. Su voz es llena, fuerte, y, hablando en público, se le puede oír a una regular distancia. En una palabra: no es el anciano que acusan sus últimas fotografías.

Si tenía los 76 años que se le atribuían entonces, habría nacido en 1824. Aceptado el error en tal apreciación, que algún fundamento había de tener entre sus compatriotas, y rebajándole unos 8 años, se quedaría también en el año 1832.

Consideramos, pues, que los datos anteriores robustecen la afirmación de Fray Cipriano de Utrera y de A. Héctor Rodríguez de que el Libertador no nació en 1836, sino en 1832.

Capitán del ejército dominicano

Realizada la Anexión a España, la Junta Clasificadora de Generales, Jefes y Oficiales del antiguo Ejército dominicano, en su sesión del 1 de marzo de 1862, le reconoció a Máximo Gómez el grado de Capitán, "situación: activa; sueldo mensual: \$20.00". Así consta en la *Gaceta de Santo Domingo*, S. D., No. 65, del 10 de marzo de 1862 (93).

(93) En una larga comunicación del 15 de diciembre de 1863, al General Ramón Mella, acerca de la guerra de la Restauración, le decía Gregorio Luperón: "... a inmediateces del Maniel el Comandante Máximo Gómez y el Capitán Santiago Rodríguez formaron un cantón reaccionario que interceptaba todas mis comunicaciones". En la obra de Manuel Rodríguez Objío, *Gregorio Luperón e historia de la Restauración*. Santiago de los Caballeros, 1939, Vol. I, p. 136. En uno de los Cuadernos de apuntes del historiador na-



En su bello artículo *Martí en Monte Cristi*, casi en su totalidad relativo a Máximo Gómez, inserto en *Archivo José Martí*, No. 5, 1942, el Dr. Américo Lugo publicó el siguiente documento acerca de la vida militar del ilustre banilejo:

Don Máximo Gómez y Báez. Según despacho de fecha 3 de marzo de 1863 firmado por el Capitán General de Santo Domingo, Don Pedro Santana se le reconoce el empleo de Capitán de las reservas provinciales que se han de crear en la Isla con la antigüedad de 9 de octubre de 1858. Por otro Real despacho de 27 de julio de 1863 se le concede el empleo de Comandante de las reservas de Santo Domingo en recomendación del mérito contraído en la evacuación de San José de Ocoa cuyo hecho de armas tuvo lugar, contra los rebeldes el día 13 de octubre de 1863. En una nota que existe del mismo se dice lo siguientes "Don Máximo Gómez y Báez, comandante de las reservas dominicanas, con residencia en Manzanillo, (Cuba). Por orden del Gobierno provincial de 31 de enero de 1869 se aprobó lo dispuesto por el Capitán General de Cuba en carta número 1103 de 22 de diciembre de 1868, por la que se dió de baja al interesado en las nóminas de su clase por no justificar su existencia en dos meses y tener la convicción moral de hallarse con los insurrectos, previniéndole que una vez terminada la pacificación de la Isla no admita solicitudes en suplicado de relief si las hiciera a menos que no justificase de una manera indudable la inocencia de su conducta". (Hoja de servicios de Máximo Gómez, expedida en virtud de R. O. en Segovia el 30 de septiembre de 1930 por D. Hipólito Carames de Paz, archivero primero del Cuerpo de Oficinas Militares y Jefe del Archivo General Militar. Copia perteneciente al Archivo del sabio dominico español D. Joaquín García

cional García hay esta nota: "Máximo Gómez nació en Baní en 1838. Hijo legítimo de Andrés Gómez y Guerrero y María Clemen-
cia Báez. Muy joven se alistó en la caballería. Siendo sargento se distinguió por su valor en la batalla de Santomé. Ya Capitán cuando la Anexión se afilió a la causa anexionista. Emigrado a Cuba tomó parte en el alzamiento de Yara y llegó a Mayor General del Ejército cubano". Cortesía de los hermanos Leonidas y Alcides García Lluberes.



Obregón y García, hijo del glorioso militar español, D. Marcelino García Obregón. El distinguido crítico militar español Araceli en su respuesta abierta al ex director del Diario de la Marina, de la Habana, y de El Sol de Madrid, D. Manuel Aznar, intitulada El episodio de Dos Ríos, dice lo siguiente: "Máximo Gómez había servido leal y valerosamente, en el Ejército español, en la guerra de Santo Domingo, contra sus mismos compatriotas, fué a Cuba (que no conocía) con las tropas que regresaron de Santo Domingo al abandonar España aquella loca empresa; y una injusticia en la recompensa, una preterición en el pago de atrasos y una grosería en la contestación a su justa demanda determinaron en el entonces Jefe de Caballería un resentimiento profundo hacia España; una de tantas bellaquerías que se cometen en las recompensas, porque aquel hombre lo había perdido todo por España: Patria, hacienda, hogar, familia".

Pecados de juventud

Según acta judicial de marzo de 1861, el joven Máximo Gómez fué sometido a la justicia por gravidez de Socorro González, de Baní. Por la misma causa le sirvió de fiador, según acta del 22 de mayo de 1860, don Manuel de Jesús Tejera, en virtud del artículo 155 de la Ley de Organización Judicial. (Libros copiadore del Tribunal de Primera Instancia de Santo Domingo, Cámara de Consejo, 1858-1861, folios 196-197; y Tribunal Justicia Mayor, 1848-1861, folio 54). Ambos libros radican en el Archivo General de la Nación.

De las relaciones de Máximo Gómez con Socorro González nació Francisco González (Panchito), fallecido el 15 de abril de 1927.

En el Ejército de Honduras

Errante, en busca de honrado sustento, después de la Paz del Zanjón el General Gómez se radicó en Honduras, en cuyo ejército sirvió. Así consta en el siguiente do-



cumento publicado en la *Gaceta*, de Tegucigalpa, No. 42, del 22 de abril de 1879, reproducido en el *Boletín de la Biblioteca y Archivos Nacionales*, de Tegucigalpa, del 1 de enero de 1939:

Secretaría General del Gobierno Constitucional.

Tegucigalpa, febrero 13 de 1879.

En consideración a los méritos que por su honradez, valor y lealtad ha contraído en su carrera militar el General don Máximo Gómez; y atendiendo a las buenas disposiciones que lo animan en favor de la República; por tanto, el Presidente acuerda conferirle el grado de General de División del Ejército, y que en consecuencia, por la Secretaría de Estado en el Departamento de la Guerra, se le extienda el correspondiente despacho. Kubricado por el Sr. Presidente. ROSA.

Hostos y Máximo Gómez

Desde antes de su primera estada en la tierra natal de su abuela paterna, que también sería cuna de sus propios hijos y finalmente su amorosa sepultura, el ilustre antillano Eugenio María de Hostos era ferviente admirador de Máximo Gómez. Así, en su artículo *El horizonte de Santo Domingo*, en 1875, mencionaba al guerrero en sus elogios a la Isla "que produjo a los Bonilla y los Valverde. . . , que ha dado a Cuba a Máximo Gómez, Modesto Díaz y Marcano".

En lo adelante son frecuentes las ocasiones en que el Maestro habla del Soldado. En 1881, en su artículo *Máximo Gómez y la revolución de Cuba*, celebra que el héroe de Mal Tiempo haya sido aclamado Jefe del nuevo movimiento revolucionario y afirma que "Máximo Gómez es la personificación más absoluta que ha tenido la revolución de Cuba". Cuando "un antillano que no es cubano, como Máximo Gómez no lo es, llega a influir tan poderosamente en un momento de la vida antillana tan trascendental



como es la evolución de Cuba hacia su independencia, ningún otro hombre, ni aun siendo cubano, personifica, tan bien como él personificaba el recóndito propósito de la revolución”.

Concluía el Maestro afirmando, con toda la autoridad de su palabra y anticipándose a Martí, que el egregio lidiador merecía la confianza de los cubanos por haber sido uno de los mejores caudillos de la Guerra de los Diez Años y por sobre todo porque él representaba en la revolución de Cuba “el brazo armado y la conciencia militar del ideal de las Antillas”.

El Educador, empeñado en Santo Domingo en formar conciencias para su causa, la causa de las Antillas, no desviaba su atención de la vida de Máximo Gómez y aún en los años de tregua seguía con interés cuanto le concernía. En su artículo *Inmigración y colonización*, escrito en Santo Domingo en 1882, decía: “Honduras está colonizando: un dominicano cuyo nombre se pronuncia y se repite, Máximo Gómez, está allí al frente de esa honrosa y honrada empresa”.

Escasos años después, en tierra dominicana, se abrazarían el Maestro y el Soldado. Tan bello encuentro merece recordarse.

Hostos era el educador por excelencia. Sus enseñanzas no se concretaban sólo al estrecho recinto de la escuela ni a sus disciplinas reglamentarias. En la Normal, en todas partes, era vivo ejemplo de sus prédicas morales, maestro de civismo. ¡Y qué conmovedora la filial adhesión de sus discípulos! Para atestiguarlo basta un hecho.

El 24 de noviembre de 1885 llegó a Santo Domingo el General Máximo Gómez. Era la primera vez que venía a su tierra natal, desde su ausencia de 1865. La juventud capitala, deseosa de manifestar sus simpatías al ilustre soldado, fué en busca del Señor Hostos con el propósito de que éste fuera intérprete de esos sentimientos. Uno de los presentes lo recuerda:

...después de algunas vacilaciones, pues se trataba de arrancar de su hogar, en la noche, al Maestro cansado de las labores del día, en un tiempo en que los medios de



locomoción eran escasos, resolvimos hacerlo y allá fuimos. Desearíamos —le manifestamos— ir a dar la bienvenida al General Máximo Gómez y que Ud. nos presidiera. Sonrió, se levantó para requerir la precisa indumentaria, y, al ponerse el sombrero, dijo a los que más cerca estábamos: llegué a tener el temor de que este acto no se produjera (94).

Y fueron hacia la casa en que se alojaba el héroe, en la Villa de San Carlos, aldeaña a Santo Domingo. Un improvisado cronista dejó memoria de ello:

En la tarde del martes 24 llegó a esta capital el insigne General Máximo Gómez, dominicano que ha consagrado su vida a la defensa de la noble causa cubana, y que, sin arredrarse ante los reveses de la fortuna, sigue impávido en su grande empeño de morir o llevar a cabo la magna empresa de liberar a Cuba.

La juventud, deseosa de manifestar sus simpatías por el ilustre antillano, fué en masa a darle una serenata y saludarle.

Mientras el General Gómez recibía las felicitaciones de un gran número de individuos, fuimos una comisión a buscar al Sr. Hostos con el propósito de que sirviera de intérprete de los sentimientos de la juventud dominicana.

El grande y combatido maestro, habló. ¿Y cómo había de hablar? Como habla el hombre de ideas puras y de corazón sano.

Habló a Máximo Gómez en nombre de la juventud, como se habla a los corazones que se atraen y se comprenden; como se habla a los hombres que trabajan por una misma causa, y por una causa universal.

El libre pensador habló al soldado de la libertad, y como siempre, electrizó al auditorio, porque como siempre, sus palabras salían del corazón, de un corazón grande, de un corazón americano. A las conmovedoras pala-

(94) Dr. Arturo Grullón, Discurso en la colocación de la primera piedra del Monumento a Hostos, 11 de enero de 1939. En *Clío*, No. 34, 1939. Otras noticias acerca de Gómez en relación con Hostos en Emilio Roig de Leuchsenring, *Hostos y Cuba, La Habana, 1939*; y en nuestros libros *Hostos en Santo Domingo, C. T., 1939 y 1942*, y *Luperón y Hostos, C. T., 1939*.



bras del Sr. Hostos contestó el General Gómez con elocuentes frases que merecieron el aplauso general.

Los allí presentes, al oír las palabras de estos dos grandes hombres, que por la causa cubana han lidiado, el uno en los campos de batalla y el otro en los campos de la idea, se trasportaron de entusiasmo.

Regocijo profundo nos causó aquel entusiasmo sincero, porque él nos prueba que algunos lazos morales ligan a los ligados por la naturaleza.

La confederación antillana, la confederación latino americana, cuanto encierran esas frases para los que han sabido penetrar el designio que parece tuvo la naturaleza, al colocar en la cuenca del mar de Colón a esas hermanas, por origen geográfico, hermanas en el origen político; y hermanas en la desgracia!

Por eso, al oír aquellos dos luchadores de la santa libertad, nos sentimos conmovidos.

Y al fin se separaron los dos antillanos, siendo acompañado el Sr. Hostos por una porción de la juventud entusiasta.

Poco después, cuando se cometió la absurda villanía de encarcelar al heroico soldado, Hostos fué de los que pusieron mayor empeño en libertarle. Alejandro Woos y Gil ocupaba la Presidencia de la República. Ulises Heureaux, su principal sostenedor, ya había sido Presidente y se proponía serlo de nuevo. La necesidad que tenía el Gobierno de algunos pertrechos llegados a Santo Domingo, para Máximo Gómez, con destino a Cuba, y ciertas intrigas políticas aprovechadas por el receloso y expeditivo Heureaux, fueron pretexto del arbitrario encarcelamiento del General Gómez, el 2 de enero de 1886. Por ese medio se trataba, además, de echarlo del país, sin parar mientes en su celebridad y en su falta de ambición política, a pesar de que entre la deslumbrada juventud capitaleña



no faltó quien expresara sus votos de verle al frente de los destinos de la Patria (95).

Entre los que protestaron de hecho tan insólito, Me-riño y Hostos fueron los primeros. Hostos acudió al Presidente de la República y éste hizo por complacerle, tal como lo expresa en la siguiente misiva, del 8 de enero, dirigida al Maestro:

Estimado Señor y amigo: Al fin hemos convenido para conciliar todos los extremos que el General Gómez sea puesto en libertad a la llegada del vapor americano. Esta reposición me hace faltar, en cierto modo, a lo prometido, pero me compensa del desagrado que esto me hace sentir, la seguridad que tengo de que usted sabrá benévolamente esperar un poco más lo que ayer debió recibir. De Usted S. S. y amigo, A. WOOS Y GIL.

El Presidente cumplió lo prometido. Máximo Gómez salió de la cárcel el día 12 de enero y el día 15 tomó el barco en que debía ausentarse. Al dejar el Ozama, el invicto soldado miraría tristemente a ambos lados de sus márgenes; y del fondo de su apesarado espíritu surgirían voces hermanas en idénticas glorias y dolores: en aquella ribera había sido encarcelado Cristóbal Colón; en esta otra Duarte, Sánchez, Mella, él...

De Santo Domingo pasó Máximo Gómez a Puerto Plata. Allí permanecía, preparándose para nueva odisea, bajo la protección de un noble y decidido amigo, el fraterno amigo de Hostos, de Gregorio Luperón.

Hostos, conocedor de la penosa situación del guerrero, sigue preocupándose por su suerte y le escribe a Luperón rogándole que interceda en favor del soldado en desgracia, porque lo que en la República "no haga Lupe-

(95) En su *Diario de campaña*, pág. 201 y siguientes, hay detalles del lamentable caso y de la participación de Heureaux en el asunto. Tiene frases tan notables como ésta: "...he salido de mi patria con el corazón triste porque el fracaso ha sido más doloroso cuanto que ha acontecido entre los míos". De Lilis hace este juicio, adelantándose a sus contemporáneos: "Si los dominicanos no tratan de quitarse la influencia maléfica de este hombre, el país, va derecho a la ruina y al salvajismo. La fuerza no es gobierno, y éste es el único medio que conoce Lilis para gobernar".



rón por Máximo Gómez, nadie puede hacerlo". En este sentido se dirige, el 16 de abril, al ilustre puertoplateño:

Mi querido amigo: Recibí su carta, y es verdad cuanto en ella me dice. Y precisamente por serlo, me dolía su silencio.

He visto con la profunda satisfacción del patriotismo y con la alegría de la lógica, el resuelto continente y la noble actitud que ha tomado usted en el asunto relacionado con la llegada del General Máximo Gómez. El contraste entre esa y otras conductas hace todavía más digna de aplausos la de usted. Parece increíble que hermanos sean tan indiferentes, que sean tan fríos calculadores los hombres públicos de pueblos recién nacidos y que sea tan solitaria la viacrucis del derecho y la justicia en Cuba y Puerto Rico!

Comprendo íntimamente la situación moral de ese nobilísimo antillano, hijo de Santo Domingo por la tierra, hijo de todas las Antillas por la idea, y algo daría por poner en sus manos cuanto él necesita para salir del paso difícil en que lo ha metido su venida a la República; pero lo que en ella no haga Luperón por Máximo Gómez, nadie puede hacerlo. Yo estoy seguro de usted y sé que el esfuerzo suyo que no pueda realizarse, inútil sería intentarlo. Eso no obstante, deje que, en nombre del antillanismo que nos ha hecho amigos, le ruegue que despliegue en favor del digno representante de la Revolución de Cuba, todo el poder que usted tiene.

Siempre afectísimo amigo de usted EUGENIO M. DE HOSTOS.

P. D.—Tenga la bondad de permitirme que ponga a su cuidado la adjunta carta para los generales Sánchez y Carrillo.

Finalmente, gracias a Meriño, a Luperón y a Hostos, Máximo Gómez reinició la aciaga peregrinación, para volver a su Patria en días menos tormentosos y estar en ella entregado a las nobles faenas del campo hasta la llegada de Martí.

Ausente de Santo Domingo, en el lejano Chile, el Maestro no olvidó al guerrero: en el artículo *Quisqueya*



su sociedad y algunos de sus hijos, en 1892, decía, refiriéndose a Gregorio Luperón: “Bandolero, bandido, saltador de caminos, como siempre lo fueron los libertadores para los usurpadores de vida en las colonias; como lo fué Miranda..., como lo fué Narciso López, como lo fué Céspedes, como lo está siendo Máximo Gómez, no tuvo Luperón más incentivo que la resuelta resolución de no consentir amos en su tierra”.

En 1895, al iniciarse la Guerra de Martí, Hostos mantiene fija su atención en el guerrero dominicano. En carta del 1 de junio, a Fidelio Despradel, le pide angustiosamente noticias de la contienda, en vista de que los cables anuncian la muerte de Martí, de Gómez, de Maceo. Y allí, en Chile, se convierte en incansable propagandista de la causa de Cuba. Para el Jefe del Ejército Libertador, que él aspira a que lo sea también de Puerto Rico, son los mejores elogios. Su artículo *Quien es Máximo Gómez*, de 1897, vale por una breve biografía del soldado.

Al final de la guerra Hostos se acerca a las Antillas, con esperanzas de libertad para Borinquen. Desde allí escribe la carta siguiente, plena de encomios para el heroico banilejo:

Mayagüez, abril 23 de 1899

*General Máximo Gómez
Habana.*

Querido libertador: Le doy las gracias por haberme hecho testigo del espectáculo más consolador que ha dado un pueblo a los hijos del XIX. Es la primera vez, en cuanto he alcanzado de él, que veo a un pueblo corregir en masa la injusticia y la ingratitud de los que usan de su nombre para cometerlas.

Este hecho, que es sumamente glorioso para Ud. porque resulta de la fuerza de conciencia que Ud. ha desplegado en sus años de sacrificio por el bien de la patria nueva que virtuosamente ha contribuído a formar, es un hecho honroso para Cuba. Hacer justicia es una honra que las moles sociales no reconocen. Cuando una de esas moles



se mueve en dirección a la justicia humana, amigo querido!, bien podemos ya seguir trabajando por el bien. Reconfortado, como supongo a Ud., por la consoladora actitud del pueblo cubano en justicia a Ud., ya no puede quedarle duda del apoyo que de él recibirá Ud. en cuantos intentos de bien público lo animen; y estoy seguro de que si Ud. elige bien los medios, el fin se alcanzará ahí mejor que en parte alguna:

1º—Porque la actitud de los cubanos, al reprimir su justo deseo de celebrar el abandono de Cuba por España, y su actitud de justicia al protestar contra la injusticia hecha al más meritorio de sus libertadores, demuestra que es un embrión de pueblo fuerte: por fuerte entiendo digno; y por digno entiendo capaz de ejercitar sus derechos y cumplir con sus deberes.

2º.—porque la fusión de elementos sociales a que se debe, por obra del derecho, la formación de un pueblo, se ha adelantado en Cuba por obra de la fuerza puesta al servicio de la independencia.

3º—porque el medio geográfico, el económico y el político (entendiéndose que en la lucha que ahí han sostenido y seguirán sosteniendo las tradiciones españolas con las influencias americanas) han de antiguo decidido del porvenir de Cuba como del más seguro que habrá de tocar a una sociedad de nuestro origen.

4º—porque el cubano, de suyo tan inteligente, está probando que también es reflexivo.

Con su reflexión dará a sus guías un punto de apoyo para la reconstrucción; con su ya adelantada formación social, dará base y cimiento a toda obra de reforma; con su ya demostrado amor a la justicia, dará alientos y confianza a los capaces de encaminarlo hacia un alto propósito ideal.

Uno de esos capaces es Ud., que es además uno de los más comprometidos a contribuir a la consumación de la obra de la independencia con la obra de la libertad.

Como he visto a Ud. empeñado en las agitaciones de estos días, he creído inútil enviar a Ud. los Estatutos de la sociedad patriótica que tengo por indispensable para



formar el pueblo en Puerto Rico, y que considero conveniente para el desarrollo del pueblo en Quisqueya y en Cuba, a donde irán algún día los propósitos y buenas intenciones de la Liga de Patriotas a despertar la idea de una organización metódica de la civilización.

En cuanto considere tranquilo el ánimo de Ud., irán los Estatutos. Hoy le envió el Alegato en pro del Gobierno Civil, que escribí con objeto de que los Ayuntamientos de la Isla se aliasen al de Juana Díaz, que le prohibió, a fin de así mostrar que el país, representado por sus municipios, quiere las enseñanzas de las instituciones y del gobierno americano; pero no el gobierno indefinido ni la aneación incondicional.

Tal vez convendría dar a conocer ahí ese documento. Así lo hará Ud. si así le fuese oportuno.

Mi familia, alborozada con las que han debido ser vivas alegrías de Ud., lo saluda con afecto. Yo le aprieto ambas manos como triple expresión de afecto a la justicia, a Cuba y a Ud., E. M. HOSTOS.

Cayó en esos días, el 26 de julio de 1899, el dictador Ulises Heureaux, Lilís, y Hostos, clarívidentemente, vaticinando las contiendas civiles que no tardarían en asolar el país, apuntó la idea de que fuese Máximo Gómez quien hiciese luz en el caos que acababa de iniciarse. En carta del 2 de agosto, a Federico Henríquez y Carvajal, lo decía: "... si la magnanimidad de Máximo Gómez no llega hasta sacrificar su paz personal a su país, los herederos del horror de los últimos diez años se debilitarán por contiendas entre sí..."

Y así fué. Máximo Gómez, que no quería ser Presidente ni en Cuba ni en su Patria, no hizo el sacrificio suspirado por Hostos, y la República se vió envuelta en roja serie de guerras fratricidas.

Poco después volverían a encontrarse, en tierra dominicana, el Maestro y el Soldado. El 6 de enero de 1900 llegaba Hostos al Ozama, a hacerse cargo de la educación pública en el país, y el 18 de abril arribaba Máximo Gómez en su primera visita al suelo nativo después de libertar la Isla hermana. Ahí, junto al Ozama, por donde



partiera Martí en brumosa noche de 1892, se abrazaron conmovedoramente el Guerrero y el Maestro. En el desfile, lo recuerdan las crónicas del acto, iba el Soldado, no entre hombres de armas, sino entre dos maestros, entre dos próceres civiles de Cuba libre: entre Hostos y Federico Henríquez y Carvajal ⁽⁹⁶⁾.

Al año siguiente, el 15 de marzo de 1901, Hostos llegaba a Monte Cristi: su primera visita era para la casa de Máximo Gómez, donde éste y Martí suscribieron el célebre Manifiesto, que ya había merecido sus alabanzas de pensador.

En 1902 volvió el Guerrero a su tierra nativa, pero esta vez Hostos no pudo bajar a la ría a recibirle, ni al banquete que se le ofreció en el Hotel Francés ⁽⁹⁷⁾. En su carta de excusa a Francisco José Peynado, a José Puente, a Américo Lugo y a Puga, llama a Máximo Gómez el *prócer de los próceres cubanos*:

Santo Domingo, hoy 25 de febrero de 1902

*A los Sres. Peynado, Puente, Lugo, Puga,
Ciudad*

A dos de ustedes consta que estoy enfermo; a los otros dos les consta mi habitual disposición a su solicitud, y de los cuatro es sabida mi cariñosa devoción al prócer de los próceres cubanos. Haberme, por tanto, invitado a acompañarlos, y no hacerlo, sería imposible en caso de salud y bienestar.

Falto de uno y otra, tengo que resignarme a llenar mi ausencia con expresiones de cordial gratulación para los que cumplen con el deber de manifestar al benemérito general Máximo Gómez el afecto, la gratitud y la admiración que debe el Continente al fuerte en la guerra y

(96) El grande amigo de Martí también lo fué de Máximo Gómez. Las interesantes páginas que le dedicó al soldado y las cartas que ambos se cruzaron, formarían un volumen, tal como las que han constituido sus libros *Duarte y Martí*.

(97) Véase la interesante reseña en otra parte de esta obra, *En la tierra natal, 1902*.



fuertísimo en la paz que, después de gastar sus días ascendentes en la lucha por la independencia, consagra los días descendentes a luchar por la libertad. Desete aliento! déle el aliento de su afecto la amistad, y haga de modo que ese noble espíritu tenga en las pruebas de su fuerza que todavía lo aguardan, el estímulo que lo conforte.

Dénte ustedes en mi nombre un apretón de manos efusivos, y repártanse entre sí los agradecimientos de su afectísimo, E. M. HOSTOS.

Desalentado y enfermo, frente al triste destino de Borinquen —para la que la libertad de Cuba significó una nueva esclavitud— el egregio Maestro fué vencido por la muerte, bajo su amado cielo dominicano, el triste 11 de agosto de 1903.

La aciaga noticia conmovió hondamente al Guerrero, como lo revela su carta del 9 de septiembre dirigida a Federico Henríquez Carvajal:

He leído con pena —por la noticia triste que me da Ud. de la muerte de Hostos— su apreciable carta. Para todos, aquí, esa gran pérdida ha sido una verdadera sorpresa; pues no sabíamos nada de su enfermedad.

Por más filósofo que fuera... ¡cuándo hubiese creído que él primero que yo, se nos adelantaría en el viaje! ¡Cuánta falta nos hará Hostos y qué difícil será para los espíritus mediocres explicarse eso mismo!... Voy a hacerle a Ud. una recomendación. Cuando Ud. vea a la Señora Viuda de Hostos le ofrece, a nombre mío, mis servicios y mis respetos.

No se limitó el Soldado a esas expresiones de pesar. Días antes, el 5 de septiembre, había publicado en la prensa habanera su artículo *Eugenio M. de Hostos*, en que aludía a la intimidad que existió entre él y el Maestro ⁽⁹⁸⁾.

En esa página, una de las últimas, de este género, que escribió, en momentos trascendentales de su vida ci-

(98) Las relaciones entre el Maestro y el Guerrero fueron bien largas, íntimas y afectuosas. Hostos le dedicó a Gómez no pocos pensamientos, y éste le correspondió con muestras de grande admiración y de aprecio. Otras referencias de Hostos acerca del Soldado en sus *Obras completas*, Vol. IX, *Temas cubanos*, La Habana, 1939.



vil al servicio de Cuba, se repiten las manifestaciones de su acendrada dominicanidad, lastimada en lo vivo por la caída de Hostos. Aludiendo a la prisión que sufrió en su patria en 1886, dice que Hostos le dió más de una vez inequívocas pruebas de afecto y que era para él, como Betances, *una especie de mentor*. Y no vacilaba en decir que “los dominicanos, que quizás tengamos muchos defectos, pero no somos ingratos..., escribirán la historia, ellos mejor que nadie, de la vida de aquel hombre ilustre, cuyo recuerdo no olvidaremos nunca”. Al Guerrero le consuela que el Maestro escogiera su patria para soportar las amarguras del destierro y para labrar allí su sepultura. Con esta noble admonición concluye su emocionado escrito: “No olvidemos nunca los dominicanos la memoria de nuestro mejor amigo, Eugenio M. de Hostos”. Mejor que nadie conoció el Caudillo el dolor del Maestro, “muerto llevando en su corazón la pena profunda por la suerte que le cupo a Puerto Rico en la última batalla librada en América por la libertad”.

Excelsa calidad humana había de ser la del guerrero que llegó tan a lo hondo en el espíritu de hombres como Hostos, como Betances, como Martí.

Como Cincinato y Garcilaso

El periódico *El Telégrafo*, de Santo Domingo, en su edición del 20 de enero de 1889, publicó el suelto siguiente:

COLONIA AGRICOLA. Trata de fundarla en Monte Cristi, idéntica a las establecidas en Cuba, el General Máximo Gómez, que ha fijado su residencia en aquel Distrito en unión de su familia.

En el Directorio del periódico *La Prensa*, de Santiago, de 1893 a 1894, figura el Guerrero como “Plantador de tabaco en La Reforma, Guayacanes”.

No sólo era como Cincinato, que dejó el Gobierno por el arado, sino también como Garcilaso, que de las armas pasaba a las letras. En sus ocios de La Reforma el General se dedicaba a escribir. *La Prensa*, en su edición del 30



de enero de 1895 le avisó recibo de su opúsculo *El héroe de Palo Seco*; y en la edición del 16 de febrero, decía:

INTERESANTE FOLLETO. Hemos recibido el opúsculo intitulado El héroe de Palo Seco, que se ha servido remitirnos el General Máximo Gómez, autor de este importante trabajo literario. Agradecemos la jina cortesía del General.

El Sable de los Diez Años

En una de sus reseñas históricas, *De nuestro ayer*, (*La Opinión*, C. T., 15 nov. 1944), decía don Luis E. Alemar:

¿Dónde se encontrará hoy la preciosa reliquia histórica a la cual vamos a referirnos a continuación? Se trata del sable que durante toda la guerra de los Diez Años usó en Cuba el Generalísimo Máximo Gómez. Por el año 1891, cuando el ilustre banilejo Libertador de la hermana República de Cuba, vivía en Laguna Salada, fué padrino de un hijo del patriota cubano Señor Massanet, quien siendo un fervoroso admirador de las glorias del General Gómez, le puso a su hijo por nombre Máximo Santiago Hatuey. Terminado el bautizo, el General Gómez llamó a Massanet y le dijo estas palabras: Compadre. Este sable me acompañó durante toda la guerra de Cuba, Es, pues, para mí, un precioso recuerdo. Yo quiero que Ud. lo conserve cuidadosamente y que lo entregue a mi ahijado cuando sea un hombre. Si para ese tiempo, Cuba no ha conseguido todavía su independencia, diga a Máximo que él deberá amarrárselo e ir a pelear allá como lo hice yo”.

Ignoramos si se conserva hoy tan preciosa reliquia histórica.

Al mismo caso se refiere el Dr. Abel González hijo en una carta que nos dirigió en 1953 y que figura en nuestro libro *Martí en Santo Domingo*.

Duarte, Gómez, Martí

En el exilio, en el campo de batalla y luego en la organización de la República recién creada gracias a su es-



fuerzo, Máximo Gómez no es, sin embargo, ciudadano desasido de las cosas de su Patria. Ama su tierra natal, se duele de sus infortunios, piensa que es beneficioso crearle hermanos a su pueblo, sueña "con una ley que con muy insignificantes restricciones declarase lo mismo con Puerto Rico cuando fuese libre, que el dominicano fuese cubano en Cuba y viceversa", y reverencia profundamente a sus próceres. Rehusa ser Presidente de la República de Cuba, porque es dominicano: pero tampoco quiere serlo de la nuestra, a pesar de la insistente aspiración de sus conciudadanos. He ahí su admirable dominicanismo!

En vísperas de la guerra adonde irá con riesgo de la vida, está en Nueva York, junto a Martí. A la sazón, mes de abril de 1894, en Santo Domingo se recolectan fondos para erigir la estatua del Fundador de la República, Juan Pablo Duarte. El General hace un paréntesis en los trabajos revolucionarios para escribirle al Director de *Patria*, a José Martí:

Señor Director de "Patria":

Confiado en la bondad de usted, me permito, rogarle se sirva insertar en su periódico las siguientes líneas, y acepte el testimonio anticipado de mi agradecimiento.

Todos los pueblos de la América libre tienen simbolizado en un nombre los esfuerzos, la abnegación y los sacrificios que les costó su emancipación de la metrópoli europea a que estuvieron mucho tiempo sometidos. Washington, simboliza la independencia de la república del Norte, el cura Hidalgo simboliza la independencia de Méjico, Bolívar y San Martín la de las repúblicas hispano americanas del Sur.

En todos esos países se han alzado monumentos a eternizar el recuerdo de sus libertadores, como tributo de justicia que se les debe. Por eso hoy la República Dominicana se propone pagar la deuda de gratitud que tiene contraída con el benemérito patricio que fundó su nacionalidad, y ha resuelto erigir una estatua que perpetúe el nombre de Juan Pablo Duarte.



Yo que soy hijo de Santo Domingo, y que además experimento como religiosa veneración por todos los que en América han combatido por romper los hierros del coloniaje español, no puedo resistir al impulso que me mueve a invocar los nobles sentimientos de las patriotas cubanos, fuera y dentro de la isla, con la esperanza de que contribuyan con su óbolo a la suscripción que encabezo, destinada a aumentar los fondos que en Santo Domingo se colectan para llevar a cabo el pensamiento nacional de erigir a Juan Pablo Duarte una estatua digna de su memoria. Mi gratitud, será eterna para todos los que me ayuden en esta obra meritoria.

En usted saluda a todos los hijos de Cuba su amigo,

Máximo Gómez

Martí corresponde hermosa y prontamente a la invitación del General. Jamás dirá que son escasas las contribuciones destinadas a la guerra, ni que, con malos ojos verán algunos que se gaste en bronce o mármol el oro que no basta para pólvora y fusiles. A cubanos y puertorriqueños les pide "el tributo de los americanos a un mártir de la libertad que redime y edifica: el tributo de la gratitud de los cubanos a la patria de los héroes que cargaron su cruz en el hombro ensangrentado, y con el casco de sus caballos fueron marcando en Cuba el camino del honor". La contestación de Martí es un admirable juicio del patriota esclarecido:

ADHESION DE PATRIA

Y PATRIA, general, que en el valor de los hombres y en la lealtad de las mujeres ve erguida para siempre en la conciencia dominicana, por sobre tránsitos y apariencias, la vigilancia indómita con que alzó a su pueblo caído el fundador Duarte;

PATRIA, que lo contempla aún, creador sagaz iluminar con la palabra ardiente, acusada de ilusa y demagógica, a la juventud que en las humildades de "La Trinita-



ria" aprendió de él a desoír el vil consejo de la soberbia acomodada, o el miedo corruptor, que a la salud de la libertad, inquieta siempre en la niñez, prefieren las barragánias de la deshonra;

PATRIA, que lo ve urdir, con el poder de su consejo, —y sin más brazos que la idea, madre de brazos—, la rebelión que, de una pechada de héroes, echó atrás al haitiano, tan grande cuando defendía su libertad como culpable cuando oprimía la ajena;

PATRIA, que ve aún, con el júbilo del alma hermana, encenderse en el aire el fagonazo del trabuco de Mella, y caer, en pie, a un pueblo invencible, de los pliegues que desriza, abriéndose a la muerte, la bandera de Sánchez, allá en la Puerta del Conde famosa, en aquel día de las entrañas, el 27 de febrero;

PATRIA, que lo vió luego víctima de sus propios hijos, echado del poder, que era en sus manos como el arca de la república, y morir en la expatriación, triste y pobre como servicio último a la patria, ante cuyos apetitos y desmayos se debe erguir la libertad, a fin de preservarse mejor con la poesía del sacrificio;

Patria; con sus dos manos extendidas, pide a los cubanos y puertorriqueños su tributo para el monumento de Duarte: el tributo de los americanos a un mártir de la libertad que redime y edifica: el tributo de la gratitud de los cubanos a la patria de los héroes que cargaron su cruz en el hombro ensangrentado, y con el casco de sus caballos fueron marcando en Cuba el camino del honor.

Patria, en su próximo número, abre la lista del tributo al monumento a Duarte.

El Maestro no se limita a escribir tan bella página. Empeñado en complacer al General, que está camino de Monte Cristi, le escribe a Gonzalo de Quesada, su colaborador en la redacción de *PATRIA*: "Un favor le he de pedir. El General debe ver antes de irse una buena lista a Duarte. Una columna al menos. Póngase desde esta tarde en campaña: no se me vaya a acostar, como después de ese tentador Brunet: y a ver cuántos nombres me lle-



va a la imprenta mañana. Ya caen ofrendas de afuera... No importa tanto, en ciertas cosas, el montante; sino el número visible de simpatías”.

No era la primera vez que Martí hablaba de Juan Pablo Duarte, par en virtud y patriotismo, que ya lo había hecho antes al exultar a “los hombres que en el aniversario de la Puerta del Conde recuerdan cariñosos a los pueblos de América que aún lloran por su libertad”.

Más tarde, Martí le escribe a Serafín Sánchez, compadre de Máximo Gómez: “Me dirige esas dos cartas? Son del General, sobre Duarte. Temía mandarlas, porque dicen de suspensión del proyecto. Pero vayan”. En carta del 25 de abril, a José González, le dice: “La carta de usted está ya respondida con la suscripción a Duarte; era para eso”. En carta del 4 de mayo, a Gonzalo de Quesada, decía Serafín Sánchez: “Ahora empezamos aquí la suscripción sobre el monumento de Duarte, interesándonos todos en él por muchas razones y entre todas la muy especial de ser el Gral. Gómez el iniciador del pensamiento entre nosotros los cubanos; no iremos muy de prisa para hacer lo más que podamos en bien de esa digna obra americana”.

El General había tomado como cosa de él la erección de la estatua del ilustre prócer. Su dominicanismo y su admiración por el fundador de nuestra Patria, se sintetizaron en las sencillas palabras que dejó caer en el alma de Martí: “Mi gratitud será eterna para todos los que me ayuden en esta obra meritoria”.

Fuera de Cuba, Martí; dentro, Máximo Gómez

El Imparcial, de Madrid, del 12 de marzo de 1895, publicó esta interesante información:

COMO SE PELEA EN CUBA

Entrevista con un veterano guerrillero

Málaga, 9 de marzo. Viven en esta ciudad varios jefes retirados que se distinguieron notablemente en las



campañas de Cuba. Uno de ellos, guerreador incansable durante diez años dentro de la manigua, ha tenido la amabilidad de contestar a mis preguntas, en los términos que siguen:

—*¿Cuáles son los jefes separatistas que juzga Ud. más peligrosos?*

—*Fuera de Cuba, Martí; dentro, Máximo Gómez.*

—*¿Y Maceo?*

—*Es de segunda fila.*

—*¿Y Guiller món?*

—*Es de tercera.*

—*¿Máximo Gómez, tomó dinero al gobierno español?*

—*No. Y me sorprende ahora verle sublevado, porque yo mismo le oí decir que con los cubanos no era posible realizar nada.—H.*

Una frase de Martí

En una vieja y estropeada libreta de Lorenzo Despradel, con apuntes de la guerra de Cuba —que poseemos junto con otras importantes libretas y documentos de la misma época, generoso donativo de su devota Viuda, Doña Carmen Valdez— figuran los borradores de la siguiente carta, incompleta, de Máximo Gómez, sin indicación de fecha ni de destinatario, en la que hay una frase de Martí:

Respetable amigo: si no tuviera el convencimiento de que Ud. mirará con su peculiar benevolencia esta carta que le escribo desde estos campos ensangrentados por la más desastrosa de las guerras; si no estuviera satisfecho de lo mucho que a Ud. importa el desenvolvimiento de esta Revolución magna, no diera ocio momentáneo al fusil y tomara la pluma para escribírsela con la pena de quien ve una hora y otra la muerte y la destrucción cerniéndose sobre el cielo azul de esta isla infortunada.

En vano trata España de hacer creer que lucha como madre amorosa por hacer volver a la obediencia a unos cuantos de sus hijos en rebeldía, porque el mundo sabe que esta lucha es el choque tremendo de dos pueblos, de



dos ideas contrarias que se repelen por lo que el rayo de la guerra la azota con su furia inaudita desde Maisí hasta San Antonio. El corazón se oprime al relatar los crímenes que a diario comete la soldadesca española. Nada respeta a su paso y Blanco, tan criminal como Weyler porque sigue la política de fuego y sangre que inició éste, trata de engañar al mundo haciéndole creer que hace la guerra conforme lo ordenan la moral y el derecho. La perfidia y el engaño son las dos armas...

Los asuntos de Cuba, que son los asuntos de la América entera, porque esta guerra no es más que el epílogo de una obra secular que se inicia en la negra noche de la conquista, sangrando atraviesa largo período de cuatro centurias y alcanza a nuestros días manando sangre como la cabeza de Héctor... esos asuntos, estimado amigo, tienen que hacer doler el corazón de todo buen americano, el corazón de esa gran familia que acomodada en casa propia arrullada por dos mares se extiende desde las desiertas pampas argentinas hasta las nebulosidades del Hudson. Aún resuenan en mi alma las palabras de amor y de cariño que en la Patria querida nos dirigió a un estimado amigo mío y a mí el Héroe Mártir José Martí: "Hay que trabajar por nuestra América tan combatida; hay que cuidarla de las maldades de afuera, porque de las de adentro está salva", nos decía allá en la Patria querida antes de venir a ofrendarse en holocausto a esta tierra de su amor...

Contra Máximo Gómez

El *Boletín Mercantil de Puerto Rico*, en su edición del 28 de junio de 1895, publicó este suelto:

QUE HA DE SER ESPAÑOL!

Según un recorte de otro colega, que en *La Correspondencia* aparece, Máximo Gómez no es dominicano, a pesar de haber nacido en Santo Domingo.

Es español ¡de hecho! ¡Por qué? Porque Máximo Gómez, "oficial de las reservas provinciales de Santo Do-



mingo en 1865, al terminar la guerra, emigró, y nunca más volvió a servir en su país natal donde se consideraba extranjero". Y añade el recorte a que nos referimos que en 1868 se fué a la manigua cubana Máximo Gómez, haciendo causa común con los insurrectos separatistas.

Quedamos, pues, otra vez... en que Máximo Gómez es natural de Santo Domingo. Y quedamos también... en que no es español de hecho, ni de derecho, ni de nada, el que odia con satánicos odios a España, y contra ella esgrime inicuas y abominables armas.

El caso Morote, Panchito Gómez y Muley Despradel

En la libreta de apuntes de Lorenzo Despradel, anteriormente citada, figuran los borradores de la siguiente carta relativa al sonado caso Morote, a que alude el Guerrero en su carta de marzo de 1897 dirigida a Francisco Gregorio Billini, inserta en este libro:

Querido General: he leído la carta que Ud. dirigió al español que sin miramientos ni reparos mayores tuvo la osadía de colarse en su tienda, en esa tienda por delante de la cual sólo deben desfilar almas puras y conciencias purificadas en el crisol de la moral práctica. La indignación revelada en ella queda santificada ante el justo resentimiento de quien tiene ante su vista una hora y otra el cuadro trágico de la caída del hijo querido, del hijo amado que supo criar en el seno de la miseria honrada. Esa carta, General, me ha impresionado hondamente y sabré conservarla toda mi vida porque yo, a más del ideal noble, levantado, que me hizo trasponer el mar para venir a esta tierra infortunada, tengo también agravios que vengar en ella, desde que una bala traidora, disparada por los cómplices del audaz Morote, le robó a Ud. el cariño de su hijo querido y a mí el mejor de mis amigos... a mi hermano por las ideas y el cariño, como cariñosamente me llamaba él.

... Convengo en la ineficacia, en la oscuridad de mi nombre para hacer daño a España —que tiene de sobra con el de Ud. para que tiemble— pero es grande la satisfacción



que experimento al pensar que desde un rincón del campamento, vivo eternamente con la protesta de mi odio en la mente...

En la misma libreta hay la siguiente semblanza, inconclusa, de Panchito:

FRANCISCO GOMEZ

Ese es el nombre de un joven que como valiente cayó en día infausto en esta tierra encendida por la más desastrosa de las guerras. Fué su vida la vida agitada de quien veía de minuto en minuto acumular combustible para la gran hoguera que por fin ardió con estrépito atroz el 24 de febrero de 1895. No era mudo expectante de este trabajo ciclópeo que en su presencia se fraguaba; su alma, grande desde niño, sugestionada ya por el relato constante de las proezas de la década sangrienta, hecho en la callada noche en el recogimiento santo de la familia—por quien había desempeñado en ella importantísimo papel—había encendido en su pecho ese fuego que crecía, crecía lejos del suelo nativo, que no conocía aún...

Entre los papeles de Muley Despradel, muy valiosos para la historia de Cuba, hay una pequeña libreta con apuntes de la guerra y notas literarias—quizás algo de Panchito—en cuya primera hoja hay esta anotación de puño y letra de Muley:

Es esta libreta un recuerdo de Pancho, el héroe de Punta Brava. La conservaré siempre.—L.

La Reforma, (S. Etu. Mayo 10/97).

Dentro de otra importante libreta en que se contiene un *Diario de la guerra*, inédito, hay un breve y curioso *santo y seña*, una minúscula hojita de papel que dice de un lado, casi dentro del sello gomígrafo del Ejército Libertador:

*Pase libre para
Dcbre. 29/96*

Del otro lado hay este discutido apunte, en letra muy pequeña, seguramente de Muley, que tendría ocasión de copiar al ser recibido por el General Gómez:



Mamá querida, Papá, hermanos queridos: muero en mi puesto, no quiero abandonar el cadáver del Gral Maceo y me quedaré con él. Me hirieron en dos partes. Y por no caer en manos del enemigo me suicido.

Francº Gómez Toro.

En Santo Domingo. Sírvase amigo o enemigo mandar este papel de un muerto.

En la obra de Gerardo Castellanos, *Francisco Gómez Toro* —tan rica en noticias acerca de la vida dominicana de Máximo Gómez— figura la misma trágica esquela, completa. Parece que Despradel, copiándola apresuradamente, ante la ávida espera de otros lectores, en el consusternado campamento del Libertador, omitió esta frase, antes de la firma, que, además, no habría cabido en el exiguo santo y seña:

Lo hago con gusto por la honra de Cuba. Adiós seres queridos, los amaré mucho en la otra vida como esta su...

En el Campamento de Bofill

En los papeles de Lorenzo Despradel, en nuestro archivo personal, hay la siguiente nota manuscrita, de Mercedes Romero y Núñez:

Relación de las señoritas que fueron a visitar al Excmo. Sr. General Gómez a su campamento de Bofill. Nombres:

Sr. D. José Betancourt con sus señoritas hijas Elisa, Matilde e Isabel, el joven D. Alfredo y las menores María Soledad, Dolores y Claudia Betancourt. Señoritas María, Esperanza y Catalina Cartaya. Señoritas Adela, Orosia y Carmen Prohías. Srta. Dolores Betancourt Torres, Srta. Gloria Alvarez. Srta. María Arce, y su S. S. Q. B. S. M., Mercedes Romero y Núñez. Sept 18 de 1898.

La ingratitud probable de los hombres

Fué Martí clarividente, más que nunca, cuando al ofrecerle al Guerrero la jefatura del Ejército Libertador



de Cuba, expresó que no tenía otra “remuneración que brindarle que el placer de su sacrificio y la ingratitud probable de los hombres”. No particularizó el Apóstol; no habló de ingratitud del cubano, porque él sabía muy bien que el feo pecado de la ingratitud es universal.

Así, pues, no fueron pocos los días acibarados del Guerrero, frente a algún brote de la inconsecuencia humana. En su *Diario de Campaña*, en el apunte del día 24 de septiembre de 1898, escribió amargamente:

Como nunca ha de faltar una nota discordante, en las armonías de la vida, yo he pasado por la pena de ver separarse de mi lado a varios de mis Ayudantes disgustados porque yo no acepté excesos de baile en mi propia tienda. Esto causó una impresión desagradable en todos, y constituyéndose cabeza de sedición Valdés Domínguez, arrastró en su locura hasta a Miguel Varona, el joven oficial más mimado del Estado Mayor. Mientras nos encontrábamos al frente de los españoles yo fui para todos cariñoso y bueno, y hoy ya en la paz, todo va cambiando...

A ese desagradable incidente se refiere la siguiente carta de su Ayudante, Lorenzo Despradel, inédita, cuyo borrador conservamos en nuestro archivo particular:

Rojas, Stbre. 27 de 1898.

Mi General:

Nunca, desde que pisé las playas de Cuba, había sufrido como hoy. La conducta de su E. M. pidiéndole pase para otro Cuerpo —conducta que no me he atrevido a juzgar aunque parece que al hacerlo han obedecido a una exaltación mal reprimida— me pone en una situación angustiosa que me creo obligada a exponérsela.

Es del dominio de la opinión la renuncia de los que se han creído ofendidos, y como de todos, yo el único que no quise renunciar —por creer que no tenía motivos para ello— me encuentro un tanto desairado teniendo en cuenta que los renunciantes aducen como razón de peso que ellos se sienten humillados al verse parangonados con Grillo y Valentín, sus asistentes. Eso ya se ha propagado y ya se sabe y al ver como me han sonreído burlona-



mente algunos particulares al saber que me quedaba en el puesto con que Ud. me distinguió, me he sentido herido y he vacilado ante el terrible dilema de ser ingrato con Ud. o el de arrostrar las hablillas de los mal intencionados con detrimento de mi dignidad.

Yo no quiero, General, ni lo uno ni lo otro y es por esto que suplico a Ud. me facilite los medios para irme a mi País; he visto ya bastante en Cuba y... no quiero ver más.

Mi única pena será no haberlo acompañado a Santo Domingo...

Esa determinación de Despradel fué momentánea y así se mantuvo, invariablemente, junto a su amado caudillo. En otra carta, de esos mismos días, cuyos borradores conservamos, le dice:

Querido General: Su cartita del otro día la he leído y releído, causándome infinita pena la verdad que hay en ella encerrada. Yo, como Ud., General, me he compenetrado de la ingratitud de muchos y he deplorado en lo más íntimo la mezquindad de alma de esos que no han sabido apreciar el sacrificio generoso de Ud. y pagado con cariño y amor la obra que con amor y con cariño les está Ud. realizando.

Mi alma, General, Ud. la conoce, la comprende. Ud. sabe hasta donde odio yo la ingratitud, ese de los defectos morales el más mezquino, motivo por el cual siempre he mirado con desprecio a los que militan en esa fila ruin.

Ojalá que sobrevivamos a esta lucha tremenda para que, con asombro de los tales, probemos que no el galardón ulterior, que sólo cuadra a mercenarios, nos trajo a esta tierra donde también hay hombres —y esto me consuela en mucho— que han hecho de Ud. su ídolo, todo por el agradecimiento⁽⁹⁹⁾. Si las ingratitudes de que ha sido objeto hubieran pasado desapercibidas para Ud., mayor fuera mi dolor, pero yo sé que con mayor inteligencia Ud. po-

(99) En pliego aparte, de los borradores, hay este párrafo: "Sin embargo, estoy satisfecho que hay un pequeño grupo que de buena fe lo quiere por lo que hay que hacer distingos y no pasarlos a todos por el mismo cedazo, que equivaldría a tanto como a ser injusto.



drá probarles su grandeza de alma y su alteza de miras azotándole el rostro con el ejemplo vivo de su vida inmaculada.

La familia de los ingratos es muy vieja y muy larga y abunda siempre donde quiera que hay un pensamiento levantado, en donde quiera que late un corazón noble y honrado

Aún recuerdo mi juramento en Monte Cristi y no he de quebrantarlo, General. Mientras haya un enemigo que combatir, mientras aliente un átomo de vida, he de estar a su lado, alegre y satisfecho con la conciencia del deber cumplido. La promesa de hacerme llegar hasta mi casa, terminada la guerra, también la recuerdo, causándome indefinible gozo la perspectiva del retorno a mi hogar, engrandecido por la confianza de Ud. y por la gran obra que he ayudado a ejecutar.

El bravo e inteligente Muley Despradel continuó al lado del Soldado hasta el 5 de agosto de 1899, en que salió de La Habana en una frustrada expedición contra el Gobierno de Lilís, recién caído en Moca en la tragedia del 26 de Julio.

Presidente en dos Repúblicas

No fueron pocas las ocasiones en que Máximo Gómez fué mencionado como candidato a la Presidencia de la República, pues se veía en él al hombre enérgico y honrado capaz de poner orden en el país, honor que él declinó siempre. Como cosa simbólica, seguramente, en las elecciones presidenciales de 1899 obtuvo un voto, simpático hecho repetido en los comicios presidenciales de 1904⁽¹⁰⁰⁾.

(100) En las Elecciones Generales de 1899, en que resultaron electos Presidente y Vicepresidente de la República, respectivamente, los señores ciudadano Juan Isidro Jiménez y General Horacio Vásquez, apareció un voto en favor del General Máximo Gómez para la Presidencia de la República, en el Colegio Electoral del Distrito de Puerto Plata. Ciudadano Juan Isidro Jimenes 42 votos; General Máximo Gómez 1 voto. (Gaceta Oficial, No. 1318, S. D., 25 noviembre de 1899). En el Colegio Electoral de la Provincia del Seibo, durante las Elecciones Generales celebradas en el año 1904, en las cuales resultaron electos Presidente y Vicepresidente de la República, respectivamente, los generales Carlos F. Morales Lan-



En el periódico *La Discusión*, de La Habana, del 1 de agosto de 1899, aparecieron las siguientes declaraciones de Juan Isidro Jimenes:

Un hombre hay que, mejor que yo, podía ocupar la primera magistratura del Estado: y es el General Máximo Gómez, con quien me une de antiguo amistad por extremo cariñosa...

A continuación de las Palabras de Jimenes, decía *La Discusión*:

MANIFESTACION DE GOMEZ

Un periódico de esta capital publica hoy un documento en que se hace constar que el General Máximo Gómez no aspira a la Presidencia de la República Dominicana, consagrado como se halla a la causa de la Independencia de Cuba. En dicho documento declara además el citado general que entre los candidatos que se proclaman, el señor Juan Isidro Jimenes tiene todas sus simpatías y todo su incondicional apoyo, por su limpia historia, sus virtudes cívicas y su espíritu liberal y progresista.

Tampoco quiso ser Presidente de la República fundada por Martí y por él. *El Presidente de Cuba debe ser un cubano*, decía, negándose a ocupar otras posiciones, también, que él consideraba sólo propias de los cubanos

guasco y Ramón Cáceres, tuvo un voto para Presidente de la República el General Máximo Gómez.

Cómputo general de todo el país fué: Morales 413 votos; Horacio Vásquez 11; Máximo Gómez 1; Teodoro Gómez 1; Ricardo Limardo 1; Fco. Leonte Vásquez 1. (*Gaceta Oficial* No. 1548, S. D., 2 julio de 1904). Se dijo que el voto en favor de M. Gómez fué el del elector José Audilio Santana, poeta, según nos informa el compañero Dr. Vetilio Alfau Durán.

Pedro María Archambault, en su *Historia de la Restauración*, París, 1938, p. 76, dice: "Máximo Gómez renunció también al poder en su patria, Santo Domingo, en una ocasión en que viviendo en Laguna Salada, región de Monte Cristi, el país, cansado de la tiranía de Heureaux, quiso enfrentársele contando con el apoyo poderoso de Juan I. Jimenes, el primer banquero dominicano de aquel tiempo. Sabiéndolo Heureaux lo encerró en la torre del Homenaje y le confiscó las armas que estaba reuniendo para Cuba". En este párrafo hay un doble error. M. Gómez no pretendió enfrentársele a Lilís, y su prisión, en 1885, fué anterior a su establecimiento en Monte Cristi, en 1888, al amparo de la casa Jimenes.



A esa actitud se refiere la siguiente carta que le dirigió el patriota Ramón Roa:

Generalísimo Máximo Gómez.

Mi antiguo jefe de los 10 años:

Con sorpresa me he enterado, por la narración de su entrevista con los comisionados de un partido político, a propósito de elegirle Delegado en la próxima Convención, que declina usted el honor del cometido indicado, antes que todo por ser usted extranjero.

Si usted, que ha servido a Cuba tan brillantemente en sus dos grandes guerras se considera a sí mismo extranjero, ¿cómo han de considerarse los que no la sirvieron en las grandes ni en las chicas?

Usted no puede ser y dejar de ser al mismo tiempo. Ser cubano, por el hecho exclusivo del nacimiento, podrá equivaler a ser buen mozo —que los hay— por cuanto no depende de la voluntad del agraciado y, de consiguiente, no le atribuye ningún mérito; pero haber luchado en favor de Cuba, por propia voluntad, como usted, adjudica al individuo el título de cubano, ganado con generoso ahinco en virtud del propio esfuerzo. Usted, pues, que no puede simultáneamente ser y dejar de ser, no es ni puede ser más que cubano, so pena de despreciar el amor de la pobre Cuba, cuya grandeza histórica es grandeza de usted también. Este delicado escrúpulo de usted alguna vez dejó indefensa la justicia.

El hecho accidental de su nacimiento no puede sino apretar el lazo que, por otros motivos, deberá siempre unir a su país natal con el nuestro.

General: su historia de usted es historia cubana, y usted no es más que cubano.

Su antiguo subalterno y conciudadano,

Ramón Roa (101)

(101) Ramón Roa, *Con la pluma y el machete*. La Habana, 1950, vol. III. Máximo Gómez hizo pública, en diversas ocasiones, su irre-



No obstante las razones de Roa, bien atendibles, “Gómez el Máximo, maestro de libertadores”, como le llama Emeterio S. Santovenia, siguió proclamando su renovada dominicanidad. El periódico *La Campaña*, de Santo Domingo, publicó en su edición del 8 de febrero de 1905 el suelto siguiente, con el título de *El Viejo Gómez*:

Lanzado por un periódico a la discusión el nombre del Gral Máximo Gómez como candidato a la Presidencia de la República, el invicto caudillo de la independencia cubana dirigió al periódico la carta que reproducimos. El Viejo Gómez cuya obra en la guerra emula la de Bolívar y en la paz supera la de Washington, es hoy el primer ciudadano de las Américas.

A continuación insertaba el interesante documento:

tractable determinación de no aceptar destino político alguno. En declaraciones de 1900, publicadas en el *Listín Diario*, S. D., del 18 de diciembre, decía: “Mi vida retraída y la no aceptación de destinos que acaban de ofrecérseme, deben ser pruebas suficientes para la seguridad de lo irrevocable de mi determinación que hace de mí un rival inofensivo e incapacitado. Y es porque, además de otras consideraciones de gran peso, creo firmemente que la mejor prenda que un hombre que ha batallado tanto como yo, puede llevarse consigo a la tumba, es la estimación de todos, y ésta solamente puede conseguirse no gobernando nada ni a nadie. Con lo dicho creo que será lo suficiente para no desmerecer la estimación de los que me hacen el favor de dispensármela, y calmen los temores y las dudas de los que no aciertan a explicarse mi humilde modo de pensar”. En otras declaraciones publicadas en *La Discusión*, de La Habana, reproducidas en el *Listín Diario*, el 21 de marzo de 1901, afirmaba: “La Presidencia de la República no debo esperarla, ni mucho menos aceptarla. Eso no es nuevo en mí: desde hace muchos años lo tengo dicho. Los hombres de la guerra, para la guerra, y los de la paz, para la paz. Cuba tiene muchos hijos inteligentes”. En un *meeting*, en Cuba, en 1902, declaró que “como nunca había engañado al pueblo, tenía derecho para decirle a los cubanos que el país no necesitaba ahora de macheteros sino de hombres de Gobierno”. (Suelto en *Listín Diario*, S. D., 27 enero 1902. En el mismo periódico, del 20 y 21 de enero, hay largas noticias de los incidentes producidos en Camagüey con motivo de la visita de Máximo Gómez). Se omiten, en esta obra, diversos documentos suscritos por el Libertador, publicados en el *Listín*, por no referirse en nada a Santo Domingo, entre otros: *Dos palabras de consejo a mis amigos cubanos*, Calabazar, 20 ag. 1900; *Declaraciones acerca de su determinación de no aceptar destino político*; *Carta del 4 de junio de 1902 al General Francisco Carrillo*; y *Carta del 13 de noviembre de 1903, al General José Miró*, en *Listín Diario*, S. D., ediciones del 1 de octubre y 18 de diciembre de 1900, del 18 de junio de 1902 y 23 de diciembre de 1903, respectivamente.



Habana, enero 9 de 1905.

*Señor Director de La Protesta,
Sagua la Grande.*

Muy distinguido compatriota:

Siempre he sentido simpatías vivísimas por el periódico de su digna dirección, porque indudablemente se inspira en el bien supremo de Cuba, como también yo entiendo; y ello me obliga a declararlo, lleno de agradecimiento, ahora que Ud. presenta y apoya mi candidatura para la Presidencia de la República, que es mi firme propósito de no aceptar ninguna designación en ese sentido, porque creo —ahora y siempre— que un cubano es el que debe ser el que ocupe el puesto de Primer Magistrado de la República, sin olvidar que, por razones de alto sentido político, no han de perdurar en dicho puesto los elegidos, que tanto equivaldría entonces a establecer —aunque la Constitución lo autorice— un régimen monárquico en este país, esencialmente demócrata y republicano.

Yo me siento muy satisfecho de haber desempeñado la misión militar que se me confiara, en las dos grandes guerras por las libertades cubanas, hasta obtener el triunfo del hermoso ideal, la independencia de la Patria.

En suma: a nada aspiro, nada ambiciono, es más, me mortificaría una designación que mi conciencia rechaza. Ruégole, pues, que se detenga en su campaña en favor mío, y que acepte, en mi reconocimiento más sincero, la seguridad de mi estimación y aprecio.

Afectuosamente,

M. Gómez

Suplico a toda la prensa del país que reproduzca esta carta.—Gómez.

El permanente recuerdo de Panchito

La muerte de Panchito Gómez, el hijo predilecto del Soldado, el adolescente amigo más mimado por Martí y



por Maceo, el joven de más brillante porvenir en Cuba, fué el gran dolor de Máximo Gómez; pesar tan hondo y vivo en él que ni aún fué compensado por las grandes satisfacciones de gloria de que disfrutó. Así, el recuerdo de Panchito le obsedía en todo momento, como su propia sombra. Cabe aquí esta anécdota que le debemos al fraternal amigo Rafael Paíno Pichardo, recogida de labios de Jaime Mota hijo. En la recepción que el Club Unión le ofreció al Guerrero en su visita a Santo Domingo, en 1900, la gentil dama cubana doña Estervina Herrera de Marín, madre de Pedro Marín, se le acercó al General acompañada por su hija Concha y por el joven Jaime Mota hijo. Como en la breve conversación la señora Herrera se lamentara de haber perdido un hijo en la manigua, el Viejo Gómez le respondió:

Señora, usted perdió su hijo, cubano, y yo perdí uno, sin yo ser cubano.

Al servicio de la Patria

Con motivo del ruidoso incidente fronterizo de Pitobet, en la prensa dominicana circuló la noticia de que el General Gómez había ofrecido sus servicios al Gobierno para ir a luchar, como en 1849, contra los haitianos. Así consta en el periódico *El Constitucional*, de Santiago de los Caballeros, No. 162, del 2 de marzo de 1901. El General se hallaba entonces en Cuba.

Los niños gigantes

En respuesta a una consulta que le fué hecha al General Gómez —lo refiere el *Listín Diario*, S. D., 1902— acerca de si los niños que fueron a la guerra siendo menores de edad debían ser inscritos como soldados del Ejército Libertador, le dijo estas palabras lapidarias al Presidente de la SubComisión, Primer Cuerpo, de Santiago de Cuba:

Los que fueron a la lucha armada siendo aún niños, con doble motivo son acreedores a una recompensa. Inscriba Ud. a esos niños gigantes.



Una anécdota

En su libro *Del Mediterráneo al Caribe* —Santo Domingo, 1905— don Eliseo Grullón refiere lo siguiente:

¿Quiere Ud. una prueba de la popularidad del general Gómez en Cuba? Allá va en forma de anécdota.

Sabido es que allí el gorrión, la parda avecilla importada de España, propagóse extraordinariamente, llegando a alcanzar entre los intransigentes de la colonia la categoría de un símbolo de la nacionalidad. Hoy día abunda tanto en las poblaciones de la isla, que sus bandadas constituyen una plaga para los dueños de las casas que suelen elegir para albergarse.

A una de éstas llegó un campesino español a tiempo que los dueños renegaban del ruido y el desaseo que producen tan incómodos huéspedes.

—“¿Por qué no les aplicáis el remedio?” —preguntó el campesino.

—“¿Cuál?”

—“Pues el único que existe para acabar con ellos: trayendo aquí un MAXIMO GOMEZ”. Así llaman en Cuba al “cernícalo”, ave de rapiña fácilmente domesticable que usan para ahuyentar a aquéllos y a la que dan por antítesis el nombre de nuestro ilustre paisano.

Llamóme la atención la peregrina ocurrencia, que guarda analogía con lo que practicaban los antiguos pobladores de la Española adiestrando los milanos o guaraguaos, y no pude menos que recordar el precioso cuadro de los neblías de ENRIQUILLO...

Boletín Médico

En el Archivo Nacional, de Cuba, (donativo de Manuel Calás, legajo 14, No. 2886, pieza 3), copiamos el siguiente Boletín Médico de la última enfermedad del General Gómez:

Boletín Médico

El General Gómez ha pasado la mañana de hoy muy bien, durmiendo a veces hasta una hora seguido. Con ex-



cepción de un ligero malestar, acompañado de sudor, que tuvo a las 10½, después de una deposición abundante, todo ha seguido bien. La temperatura bajó hasta 36.8 y se ha mantenido por debajo de 37 hasta la 1 y 40 hora en que el termómetro ha señalado 37.4. Respiración amplia y reposada, tos rara y pulso en 72 pulsaciones regulares al minuto. 18 de mayo de 1905, a las 2 p. m.

Dr. Henríquez y Carvajal

y por autorización y en su ausencia momentánea

Dr. Pereda

Certificado de defunción

En el periódico *La Discusión*, La Habana, 17 de junio de 1914, se publicó el siguiente Certificado del Dr. Pereda, médico del Caudillo en su última enfermedad:

DR. PEREDA

Cirujano

Consulado 122

Tel 1790

La Habana, 17 de junio de 1905

El Mayor General Máximo Gómez, General en Jefe que fué del Ejército Libertador Cubano durante la última guerra por nuestra Independencia (1895-1898) acaba de fallecer en este momento, seis y siete minutos de la tarde, en su domicilio calle 5ª núm. 45, Vedado, a consecuencia de piohemia y en ese instante en que ocurrió su muerte se encontraban presentes, además del que suscribe, el Sr. Presidente de la República, Tomás Estrada Palma; el Secretario de Gobernación, General Fernando Freyre de Andrade; Generales Bernabé Boza y Javier Vega; el Alcalde Municipal, Doctor Juan Ramón O'Farril; el Coronel Orencio Nodarse; el Capitán Tavel; el Comandante Curtis; el licenciado Cardona; los señores Presas, González, Sousa y Dr. Ortega; la señora Bernarda del Toro, esposa



del General; todos sus hijos y demás familiares, así como también gran número de señoras y señoritas.

Y a petición del Coronel del Ejército Libertador señor Manuel María Coronado, Director de "La Discusión", presente también, extendiendo este certificado a las seis y media de la tarde.

Dr. J. Pereda

Incendio de la casa natal

El 7 de febrero de 1913 fué pasto de voraz incendio la casa en que nació, en Baní, el General Gómez. El solar, yermo, todavía en espera de la proyectada Casa Escuela, de Cuba, es predilecto sitio de peregrinación de los cubanos que llegan a la República.

La casa de Nicolás Ramírez

La célebre casa del Coronel José Nicolás Ramírez, en Santiago de los Caballeros, donde se hospedaban Martí y Máximo Gómez, donde se cruzaron sus memorables cartas de septiembre de 1892, donde estuvieron otra vez en 1895, quedaba en la histórica calle de Las Rosas, luego 16 de agosto, marcada en aquellos tiempos con el número 45. Era propiedad del Mocho Batista, entre las casas de Miguel Román y Pedro Jiménez, frente a Rafael Vega y a Moncito Mencía. Detrás quedaba la calle de la Amargura.

Miguel Angel Ramírez —hijo de don Nicolás— compañero de Martí y de Gómez de Santiago a Monte Cristi, en 1895, cariñosamente citado por ambos en cartas a don Nicolás, nació en Santiago de los Caballeros el 2 de octubre de 1884. Su padrino fué el cubano Dr. Osorio, citado por Martí en carta a Ramírez. Miguel Angel —como está dicho en nuestro libro *Martí en Santo Domingo*— terció activamente en nuestras contiendas civiles. El 20 de abril de 1904 fué ascendido a General de Brigada por el Presidente Morales. En noviembre del mismo año fué designado Comandante de Armas de San Francisco de Ma-



corís, y el 11 de septiembre de 1905 Comandante de Armas de Puerto Plata. Murió en La Habana el 16 de noviembre de 1921.

La actuación de Nicolás Ramírez fué una de las de mayor importancia en los preparativos de la expedición Gómez-Martí, de 1895.

El General Gómez visitaba, con alguna frecuencia, la ciudad del Yaque, a algunas horas de sus labranzas. El periódico *Las Noticias*, del 10 de mayo de 1894, publicó este suelto:

BIENVENIDA. Muy efusiva la damos al bizarro general Máximo Gómez y a su talentosa hija la Srta. Clemencia, quienes llegaron a esta ciudad ayer tarde. Séales grata su visita.

Calle Máximo Gómez

En 1936 se le dió a la antigua calle *Libertad*, de Santiago de los Caballeros, el nombre de *Máximo Gómez*. El discurso alusivo fué pronunciado por un amigo del Soldado, el historiador don Pedro María Archambault, publicado en el diario santiagués *La Información*, el 21 de noviembre de 1936.

Apunte Bibliográfico

Sería obra larga y por demás prolija la reseña exhaustiva de los artículos y libros, de dominicanos, consagrados a Máximo Gómez, ya que, desde los días del Grito de Yara, en 1868, comenzó a repercutir en su tierra natal su resonante acción guerrera en la manigua cubana⁽¹⁰²⁾. Se limita este apunte, pues, a las principales publicacio-

(102) Véanse alusiones a M. Gómez en el periódico *El Sol*, S. D., del 17 de marzo de 1870 y 21 de abril de 1871, y también en fechas anteriores, particularmente en los diversos periódicos dominico-cubanos que existían en Santo Domingo en aquella época: *El Laborante*, *El Dominicano*, *El Universal*, *El Porvenir* y otros. En nuestra obra *Martí en Santo Domingo*, La Habana, 1953, hay diversas referencias bibliográficas relativas al Guerrero.



nes dominicanas en todo o en parte apreciable relativas al Guerrero:

Rafael Abreu Licarac, *Mi óbolo a Cuba*. Nueva York, Imprenta Patria, 1897.

Rodolfo Bergés, *Cuba y Santo Domingo*. Apuntes de la guerra de Cuba. De mi Diario de campaña. 1895, 96, 97, 98. Habana, 1905.

Lorenzo Despradel, *Memoria sobre la guerra de Independencia*. Inserta como Apéndice en la bella obra de Orestes Ferrara, *Mis relaciones con Máximo Gómez*. La Habana, 1942. (Conservamos, en nuestro archivo personal, los originales, manuscritos, de la *Memoria* de Muley Despradel, junto con otros interesantes documentos igualmente relativos a la guerra de Cuba, en la que actuó junto a Máximo Gómez).

El Centenario de Máximo Gómez. Fraternidad dominico-cubana. C. T., 1936. (Reproducido en esta obra en el capítulo *Centenario de Máximo Gómez*).

Federico Henríquez y Carvajal, *Cuba y Quisqueya*. La Habana, 1920; *Todo por Cuba*. Santo Domingo, 1925; *El Generalísimo*. Al margen de un discurso y dos conferencias. En la revista *Clío*, S. D., 1934, págs. 77-87; en folleto, tirada aparte. Alude a escritos del Dr. Carlos Manuel de Céspedes y Quesada y del Dr. Benigno Souza. Contiene interesantes recuerdos personales del Guerrero, días de mocedad. Otros escritos acerca de Gómez, en *Clío*, No. 57, 1943, pág. 247, en contra de un escrito atribuido al Libertador, publicado en dos números consecutivos de la revista *Carteles*, en noviembre de 1942. Véase, también, *Todo por Cuba!* Homenaje del Municipio de La Habana al preclaro dominicano, "gran amigo de Cuba", Federico Henríquez y Carvajal, con ocasión de cumplir cien años de vida gloriosa. La Habana, 1948. Contiene una selección de los trabajos que forman el volumen *Todo por Cuba*, de 1925, y escritos laudatorios en homenaje a H. y C. de Emilio Roig de Leuchsenring, y Elio Leiva Luna.

Joaquín S. Incháustegui, *Reseña histórica de Baní*. Valencia, 1930. Véase págs. 35-49, 56-57, 95, 111, 121, 122, 127, 150, 151, 156, 160, 172-174, 193, 196, 212.



Abigaíl Mejía de Fernández, *Vida de Máximo Gómez en Santo Domingo*, C. T., 1936. En la pág. 70, dice: "Última venida a nuestra tierra tuvo efecto en 1902" Grave y lamentable omisión, pues el Soldado volvió a su Patria en 1904.

Félix María Nolasco, *La guerra de Cuba y el Listín Diario*, en *Listín Diario*, edición cincuentenaria, C. T., 1889-1939.

Emilio Rodríguez Demorizi, *Cartas de Máximo Gómez*, C. T., 1936 (Integramente reproducidas en la presente obra); *Maceo en Santo Domingo*, Santiago de los Caballeros, 1945; *Martí en Santo Domingo*, La Habana, 1953; *Martí y Máximo Gómez en la poesía dominicana*, C. T., 1953.

Fray Cipriano de Utrera, *La familia de Máximo Gómez*. Santo Domingo, 1929.

Para lo concerniente a Máximo Gómez en relación con los actos de barbarie de Florentino, véase el interesante libro de Sócrates Nolasco, *El Gral. Pedro Florentino y un momento de la Restauración*. Santiago, R. D., 1938, págs. 50, 62, 68-71, 82, 99-102, 108.

Desde 1895 hasta 1905, año de la muerte del Soldado, el *Listín Diario* recogió innumerables noticias de él, particularmente en la sección *La santa causa de Cuba*, de los días de la guerra.



A P E N D I C E

MAXIMO GOMEZ A PALANCA

Cuartel General en el Quemado,
Santiago de Cuba, a 23 de marzo de 1871.

Al General don Carlos Palanca (103).

Repugnan ya los medios de que V. se vale al pretender sofocar en este Distrito una revolución que, a juicio de cualquier hombre, por muy cortos que sean sus alcances, sería un imposible. Medios que no producirán más efecto que la inmolación de nuevas víctimas, como acaba de suceder en estos momentos. Feliciano Urrutia y Wenceslao González han caído en mi poder con todos los documentos en que falsamente ofrecía V. perdón y amparo al benemérito Coronel Policarpo Pineda, si consentía en presentarse. Urrutia y los dos hermanos González han sido pasados por las armas, y así se ha cumplido inmediatamente la sentencia que había V. fulminado contra la cabeza de estos desgraciados. La sangre derramada el día 20 en Miranda ha caído sobre la cabeza de V., y esas pobres víctimas, en los momentos supremos de la muerte, no han tenido una maldición para su verdugo Palanca, que torpemente los condujo a su perdición.

(103) En esquela del 21 de marzo de 1871 se refiere a su carta a Palanca, en *Diario de campaña...*, pág. 494.



Demasiado conocida es ya la reprobación que el mundo entero ha lanzado sobre los que echan mano de medio de esta clase para que yo me detenga en este particular.

Aún hay más. Se cohechan y se compran hombres para que vengan al campo con el exclusivo objeto de asesinar a los jefes de la insurrección: todo esto lo sabemos; pero también puedo asegurarle que el logro de lo que V. se propone es un imposible.

¡Cómo, los representantes de un Gobierno que se dice ilustrado y fuerte recurren a medios tan indignos de hombres civilizados para vencer a un puñado de patriotas que luchan por conquistar sus derechos! No se comprende que, hombres que algo deben estimarse, cometan, a sabiendas, faltas que arrojan una mancha, una deshonra eterna sobre su nación. ¡Cuántos horrores! ¡Cuántos asesinatos! Todavía no pueden ustedes citarnos un solo hecho que pruebe hemos enviado emisarios para asesinar a un jefe español. Jamás cometeremos un acto que empañe las páginas de la historia de este querido suelo.

Hacemos todo lo contrario: y para que el mundo conozca cuál es el proceder de los españoles y cuál el que observamos los cubanos, voy, aunque brevemente, a citar un caso que comprueba lo que acabo de decir. En un encuentro al regresar en el día del ataque y toma del caserío de Ti-arriba, cayó prisionero el capitán graduado Teniente Señor Amor, y a pesar de haber sido en lo más encarnizado del combate, pude sobreponerme a la furia de mis soldados, y le salvé la vida en aquellos momentos terribles, con la intención de examinarlo y juzgarlo para ser pasado por las armas, (según las órdenes de mi Gobierno concerniente a los prisioneros de guerra) mas el Señor Amor, no se reponía de la sorpresa y no pudo tampoco contestarme de un modo satisfactorio a las preguntas que yo le hacía, y para lograr mi propósito le ofrecí perdonarle, ofrecimiento que hice de buena fe. Más tarde algunos de los jefes de mis tropas, como era natural, hubieron de preguntarme con qué fin permanecía con vida un prisionero de un enemigo que nos hace la guerra sin cuartel. Los llamé y reunidos todos les manifesté que para mí era



un acto de conciencia, que a aquel hombre le había ofrecido el perdón, que proceder de otra manera sería indigno de nosotros. Todos aprobaron mi resolución y el Sr. Amor vive y vivirá y será atendido según lo permitan nuestros recursos.

Esto hacemos los cubanos que, cuando esclavos, fuimos sumisos y resignados; hoy que somos libres, somos generosos, y más que odio, lástima nos inspiran los que fueron nuestros tiranos.

Tiempo es ya, Sr. Palanca, de que, los que como V. no conocen los adelantos de la época, se convenzan de lo imposible que es la lucha entre la mentira y la verdad, entre el despotismo y la libertad.

Siga V. empleando todos los medios que le sugiera su imaginación, por reprobados que sean, que nosotros estamos en guardia, y no nos intimida ningún peligro, y como siempre, estamos dispuestos a combatir por nuestra independencia.

Máximo Gómez

(*El Laborante*, Santo Domingo, No. 58, oct. 20 de 1871).



DE LAS HERMANAS GOMEZ

Sra. Doña Mercedes García de Obregón,
Santo Domingo (104).

Amiga querida: el día que nos despedimos de ti fué triste para nosotras: fué fatal; era un anuncio de lo que nos esperaba, era un presagio: quedamos hundidas en ese memorable Holguín: a los 14 días nos pusieron en la cárcel llamada la Periquera; de esa nos sacaron; y en carretas, nos llevaron con dos familias más para Gibara: nos pusieron en una casa de familia. Ahí estaba Obregón pero no tuvimos el gusto de verlo. Ahí estuvimos hasta que llegó el vapor, en que tú fuiste. Nos embarcaron: yo con la calentura. Esa travesía de 4 días, ay, amiga. Da fondo el vapor y estuvimos dos días a bordo. Nos traen

(104) En carta del 26 de octubre de 1871, a Francisco Vicente Aguilera, se refiere a la incierta situación de sus hermanas. En *Diario de campaña*, p. 502. El original de la carta transcrita obraba en poder del Dr. Joaquín García Obregón, hijo de Mercedes García de Obregón y de Marcelino García Obregón. Debemos la copia utilizada ahora al Dr. Alcides García Llubes. Las abnegadas hermanas de Máximo Gómez, Regina y María de Jesús, tan amadas por él, también sufrieron las peripecias de la guerra: en 1873 fueron desterradas de Cuba. Entonces pasaron a Puerto Plata. Allí se encontraban en enero. Después de la Paz del Zanjón volvieron a unirse al hermano, radicándose en Monte Cristi, donde conocieron a Martí. En agosto de 1896 se encontraban en la ciudad del Ozama. Regina Gómez nació en Baní el 29 de mayo de 1828. Su partida de defunción —cuya copia debemos al Dr. Alfau Durán— dice así: “En esta parroquia mayor de la Sta. Iglesia Catedral de Sto. Domingo el día diez y nueve de setiembre de mil novecientos cuatro, yo el infrascrito Cura Ecónomo de ella hice los oficios de sepultura de segunda clase al cadáver de la Sta. Regina Gómez, de setenta y dos años de edad, soltera. Recibió los Stos. sacramentos y fué enterrada de Santo Domingo, Libro 18 de óbitos, pág. 29. Est. B, Caj. 19, Leg. 5). en el sementerio de esta ciudad. Doy fe. Lucas Lladó, Pbro. (Catedral



a tierra y nos llevan a una cárcel espantosa, horrorosa. Nos hallábamos confusas, atribuladas; pero llamábamos a la Virgen y estábamos serenas, como inocentes. Una señora que supo nuestra desgracia, suplicó nuestra libertad al Capitán General y se la concedió, dándonos la Capital por Cárcel.

Nos hemos hecho cargo de las costuras de una buena Señora y vivimos al lado de una familia que nos dispensa su cariño; en esta estaba Obregón: tampoco lo vimos: está en el Príncipe. No te olvidamos Merceditas nunca, y con la esperanza de que Dios nos lleve a nuestra tierra. Muchos besos a tus niños, nuestro cariño para tu familia y a todos los dominicanos un saludo.

Escríbenos y cuenta tú con la verdadera amistad de tus amigas,

Las Gómez

Habana, Calle de Esteban No. 100.



A LOS CUBANOS

CUBANOS: Para desmentir poderosamente a los principales sostenedores de la dominación española en esta Isla, que aseguraban no ha mucho que nuestra inmortal Revolución estaba agonizando ya, los bravos patriotas de la División que tengo el honor de mandar, acaban de invadir y asolar la jurisdicción de Guantánamo, y de tomar e incendiar el pueblo de Jiguaní, haciendo en ambas empresas prodigios de valor. No es mi ánimo, empero, vanagloriarme de tal asolación y tal incendio, que por el contrario lamento con toda mi alma. Antes bien, sólo miro estos males como males necesarios. Acaso a pesar suyo los propietarios de aquella jurisdicción apoyaban material y moralmente la tiranía que los cubanos buenos combatimos; y era cruelmente necesario quitarles los medios de prestarle ese apoyo. Acaso esa tiranía y muchos de sus espontáneos y aún forzados servidores, creían que la reconstrucción que soñaban dar a la Colonia— reconstrucción feudal y estéril que consiste en reunir la población en castillos rodeados de caseríos y labranzas— era realizable; y era cruelmente necesario demostrar a esa tiranía y a esos servidores que semejante reconstrucción es quimérica, probando a los patriotas tímidos que aun sufren entre nuestros enemigos, que no sólo hay una inmensa cosecha de gloria, sino más seguridad relativa a nuestro lado, y a los principales sostenedores de nuestros enemigos que la reconstrucción mencionada no da seguridad alguna, ni a sus propiedades ni a su vida, bastando nuestra voluntad para hacer que la muerte y el incendio



se paseen por sus poblados. Basta pues de irresolución, ¡cubanos! En vez de soportar ahí la opresión, apoyándola a pesar vuestro y muriendo a sus manos cuando menos lo esperáis; en vez de emigrar al extranjero para gemir de vergüenza y fenecer de hambre, venid a nuestro lado; venid a triunfar de España, cumpliendo así con la voluntad de Dios, que ha dado por carácter a este siglo la emancipación de América, o a morir esclarecidos por este divino pensamiento.

Vuestro compatriota y amigo. El mayor General

Máximo Gómez

Oct. 24 de 1871.

(*El Laborante*, Sto. Dgo., No. 67, año 2, 22 dic. 1871).



CARTA A J. D. PEREZ

(Kingston, julio 1885) (105)

Sr. D. José Dolores Pérez,
San Pedro Sula, (Honduras)

Mi querido amigo:

Como desde que salí Laito de aquí también lo hice yo, he corrido la ceca y la meca; pero ahora que he recalado a mi hogar, he podido leer una carta tuya del 20 del que acaba de expirar, que me tenía guardada Manana. Creo que tanto tú como Laíto se han descuidado en escribirme.

¿Qué es de Laíto? ¿Cómo ha salido de su negocio? ¿Habrás, el infeliz, recogido el fruto de la propaganda maquiavélica que se hizo por ese país respecto a mi supuesta actitud con referencia a los hombres y las cosas de esa tierra que tanto amo y respeto?

¿Acaso seremos nosotros, los cubanos y yo, hombres mercenarios o políticos asalariados? Quien tal piense, mal ha podido conocernos. Fué por eso que en días pasados me apresuré a enviarte una carta, que por vía pronta y segura has debido hacer llegar a manos del General Bogran.

(105) Esta carta, tomada de *La República*, de Nueva York, comenzó a publicarse en *El Centinela*, de S. D., No. 10, del 3 de agosto 1885, última edición del periódico, desaparecido entonces. José Dolores Pérez, sobrino de Máximo Gómez, le acompañó durante su estada en Honduras, en 1879.



Es verdad que no pasa desapercibida para mí la situación política de Honduras; es verdad que yo soy tan amigo del Dr. Soto como de Bogran; a ambos les soy deudor de servicios y consideraciones a que jamás creo poderles corresponder; pero por encima de todo eso está mi gratitud y mi respeto a Honduras. Por estas poderosas razones yo nunca hubiera podido prestarme como instrumento a servir la política de miras personales, tan generalizada en Centro América.

De mucho me ha servido vivir algún tiempo en Honduras y oír contar la historia de los demás Estados.

Es verdad que el Gobierno del Sr. Soto me recogió cual a un náufrago, y después amparó y protegió a cuantos de mis compañeros se refugiaron en su patria, aunque eso no era extraño, puesto que lo hacía con todos los extranjeros, mas esto no lo hemos estimado nosotros como un compromiso para ayudarle a subir nuevamente al poder, por la fuerza de las armas, caso que él así lo pretendiera, porque nosotros no seríamos honrados si depusiéramos en favor de otra causa el nombre y prestigio que nos ha dado la causa de Cuba, mientras aquella tierra bendita gima bajo el yugo de su opresor, pues eso sería desmentir nuestra historia. y echar un borrón en nuestra hoja de servicios.

Ningún cubano se pertenece mientras Cuba permanece esclava, y el hijo de aquella tierra que no piense así, es más digno de compasión que de otra cosa, porque lo peor que puede haber para el hombre es el desprecio del mundo, y este es el fruto que espera recoger el indifrente a los dolores de su patria, o que especule con ellos.



A LOS CUBANOS

Después de dos años de continuados trabajos conforme a la pobreza de nuestros recursos intelectuales y materiales para levantar armada la Revolución con el propósito de conseguir la Independencia de Cuba.

Después de sacrificios pecuniarios sufridos por los patriotas.

Después que la esperanza alentó el corazón del patriota honrado y entusiasta, que se prometía nueva lucha para realizar un ideal querido y por tantos años acariciado.

Después, en fin, de todo eso y que desgraciadamente se resolvió el propósito con un fracaso, nuestro silencio, con sobra de razón, pudiera ser mal interpretado sin que de ello se dé una explicación en cuanto cabe, cuanto en la proyectada empresa se han comprometido sagrados intereses de una parte del pueblo, y más sagrados porque han sido elaborados en la amarga existencia del destierro, lejos del suelo querido.

Siempre pensamos que le debíamos a los patriotas esa explicación, informando de las causas que se han opuesto a que llevásemos a cabo el movimiento, pero nos pareció cuerdo aguardar tres o cuatro meses en espera del resultado que pudiesen dar nuevas tentativas de organización; mas como todo ha sido negativo, cumple, pues, a nuestro deber presentar cuenta al pueblo, ya que al servicio de su causa nos hemos puesto y que confiara a nuestro cuidado la dirección del movimiento armado.



Llamados con insistencia a mediados del año 1884 por patriotas entusiastas y decididos para que nos pusiésemos al frente del movimiento que ya era hora de iniciarse, según la opinión de todos, acudimos sin demora a tal reclamo, principiando a seguidas la delicada a la vez que difícil tarea de organizarlo formalmente, obedeciendo a un plan militar ajustado a una política conveniente.

Un programa que presentamos y que todos aceptaron sin enmienda de ningún género, a excepción de la honrosa por cierto propuesta por el señor Ernesto Bavastro a uno de sus artículos, determinaba el modo y manera de llevar a cabo la empresa, dejando preparado amplísimo camino para obrar sin embarazo, cuando la opinión general y unánime de los cubanos entrara a ejercer de lleno sus justas y legales influencias en los asuntos de la patria.

Pocos pero pronto fueron aprontados recursos pecuniarios que siempre las Emigraciones están dispuestas a facilitar.

A cada uno de los jefes principales que acudieron al llamamiento acompañados de sus antiguos subalternos se les señaló el modo y la forma para ocupar su puesto de honor, llegada la hora, en los campos de la guerra.

Pusimos sobre aviso a todos nuestros hermanos y amigos residentes en todas partes, de nuestro propósito de levantar de nuevo en los campos de la Patria la bandera redentora, para que poniéndose todos a nuestro lado fuera menos costosa y mejor acabada la obra.

Tratamos de poner a buena altura el poderoso auxiliar de la Prensa, prestándole ayuda material, e indicándole política levantada al nivel de las nobles ideas que sustentamos y que íbamos a defender en los campos de batalla.

Todo eso hicimos, y a fe que no era poco para quienes se encontraban solos o con poca ayuda.

Hicimos más; nos dirigimos en nombre de la esclava a hombres respetables en demanda de protección para la causa de la Libertad. De algunos devoramos en silencio la amargura del desdén que nos causaban, de otros más



generosos las ofertas cuyo cumplimiento aplazaban para cuando abierta la campaña ofreciese favorables condiciones de buen éxito. Preciso era que primero muriésemos unos pocos.

Tan pesada como comprometida era la carga, pero seguíamos no obstante en nuestra misión, armados de resolución y con fe, confiados más en la justicia de la causa que servimos que en nuestras dotes de guerreros y políticos, porque bien sabemos que de unas y otras carecemos.

Mas después de tan fatigoso trabajo día por día, sin poder disfrutar del reposo del hogar, siempre abandonado, en una campaña sin ruido, sorda y muda, abrumadora para el espíritu, empezaron a surgir sucesos desgraciados y contrariedades por lo común siempre imprevistas y que nunca faltan en esta clase de empresas, hasta que al fin, como consecuencia precisa, de una serie de trastornos llegados al término de la imposibilidad.

Un incidente casual a la vez que funesto causó la pérdida del primer contingente invasor que debía abrir la marcha de los demás, sin caer por eso en poder del enemigo. Una fatal interrupción en momentos apremiantes que no sobraba tiempo ni se disponía de medios para reponerlos, hizo que todo quedase en poder de un Contratista, apareciendo fuera de razón de parte nuestra toda tentativa de adquisición e infructuosos por tanto todos los esfuerzos que se hubiesen hecho en ese sentido.

Igual suerte aunque de distinto modo cupo al segundo. Por negociaciones que no obstante lo bien meditadas (nada vale la previsión humana) y con las precauciones que el asunto requería, sin embargo todo fué de resultados fatales sin achaques de mala fe por parte de nadie, cayendo todos aquellos elementos en manos extrañas, que si bien no deben darse por perdidos, es trabajoso recuperarlos.

Los demás Jefes con sus respectivos elementos en preparación, quedaron fuera de toda pérdida, si no se tiene en cuenta el gasto precioso y obligado de algunos, sosteniendo la fortuita situación de espera de su turno para



proveerse en armonía y obediencia al plan general de invasión a que todos teníamos que sujetarnos.

En el libro general de entradas y salidas de fondos que personalmente hemos administrado existen las cuentas que hemos creído prudente no dar al público, por dos razones. La primera, que tendrían que figurar nombres de contribuyentes respetables cuyos intereses pudieran muy bien comprometerse, al propio tiempo que dar a conocer sumas invertidas en trabajos de índole puramente reservada cuyos comprobantes no pueden presentarse.

Y segunda y principal, que por la misma razón que las cuentas no pueden ser legalmente comprobadas, los contribuyentes, desde luego, no encontrarían ningún mérito en ello, continuarían o no dispensándonos la misma confianza que cuando sin condiciones de ningún género nos hicieron Administrador de sus caudales.

Es por eso que creemos de poco interés, ni para ellos ni para nadie, emborronar papel para un objeto que no satisface los fines.

Sin embargo, como es nuestro deseo, obedeciendo a deber de honor, que no podemos desatender, rendir cuenta a los cubanos, proponemos lo siguiente que suplicamos sea atendido.

Que se nombre un "Comité o Junta liquidadora" compuesta de hombres respetables ante la cual deberemos presentarnos a rendir cuentas y a informar al mismo tiempo de detalles de otro orden de cosas que no carecen de importancia para el presente y porvenir de Cuba.

De este modo se podrá conocer mejor que nuestros buenos deseos no han bastado a vencer obstáculos y contrariedades que con tenacidad inaudita se oponían a nuestra marcha.

Es muy posible —y lo creemos así por la fe que sentimos en la futura libertad de Cuba— que de aquella surjan resoluciones que devuelvan vida y organización a nuestro Partido que por el reciente fracaso sufrido —a que negarlo?— ha decaído su espíritu.

Por lo que respecta a nuestra humilde personalidad; que nada vale, ya lo hemos dicho varias veces: Cuba pue-



de contar a todas horas con nuestros inútiles servicios mientras sea esclava, siempre preparados y dispuestos a servirla (soldado sin condiciones) ayudando a conquistarle el supremo bien de su Independencia y Libertad dentro del orden y respeto a todos los fueros sociales de un pueblo culto.

Máximo Gómez

(*El Porvenir*, No. 701, Puerto Plata, 5 marzo 1887).



UNA CARTA A MAXIMO GOMEZ

La ha publicado, en uno de sus últimos números *El País*, de Santi Spíritus. Héla aquí ⁽¹⁰⁶⁾ :

Señor Don Máximo Gómez.

Mi antiguo camarada :

Te aseguro que me ha extrañado sobremanera tu vuelta a Cuba, de donde me juraste al partir que ibas desengañado de que aquí no podía lograrse el intento que habías traído cual es la independencia.

Y me extraña no sólo por esa declaración en que me hiciste creer a fuer de viejo formal, sino también porque más tarde la estampaste, corregida y aumentada, en tu folleto sobre el asunto, y sobre todo, porque cuanto decías eran verdades de a folio que estaban en la conciencia de todos.

Tú has dicho, hablando de la pasada guerra, que no me negarás, presentaba para ti un aspecto mucho mejor que el actual.

“Durante la guerra en su época más brillante que fué el año 1874 a 1875, *el ejército pudo alcanzar a 7.000 hombres listos para el combate; en su mayoría eran gentes de color y los blancos que habían eran del campo: HABIA DESAPARECIDO* la juventud cubana de la madera del resuelto Luis Félix Tejada, y nadie venía a reemplazarlos; ya eran escasos los hombres de cierta inteligencia,

(106) Tomada del Boletín Mercantil de Puerto Rico, 21 agosto de 1895.



pues habían muerto los iniciadores y no había quien los sustituyese”, el resto de los cubanos unos 30.000 con armas en la mano y formados en las filas españolas, probando su amor a la independencia dando muerte a la República una gran mayoría permanecía inactiva en las poblaciones dando recursos a los españoles.

Esto sucedía entonces. ¿Y ahora?... ¡Oh! Ahora las cosas han variado. Los tiempos no son los mismos. Hoy el país que siente y piensa, el país que tiene y vale, se opone a la guerra, que la considera ruinoso y funesta y porque ve que España era Nación de cuya nobleza tu mismo amigo Máximo podrías hablar muy alto, ha concedido y sigue concediendo a Cuba ventajas que nación alguna concedió en tan poco tiempo a sus colonias: ¿Qué nos falta aquí para prosperar? La paz. Eso lo sabíamos todos, por eso no queremos la guerra.

Esta sólo pueden quererla los que no tengan nada que perder en el país: los que lo odien o les sea indiferente; los que en la guerra quieran luchar...

¿Y quiénes son los que la han promovido?

No vayamos más lejos. Fijémonos en ti: ¿Qué puede importarte la ruina de este suelo, en donde eres un extraño, pues ni has nacido en él, ni en él tienes intereses ni afecciones?

Nada, absolutamente.

Déjanos pues, en paz. Vete a Santo Domingo, donde, si eres patriota podrás hacer mucho en favor de tu patria.

Sé complaciente Máximo, como lo has sido —según dicen— con los camagüeyanos al invitarte a que sigieras tu camino y los dejaras. Aquí, en las Villas pensamos lo mismo. Y créemelo: aquí puede irte mal. Los que podrían secundarte no son los hombres de tu tiempo. Estos te combatirán.

Además el país ve claro y no juzga por las apariencias: juzga por los hechos. Y luego establece comparaciones y se fija mucho en los contrastes que a diario se suceden.



¿Qué hicisteis tú y tu partida el otro día en Alta Gracia, cerca de Puerto Príncipe? Quemar el poblado, arruinar a sus habitantes, dejarles sin albergue y sin recursos.

¿Y qué hizo entonces el General Martínez Campos? Recoger a esos vecinos arruinados por ustedes, llevarlos a la población y darles veinticinco pesos a cada uno.

¡Qué contraste! ¿Verdad?

Pues desengáñate. Con semejante conducta nadie que en algo se tenga te seguirá.

Debes volver al extranjero, o a tu tierra o a donde te parezca. Si así lo haces, te anticipa el deseo de un feliz viaje tu antiguo camarada.

Tranquilino Paz



CARTAS A NICOLAS RAMIREZ

I

Monte Cristi, Septiembre 30 de 1895 ⁽¹⁰⁷⁾

Amigo Nicolás:

Antier sábado recibí su telegrama de Puerto Plata: *Pasa a Santiago*. No contesté esperando determinar ayer domingo, y muy temprano me vino por Laguna Salada su esquelita.

A pesar de que me es imposible ir, por motivos privados (que se quedarían atrás) creo que más tiempo perderíamos yendo yo a Santiago que escribiéndome o viniendo Ud., si tan delicado es lo que vamos a tratar. Los cobros que hacemos aquí mensualmente me tienen ocupado.

Preguntaré al Tesorero Local Sr. José Alvarez qué cantidad hay en depósito, y Ud. dígame donde giramos lo que haya.

Le he escrito a Santo Domingo y le mandé el machete por la casa de Jaime.

Su seguro servidor y compañero de viaje,

Francisco Gómez Toro

(107) Del original, en poder de don Máximo Ramírez Pavón, La Habana.



II

Monte Cristi, Enero de 1896

Sr. Nicolás Ramírez
Capital.

Muy amigo Ramírez:

No sabe Ud. con cuanto placer leí su carta del 3 del corriente, donde me saca de tanta ansiedad en que me encontraba por la falta de comunicación entre nosotros. También me causó gran pesar la noticia de la muerte de Juancito por la que enviamos de casa nuestra sincera condolencia.

La confianza que papá y el Marqués depositan en Ud. está bien merecida, y por eso no me extraña de ello. Seguro estoy que cuando ellos lo hacen saben bien quien es Ud.

Acabo de llegar de Islas Turcas de negocios sobre las goletas que estuvieron a punto de perderse en estos días con una terrible tempestad habida en el mar de las Bahamas. Desde que César salió de aquí no he cesado un momento de trabajar, y duro; pero he estado muy fatal y por eso no estoy allá: no ha sido culpa mía: estoy desesperado.

He tomado buena nota de todo lo prescripto en su carta y lo cumpliré.

Mañana se espera el New York y yo su carta, pues sé que no vienen Ud. y C. porque no he recibido el telegrama.

Con Rojas no hay que contar: piensa ir a la colocación, busquen otro empleado.

Aquí hay poco o ningún dinero; los cubanos de aquí son tan pobres de bolsillo y de espíritu que no se puede contar con ninguna clase de contingente en Monte Cristi.

De casa le saludan. Yo mando a la suya mi cariño, y un abrazo a Ud. suyo,

Francisco Gómez Toro



III

New York, Agosto 7 de 1896

Sr. Don Nicolás Ramírez.

Nicolás querido:

No he tenido aún tiempo de hablar con Don Tomás de modo que no sé cuando saldremos.

César tuvo la fatalidad de que lo dejara el vapor en Sánchez por un descuido, no le diga a nadie este fracaso. El vendrá por el vapor Zambrana.

Le he recordado mucho en New York. Enrique Céspedes ha llegado de Cuba a curarse de una herida en una pierna.

Aquí he sabido el gran regaño que papá le dió a Collazo; después de un buen recibimiento lo llamó en público y le dijo que él no era más que un majá; que debía haber estado en su puesto hacía mucho tiempo; que nadie tiene derecho a cohibir el cumplimiento del deber de un hombre so pretexto de disciplina, finalmente le ordenó que se fuera enseguida y que no se le presentara más; que tenía intenciones de juzgarlo por un consejo de guerra. Ahora suponga lo que nos espera a nosotros.

Muchos recuerdos a su familia, suyo siempre,

Francisco Gómez Toro

IV

CUARTEL GENERAL
DEL
EJERCITO LIBERTADOR

“San Faustino” (Camagüey) Dic. 14 de 1896

Sr. Don Nicolás Ramírez,
Mojarra, Santo Domingo.



Querido Ramírez:

Van con estas tres cartas que le he escrito. Estoy seguro que recibió la primera escrita en la misma población de Santiago de Cuba. Terminadas las operaciones en esta región camagüeyana, vamos ya camino de las Villas; dentro de cuatro o cinco días habremos pasado la trocha del Júcaro que los nuestros pasan cuando les place. En Oriente y Camagüey están los españoles negados a pelear; lo de Guáimaro y Cascorro ya habrá Ud. leído la correspondencia que escribí para "El Listín"; fué una JUIDERA soberana. Después de esto nos hemos puesto en las orillas de Puerto Príncipe y no han salido; se ha encargado al general Vega del departamento y éste ha puesto sus avanzadas en las mismas puertas de la ciudad y ni por esa. Ellos dizque están muy guapetones en Matanzas, La Habana y Pinar del Río, pero allá vamos nosotros y con nuestro gallo viejo para que les meta el segundo tomo de Coliseo y Saratoga. El otro día estuvimos en el campamento de duelo con motivo de la muerte del General Serafín Sánchez; murió al retirarse ordenadamente con su gente.

De Pancho y César nada hemos sabido en estos últimos días, como es una distancia tan larga, la correspondencia es muy dilatada. ¡Quién le hubiera dicho que yo llegaría primero que ellos a donde el General!

Sus recomendaciones las he cumplido una por una. El General con quien he hablado largamente sobre Ud. está satisfecho y muy mucho de las gestiones llevadas a cabo por Ud. en pro de la Revolución; además de eso lo he enterado de muchísimas cosas de las que Ud. sabe estaba yo al corriente.

Esto está de modo que por la manera como vine al monte no pude traer nada de lo que necesitaba; dieron orden de que me habilitaran y a los doce días tenía caballo, montura, alforjas, capa, hamaca, polainas, ropa, etc. todo bueno.

Ultimamente hemos organizado una Academia Militar a la que concurrimos todos los ayudantes. La opinión



general es que en esta campaña de invierno se decidirá el triunfo en favor de las armas libertadoras.

A Rafaelita, a la buena Rafaelita, miles recuerdos, a los muchachos con especialidad a Luisa y Maxito mis cariños.

A García y familia, saludos junto con los de Porfirio Vega que me recomienda se los encamine.

Lorenzo Despradel

V

JEFATURA
DEL
EJERCITO LIBERTADOR

La Jíbara, Abril 14 de 1897

Sr. Don Nicolás Ramírez,
Mojarra, Rep. Dominicana.

Mi querido amigo:

Ayer recibí una carta de Mercedes mi mujer que tiene el mes que viene un año de escrita.

La lectura de esta carta es la que origina estas líneas, se queja ella, y con razón de las injusticias que después de yo ausente se han cometido, abusando así de su debilidad.

Como es Ud. una persona seria y honrada, a quien respeto por sus méritos, a Ud. recorro para suplicarle sea el intermediario de sus asuntos arreglándole varios que tiene pendientes y que ella, mujer al fin, no ha podido o no se ha atrevido ventilar.

Cuando yo salí de ésa todo lo que yo tenía se lo dejé a ella por lo que todo lo que era mío le pertenece sacando un machete y un caballo que regalé a dos hermanos míos. Amigos ni familiares, nadie al fin, tiene derecho a despojarla de lo mío que sólo a ella le pertenece. Haga pues



uso de esta carta, y haga que las casas y todo se le entreguen como es debido. Si Ud. lo estima conveniente lea esta carta entre mi familia a fin de que ellos sepan lo que cabe en este caso. De lo poco que me haya olvidado, Mercedes lo enterará y así podrá Ud. de manera más fácil iniciar las gestiones.

Dándole las gracias anticipadas saluda a Ud. y a su familia desde Cuba Libre,

Marcos Rosario Mendoza

PD.—Una yunta de bueyes que dejé a Juanico Q. P. D. indague en donde está, y haga entrega de ella a Mercedes para que ella haga lo que le parezca.

Nicolás :

Es necesario que se atienda como es debido a la familia de este hombre. Ocúpense de esto Ud. y Hatton. Por nuestro honor y por el de Cuba no debemos permitir que se mueran de hambre los hijos de los que aquí pelean.

Máximo Gómez



DE MAXIMO GOMEZ A SOTERO FIGUEROA

Calabazar, 8 de mayo de 1901

Sr. Sotero Figueroa:

Amigo: Me permito escribirle dos palabras, con la idea de ayudarlo en su ímprobo trabajo de defender el decoro nacional de este pueblo, según lo entiendo yo.

Nunca, ni cuando combatimos a Weyler con sus DOS-CIENTOS MIL SOLDADOS, corrió mayores peligros la patria cubana como en estos momentos. Tenemos al extranjero metido en casa, y es cuerdo pensar que sin que él lo solicite, han de sumársele las fuerzas todas que un día estuvieron frente a frente de la Revolución. De ahí el valor del Congreso americano para implantar la Enmienda Platt, y el atrevimiento de tratarse, sin respeto, a la Revolución, de la anexión de la Isla de Cuba a la República americana. Y no es que yo censure la conducta política de nuestros enemigos de ayer, no; ellos cumplen su programa, y con tanta mayor razón cuanto que se les ha permitido organizarse en el seno mismo del nuevo régimen, por la razón histórica que les favorece. Pero hay más: astutos han sabido conquistar hoy a hombres de la Revolución cuya sentencia de muerte hubieran firmado ayer con placer.

Creo que no deben existir en Cuba nada más que dos partidos, pues en política todo lo que no tenga razón de ser es efímero. Esos partidos deben ser el Separatista y el Conservador, o llámeseles con otros nombres, si se quiere. A lograr ese fin de equilibrio, ¿qué debe hacerse desde



ahora?, pregunto yo. Pues es muy sencillo: sumar fuerzas. ¿De qué modo? Implantando sinceramente una política de atracción, sin nada absolutamente de personalismo, y hasta transigiendo algo, si fuese preciso, en nuestras creencias. Es necesario convertir en hechos estas hermosas palabras que ustedes mismos acaban de decir: "Dejemos a los libelistas o difamadores en mercenaria tarea; miremos con serenidad las regiones de la razón, y persistamos con fe en la conquista de nuestros legítimos derechos. *En el Pueblo está la razón de nuestra existencia, y con el Pueblo y por el Pueblo estaremos, aún cuando agotemos toda la amargura del cáliz.*

Es necesario no olvidar ni por un momento los preceptos que la Revolución anunció al mundo al desenvainar su espada. Ella se propuso conquistar todas las libertades, para implantarlas sobre la tierra, libre también; pero esto mismo no se podrá conseguir, o se conseguirá imperfectamente, a pesar de haber desaparecido España, si los directores de los partidos políticos no saben dejar caer en la mente popular la salvadora idea de la UNION y la CONCORDIA; del buen sentido político que, a mi juicio consiste EN LA OBEDIENCIA A LAS LEYES, QUE ES EL DICTAMEN DE LAS MAYORIAS.

Es preciso aprovechar el tiempo, pues quizás más tarde no haya ocasión de promover una fusión de todas las agrupaciones políticas, en que más por cuestión de forma y un poco de personalismo —que no por desacuerdo en el fondo— se encuentra desgraciadamente dividida la opinión. De esa ofuscación o pueril desavenencia (no olvidarlo nunca), puede sacar muchas ventajas el partido opuesto, el reaccionario, ensanchando sus filas con los descontentos o despechados.

La obra de la Revolución debe ser eterna, y sólo puede serlo aquello que tiene por base la Justicia; por lo que yo deduzco que la mayor habilidad política consiste en inducir a que las mayorías *caigan del lado en que están representadas las ideas que armó el brazo del hijo de esta tierra para hacerla libre.* Así, pues, no es justo, ni decente siquiera, que los cubanos vengan insultándose, como veo



que están haciéndolo en los periódicos. ¿A qué conduce eso, por Dios? Decirle, por ejemplo, a Juan Gualberto Gómez que es negro, y que se presentó en Ibarra, es muy poco serio, aparte de que no debe olvidarse que podemos tener “tejas de vidrio en nuestro tejado”. Se ofende a la Nación haciendo arma de partido de la diatriba, y damos al mundo pobre idea de lo que somos cuando antes se nos admiró tanto por nuestra gloriosa labor.

Indudablemente la República vendrá, pero no con la absoluta independencia con que habíamos soñado; no, no hay para qué discutir eso ya. Pero la *mayor cantidad de independencia* que pueda recabar la República de Cuba con respecto al Gabinete de Washington por causa del tratado de París —circunstancia que por fortuna escuda bastante el honor cubano— cada un día se puede consolidar más por su seriedad, cultura y riqueza. No veo yo en el seno de nuestra República de *mañana* otras fuerzas que oponer a las fuerzas avasalladoras que, como ley fatal, han de ejercer los americanos en América. Sería perder el tiempo lastimosamente ocuparnos ahora en lamentar si se pudo evitar eso o no se pudo evitar. Ninguno primero que yo lo dijo un día, resonando aún el ruido de la guerra, en carta que dirigí al general Arsenio Martínez Campos: “No permita nunca España que Cuba le deba su independencia a la ayuda de otra nación extraña. Queremos tratar con España”. La soberbia española cegó a sus hombres de gobierno, y ahora ella y nosotros recogemos el fruto. Nada más natural que todo sucediese así.

El triste pasado ya lo conocemos, y en el presente abierto tenemos el libro de nuestras tristezas para leerlo. Lo que tenemos que estudiar con profundísima atención, es la manera *de salvar lo mucho que aún nos queda de la Revolución redentora, su Historia y su Bandera.*

De no hacerlo así, llegará un día en que perdido hasta el idioma, nuestros hijos, sin que se les pueda culpar, apenas leerán algún viejo pergamino que les caiga a la mano, en el que se relaten las proezas de las pasadas generaciones, y esas, de seguro les han de inspirar poco interés, sugestionados como han de sentirse por el espíritu *yankee*.



Aún nosotros mismos tenemos que hacer *grandes esfuerzos* —por más que usted oiga en estos momentos las palpitaciones de patriotismos ardientes— *por ser siempre cubanos*.

Y en apoyo de mis ideas, fijese cómo se admira la locomotiva eléctrica; y mañana, cuando se haga el alcantarillado y otras grandes obras de ingeniería, creará nuestro sencillo pueblo que son obras portentosas, nunca vistas.

Y no se pueden censurar esas manifestaciones de asombro de un pueblo que apenas sacudió la dominación odiosa que sobre él pesaba, se ha visto cohibido por una intervención extranjera, sin que haya podido tener ocasión ni tiempo para ejercer sus propias facultades.

De ahí nace —como se nota— que muchos hombres de reconocido talento e instrucción, sean víctimas de la duda de que podamos gobernarnos, y hasta ven un fantasma amenazador en la raza de color, la que ha dado en todos los tiempos las más ostensibles muestras de humildad y mansedumbre, por una parte; de sagacidad e inteligencia, por otra. Sin esos pueriles temores, sin esas desconfianzas de sí propios —que ha sido una desgracia— no hubiera podido nunca nacer la idea autonomista. En Zanjón nos enfermó!

Estas ideas más que confío a usted bajo la más estricta intimidad, para que le ayuden acaso a meditar sobre la situación presente, sólo deseo que las guarde usted, como un recuerdo, entre sus papeles y en su memoria.

Mi resolución es irrevocable, ya lo he dicho a usted: *no quiero meterme más en política*.

Ya yo he hecho cuanto he podido por la ventura de esta tierra, y los días que me quedan es justo los dedique al reposo y al cuidado de los míos.

Suyo amigo affmo.

M. Gómez

(*La Discusión*, Habana 17 junio 1914).



APOSTILLA AL DIARIO DE BOZA (108)

Cuando yo escribí todas estas cosas, al calor de los combates librados por la libertad de este pueblo, incautamente creía yo que conocía al Mundo con toda su nobleza y dolo. Desgraciadamente para mí no fué así. Los hombres en ningún tiempo dejaremos de ser muchachos crecidos. La Ley así física como moral que rige este planeta en que vivimos se cumple con la mayor puntualidad. ¡Cuántos cambios y mudanzas he podido notar durante todo el tiempo que he servido desinteresadamente los intereses de este país! Por fortuna mía, para no llegar al desencanto de la vida como Espronceda o San Martín, he podido sobrevivir encarándome por encima de los escombros de mi accidentada existencia, como el viajero que pasea su vista por las ruinas de un templo derruido. Hombres e ilusiones muertas; amigos que no tuvieron tiempo de serme desleales porque cayeron a mi lado. Mujeres que creía encantadoras; más tarde las contemplé indiferentes y frías sin amor para su propia delicada y bella historia. Por todas partes ruinas y escombros y no descubriendo sino una cosa verdadera: La Muerte.

Aquí mismo en este libro histórico que leo se nota la censura injusta a muchos de mis actos revolucionarios,

(108) El Dr. Bernardo Gómez Toro nos envió copia de esta Apostilla, con su carta del 23 de abril de 1937. Dice: "De mi archivo personal, de todo lo que conservo de mi padre, le remito a Ud. excepcionalmente una copia literaria de un trabajo de él interesantísimo, inédito, y que dejó unido al libro prologado por él y escrito por el que fuera su Jefe de Escolta a quien hubo de llamar el *Cambronne camagüeyano*, General Bernabé Boza. Haga Ud., mi distinguido amigo, el uso que crea conveniente de ese soliloquio importantísimo".



castigadas las formas sin respetar el fondo. Como si las revoluciones no fueran todas ellas arbitrarias. Y cabe preguntar aquí ¿Se hubiera conseguido la victoria final sin la invasión a las comarcas occidentales? ¿Y se hubiera efectuado ese gran movimiento por un General Cubano por más valiente que fuera, predominando en todos ellos el espíritu de localismo?...

Los hombres que en aquellos días de grandes dudas saben muy bien, pues estaban en el Gobierno, cuanto costó mover a Maceo de Oriente, y finalmente el trastorno que nos causó el General B. Masó. Esa es la historia.

La República es un hecho, y como esa es la justa y noble aspiración de este gran pueblo, debemos todos, los que ayudamos a la obra, vivir tranquilos y contentos con la conciencia de haber cumplido el deber.

M. Gómez

Calabazar, (Habana) 1902.



UNA CARTA DE MANANA

Habana, Sept. 26 de 1905 (109)

Señor C. Armando Rodríguez,
Cónsul General de la Rep. Dominicana
en Alemania

Señor y amigo de toda mi consideración:

Agradezco a usted, doblemente, su muy atenta manifestación de pésame en la muerte de mi amado esposo, cuya desaparición eterna nos ha herido con el más cruel de los dolores.

Sea para Ud., nuestro más puro agradecimiento; acepte Ud., que significa en ese gran Pueblo, la Patria del Libertador de Cuba, nuestras más cordiales simpatías y respetos, de los que amamos la Tierra que dió cuna a un Esposo y Padre tan amante.

Sincera amiga de Ud.,

B. Toro Vda. de Gómez

(109) Entre la correspondencia de M. Gómez al Lic. C. Armando Rodríguez se encuentra la siguiente esquela, manuscrita: "Cala-bazar, agosto 1 de 1902. Sr. Armando Rodríguez. Muy estimado amigo: Espero que cumpliendo lo ofrecido ayer, me favorecerá con su, para mí como para ella, valiosa firma de Ud. Atentamente, Bernardo Gómez Toro".



GROSSO MODO

Por ARISTIDES GARCIA GOMEZ

El que da pan a perro ajeno
pierde el pan y pierde el perro...

Juan Gualberto Gómez, el tribuno y periodista de la raza de color en la vecina Cuba; aquel que hizo el desairadísimo e injustificable papel de lanzarse a los campos de la revolución separatista el 24 ó 25 de febrero de 1895 —“en cumplimiento de compromisos contraídos con José Martí y el General Máximo Gómez”— para someterse a las Autoridades españolas antes de los 5 días de alzarse en la manigua, sin haber visto ni un solo enemigo ni haber disparado, por ende, un solo tiro; aquel que cosechó en pago de esa sumisión cobarde y bochornosa nada menos ni nada más que la deportación a Chafarinas, de donde ha salido vivo por milagro o por aquello que *Dios no se sirve sino de los buenos*, como dicen las viejas creyentes cuando muere alguna persona de bellas cualidades; ese mismísimo Gualberto Gómez —repetimos— uno de los factores principales (como se dice ahora) de la *plancha* de la destitución, no conforme con haber puesto lengua atrevida al servicio de la obra de detracción que, en daño de Máximo Gómez el Libertador, la Asamblea Cubana concibió y abortó en el estercolero de viejas e innobles pasiones removidas por Manuel Sanguily, dedica también frases despectivas a nuestro pobre país, el cual no ha cometido otro delito para merecerlas, sino el de simpatizar demasiado con la causa de la independencia de su antilla her-



mana, contribuyendo con sangre y oro de su pueblo a la realización de la obra magna que generosa, hábil y heroicamente dirigió ese anciano ilustre a quien hoy desconsideran, calumnian e insultan —para levantarlo más en las conciencias honradas— los que como hombres, como cubanos, como patriotas y como políticos, no pueden alzar la frente ante el inmaculado en la vergüenza del Zanjón, ante el héroe de *Palo Seco*, de *Coliseo* y de *Las Guásimas*, ante el incansable, prudente y abnegado luchador que en este gobierno de un poder extraño, armipotente, ha asumido la actitud más seria, más grande, más peligrosa, más heroica, más concienzuda, más dignificadora, a pesar de ser hijo del oscuro Santo Domingo, “patria de tiranuelos y esbirros”...

Bien podemos, pues, preguntar: ¿qué hizo de esas iras Juan Gualberto Gómez al lanzarse a la revolución?

¿Por qué la entereza que hoy tiene para el insulto, para el desagradecimiento, para la ingratitud perversa, no la encontró ayer, no la empleó hace poco en favor de la causa santa de su patria, y de la propia de su dignidad y de su honra?...

¿Por qué ahora los insultos a Máximo Gómez, el inmaculado de Cuba?

¿Y por qué la invectiva contra Santo Domingo tan sólo porque es la patria del viejo y glorioso *banilejo*?

Don Gualberto Gómez, lo mismo que Lacret Morlot y otros cubanos de allá y de acá, ¡óiganlo bien!, deben reservar esa iracunda *patriotería* para si el *yanqui* no cumple su palabra, y Gómez, el *grosero*, el *autócrata*, el de “la patria de los tiranuelos y de los esbirros”, vuelve a lanzarse al campo del heroísmo y del sacrificio a conquistar la libertad de una patria *ajena*...

(*El Teléfono*, S. D., 13 mayo 1899).



B A N I

Por EULOGIO HORTA (110)

¡Qué lindo es Baní! ¡Qué monísimo su aspecto! Estas exclamaciones tiene que pronunciarlas forzosamente el viajero que tenga la dicha de visitar esa monada de pobla-

(110) El artículo de Eulogio Horta, el recordado escritor cubano entonces residente en Santo Domingo, se publicó originalmente en el *Listín Diario*. Los fragmentos que ahora se reproducen aparecieron en la revista *Cuba y América*, N. Y., 15 dic. 1897. Baní, una de las más interesantes villas de la República, influyó indudablemente en la formación espiritual de Máximo Gómez. Su eglógico ambiente, urbano y pastoril al mismo tiempo, la pureza de costumbres de sus familias de limpia raíz hispánica, su amor al trabajo y su fervor patriótico en los días de la lucha contra el haitiano, le transmitieron al joven guerrero esas nobles características que distinguieron siempre a los banilejos de su tiempo. Para conocer a Máximo Gómez, pues, debe conocerse el ambiente en que se formó. Acerca de Baní véase la novela de Francisco Gregorio Billini, *Baní o Engracia y Antoñita*, S. D., 1892; la valiosa obra de J. S. Incháustegui, *Reseña histórica de Baní*, Valencia, 1930, las evocaciones de Federico Henríquez y Carvajal, en *Baní, parcela histórica de su vida en la villa y en el valle*, C. T., 1939; y la bella conferencia de Rafael Paino Pichardo, *Arcadia de América*, C. T., 1951. Merece especial mención el artículo de Hostos, *Del Ozama al Jura*, en nuestra obra *Hostos en Santo Domingo*, 1939, Vol. I. Concluye así el Maestro en su pintura del ámbito en que se modeló el carácter del héroe: "Baní es una familia. Lo que tiene de encantador Baní, es que todo él constituye una familia; que todo él obedece al principio de familia, que en él la familia es un principio, un verdadero, un visible, un palpable principio de organización; no la monstruosa, la repugnante agregación contra la cual tiene la conciencia honrada que protestar a cada paso, en los continuos pasos que hay necesidad de dar por en medio de esas agrupaciones de la procacidad y el vicio, contra las cuales es preciso amurallar el hogar de la familia verdadera, encasillándola en su orgullo, cuando no baste encastillarla en el santo principio, sin el cual no hay nada, ni aún vergüenza pública, es la base de la sociedad banileja, y él y solo él, explica el municipalismo de Baní. Ah! llegue pronto la República entera a ser Baní!..."



ción, especie de valle de Andorra, cuya existencia se sucede en la más absoluta tranquilidad y sosiego...

Teniendo en el centro un valle que circundan esbeltas colinas, presenta Baní la gracia de todo lo que es sencillo y ordenado. Discurrid por sus calles rectas y anchas; fijaos en las construcciones y os llamará la atención el ornato, el saneamiento y el exquisito cuidado que ostentan sus edificios parecidos en su aspecto a caprichoso mosaico, donde alternan el azul, el rojo, el ocre, el blanco y el verde en animada proporción. Dejando a un lado la capital, puede considerarse la iglesia de Baní como el segundo templo de la República. A ésta hace *pendant* el cementerio en el que se ejerce constante inspección.

Mi llegada ha sido oportuna; he podido admirar a las mujeres más hermosas de la República Dominicana; hermosura que va más allá de lo que se pregona, porque, en verdad, hay aquí motivos para volverse loco. Da gusto contemplar a la mujer banileja en baile, en tertulia o en paseos. Dondequiera se la verá elegante y con mucho aplomo...

El elogio de estos habitantes está hecho con decir que no se ve andar a ninguna persona andrajosa o mal vestida. La urbanidad pública se tiene en tan alta estima que no hay quien se atreva a contradecirla o menospreciarla.

De mis visitas a los puntos curiosos de Baní, la que más predilección ha revestido es la que he hecho a la casa en que nació el venerable guerrero Máximo Gómez, el hombre indómito que realiza en la infortunada tierra cubana proezas magnas y redentoras. Al penetrar en ella, pensé con orgullo en el esforzado y batallador anciano que ha ganado la admiración del porvenir.

La casa es humilde, como lo han sido casi todas las de los grandes hombres; y de acuerdo con los deseos de aquél, se conserva todo en el estado en que lo dejó Gómez cuando se ausentó del pueblo. Al pie de ella se levanta frondoso tamarindo que compone muy bien ante la casa del Generalísimo. Acaso en sus primeros años, cuando era niño candoroso, discurrió bajo ese árbol el incansable vie-



jo que ha dedicado su fecunda existencia al triunfo de una causa santa, legitimada por la razón y la justicia.

Según disposiciones que ha dado *Don Máximo*, la casa está cedida para una obra útil. ¿Y qué obra más útil que proporcionar enseñanza a la niñez? La casa está ocupada por una escuela, es decir, está consagrada a ese objeto porque ningún destino más noble podía tener la morada de un gran patriota que servir de templo a la Instrucción....

(*Revista Cuba y América*, New York, 15 dic. 1897).



CENTENARIO DE MAXIMO GOMEZ

El 18 de noviembre de 1936 fué celebrado en la República, al igual que en Cuba, el Centenario del natalicio del Libertador. La Academia Dominicana de la Historia le consagró a la efemérides una edición de *Clio* y publicó nuestro opúsculo *Cartas de Máximo Gómez*, y el Ateneo Dominicano celebró un Certamen literario cuyo primer premio le fué discernido al historiador César A. Herrera, cuyo estudio permanece inédito, y recibió una Mención honorífica la señora Abigail Mejía de Fernández. Su trabajo se publicó en opúsculo: *Vida de Máximo Gómez en Santo Domingo*, C. T., 1936. Los periódicos *Listín Diario* y *La Opinión*, del 18 de noviembre, le consagraron sus ediciones de ese día. También se refiere a la gloriosa efemérides el editorial de *La Opinión*, No. 3036, del 6 de noviembre ⁽¹¹¹⁾.

El Gobierno de Cuba le obsequió al Pueblo y al Gobierno dominicanos un busto del Soldado —del que fué portador una Misión especial cubana— emplazado en la intersección de las avenidas Independencia y Máximo Gómez. La Misión, llegada en dos naves de guerra, estuvo formada por el Comandante Enrique Recio, Dr. Ernesto Rosell y Leite Vidal, Dr. Juan Frco. López, Coronel Raimundo Ferrer, Capitán de navío J. Aguila, Alberto Martí-

(111) Cuba le erigió una de las más bellas estatuas ecuestres de la América, para nosotros tan hermosa como la de Garibaldi, en Roma. Véase el opúsculo *Máximo Gómez. Discursos pronunciados en la inauguración de su Monumento en La Habana*, el 18 de noviembre de 1935. Contiene los discursos del Coronel G. Pérez Abreu, Miguel Angel Carbonell, Coronel Cosme de la Torriente y Lic. Roberto Despradel, a la sazón Ministro de la República en Cuba.



nez, Dr. Anselmo Díaz del Villar y Dr. Rafael Gómez Calás, nieto del Héroe. A continuación se insertan los discursos pronunciados en la ocasión ⁽¹¹²⁾.

I

Discurso del Senador Enrique Recio, Presidente de la Misión Especial Cubana

Excelentísimo Señor:

Como Representantes personales del Presidente de la República de Cuba, y como Presidente de la Comisión Especial designada por mi Gobierno tengo la honra de poner en manos de Vuestra Excelencia las credenciales que me invisten con tal carácter para hacer entrega al pueblo y al Gobierno Dominicano, en la persona de Vuestra Excelencia, del busto del General en Jefe del Ejército Libertador, Máximo Gómez Báez, y de la tarja de bronce que ha de ser colocada en el lugar donde abrió sus ojos a la luz el insigne caudillo, ofrecidos ambos por la gratitud del pueblo y del Gobierno Cubanos.

Con tal motivo deseo expresar en mi nombre y en el de mis compañeros de Misión el intenso júbilo que experimentamos al cumplir tan grato encargo. Cuba no puede olvidar a lo largo de su vida republicana, al máximo caudillo de sus libertades; a quien con su valor indomable, sus condiciones de estratega y su clara visión guerrera hizo posible la cristalización de los ideales de independencia que latían en los corazones cubanos.

Así, por la cercanía de las patrias, por el mismo amor a la vida libre y por el abrazo de sus hijos, Quisqueya y Cuba están unidas imperecederamente, desde aquella fecha memorable de Monte Cristy, rubricada, entre otros, con los preclaros nombres de Martí y Máximo Gómez, y

(112) Los discursos recogidos aquí figuran en el opúsculo *El Centenario de Máximo Gómez. Fraternidad dominico-cubana*. C. T., 1936, reproducido íntegramente en este libro. Otras alusiones a Máximo Gómez, del Generalísimo Trujillo Molina, en sus *Discursos, mensajes y proclamas*, Vols. I, págs. 91, 97, 136, 189, 216, 317; Vol. II, 359, 371; Vol. III, 38, 161; Vol. IV, 217; Vol. V, 221.



en la que se dió a conocer al mundo la alianza espiritual de nuestros pueblos.

El mismo sol que alumbra hoy estas fiestas del Centenario del Generalísimo Gómez en Ciudad Trujillo, deja caer sus rayos, en nuestra Capital, sobre la estatua ecuestre que corona el más alto de nuestros monumentos, erigido frente a la entrada del puerto de La Habana como patente prueba de agradecimiento de un pueblo a la memoria de su Libertador.

Al dirigiros estas palabras, me es altamente honroso ser intérprete de los sentimientos de Su Excelencia el Presidente Gómez, y del Gobierno y pueblo cubanos que en estos momentos se hallan tan estrechamente vinculados a los de Vuestra Excelencia, Gobierno y pueblo dominicanos.

Recibid, pues, Excelentísimo Señor, con el saludo de esta Comisión, el abrazo espiritual que conmigo os envían el pueblo de Cuba y su Gobierno, cada día más deseosos de estrechar y fortalecer los lazos de amistad y simpatía tendidos entre las afortunadas patrias de Martí y Máximo Gómez.

II

*Discurso del Excmo. Presidente de la República
Generalísimo Rafael L. Trujillo Molina*

Señor Representante:

Aprecio en toda su trascendental significación el noble gesto del Gobierno cubano al enviarnos, en el centenario del nacimiento del Generalísimo Máximo Gómez, junto con el busto monumental que ostentará en su conjunción con la Avenida Independencia la Avenida que lleva el nombre del insigne conductor del ejército libertador de Cuba, el cálido mensaje de simpatía de que ha sido portadora la Comisión que presidís.

La gran figura histórica que Cuba nos devuelve en mármol y bronce después de transcurrido más de medio



siglo de la fecha en que el pueblo dominicano la ofreció en carne y hueso como un tributo al ideal de una América integralmente libre, representa para las generaciones presentes el símbolo inmortal del invencible arrojo en la guerra y de la abnegación sin límite en la paz. El Generalísimo Máximo Gómez, que es el último Libertador de América, es también el primer ciudadano de un pueblo al cual, después de conducirlo a la victoria en una guerra que duró más de diez años, ofreció el más edificante ejemplo negándose a aceptar la Presidencia, al pensar sin duda, que su condición de extranjero podía ser al frente de los destinos de Cuba libre, un obstáculo para el establecimiento de la paz que él anhelaba ver lucir, como una resplandeciente diadema, sobre la frente de la joven República sacada por su espada victoriosa del profundo abismo de una noche colonial de cuatro siglos.

Concreción personal del hecho histórico que ligando a la República Dominicana con su hermana la República de Cuba por nexos más duraderos y más fuertes que los de geografía y de origen, el Generalísimo Máximo Gómez ha hecho de los dos pueblos antillanos, una perenne unidad para arrostrar en común las vicisitudes de la historia y concurrir unidos al palenque en que se debaten los grandes problemas de la civilización moderna.

La tradición consagra que entre nuestros remotos antecesores los guerreros aborígenes hubo un caudillo que cruzando el mar en frágiles piraguas sin más ideal que su audacia primitiva y sin más armas que sus flechas, fué a llevar a Cuba el fuego sagrado de la libertad: y cuando Carlos Manuel de Céspedes hizo viables los anhelos de independencia del pueblo cubano, lanzando el célebre grito de Yara, dos jóvenes dominicanos, los hermanos Marciano, guiaron los pasos del primer núcleo del ejército libertador de Cuba. Y esos dos jóvenes elevados por su gesto fraternal magnífico al primer plano de la naciente actividad guerrera por la libertad de Cuba, pagaron con sus vidas tal acción, y sus huesos son hoy, en tierra cubana, un testimonio y un recuerdo que abonan al fraternal solidaridad de los dos pueblos; pero Máximo Gómez es al fin



la voluntad que sistematiza los esfuerzos de estos precursores y enseñando al pueblo cubano el manejo del arma que había de singularizar más tarde su guerra de independencia, adquiere entre sus conmlitones el perfil del más recio y más firme conductor de tropas de su tiempo y gana para la posteridad el título del más hábil capitán de guerrillas de la historia.

No es solamente por sus triunfos en la guerra que se distingue el Generalísimo Máximo Gómez. El héroe resultaría incompleto y su gloria parecería como la de una de esas figuras secundarias que tanto abundan en la historia de la independencia americana, si sólo las batallas ganadas a trote de caballo y a filo de machete sirvieran de pedestal a su grandeza. Grande por su valor, por su tenacidad y por su arrojo en la guerra, es grande también por sus excepcionales condiciones de político, por su clara visión de estadista y por el corazón leal y puro que lo impulsó a realizar las más nobles acciones en relación con el trascendental destino histórico que le tocó cumplir en la vida.

En la escala de los libertadores de América es Máximo Gómez el único que, después de haber realizado plenamente su obra, pasa a la posteridad sin ver su gloria empequeñecida en la lucha de las pasiones políticas. Y es que de entre ellos, sólo él ha escapado a la fatalidad providencial de gobernar un pueblo después de haberlo libertado. Es por eso sin duda que treinta años después de su muerte su recuerdo nos sirve, como nos sirvió su brazo en la vida, para estrechar las relaciones de los dos pueblos en un empeño de común interpretación que representa en la hora actual, un noble y generoso esfuerzo capaz de contribuir de manera notable, al desarrollo del principio de cooperación internacional entre los pueblos de la cuenca del Caribe, llamados a concurrir solidariamente unidos en el ideal de paz y de justicia internacionales, a resolver los problemas vitales que afectan el desenvolvimiento de más amplias, más cordiales y más firmes relaciones entre los pueblos del Continente Americano.



El Gobierno y el pueblo dominicanos profundamente conmovidos ante la prueba de justa devoción dada por el Gobierno y el pueblo cubanos al caudillo inmortal que simboliza el amor, la lealtad y el heroísmo en los dos pueblos, estiman que en las circunstancias actuales el equilibrio de los sentimientos comunes a dominicanos y cubanos asegura el cumplimiento de un ideal antillano que sólo puede ser viable por sincero y firme acuerdo entre las dos naciones del Archipiélago más estrechamente ligadas por el vínculo de intereses morales que no podrán quebrantar jamás las más fatales contingencias de la historia.

Recibo complacido las credenciales que os acreditan como Representante personal del Presidente de la República de Cuba y como Presidente de la Comisión Especial designada por vuestro Gobierno, para entregar al pueblo y al Gobierno dominicanos, en mi persona, el busto del Generalísimo Máximo Gómez y la tarja que señalará, de hoy en adelante, el lugar donde nació el ilustre dominicano.

Al expresar las gracias a mi ilustre y Grande Amigo Doctor Miguel Mariano Gómez, Presidente de la República de Cuba, hago votos muy sinceros por su ventura personal y por la creciente prosperidad del gran pueblo cubano, a la vez que expreso mis sentimientos de cordial estima por los miembros de esta brillante Comisión que recibo hoy en nombre del Gobierno y del pueblo dominicanos.

III

Discurso del Senador Enrique Recio al hacer entrega del busto de Máximo Gómez

Excelentísimo Señor Presidente de la República,
Señor Vicepresidente, Señores Secretarios de Estado,
Señor Presidente del Consejo Administrativo,
Señores, Hermanos de Santo Domingo:



La humildad de mi vida y de mi historia, se estremece de intenso júbilo, al dirigiros hoy la palabra desde esta evocadora tierra dominicana, en nombre del Gobierno de Cuba, y de la Delegación que me honro en presidir como Senador de la República y Comandante de su Ejército Libertador. Así como, en nombre de esta brillante representación del Ejército y la Armada Cubana y demás valiosos acompañantes, entre los cuales figuran miembros distinguidos del periodismo cubano, y un descendiente del Generalísimo Máximo Gómez. Seguramente se pensó en mí, no en atención a mis modestos méritos personales, que sólo consisten en la constante dedicación por la causa de la libertad y democracia cubana. Se me ha honrado, sin duda, por la admiración profunda que siento desde mi adolescencia, por Santo Domingo, tierra tradicionalmente unida a la mía. Sé que siempre el martirio de Cuba encontró eco fraternal en el corazón de este pueblo. En nuestra grande guerra, década sangrienta y heroica, recibimos la inapreciable contribución de sangre y de mando de esta Patria Quisqueyana, que aprendimos a querer desde entonces como Patria común. En la memoria de todo hijo agradecido de Cuba, no puede borrarse el nombre de los Marcano, de Modesto Díaz, de Donato Mármol y de una pléyade de insignes dominicanos, coronándola la egregia figura del Generalísimo Máximo Gómez, que desde entonces fué expresión suprema del valor y de la pericia militar, verdadero maestro en el arte de la guerra americana; no puede borrarse, no, ni desaparecer de la memoria ni de la historia del pueblo de Cuba. Me enorgullece expresar la gratitud nacional de mi país, gratitud que llevo grabada en el alma y que recojo a manera de ecos de nuestras batallas, para esparcirla bajo este cielo que es también el mío, el de mi Cuba y que fué el que cobijó a Martí y a Máximo Gómez en su deslumbrante y memorable aparición en los campos de Cuba libre. En Máximo Gómez se cumplió el designio providencial que de esta tierra surgieran el brazo, el músculo, la voluntad, el arrojo, que rompieran definitivamente las seculares cadenas



que aún ataban a la vieja metrópoli, ese hermoso jirón de la tierra americana.

Al cumplirse el primer centenario de tan fausto y augusto acontecimiento, ¡qué emotiva y honda satisfacción, para todo pecho cubano que fuera este solar el que nos diera ese maestro, ante quien Cuba rinde hoy sus banderas en la paz, a quien las conquistó en la guerra. Porque si grande fué en la guerra, más grande fué en la paz; por su desinterés y sacrificio, como si él en la fundación de la República, siguiese oyendo el eco de Martí, cuando el apóstol cubano arrancaba de su corazón, las bases de una República cordial con todos y para todos. Yo sentiría un placer enorme en desbordar todo el entusiasmo que embarga mi pecho, sacude mi espíritu y bulle en mi mente; pero debo limitar mis palabras y la expresión de mis palpitantes sentimientos a la solemnidad de este acto y a la representación que ostento. Por eso quiero controlar mi pasión desenfadada en aras de mi fantástica devoción al caudillo y su gloriosa patria, para insistir en la verdadera significación del acto, extraordinariamente trascendental que hoy celebran ambos pueblos y sus gobiernos, desde el extremo oriental de esta isla hasta el extremo más occidental de Cuba, como si no hubiera solución de continuidad, ni mares ni montañas, como si un solo cendal de luz, de amor y de gloria las uniera en un solo, espléndido y eterno resplandor. Quiero olvidar por un instante, aunque no puedo, que soy un soldado de Máximo Gómez. Mi patria celebra hoy este natalicio, con el mismo fervor, con la misma devoción y con la misma impresionante intensidad con que lo celebráis vosotros.

Allá, un pueblo reverente se inclina ante el majestuoso recuerdo de tan excelso caudillo. Allá, un joven, ungido por el sufragio popular, elevado a la más alta magistratura de la Nación, gobierna austero, recta y noblemente inspirado, honrando nuestra gloriosa estirpe antillana, allí él preside los solemnes tributos que en este día, rinde el pueblo cubano a Máximo Gómez. Allá, otro joven bizarro, arrogante y austero también, firme sostén de la República de Cuba y de sus instituciones, baluarte en la paz,



el orden y el progreso, contribuye con toda su autoridad, con todos sus prestigios, con todas sus glorias, al homenaje sentido que se ofrenda a la memoria inmarcesible del inmortal Libertador de Cuba. He aludido, con emoción devota al Dr. Miguel Mariano Gómez, Presidente de la República Cubana, y al Coronel Fulgencio Batista, Jefe del brillante Ejército Constitucional de Cuba.

Aquí, en la tierra de Máximo Gómez, tierra donde el cubano perseguido y maltrecho, encontró siempre refugio sentimental a sus angustias, consuelo a sus penas, protección fraternal y piadosa a sus desdichas, calor de Patria en su destierro, nuevos alientos y nueva fe para sus románticos ensueños de libertad y de justicia. Aquí, tierra donde Martí, nuestro gran Martí, recibiera la divina inspiración de aquel documento inmortal, que conocemos con el nombre de Manifiesto de Monte Cristi; aquí, donde Martí y Gómez trazaron el plan de la revolución triunfante del 95, que fué la chispa que prendió el incendio magnífico de la redención cubana. Aquí, en Santo Domingo, esos evocadores tributos que se rinden hoy al hijo de Baní, los preside, desde su pedestal de gloria conquistada a fuerza de tesón, de sacrificio, de honor, base conquistada en el corazón mismo de este pueblo heroico, a golpes de amor, virtudes y beneficios, otro hombre joven, magnífico, arrogante, intrépido, el Generalísimo Doctor Rafael Leonidas Trujillo Molina, cuyo nombre es hoy blasón y orgullo de su patria, y modelo de gobernante moderno en toda la faz del continente americano. Aquí, los bizarros soldados y marinos de mi Patria, desfilan en este día sobre este suelo bendito de esta hermosa y progresista Ciudad Trujillo, alternando en fraternal emulación y en franca camaradería, con los también bizarros, apuestos y gentiles soldados del Ejército Nacional Dominicano.

Este espectáculo que nosotros deslumbrados contemplamos hoy, dominicanos y cubanos, quisiera yo, dejando volar el pensamiento en alas de mi vehemente fantasía, que lo contemplaran no sólo mis hermanos todos de Cuba, sino que, por una abstracción espiritual, pudieran asimismo contemplarlo, desde las regiones serenas y augustas



de su inmortalidad, Gómez y Martí, derramando sobre ambos pueblos, sus bendiciones de paz, de amor y de progreso, santificando esta cordialidad fraternal que ellos soñaron.

Esta piedra que reproduce la efigie austera y venerable del Generalísimo de nuestras guerras de Independencia, es una modesta ofrenda del pueblo y Gobierno de Cuba, a la cuna privilegiada del excelso caudillo en homenaje al héroe y a su patria nativa, devolviéndole en mármol lo que Cuba recibiera en carne viva y palpitante. Nos reservamos sus restos amados, para venerarlos eternamente, venerando en ellos a este noble pueblo dominicano. Os dejamos este busto de Máximo Gómez que generosamente habéis aceptado y emplazado a la entrada de esta naciente Avenida a la cual habéis dado su nombre glorioso, para que sea un motivo más que lleve vuestra mirada y vuestro pensamiento a Cuba, con el mismo amor y la misma simpatía, en las palpitaciones que saltaron siempre del inmenso corazón de este noble pueblo dominicano.

IV

*Discurso del licenciado Víctor Garrido
Secretario de Estado de Educación Pública
y Bellas Artes de la República Dominicana*

Honorable Señor Presidente de la República;
Señores Comisionados del Gobierno Cubano;
Señoras, señores:

Su Excelencia el Generalísimo Rafael Leonidas Trujillo Molina, Presidente de la República y Benefactor de la Patria, me ha conferido el encargo, tan grato como honorador, de ser el portavoz del Gobierno en este acto cívico de confraternidad dominico-cubana destinado a glorificar la memoria del vencedor de Palo Seco y Mal Tiempo en el centenario de su natalicio. Esa benévola disposición del Honorable Jefe del Estado justifica la inmerecida intervención del más modesto de sus colaboradores en



este gallardo torneo del canto en alabanza del glorioso soldado de Baní.

La noble iniciativa del Dr. Miguel Mariano Gómez, Presidente de la hermana y vecina República de Cuba, plasmada en Ley del Congreso de su País, tendente a donar a la República Dominicana el Busto del Generalísimo Máximo Gómez como prenda sagrada de amor del pueblo cubano a la Patria de nacimiento de su Libertador, congrega hoy a dominicanos y cubanos, sobre el viejo solar de la Primada de América, movidos por un alto sentimiento de solidaridad y de justicia, para exteriorizar su culto por la grandeza epónima del Héroe de Las Guásimas y anudar aún más, si es que hay espacio todavía para apretar lo que la gloria y la muerte anudaron en los campos de Cuba Libre, los vínculos de amistad y afecto existentes entre la patria de Duarte y la patria de Martí, tan ostensibles siempre en la hora trágica del dolor, que es la de la prueba sublime del cariño, que no hay escenario de la manigua cubana que no haya recogido los huesos de algún paladín dominicano caído bajo el fulgor de la Estrella Solitaria. Tan señalada muestra de amistad, que obliga la gratitud nacional, ha colmado de satisfacción al Gobierno y al pueblo dominicanos que reciben complacidos a los prominentes Representantes del Gobierno Cubano, embajadores de buena voluntad, a quienes se ha dignado encomendar la histórica misión de cumplir sus designios glorificadores con la realización de este acto con el cual se honra, honrando a Cuba y a Santo Domingo.

Una limpia mañana de Abril, perdida ya en las brumas del pasado, entre el estruendo ensordecedor de las muchedumbres alborozadas, la antigua ciudad de Santo Domingo, cuna de la civilización del Nuevo Mundo y sepulcro de Cristóbal Colón, abrió los brazos viriles, vibrante de patriótico entusiasmo, para estrechar en su seno al Generalísimo Máximo Gómez que acababa de fundar la patria cubana con el filo de su machete. Hoy, bajo un diáfano cielo de otoño, entre el clamor de las músicas marciales, las banderas se agitan como alas en fiesta y las almas montan guardia de honor para reverenciar la figura



del Héroe esculpida en el mármol simbólico. A este apoteósico homenaje, sin embargo, lo avalora calidad más excelsa. No es solamente el pueblo de la Ciudad Trujillo quien desfila, pasmado de admiración respetuosa, por ante el busto señero del formidable campeón de La Sacra y Coliseo; sino que erguido frente a él, para saludar al caudillo inmortal forjador de la independencia de Cuba, levanta su espada que ha servido para garantizar con su prestigio la inviolabilidad de la ley y magnificar con sus victorias la majestad de la República, el Generalísimo Presidente Trujillo, fundador de la nueva patria dominicana. Es el saludo silencioso, cargado de promesas, de un grande hombre del presente a un grande hombre del pasado al amor de la bandera que sombreó sus cunas; el saludo admirativo de un prócer cuya cabeza ciñen los laureles conquistados con las armas de la paz, en la hora más crítica de la vida de su pueblo, al prócer, cruzado de la Libertad, que recogió la armadura de Bolívar para pasearla en triunfo bajo el sol de Cuba. Al confundir sus patrióticos regocijos dominicanos y cubanos, entre la paz luminosa de esta tarde memorable, reverdecen aquellos sentimientos generosos que cruzaron el Estrecho en la frágil piragua de Hatuey en la lejana noche de la conquista para florecer, como rojas flores del martirio, sobre las tumbas insignes de los Marcanos, los Abreu y los Delgados; que otro día saltaron sobre el mar, desde Monte Cristi hasta Playitas, para internarse por las escarpadas sierras de Baracoa hasta Guantánamo y dar su abundante cosecha de abnegación y sacrificio en la tragedia de una guerra cuya trayectoria trazan los cascos de fuego del corcel infatigable del Libertador Máximo Gómez.

El General Máximo Gómez no pertenece a la historia de la República, aunque en sus años mozos blandió su sable en Santomé, porque el teatro de sus hazañas fué la irredenta Antilla hermana; pero se nombrea en la historia por su genio militar con los grandes capitanes del mundo y eso basta para que la claridad de su gloria envuelva en imperecedero renombre a la tierra en que nació y rompió sus primeras lanzas contra los opresores de la libertad de



los pueblos. El General Máximo Gómez fué un héroe de la acción que es el más bello modo de ser héroe. Ginete invencible en su caballo, en la mano crispada el machete olímpico, sus cargas de caballería tienen la violencia de la tempestad y la sublimidad del heroísmo. Bajo su ímpetu incontrastable los cuadros enemigos caían segados como espigas. Su habilidad para conducir hombres en las batallas, evidenciada por la destreza con que llevó a efecto las invasiones de los territorios copados por el enemigo con fuerzas superiores en número y equipo de guerra a las comandandas por él, lo consagran como un estratega par de los más célebres de todos los tiempos. Era prudente, audaz y valeroso, tres condiciones esenciales para el guerrero que asume el mando superior. Su prudencia se pone de manifiesto en su táctica de no comprometer la acción sino para obtener ventajas sobre el adversario; su audacia, en la impetuosidad con que arriesgaba la acción una vez decidida; y su valor, en el arrojo lleno de arrogancia con que encabezaba la acometida de sus tropas con exposición de la vida. Su firmeza de carácter resplandece en su devoción por la causa de la independencia de Cuba durante más de treinta años en que arrostró, con espartana entereza, las penalidades de la guerra de los diez años, y las privaciones de la miseria en el destierro, con la serena austeridad de Arístides, sin que desmayara su fe en el ideal ni se abatieran sus convicciones de patriota, no obstante las tentaciones del oro corruptor, la ingratitud de los hombres y las veleidades de los acontecimientos. Su indiscutible superioridad para el mando supremo la consagran la subordinación del titán de Peralejos y La Candelaria y de tantos otros héroes que confiaron la suerte de la Patria a la clarividencia genial de un caudillo que no era cubano sino por su amor a la libertad de Cuba.

Máximo Gómez como adalid de los combates deslumbra con su aureola resplandeciente recamada de victorias inmortales; pero con su civismo ejemplar como ciudadano de una patria nacida de su genio y de su espada subyuga a las conciencias honestas apacentadas en los eternos principios de la moral y del derecho. Máximo Gómez en la ho-



ra de la paz es tan extraordinario como en la hora decisiva de la función armada. Su desprendimiento no tiene más igual que su patriotismo. El hombre que por el esfuerzo de su brazo había conquistado el derecho de aspirar a todo, con la singular actitud de un Cincinato renuncia a la comodidad dorada del Poder y a la soberbia autoridad del mando supremo y sólo anhela sepultar su gloriosa ancianidad en un rincón tranquilo de la geórgica tierra de sus mayores. Cuando todavía no se había desvanecido en el ambiente el humo de los campamentos mambises, ya el Libertador hacía oír desde Yaguajay su voz profética aconsejando como Néstor a su pueblo, “Elegid para directores de vuestros destinos a los hombres de grandes virtudes probadas sin preguntarles en donde estaban y qué hacían mientras Cuba se ensangrentaba por su independencia”. No elijáis para administradores de vuestros intereses personas que alfombren sus casas y sean arrasadas por carrozas antes que las espigas maduren con abundancia en los campos de la Patria que habéis regado con vuestra sangre para hacerla libre”. No tengáis ministros con mujeres que vistan de seda, mientras las del campesino y sus hijos no sepan leer y escribir”. Es necesario llevar el alma pura de rencores al acercarnos a las tumbas gloriosas de nuestros compañeros, concediendo el perdón a todo el que lo solicite para que la obra quede completa”. “Cuando me vea tranquilo en un rincón de mi Patria, pediré siempre para Cuba la bendición del cielo”, “Cuba, en la paz, sólo necesita de sus próceres civiles en el Gobierno”. Pocos grandes hombres en la historia de la humanidad tienen la estatura moral y cívica del Libertador dominico cubano cuyo recuerdo evocamos hoy para perpetuar su nombre en una de las avenidas que más contribuirán al desenvolvimiento y al ornato de la blasonada Ciudad Trujillo y con el fausto motivo de la erección del Busto en mármol con que la munífica amistad y el levantado espíritu justiciero del Gobierno de la fraterna República de Cuba consagran un amoroso homenaje a la memoria del creador de su independencia sobre el so-



lar de la Patria en que los dioses acuñaron, entre relámpagos y truenos, al émulo de Bolívar y de Páez.

Grande por su genio militar; grande por su civismo; grande por sus virtudes que lo hacen digno de un perfil de Plutarco, el Libertador de Cuba se empina en el pedestal de los grandes hombres para tocar con sus manos el cielo de la inmortalidad.

Que el espíritu del Héroe, como llama encendida en la noche del camino, oriente la penosa jornada de nuestros pueblos en su marcha ascendente hacia la cumbre y los identifique cada día más en un ideal común de grandeza y de gloria para que “hagamos sobre la mar, a sangre y a cariño, como dijo Martí, lo que por el fondo de la mar hace la cordillera de fuego andino”.



**CARTAS A F. GREGORIO E HIPOLITO BILLINI
1885-1898**

Kingston, agosto 15, 1885 (118)

**General Francisco G. Billini,
Santo Domingo.**

Mi querido y buen primo:

Casi juntas han venido a mis manos (porque una fué a New Orleans) las dos tuyas de 8 de julio y 6 de agosto, que he leído con sumo placer, como que estaba ansioso de tener carta tuya.

Imagínate cuanto habré hablado con Wilson, y cuanto puedo decirte es que empiezo a sentirme algo agradecido o cosa así, por lo que te has interesado en mi negocio, y digo esto, porque los favores, para que lo sean, deben ser completos, y tú no has acabado aún de servirme. Mucho tienes que hacer, tanto porque debes como porque puedes.

Siempre he creído que es un mentecato el que se suicida, pero si me dejas las cargas en el suelo, puede que caiga sobre ti la responsabilidad de ese crimen, digo por tu indiferencia.

(113) Ya impresas las páginas que anteceden, el generoso amigo don Hipólito Billini Paulino, hijo del repúblico don Francisco Gregorio Billini, nos ha facilitado estas interesantes cartas, inéditas. En la primera el General Gómez alude a las armas, "las prendas" de Cuba, que había depositado en manos dominicanas. Junto a estas cartas figuran tres documentos: una carta del Dr. Lucas Alvarez Cerice, del 14 de agosto de 1897, al General Gómez, acerca de las heridas recibidas por su Ayudante dominicano Teniente Francisco Aristi; una circular, firmada por el General, del 6 de abril de 1896; y una proclama del mismo, del 8 de noviembre de 1897, impresa.



De nuevo le escribo a Seraffín dándole nuevas órdenes para ver si se logra lo más pronto y lo mejor que se pueda el rescate de las prendas. Al mismo le indico que se comuniqué contigo para que tú le ayudes en cuanto puedas a quitar ese obstáculo de su camino.

Referente a la otra negociación de Hipólito ⁽¹¹⁴⁾, es decir del vapor, le escribo a él manifestándole los inconvenientes con que de momento tropiezo para poder realizar inmediatamente la compra; pero que una vez que yo haya echado por tierra la puerta que encierra los tesoros que con el hecho de poner yo la planta en Cuba sucederá eso, y entonces garantizo hacer poder llegar a manos de él, no digo para un vapor, para dos.

Como tú comprenderás toda empresa es dura e ingrata al principio, pero después ella misma paga con usura cuantos sacrificios por ella se hayan hecho. Si salimos con buena suerte de los primeros pasos, los hechos te convencerán.

Cuba y Santo Domingo no hay más remedio que tienen que ser cosa grande.

Saluda cariñosamente a tu mujer y besa a tus hijitos, la mía y los míos, Regina, María, yo y todos te abrazamos y te queremos.

M. Gómez

*

Kingston, agosto 15 de 1885.

Sr. Hipólito Billini,
Sto. Domingo.

Mi querido Hipólito:

De 2 de julio y 6 de agosto tengo en mi poder dos cartas tuyas, que he leído sudando alquitrán, después de largas conversaciones con Wilson, y por él sé ya que aún no has podido desatascar la yegüita.

Mas, no se van mis esperanzas porque te conozco que eres hombre de mucho juego y sé que me has de ayudar a

(114) Don Hipólito Billini.



salir airoso. Escribo a Serafín sobre un plan que él te comunicará, para que le metas tu palanca.

No podemos pensar de momento en vapor, no tengo plata para eso, porque un elefante no solo hay que tener en cuenta lo que él vale, solo también lo que cuesta mantenerlo. Eso se hará y tal vez otra cosa más grande, pero es preciso primero echar abajo la puerta que guarda el tesoro.

Yo te garantizo que desde el momento en que junto con Sánchez y Carrillo pongamos la planta allá, 30 días después te sorprende a ti o a Gollito con un jiro a favor, se entiende, de 25 a 30 mil pesos. Hay gente asegurada que me ha hecho ofertas más serias que ésta, pero es cuando me vean a mí en el campo, y precisamente dos o tres de ellos irán a fijar su residencia a esa capital.

Como tú comprenderás este es un albur, pero casi todos los asuntos de la vida no son otra cosa, unos, es verdad, con más probabilidad de éxito que otros.

Espero, pues, que no me desampares y que me ayudes hasta el último momento. Saluda a tu mujer y besa a tus chicos.

Tu primo que te quiere,

M. Gómez .:

*

Puerto Plata, 8 noviembre 1885

Grál G. Billini.

Mi querido primo:

Tu tarjeta me ha dado fe de tu vida; te creía muerto. Por eso no te escribí con mis comisionados.

Ya sé yo que estás desconsiderado para tu tranquilidad y mi desgracia, pues, ¿qué pudieras hacer tú por mí en las actuales circunstancias? Creo que muy poco o nada.

De Luperón tampoco me prometo nada, porque como influyente, si no me engaña mi criterio político respecto de los hombres de este país y que figuran en tal concepto, creo que Luperón está gastado, y por más que esté animado de los mejores deseos nada podrá hacer por mí y de la



causa que defiendo; tampoco me puede dar la mano, pues ha confesado que tiene serios compromisos en el comercio. Ya tú ves que sea eso o no cierto es suficiente motivo para que un hombre práctico como yo, no conciba ningunas esperanzas.

Yo estoy preparado para saber el resultado de mi comisión pues de ninguna manera puedo retirarme de aquí sin arreglar ese negocio, en el cual como tú comprenderás, está comprometida mi reputación.

Si tú crees, oye bien, que se gane tiempo si yo voy a entenderme personalmente con Lilís, porque el Padre Meriño y Alejandrino (115) no puedan hacer nada, entonces me ponen un expreso diciéndome lo que debo hacer, y mientras tanto González (116) que no venga y que aguarde ahí.

Todo esto espero que lo harás volando. Yo creo que tú no me dejarás solo y que me ayudarás hasta el último momento, pues por la confianza que tú inspiras a todo el mundo, y la nobleza con que la voz pública te bautiza, fué más que me atreví a entrar en tratos contigo cuando tenías la batuta en la mano. No quiero ahora, ni eso hacen los hombres, que junto nos pongamos a *llorar...*, sino a trabajar para que *todos* quedemos limpios de este negocio.

Aquí he tomado informes minuciosos del carácter de Lilís —soy franco— y tiene rasgos muy buenos, creo más, que es más astuto y sabe más que todos Uds. ¿Cómo es que tú y él no se han podido entender bien y junto con otros levantar este país?

No sé, no conozco las entretelas de la política interior, y no puedo formar verdadero juicio ni debo meterme en eso.

Si Hipólito está vivo salúdalo y a su familia. Beso los pies a tu mujer, cariños a tus chiquitos y te quiere tu primo,

Máximo

Ve y saluda a Ignacita. Cómo llegan hasta mí las brisas banilejas!

(115) Alejandro Woss y Gil, Presidente de la República.

(116) Debe referirse a su hijo Panchito González.



Las Villas, Nobvre. 1895

Generales J. D. Pichardo, Gregorio F. Billini
y Dr. F. Henríquez y Carvajal.

Mis queridos compatriotas:

Muchas veces, como ahora, me veo precisado a enlazar en una sola carta a dos o tres de mis amigos y protectores a quienes deseo escribirles, pues no puedo disponer de tiempo suficiente para escribirle, como es mi deseo, a cada uno por separado.

Seguimos adelante en esta contienda en que sin nada de optimismo puedo asegurarles que a España le va mal. No puede disponer de soldados, porque no tiene dinero, y no puede conseguir dinero porque no tiene crédito. Cuba, su mina, cuyo filón ha explotado, pronto será un montón de escombros y cenizas. Qué hará España, pues? El problema es difícil para ella pues no hay más solución que la independencia. Este pueblo armado ya es difícil someterlo sin pan ni trabajo aun cuando no estuviese poseído del espíritu de separatismo, fiara siempre su subsistencia a los azares de la guerra a la que ya hemos conseguido hacérsela comprender como una necesidad, no solamente para salvar el honor y los principios, sino también el *estómago*.

Ya tengo bastante bien organizados y armados cuatro Cuerpos de Ejército, y el estado general de la guerra no puede ser mejor para el corto tiempo que llevamos de campaña, proporcionándonos nosotros mismos los recursos.

Para no repetir extremos en la correspondencia, les acompaño copia de la carta informe que dirijo a nuestro Agente en N. York, por si Uds. quieren publicarla en los periódicos de esa ciudad, pueden hacerlo. Como solamente el crimen trabaja en la sombra, y además yo no soy un chartalán, deseo que todo lo que yo diga (que tengo mucho cuidado sea la verdad pura) se publique sobre todo por la prensa de mi Patria.



Hombres Uds. de luces y de grandezas republicanas, no tengo necesidad de advertirles de los instantes históricos que debe aprovechar Santo Domingo para conquistar honra y provecho tendiendo su mano a Cuba que ensangrentada lucha con su tirano. Por segunda vez le ha arrojado el guante a su despiadada madrastra, y tanta sangre derramada antes, después y ahora mismo no es posible que permita la paz. Son inútiles las falsedades y charlatanismo de la prensa enemiga, la verdad con toda su pureza como un destello divino siempre se manifiesta y se impone por encima de la perversidad de los hombres.

A los amigos todos mi cariño y a Uds. los quiere su queredor compatriota,

M. Gómez

Saludos al Presidente.

*

15 abril 1897

(A última hora)

A Francisco Gregorio Billini.

Recibo anoche más de 40 cartas, pero imagínate con qué retraso, que todas ellas son de 10 y 12 de marzo, algunas de abril de 1896. Casi toda esa correspondencia debió traerla mi hijo Pancho y quién sabe por donde andaba viajando. Yo creo que volvió al extranjero. En ella aparece una carta tuya para mis hermanas y que ellas me mandan para que vea yo cómo tú te quejas de mi silencio.

Participa a Jaime, a Javier, y a Ignacita ⁽¹¹⁷⁾, a mis hermanas, que he recibido sus cartas, pero imposible de contestarles a todos; no tengo tiempo para todos. Dile lo mismo a la Señorita Anido; abraza en mi nombre a *todos* los dominicanos y que les estoy profundamente agradecido por el cariño y simpatías que me demuestran a mí y a los míos. No soy más que un infeliz gusano que se mueve en esta tierra fangosa, esforzándome siempre (pero lo

117) Refiérese a Jaime Vidal, y a Javier Paulino Dihins, esposo de su hija Ignacia. Más adelante alude a la señorita Patria Anido, cubana.



difícil es atinar) en no solamente en no hacer el mal, sino en hacer el bien, porque entiendo que es el único medio por donde se puede conseguir el inefable placer de que nuestra cabeza y nuestro corazón gocen por la noche sobre la almohada.

Tu queredor primo,

M. Gómez .:

*

Noviembre, 1897

A Francisco Gregorio Billini.

Mi primo:

Si encuentras ocasión oportuna dile a Lilís que leí su carta a él de Weyler, la fiera mayorquina, de despedida, y su lacónica contestación. Y que también he leído los insultos y las tristes comparaciones que siempre hace la prensa española de la República Dominicana, sobre todo lo que se complace en decir un tal Kalendas. España que hace muchos años que tiene su tejado de vidrio se atreven los españoles a tirar piedras sobre el tejado ajeno. Que viviésemos nosotros desgobernados no es una mengua, pero que lo esté España eso es sí una vergüenza. Que estemos nosotros pobres, pero no entrampados, no es una tristeza, pero que lo esté España y entrampada después de haber sido dueña de un mundo, eso sí que es una vergüenza y un deshonor. De ahí sus humillaciones y sus caídas en Europa, y ahora sus caídas y sus humillaciones en América. Y para que sea mayor su desamparo, por su necia y pedante arrogancia no inspira ni siquiera compasión. Ni sus hombres como individualidades inspiran respetos y amores. Cánovas asesinado apenas es llorado, ya nadie se acuerda de él y más bien parece un muerto de 50 años ya desaparecido. Dile todo eso a Lilís y que deje libre y entone al *Listín Diario*.

Tu primo,

Máximo .:



Campos de Cuba, febrero 6 de 1898

Señor F. Gregorio Billini.

Mi querido primo:

No tengo ninguna tuya a la vista de fecha reciente a que referirme, pero me complazco enviándote estas líneas que escribo aprovechando la quietud del campamento. Es de noche.

Y te he de hablar de esta guerra, porque en ella estoy y porque continúa con la misma bravura y crueldad (a pesar del nuevo régimen) que principió. Los españoles los mismos siempre, ellos matan y destrozan con la misma fiera saña y nosotros quemamos caña para que no tengan azúcar, para que desaparezca el turrón, causa principal de las cadenas de este Pueblo y el poblado que por viva fuerza cae en nuestro poder, lo reducimos a ceniza y no dejamos piedra sobre piedra. Ellos a que sí, y nosotros a que nó. Ellos, según dicen, invocando su brutal derecho de conquista, y nosotros con nuestro derecho de Libertad necesaria que después que en América hasta los hombres de color del Baoruco y la Mole de San Nicolás, a pesar de la pujante y noble Francia guerrera, se hicieron libres, no van a ser los cubanos ni menos valientes y útiles a la América para no ser libres también. No habrá aquí, no por cierto, Aquimaldos y Llaneras, y sí más bien Ricaurtes y Paezes ⁽¹¹⁸⁾.

Me imagino cómo andarán por nuestra tierra los comentarios y los pareceres por cuanto se refiere a este lío (que de eso te he de hablar también) que ahora se traen los españoles con su autonomía. Por lo que a nosotros toca, en primer término, nos está proporcionando un beneficio de no escasa importancia, pues ello contribuye (el cuajo está seguro) a limpiar nuestras filas de gente parásita que no sabíamos qué hacer con ella, que no pagaban el costo y que desde luego nos hacían mucho daño, pues en las revoluciones lo que no es útil estorba. Hombres corrompidos que no habían quebrado platos suficientes para ahorcarlos, pero

(118) Así en el original, letra del General Gómez.



que solamente al verlos nos causaban asco, como los Guzmanes, los Masó Parra y Ceperos, monstruos de iniquidades, nos está limpiando Sagasta con su autonomía: está haciendo el efecto químico de la clara de huevo, que recuerdo empleaba mi madre para clarificar el almíbar y regalarnos con dulces exquisitos. Y no es esto lo peor (que quizás con tu vista de águila veas desde esos tranquilos lares) que le resulta a los españoles, sino como decimos por allá, “se les ha enredado la cabuya”, pues no obstante de que todo ese gran bien, esa inmensa generosidad que España concede a sus leales con notable perjuicio y menoscabo de su soberanía, continúe ella, España, pagando todos los vidrios rotos, y no alcanzo a comprender cómo es que el pueblo español, la verdad sea dicha, tan honrado como altivo, pase por ese sacrificio y sonrojo. Hasta aquí todos hemos dicho siempre que España es una nación torpe y cruel, remontándonos hasta su Historia de la Inquisición, pero con este paso que ha dado en Cuba, y que nadie sospechó fuese de semejante modo, si podemos decir, sin temor a que se nos tache de injustos y apasionados, que España ha llegado a la locura, pues otra cosa no acusa el procedimiento.

No hace mucho que hablar de Autonomía era pecado de tal gravedad, que se purgaba en el destierro o el patíbulo. Eso lo habían pedido los cubanos suplicando y de rodillas y esa misma España que torpe y altanera negaba tal solicitud y despreciaba a los hombres, la quiere imponer ahora a fuego y sangre porque desengañado el pueblo cubano ya no quiere eso, porque ha aprendido que lo que necesita para su ventura es su independencia. Hace morir, aún, a millares a sus soldados en esta tierra, cementerio de españoles, en defensa de un negocio que no le reporta ninguna utilidad; eso no se le ocurre sino a España. Tantos esfuerzos consumidos, para solamente mantener su bandera en las fortalezas cubanas al pie de sus cañones, qué gloria es esa que tendrá al cabo que renunciar por imposible y costosa y muy poco honorable.

Deberle diez pagas a su ejército tan sufrido y valiente y hacer sacrificios inauditos para que la Península mande



dinero a Cuba y pagar a los cubanos autonomistas, que mal que les pese cubanos son y por ende nos han ayudado a fomentar esta gran guerra a fuerza de decirle al Pueblo que eso era malo y no debía hacerse. Hacer todo eso en Cuba mientras descuida en la Península intereses de mayor cuantía, sacrificando lo más por lo menos, no puede dar otra explicación, al analizar los hechos, sino de que los hombres políticos de España han llegado a tal extremo de desconcierto que no pueden atinar con la solución del problema cubano; y puesto que la concesión de la Autonomía (no la implantación) aún retumbando el eco del rifle cubano, es la confesión palmaria de que es incapaz de vencernos por la fuerza de las armas, eso trae aparejada, como consecuencia fortuita, la intervención americana, cuya nación sabido es que se perjudica con la duración del escándalo, y que es a mi juicio, también, la puerta por donde España puede salir airosa, del embrollo, y consecuente con su prurito de proverbial arrogancia en todas sus cuestiones, sobre todo en América, en donde es histórico y siempre se ha dicho que España ha ganado siempre todas las batallas menos la última y eso me parece que va en camino de sucederle ahora en lo de Cuba.

La continuación de esta guerra, con su mismo carácter weyleriano, con iguales procedimientos feroces, cambiado, España, sin embargo sus móviles y tendencias, dejando vigentes los métodos, es cosa que nadie se puede explicar. Cuando yo veo que se indultan deportados a las Charfarinas y Fernando Poo, al mismo tiempo que acá en la manigua se asesina a otro cubano pacífico; cuando veo que los soldados españoles mueren al filo del machete de nuestros valientes, que mueren, no defendiendo a su Rey, sino al Gobierno de los Galvez y los Montoro, yo me siento condolido de tanta ruina humana, pues me parece en verdad un procedimiento infame y cruel y no me explico como hay todavía en Cuba Generales españoles que se presten a cooperar en esa obra tan inicua.

Antes de la importación de la Autonomía, cuando los españoles defendían a España en Cuba, se podían aceptar todas las intransigencias, todas las violencias, el patíbulo,



la cárcel, el destierro y las confiscaciones y el hambre, para eso vino Weyler, pero se fué éste porque no cabían los dos en Cuba, él y el nuevo régimen, pero han quedado los mismos métodos, con más, amparados por la infamia del cohecho y el soborno. De manera que se trata de someternos asesinando nuestra honra, corrompiéndonos.

Esa es la situación, y esa es España en Cuba en la actualidad, rebajada hasta el último grado su degradación moral. El hecho de dar lugar y permitir que los americanos le manden pan a este Pueblo que España misma ha reducido al hambre, eso creo que no tiene ejemplo en la historia de las naciones. Eso mismo no tendría nada de particular y extraño, si la miseria en que está sumida esta Isla tuviese por causa una natural catástrofe, pero esto es obra de los mismos españoles. Creo que los americanos han dado principio a su intervención real, empezando por la cocina cubana. Estos yankees como son tan prácticos y saben que en casi todas las cuestiones de la vida entra por mucho el estómago, ya ven por donde se le han colado en Cuba a los españoles.

Allá, a la vez que los saludas a todos, comenta todo esto con los amigos.

Tu primo que te quiere,

M. Gómez .:

*

Campos de Cuba, 10 de marzo 1898

Sr. F. G. Billini.

Querido primo:

Hoy recibo una tuya atrasadísima, 24 de enero, y si bien se ve no es ni tanto, pues hay que considerar que la correspondencia para mí desde el extranjero, a través de un bloqueo, tiene que dar muchas vueltas y siempre corre gran riesgo. No puedo ser esta vez tan extenso para hablarte de esta guerra, pues me ha cogido esta ocasión, que quiero aprovechar, tan lleno de trabajo que no tengo tiempo para los míos.



No estás tan lejos para no ver desde allá el fracaso del General Blanco con su autonomía. Esa cebada al rabo del asno muerto no podía parar en otra cosa. Algunos se han ido al nuevo régimen, pero ya por ese mismo traspies se puede imaginar qué clase de hombres serán; los inútiles y los malos que ninguna fuerza restan a la revolución.

Su campaña de invierno ya se va a cerrar y nuestro Ejército está entero y el joven que tenía 13 años cuando principiamos ya hoy entró en los 15 y es un magnífico soldado. En cambio la decadencia de los españoles es manifiesta.

Te adjunto unas líneas que había escrito con motivo de la muerte de Ruiz para si las quieres publicar en tu periódico.

Quisiera seguir tus consejos de “no prodigar mi caballo de batalla”, pero muchas veces no se puede evitar y no queda más remedio que salirle al encuentro a la muerte.

Ya sabía yo que Maxito estaba en esa Capital y tanto a ti como a mis amigos y a los tuyos les recomiendo que cuiden de mi hijo.

Díle a Lilís que no me deje pasar hambre a los hijitos de Marcos Rosario, que son los hijos de un guapo que no se me quita del lado y que el que sabe de guerra entiende lo que es eso.

Acaba de llegar Aristi que se estaba batiendo sin novedad.

Te incluyo una carta para mis hermanas. Devuelvo todo mi cariño a tu mamá, a Lupita, a tu Angelita, a todos.

Tu queredor primo,

M. Gómez .:

*

Cuba Libre, Spbre. 10/98

Señor Francisco G. Billini.

Mi querido primo:

Dos líneas pues no tengo tiempo para más. Figúrate entre cubanos, españoles y americanos, todavía con mi



cargo a cuesta como un fardo viejo y del que no puedo desprenderme, si tendré que hacer.

Te adjunto dos cosas que te recomiendo mucho: una carta para mi mujer que espero harás ir a sus manos por vía rápida y segura, y un impreso que deseo hagas reproducir en todos los periódicos amigos de Cuba.

De La Habana también me han preguntado por tu primo Billini pero no he visto a ese muchacho. Estará allá por Pinar del Río o desaparecido de la escena de los vivos. Saluda a los amigos. Cariños a la familia toda y te quiere tu primo,

M. Gómez .:





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

INDICE DE PERSONAS Y DE LUGARES

A

Abreu, Eugenio: 265.
Abreu Licairac, R.: 194, 200, 265, 266, 369.
Abreu: 417.
Agramonte: 189, 207, 226, 300, 310, 320.
Aguila, J.: 406.
Aguilera, F. V.: 189, 374.
Aguirre, Luis: 266.
Alejandro: 27, 331.
Alemania: 187.
Aleamar, L. E.: 347.
Alfau Durán, Dr. V.: 360, 374.
Alfonseca, Aminta: 11, 92.
Alfonseca, J. B.: 11, 232.
Alfonseca, J. de la C.: 11.
Alfonseca, Telésforo: 11.
Alvarez, Gloria: 356.
Alvarez, José: 388.
Alvarez Cerice, Lucas: 421.
América: 31, 32, 45, 49, 72, 97, 112, 126, 138, 139, 145, 151, 158, 182, 204, 236, 269, 272, 307, 320, 346, 349, 377, 396.
Amiama, Mercedes: 220.
Amor, Teniente: 372.
Andorra: 404.
Angulo Guridi, A.: 270.
Angulo, Mercedes: 220.
Aníbal: 214.
Anido, Juan: 46.
Anido, Patria: 426.

Antillas: 26, 30, 37, 39, 54, 182, 190, 206, 340.
Araceli: 334.
Aranda, Manuel: 91.
Arce, María: 356.
Archambault, P. M.: 360, 368.
Arístides: 201, 417.
Aristy, Frcó.: 58, 421, 432.
Arvelo, Dr. Carlos: 132.
Ayala, Dr. Filipino: 209.
Aybar, Andrejulio: 220, 232.
Aybar, Emiliano: 41.
Aybar, Luis E.: 232.
Aybar, Mercedes de: 226, 233.
Aznar, Manuel: 334.
Azua: 17, 241.

B

Badín, Jesús: 37, 254.
Báez, Buenaventura: 155.
Báez, Clemencia: 36, 153, 299, 333.
Báez, Natalia de: 226, 233.
Balboa: 68.
Bahamas: 43.
Baní: 17, 77, 124, 144, 13, 174, 178, 203, 209, 245, 247-249, 252, 277, 289, 290, 299, 330, 331, 333, 334, 367, 374, 403, 404.
Baoruco: 428.
Baracoa: 91, 417.
Baralt, R. M.: 325.
Barreras, Juan: 296.
Batista, Fulgencio: 414.



- Batista, Mocho: 367.
 Basilea: 141.
 Bavastro, Ernesto: 381.
 Bayamo: 112.
 Bergés, Rodolfo: 91, 369.
 Betances, Eduardo: 220.
 Betances, R. E.: 26, 182, 277, 346.
 Betancourt, Alfredo: 356.
 Betancourt, Claudia: 356.
 Betancourt, Dolores: 356.
 Betancourt y Torres, Dolores: 356.
 Betancourt, Elisa: 356.
 Betancourt, Isabel: 356.
 Betancourt, José: 356.
 Betancourt, María Soledad: 356.
 Betancourt, Matilde: 356.
 Billini, Francisco Gregorio: 10, 39, 50, 52, 54, 58, 61, 71, 72, 75, 76, 138, 354, 403, 421-433.
 Billini, Hipólito: 76, 421.
 Rillini Paulino, Hipólito: 39, 421.
 Blanco, General: 56, 57, 61, 69, 302, 353, 4323.
 Blandino, Atilano: 249.
 Blandino, Dr.: 2, 51.
 Bobadilla de Dujarric, Matilde: 279.
 Bofill: 356.
 Bolívar: 38, 146, 157, 196, 214, 227, 234, 248, 252, 272, 291, 305, 316, 320, 323, 348, 362, 417, 420.
 Bogran, General: 378.
 Bonachea: 197.
 Bonilla: 335.
 Bory, J. E.: 254, 255, 256.
 Borrero Echevarría: 216.
 Borrero, Francisco: 95, 173, 176, 310, 316.
 Borrero, Marino: 91.
 Borrero, Pablo: 91.
 Boston: 122.
 Boves: 54.
 Boyer: 146.
 Boza, B.: 165, 366, 398.
 Brache hijo, Elías: 265.
 Brasil: 322.
 Brea, Antonio: 265.
 Brooke, General: 80, 82.
 Brunet: 350.
 Buceta, M.: 53, 155.
- C
- Cabral, Marcos: 250.
 Cabrera, José: 53, 54, 217.
 Cáceres, Ramón: 288, 360.
 Calabazar: 91-93, 362, 399.
 Calás, Manuel: 218, 222, 365.
 Camaguey: 42, 43, 207, 214, 375, 387, 390, 391.
 Campillo, Teniente: 256.
 Capdevila: 180.
 Canalejas, José: 68.
 Cánovas del Castillo: 65, 168, 427.
 Caonabo: 54.
 Carames de Paz, H.: 333.
 Carbonell, Dr.: 193.
 Carbonell, M. A.: 406.
 Cardona, Lic.: 366.
 Carmel, Lorenzo: 117.
 Caro, Frco. J.: 143.
 Cartaya, Catalina: 356.
 Cartaya, Esperanza: 356.
 Cartaya, María: 356.
 Carvajal, Francisco: 254-256, 295.
 Carrillo, Francisco: 13, 20, 77, 209, 362, 423.
 Cascorro: 391.
 Castaño: 144.
 Castelar: 294.
 Castellanos, Gerardo: 356.
 Castellanos Torres, Señoritas: 254.
 Castilla: 142, 143.
 Castillo, Altgracia: 11, 24.
 Castillo de Vidal, Josefa: 11, 135.
 Castillo, Generosa: 11.
 Castillo, Joaquín: 251.
 Castillo, Ml. de Js.: 251.
 Castro, Jacinto de: 330, 331.
 Cataluña: 141.
 Catón: 201.
 Cayo Hueso: 43.
 Ceara, Leopoldo: 245.
 Central Valley: 10.
 Central Narcisca: 73, 75, 76, 80, 82.



Centro América: 301, 379.
 Cepero: 429.
 César: 228.
 Céspedes, Enrique: 390.
 Céspedes, C. M. de: 37, 189, 217, 226,
 267, 285, 300, 409.
 Céspedes y Quesada, C. M. de: 369.
 Cestero, Tulio M.: 213, 220, 265, 267.
 Cibao: 203.
 Cienfuegos: 310.
 Cincinato: 195, 198, 201, 303, 346, 419.
 Cirujeda: 50.
 Cisneros, Srtas.: 220.
 Cleveland: 163.
 Colima: 151.
 Coliseo: 391.
 Colón: 27, 65, 160, 205, 262, 268,
 269, 331, 337, 339, 416.
 Colombia: 145, 146.
 Collazo, Enrique: 78, 390.
 Coll, Frco.: 255.
 Coll, Señoritas: 254.
 Concha, Gral.: 310.
 Concha, José: 272.
 Concha, Manuel: 272.
 Contreras, General: 108.
 Contreras Ramos, J.: 217, 220.
 Constantino: 214.
 Coronado, Ml. M.: 367.
 Cortés, Eloy: 91.
 Correa Cidrón, B.: 147.
 Crombet, Flor: 310, 316.
 Cruz, Frco.: 107.
 Cruz, José: 296.
 Cubita: 43.
 Curtis, Comandante: 366.
 Chafarinas: 401, 430.
 Chile: 340, 341.

D

Damirón, Amable: 11, 19.
 Damirón de Marchena, Herminia: 279.
 Delgado: 417.
 Del Monte, Félix M.: 269.
 Deschamps, Enrique: 227, 228, 237,
 240, 257-259, 423.
 Deschamps, Eugenio: 226, 231, 234,

235, 243, 299, 303.
 Despradel, Fidelio: 341.
 Despradel, Lorenzo: 51, 91, 96, 98,
 99, 101, 295, 313, 321, 326, 352, 354-
 359, 369, 392.
 Despradel, Roberto: 406.
 Dessalines: 146.
 Díaz del Villar, Anselmo: 407.
 Díaz, Julio: 117.
 Díaz, Lucas: 246.
 Díaz, Modesto: 97, 249, 335, 412.
 Díaz, Tomás: 249.
 Duarte, Enrique: 331.
 Duarte, J. P.: 37, 38, 88, 150, 152,
 178, 217, 226, 267, 269, 320, 339, 344,
 347-351, 416.
 Dublé, Carlos: 91.
 Dujarric, Abelardo: 11, 18, 19, 22, 29,
 132.
 Dujarric, Esperanza: 279.
 Dujarric, Luis Felipe: 21, 279.
 Dumouriez: 144.

E

Effres, Frco.: 295.
 Elena: 64, 70.
 El Quemado: 37.
 Enriquillo: 365.
 Espinal, Zacarías: 330.
 Espronceda: 398.
 Estados Unidos N. A.: 79, 80, 82, 96,
 198.
 Estrada Palma, Tomás: 10, 78, 283,
 285, 286, 293, 301, 303, 366, 390.
 Europa: 49, 166, 272.

F

Fabio: 214.
 Fauleau: 144.
 Federico: 64, 70.
 Feria: 49, 50.
 Fernández, Frco.: 91.
 Fernando VII: 272.
 Fernando Poo: 430.
 Ferrand: 142.
 Ferrara, O.: 321, 324, 369.



Ferrer, Raimundo: 406.
 Ferreras, Dgo.: 265.
 Ferri: 322, 325.
 Fiallo, Fabio: 96.
 Filipinas: 67.
 Figuereo, W.: 217.
 Figueroa: 220.
 Figueroa, Sotero: 394.
 Florentino, Pedro: 203, 370.
 Fonts Abreu, Dr. E.: 129.
 Fonts Sterling, Dr. R.: 129.
 Fort Liberté: 192, 193.
 Francia: 141, 143, 151, 187.
 Freyre de Andrade, F.: 366.
 Freyre de Andrade, Gral.: 285.
 Frías, Elizardo: 46.

G

Galo: 144.
 Galván, Manuel de Jesús: 103.
 Galvez: 430.
 García: 392.
 García, Eudoro: 11.
 García, J. G.: 29, 140, 141, 262, 268.
 García Gómez, A.: 305, 401.
 García Ll., Alcides: 140, 333, 374.
 García Ll., Leonidas: 333.
 García, M.: 244.
 García Obregón, Joaquín: 333, 374.
 García Obregón, Marcelino: 334, 374.
 García de Obregón, Mercedes: 374.
 García, Toribio L.: 91, 254.
 Garcilaso: 346.
 Garfield: 168.
 Garibaldi: 17, 248, 322, 324, 406.
 García, Calixto: 118.
 Garrido, Dr. P. M.: 279.
 Garrido, M.: 226, 242, 261, 263.
 Garrido, Víctor E.: 415.
 Gautier, M. M.: 11, 232.
 Gazón, Madame: 267
 Gazotti: 144
 Gibara: 3374
 Giraldi, Federico: 22, 277, 278.
 Godoy, Manuel: 143
 Gómez, Ignacia: 10-24, 27, 28, 104,
 424, 426.

Gómez, J.M: 100, 101, 243, 265
 Gómez, J. Gualberto: 396,401,402
 Gómez, Marcos: 265
 Gómez, María de Js.: 91, 102, 103,
 222, 276-279, 374.
 Gómez, Rufina: 91, 102, 103, 222, 274-
 279, 374.
 Gómez, P., Máximo: 100, 101.
 Gómez, Miguel Mariano: 408, 411,
 414, 416.
 Gómez, Pelegrín: 92, 94.
 Gómez, Rafael: 245.
 Gómez Calas, Rafael: 407.
 Gómez, Teodoro: 360.
 Gómez Guerrero, Andrés: 153, 333.
 Gómez Toro, Andrés: 295, 299.
 Gómez Toro, Bernardo: 261, 265, 295,
 398, 400.
 Gómez Toro, Clemencia: 13, 15, 105,
 329.
 Gómez Toro, Frco.: 50, 52, 53, 176,
 255, 258, 279, 321, 354-356, 363, 364,
 388-391, 426.
 Gómez Toro, Máximo, 89, 242, 295,
 432.
 Gómez Toro, Urbano: 129, 233, 245,
 286, 288, 295.
 González: 366.
 González, José: 351.
 González, Francisco: 334.
 González, Georgia de: 226, 233.
 González, Gregorio: 232.
 González, Laito: 378.
 González Massenet, Dr. Abel: 347.
 González, Panchito: 19, 20, 424.
 González, Socorro: 334.
 González, Wenceslao: 371.
 Gonzalo de Córdoba: 272.
 Grillo: 357.
 Grullón, Alejandro: 35.
 Grullón, Dr. Arturo: 327.
 Grullón, Eliseo: 185, 281, 365.
 Grullón, Maximiliano: 132.
 Grullón, Máximo: 35.
 Guáimaro: 391.
 Guanaja: 43.
 Guantánamo: 300, 310, 376, 417.



Guarocuya: 320.
 Guatemala: 320.
 Guayacancito: 164.
 Guayacanes: 31, 34, 35, 255, 346.
 Guerra: 241.
 Guerra, Angel: 78, 95, 173, 176, 316.
 Guerra, Benjamín: 78.
 Guillermón: 352.

H

Haina: 245.
 Haití: 97, 107, 131, 184, 194, 307.
 Hamburgo: 35.
 Hatton, J. E.: 43, 95, 393.
 Hatuey: 44, 54, 97, 213, 269, 304, 320, 417.

Henríquez, Rafael D.: 232.
 Henríquez Ureña, Max: 298.
 Henríquez Ureña, Pedro 293.
 Henríquez y Carvajal, Federico: 40, 43, 44, 51, 73, 88, 99, 170, 241, 242, 262, 265, 266, 268, 343-345, 369, 403.

Henríquez y Carvajal, Dr. Francisco: 100, 231, 233, 264, 282, 366, 425.

Heredia, J. M.: 182.
 Hernández: 19.
 Hernández Brea, Luis M.: 231, 232.
 Herrera, César: 406.
 Herrera, Fabio: 250, 252, 289.
 Herrera, Frco.: 245.

Herrera, Julio: 245.
 Herrera de Marín, Estervina: 364.
 Heureaux, Ulises, 7, 11, 25, 76, 91, 96, 97, 132, 134, 135, 180, 217, 222, 253, 338, 339, 343, 359, 360, 424, 427, 432.

Hidalgo: 305, 348.

Higüey: 213.

Hoepelmán, A.: 246.

Holguín: 374.

Honduras: 120, 121, 209, 282, 334, 378, 379.

Horta, Eulogio: 403.

Horrego Estuch, Leopoldo: 329.

Hostos, Aina de: 226, 233.

Hostos, E. M. de: 26, 100, 128, 182, 183, 189, 205, 207, 213, 242, 265, 266, 329, 335-346, 403.

Hungría, J. J.: 33.

I

Ibarra: 396.

Ibsen: 313.

Incháustegui, J. S.: 7, 330, 369, 403.

Inglatera: 103.

Irenita: 250.

Isabela: 193.

Italia: 168.

J

Jamaica: 13, 21, 119, 122, 160, 161, 193, 197, 209, 282.

Jiguaní: 376.

Jimenes, Ana Rosa: 262.

Jimenes, J. I.: 31, 92, 169, 253, 359, 360.

Jiménez, Pedro: 367.

Jimenes, Santos de: 226, 233, 262.

Jiménez Castellanos: 214.

Jiquí: 165.

Jobosí: 273.

Jorullo: 151.

Jovellar, Joaquín: 273.

Juana Díaz: 343.

Júcaro: 66, 208, 215, 300, 391.

Julia, Leonora: 35.

K

Kalendas: 427.

Kingston: 13, 15, 28, 29, 197, 198, 378, 421, 422.

L

Lacret Morlot: 402.

Lafayette: 199.

Laguna Salada: 77, 78, 123, 347, 360, 388.

La Herradura: 51.



- La Jíbara: 392.
 Lamarche, Manuel: 275.
 La Reforma (Cuba): 47, 63, 215.
 La Reforma (Monte Cristi): 30, 32, 33, 35, 346.
 Lastra, Saturnino: 84.
 Las Tunas: 306.
 Las Villas: 38, 46, 50, 51, 54, 76, 164, 301, 386, 391, 425.
 La Vega: 321.
 Leiva Luna, Elio: 369.
 León (de Velázquez), Clotilde: 220.
 León, Diego de: 272.
 León, Eleucipo: 217.
 León, Mayí: 243, 244.
 Lills. Véase Heureaux, Ulises.
 Limardo, Ricardo: 360.
 Lincoln: 168.
 Lizardo, Adelaida: 250.
 Loináz del Castillo E.: 91.
 Longacré, M.: 262.
 López, Juan F.: 406.
 López, Narciso: 210, 341.
 Los Hoyos: 59, 61, 164.
 Lugo, Américo: 265, 333, 344.
 Luperón: 16, 134, 135, 217, 332, 337, 339-341, 423.
 Luque: 66.
 Llado, Lucas: 374.
 Llaverías, Jesús María: 232.
- M**
- Mac Caín, A.: 91.
 Mac Kinley: 71.
 Maceo, Antonio: 7, 51, 53, 199, 203, 207, 222, 226, 238, 258, 302, 310, 311, 352, 364, 370, 399, 418.
 Maceo, José: 316.
 Madrid: 166, 272, 334, 351.
 Málaga: 351.
 Maipú: 291.
 Maisí: 353.
 Manana. Véase Toro de Gómez. B.
 Manatí: 43.
 Maniel: 129.
 Manzanillo (Cuba): 333.
 Mañaná, Calixto: 331.
 Marcano: 97, 335, 409, 412, 417.
 Marchena, Enrique de: 245.
 María Antonieta: 181.
 Marín, Concha: 364.
 Marín, Pedro: 265, 364.
 Mármol, C. A.: 222.
 Mármol, Donato: 300, 412.
 Marqués de Santa Lucía: 389.
 Martí, José: 7, 9, 10, 19, 21, 22, 39, 42, 43, 78, 93, 95, 122, 123, 129, 173, 201, 203, 211, 221, 222, 241, 267, 296, 301, 311, 316, 319, 321, 328, 331, 336, 340, 341, 344, 346, 353, 356, 360, 363, 367, 368, 374, 401, 407, 408, 412-416, 420.
 Martínez, Alberto: 406.
 Martínez Campos, A.: 51, 72, 160, 163, 198, 204, 302, 328, 387, 396.
 Martínez, Telésforo: 129, 132.
 Massenet, Máximo Hatuey: 347.
 Massenet, Santiago: 347.
 Massó, B.: 399.
 Massó Parra: 429.
 Matanzas: 391.
 Matos, Franco, Eduardo: 232.
 Matos, Alfredito: 250.
 Maxwell, Ml.: 262.
 Mayaquía: 164.
 Mayagüez: 341.
 Mejía de Fernández, Abigail: 7, 370, 406.
 Melquizo: 54.
 Mella, General: 47.
 Mella, Ramón: 88, 218, 269, 332, 339.
 Memnon: 316.
 Mencía: Moncito: 367.
 Méndez Núñez: 151.
 Meriño, F. A. de: 21, 129, 130, 134, 138, 339, 340, 424.
 Meunier, Lucía: 236.
 México: 348.
 Miranda (lugar): 371.
 Miró, José: 123, 362.
 Moca: 359.
 Moisés: 316.
 Mojarra: 95, 390, 392.



Molina, Temístocles: 91.
 Moncada: 310.
 Monción, Benito: 203.
 Monte Cristi: 33, 37, 39, 41, 85, 122,
 126, 148, 149, 152, 161, 162, 173,
 176, 177, 192, 193, 204, 238, 253,
 255, 257, 301, 328, 346, 350, 359,
 360, 367, 374, 388, 589, 407, 417.
 Montesino, Señoritas: 254.
 Montoro: 430.
 Montolio, Leopoldo: 203.
 Monzón, Lowenski: 240.
 Morales, Presidente: 276, 277, 289,
 359, 367.

Moreno del Christo, G.: 277, 278.
 Morillo: 54.
 Morillo, Doctor: 245.
 Morón: 66, 208, 215.
 Moore, Mr.: 256.
 Morote: 52, 354.
 Morgan: 163.
 Mota hijo, Jaime: 364.
 Moya, C. N. de: 130, 243, 264.
 Mueses, Tomás: 220.
 Mujica: 54.
 Muñoz del Monte, D.: 143.
 Murat: 272.

N

Napoleón: 32, 141, 142, 323, 324.
 Napoleón III: 72.
 Narváez, General: 53.
 Nasica, María: 226, 228, 236.
 Nassau: 43.
 Néstor: 419.
 Nigua: 247, 248.
 Nodarse, Orencio: 366.
 Nogueras: 310.
 Nolasco, F. M.: 74, 75, 370.
 Nolasco, Sócrates: 370.
 Nueva Orleans: 12, 13, 421.
 Nueva York: 11, 13, 37, 93, 131, 209,
 216, 283, 348, 378, 379, 389, 390,
 425.
 Núñez de Cáceres: 145, 146.

O

O'Donnel: 292.
 O'Farrill, J. R.: 366.
 Oliva: 218.
 Olivera: 165.
 Oria, Antonio: 98.
 Ortega, Dr.: 366.
 Ortega, Subprefecto: 98.
 Osorio, Dr.: 367.
 Ossian: 319.
 Ovando, Nicolás: 54.

P

Páez, J. A.: 234, 324, 420, 428.
 Palanca, Carlos: 371-373.
 Palma, J. J.: 105, 120.
 Palo Hincado: 142, 144.
 Palo Seco: 214, 347.
 París: 277, 396.
 Paulino Dihins, Javier: 11, 426.
 Pavón de Ramírez, Rafael: 42, 59,
 75, 90, 392.
 Paya: 249.
 Paz, Tranquilino: 387.
 Pellerano Alfau, A. J.: 59, 62, 184,
 221, 245, 257, 265.
 Pellerano Castro, A. B.: 237, 303.
 Peña y Reynoso, Ml. de Js.: 37, 148,
 149, 285.
 Peralejo: 204.
 Peravia: 178.
 Pereda, Dr. J.: 284, 286, 366, 367.
 Pérez Abreu, G.: 406.
 Pérez, José D.: 378.
 Pérez, J. I.: 330.
 Pérez, Román: 295.
 Pérez Petinto, Narciso: 193.
 Pérez S., F. M.: 330.
 Perosi: 144.
 Perú: 146.
 Petion: 146.
 Peynado, Frco. J.: 265, 344.
 Peynado, J. B.: 265.
 Pichardo, Bernardo: 275, 289.
 Pichardo, José D.: 425.



- Pichardo, M. A. (Guelito): 42, 95, 162.
- Pichardo, Rafael Paíno: 364, 403.
- Piedra, Manuel: 91.
- Piedra del Chivo: 250.
- Pimentel, G.: 217.
- Pimentel, J. A.: 203.
- Pina, Juan Pablo: 247, 251.
- Pina Chevalier, Teóduo: 246.
- Pinar del Río: 51, 391, 433.
- Pineda, Policarpo: 371.
- Pittaluga, Eugenia: 175.
- Pi y Margall: 180.
- Platt: 185, 188, 394.
- Plutarco: 420.
- Poey, Ayudante: 285.
- Powell, Mr.: 262.
- Poyo, J. D.: 29, 30.
- Port au Prince: 193.
- Porter, John P.: 80.
- Pou, Eduardito: 11.
- Pou, Isolina: 244.
- Pou, Julio: 18, 218, 221, 239.
- Pou, Néstor Eduardo: 244.
- Prado: 310.
- Prado, Silverio: 76, 209.
- Presas: 366.
- Prim: 272.
- Prohías, Adela: 356.
- Prohías, Carmen: 356.
- Prohías, Orosia: 356.
- Puente, Charito: 266.
- Puente, José A.: 264-266, 344.
- Puerto Plata: 15, 16, 24, 25, 28, 35, 127, 132, 134, 135, 175, 192, 210, 236, 237, 273, 282, 331, 339, 359, 368, 374, 384, 385, 388, 423.
- Puerto Rico: 5, 41, 141, 142, 162, 182, 189, 193, 343, 345, 346, 353.
- Puga, Ml. Pompilio: 264-266, 344.
- Punta Brava: 53, 355.
- Quisqueya: 97, 98, 141, 145, 171, 175, 198, 210, 269, 299, 304, 340, 343.

R

- Ramírez, Miguel A.: 367.
- Ramírez, Nicolás: 42, 59, 74, 75, 78, 367, 368, 388-392.
- Ramírez Pavón, María Luisa: 42, 392.
- Ramírez Pavón, Máximo: 42, 91, 388, 392.
- Recio, Enrique: 406, 407, 411.
- Recio, Francisco: 47.
- Restrepo: 325.
- Reyes, José: 246.
- Ricart y Pou, Frco.: 265.
- Ricaurte: 428.
- Roa, Ramón: 307, 361, 362.
- Robespierre: 157.
- Rodríguez, Antero Héctor: 330, 332.
- Rodríguez, Cayetano Armando: 15, 91, 92, 94-96, 253-256, 331, 400.
- Rodríguez, Eduardo: 251.
- Rodríguez Demorizi, Félix F.: 330.
- Rodríguez, J. M. (Mayía): 40, 77, 209.
- Rodríguez Objío, M.: 332.
- Rodríguez, Santiago: 332.
- Rodríguez Urdaneta, Abelardo: 239, 263.
- Roig de Leuchsenring, Emilio: 189, 337, 369.
- Rojas: 357.
- Roloff: 204.
- Román, Miguel A.: 256, 367.
- Romero: 18.
- Romero y Núñez, Mercedes: 356.
- Roques, Eurípides: 232, 265.
- Rosón, Padre: 106, 277.
- Rosa: 335.
- Rosario, Marcos del: 49, 67, 72, 94-96, 98, 101, 173, 176, 238, 432.
- Rosario, Mercedes de del Rosario: 392, 393.
- Rosell y Leite Vidal, Ernesto: 406.
- Ruiz: 61, 66.
- Rusia: 167.

Q

- Quesada, Gonzalo de: 350, 351.
- Quinta de los molinos: 86, 87.
- Quirós, Coronel: 309.



S

Sabana de Lugones: 215.
 Sagasta: 429.
 Sagua del Grande: 363.
 Salas, César: 95, 173, 176, 389-391.
 Saladrigas: 310.
 Samaná: 23, 174.
 Samper: 150.
 San Carlos: 232, 237.
 Sánchez: 339, 390.
 Sánchez, Juan Frco.: 265, 266, 289.
 Sánchez, Frco. del R.: 88, 178, 217, 266, 267, 269.
 Sánchez, Limbano: 197, 198.
 Sánchez, Serafín: 67, 91, 204, 209, 310, 316, 351, 422, 423.
 Sánchez de Bustamante: 294.
 Sánchez Ramírez: 141-145.
 San Cristóbal: 27, 174, 245, 247, 248, 251.
 Sancti Spíritus: 46, 59, 61, 72, 311, 355, 385.
 San Francisco de Macorís: 367.
 San José de Ocoa: 330, 333.
 Sanguily, Ml.: 294, 401.
 San Martín: 157, 214, 234, 291, 305, 348, 398.
 San Pedro de Macorís: 23.
 Santa Cruz: 249.
 Santa Elena: 322.
 Santana, José Audilio: 360.
 Santana, Pedro: 110, 155, 331, 333.
 Santana, Rafael: 249.
 Santiago de Cuba: 37, 179, 193, 229, 281, 304, 371, 391.
 Santiago de los Caballeros: 30, 33, 42, 53, 74, 77, 78, 90, 129, 192, 210, 364, 367, 368, 388.
 Santiago de Chile: 212.
 Santomé: 109, 110, 154, 299, 333, 417.
 Santovenia, Emeterio S.: 362.
 Saratoga: 391.
 Saviñón Lluberés, Ramón: 11.
 Schack, Ernesto: 175.
 Segovia: 333.

Seibo: 359.
 Sevilla: 143.
 Silva, José A.: 245.
 Smolenski: 214.
 Soto, Amelia: 29.
 Soto, Marco A.: 120, 121, 209, 379.
 Sousa: 366.
 Sousa, Dr. B.: 369.
 Sucre: 196, 198, 305.

T

Tavel, Capitán: 366.
 Tejada, Luis Félix: 385.
 Tejera, Emilio: 91.
 Tejera, Ml. de Js.: 334.
 Tegucigalpa: 121, 335.
 Ti-Arriba: 372.
 Toro de Gómez, Bernarda: 72, 78, 162, 233, 301, 366, 378, 400.
 Torre, Carlos de la: 268.
 Torrente, Mariano: 272.
 Torriente, Cosme de la: 406.
 Toussaint: 146.
 Trujillo Molina, Héctor B.: 246.
 Trujillo Molina, Rafael Leonidas: 246, 249, 407, 408, 414, 415, 417.
 Trujillo Valdez, José: 249.
 Turks Island: 27, 28, 192, 389.

U

Ubieta, Enrique, 287.
 Utrera, Fr. C. de: 7, 330, 332, 370.
 Urrutia, Feliciano: 371.

V

Valdés, Silveria: 246, 251.
 Valdés Domínguez, Fermín: 165, 357.
 Valdéz, Gral. 272.
 Valdéz Vda. Despradel, Carmen: 321, 352.
 Valentín: 357.
 Valera, Profesor: 254.
 Valera y Jiménez, P.: 142, 146.
 Valmaseda, Conde de: 309.



- Valverde: 335.
- Varona, Miguel: 357.
- Vásquez, Horacio: 92, 94-96, 231, 233, 359, 360.
- Vásquez, Leonte: 360.
- Vega, Gral.: 391.
- Vega, Javier: 366.
- Vega, Porfirio: 392.
- Vega, Rafael: 367.
- Velásquez, Tomás: 249.
- Venezuela: 141, 142, 210.
- Vicioso, Eleupina: 11.
- Vicioso, Saturio: 11, 23, 250.
- Vicioso, Teresita: 11.
- Vidal, Antonio: 11, 19, 29.
- Vidal, Jaime: 11, 19, 22, 24, 28, 217, 222, 262, 264, 388, 426.
- Vidal, Mariana: 11, 102.
- Vidal, Octavia de: 266, 233.
- Villa Duarte: 232.
- Villa, José M.: 91.
- Villanueva, Frco.: 77.
- Villaverde, Cirilo: 14.
- W
- Washington: 74, 78, 291, 317, 348, 362, 396.
- Weyler, Valeriano: 50, 53, 56, 57, 65-69, 87, 163, 166, 204, 215, 270, 272, 302, 311, 353, 394, 427.
- Wilson: 15, 18, 421, 422.
- Wood, General: 89.
- Woss y Gil, A.: 25, 338, 339, 424.
- Y
- Yaguajay: 74, 75, 82, 419.
- Yara: 194, 284, 333, 368, 409.
- Z
- Zanjón: 118, 195, 198, 204, 208, 301, 334, 397, 402.
- Zayas: 67, 316.



INDICE GENERAL

	Pág.
ADVERTENCIA	7
LIMINAR	9
EPISTOLARIO. Cartas a:	
Anido, Juan	46
Aybar, Emiliano	41
Billini, F. Gregorio.. 39, 50, 52, 55, 58, 61, 71, 72, 75, 76, 421-432	422
Billini, Hipólito	98, 99, 101
Despradel, Lorenzo	30
Director de <i>El Eco del Pueblo</i>	103
Galván, Ml. de Jesús	100, 101
Gómez, José María	91
Gómez, Regina y María de Jesús	89
Gómez Toro, Máximo	11-24, 27, 28, 104
Gómez y Castillo, Ignacia	35
Grullón, Maximiliano y Alejandro	40, 43, 47, 51, 73, 88, 99
Henríquez y Carvajal, Federico	425
Henríquez y Carvajal Francisco	33
Hungría, José Joaquín	16
Luperón, Gregorio	90
Pavón de Ramírez, Rafaela	59, 62
Pellerano Alfau, Arturo	37
Peña y Reynoso, Ml. de Jesús	425
Pichardo, José Dolores	29
Poyo y Estenoz, José D.	42, 59, 74, 75
Ramírez, Nicolás	25, 92-96
Rodríguez, Cayetano Armando	49
Rosario, Marcos	78
Toro de Gómez, Bernarda, y a los dominicanos	77
Villanueva, Francisco	
 ESCRITOS DIVERSOS	
Recuerdos, 1881	105
Entre Santo Domingo y Cuba, 1885	122



La vuelta a mi Patria, 1885	124
La Manifestación de Máximo Gómez, 1886	128
Los dominicanos en el destierro, 1887	140
Hoja de un Diario, 1888	148
Obra de Justicia, Duarte, 1894	150
Notas autobiográficas, 1894	153
Antillanismo, 1896	162
Una página de mi Diario, 1898	164
Declaraciones necesarias, 1899	167
Previsión, 1900	170
En el Album del "Listín Diario", 1900	171
La vuelta a mi tierra, 1900	172
Hasta luego, 1900	178
A los cubanos, 1900	179
Nosotros, los dominicanos, 1900	180
Eugenio M. de Hostos, 1903	182
Por la paz de la República, 1904	184
Juicios a mis compatriotas, 1904	187

ACERCA DE MAXIMO GOMEZ

E. M. de Hostos, Máximo Gómez y la Revolución de Cuba ...	189
En la tierra natal, 1885.....	192
R. Abreu Licairac, Máximo Gómez	194
E. I. Aybar, La guerra santa de Cuba	197
R. Abreu Licairac, Orgullo nacional	200
Leopoldo Montolío, Apuntes sobre Máximo Gómez	203
E. M. de Hostos, Máximo Gómez	205
E. M. de Hostos, Quién es Máximo Gómez	207
Tulio M. Cestero, La utopía	213
Máximo Gómez (De Cuba y América)	214
Una fiesta dominico-cubana	217
En la tierra natal, 1900	224
En la tierra natal, 1902	261
A. Angulo Guridi, M. Gómez y sus detractores	270
En la tierra natal, 1904	274
Eliseo Grullón, Visita al Libertador	287
La muerte del Soldado	284
La muerte del General Gómez	288
Pedro Henríquez Ureña, La muerte de Máximo Gómez.....	293
Max Henríquez Ureña, Máximo Gómez, bosquejo biográfico	298
Aristides García Gómez, Máximo Gómez	305
Ramón Roa, El Generalísimo	307
Lorenzo Despradel, Ofrenda	313
Lorenzo Despradel, Juicio sobre el guerrero	321
Lorenzo Despradel, Máximo Gómez	326



APUNTES DIVERSOS

Edad de Máximo Gómez	329
Capitán del Ejército dominicano	332
Pecados de juventud	334
En el Ejército de Honduras	334
Hostos y Máximo Gómez	335
Como Cincinato y Garcilaso	346
El sable de los Diez Años	347
Duarte, Gómez, Martí	347
Fuera de Cuba, Martí; dentro, Máximo Gómez	351
Una frase de Martí	352
Contra Máximo Gómez	353
El caso Morote, Panchito Gómez y Muley Despradel	354
En el campamento de Bofil	356
La ingratitud probable de los hombres	356
Presidente en dos Repúblicas	359
El permanente recuerdo de Panchito	363
Al servicio de la Patria	364
Los niños gigantes	364
Una anécdota	365
Boletín médico	365
Certificado de defunción	366
Incendio de la Casa natal	367
La casa de Nicolás Ramírez	367
Calle Máximo Gómez	368
Apunte bibliográfico	368

APENDICE

Máximo Gómez a Palanca	371
De las Hermanas Gómez	374
A los cubanos, 1871	376
Carta a J. D. Pérez, 1885	378
A los Cubanos 1887	380
Una carta a Máximo Gómez	385
Cartas a Nicolás Ramírez (De Panchito Gómez, Lorenzo Despradel y Marcos del Rosario)	388
Una carta de Gómez a Sotero Figueroa	394
Apostilla al Diario de Boza	398
Una carta de Manana	400
A. García Gómez, Grosso modo (Contra J. Gualberto Gómez)	401
Eulogio Horta, Baní	403
Centenario de Máximo Gómez	406
Cartas a F. Gregorio e Hipólito Billini	421

INDICE DE PERSONAS Y DE LUGARES	435
--	------------





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



**Este libro fué impreso en la
Editora Montalvo, en Ciudad
Trujillo, República Domini-
cana, y se terminó el día 14
de Abril de 1954.**



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

